



**TENDREMOS QUE  
MATARLO**

MIGUEL CAMPION

**Multiverso**



**TENDREMOS QUE  
MATARLO**  
MIGUEL CAMPION

**Multiverso**   
EDITORIAL

Tendremos Que Matarlo

© Miguel Campion© Multiverso Editorial, 2018

© Grupo Editorial Omniverso. 2018

© Multiverso Editorial. 2018

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-1727501605

Depósito legal: CA-315 2018

Printed in Spain

Primera edición: octubre, 2018

[www.multiversoeditorial.com](http://www.multiversoeditorial.com)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Todos los personajes, entidades y situaciones que aparecen en esta novela son fruto exclusivamente de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personajes, entidades o hechos pasados, actuales o futuros es simple coincidencia.

*Muchas gracias:  
A Esther, Gonzalo, Jaime, Juanjo y Miguel Ángel por ayudarme. A Philip,  
Herbert y todos los demás por inspirarme.*



«Ni sé si hieres con hierro, ni si quemas con fuego; sana dejas la ropa, lastimas el corazón. Haces que feo amen, y hermoso les parezca. ¿Quién te dio tanto poder?».

*Tragicomedia de Calisto y Melibea*, Fernando de Rojas.

«En vano te resistes, Medea: un dios, no sé cuál, se opone. Y es extraño, salvo que no sea esto, o algo sin duda muy parecido a esto, lo que llaman amor».

*Las metamorfosis*, Ovidio.

«Estando en esto, me pareció, por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servía de puerto se coronaba de los mismos lobos que en la marina había visto, y que uno dellos —como es la verdad— me dijo en voz clara y distinta, y en mi propia lengua: "Español, hazte a lo largo, y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en ésta morir hecho pedazos por nuestras uñas y dientes; y no preguntes quién es el que esto te dice, sino da gracias al cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras"».

*Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Miguel de Cervantes.

# PRIMERA PARTE: LOS PRISIONEROS

## 1

*Ciencia nuestra que explicas el cosmos,  
santificado sea tu método,  
venga a nosotros tu imperio,  
revélense tus leyes  
en toda dimensión del multiverso.  
Danos hoy nuestros modelos y teorías,  
perdona nuestros errores,  
no nos dejes caer en la ignorancia  
y líbranos de lo irracional.  
Amén.*

Galileo Alcázar se pone de pie, después de rezar de rodillas su oración de todas las mañanas. Luego se pone su bata blanca con cuidado, como una vestidura sagrada. La prenda ciñe perfectamente sus músculos vigorosos. El blanco realza su rostro de mandíbula cuadrada, rasgos viriles y armónicos, piel clara, ojos azules y pelo dorado: la perfección genética en el ideal español. Galileo se arregla un rizo despistado que cae sobre su frente y sonrío al espejo. Está listo para comenzar la jornada. Abre la puerta de su despacho y se da de bruces con la comandante Pijuán.

—Profesor Alcázar, algo no va bien —dice, seria.

—¿Qué sucede?

—El voluntario 537.

—¿Qué le pasa?

Un espantoso grito les interrumpe. Un aullido desgarrador que llega desde

el pabellón de los voluntarios. Galileo y la comandante Pijuán recorren el pasillo y entran en el gigantesco recinto sin ventanas, iluminado en tonos verdosos, lleno de muros de separación que forman una gigantesca cuadrícula hasta donde alcanza la vista. Caminan rápidamente hacia el voluntario 537, dejando atrás la sucesión interminable de cubículos. Todos los voluntarios están en sus puestos, conectados a sus dispositivos, sus bocas ocupadas por las sondas gástricas, sus anos anclados a la cadena de recolección de bacterias fecales. Todos menos el 537.

El voluntario se ha desconectado de su sonda gástrica. Esto no sorprende a Galileo: si la tuviera en la boca, el voluntario no podría gritar. El silencio es habitual en la nave de los voluntarios, solamente roto por sollozos ahogados: es difícil y doloroso llorar con sondas en la garganta y en el recto.

Galileo mira a los ojos del voluntario 537. Son unos ojos negros, brillantes, grandes, ligeramente rasgados. ¿A qué o a quién le recuerdan? Son hermosos como los de un ciervo, pero en ese momento preciso expresan dolor y desesperación. Todo el rostro del voluntario 537 parece transmitir ese sufrimiento: desde su pelo negro azabache hasta su piel color oliva, su nariz ancha y sus labios gruesos.

—¡Por favor, déjenme ir! —suplica.

—Sabe que no podemos hacer eso —dice Galileo, aséptico.

—¿Por qué se ha desconectado del sistema? —añade Mol Pijuán; a Galileo le parece que está ligeramente irritada.

—No puedo más... El dolor es insoportable.

—Le subiremos la dosis de analgésicos —propone Galileo.

—¿Eso no sería un privilegio? —rebate Mol—. Un agravio para los demás.

—No quiero más dosis de nada. Quiero que me dejen ir.

—No puede marcharse: firmó el contrato —la comandante Pijuán parece definitivamente enfadada. Galileo puede percibir su cuerpo atlético y curvilíneo palpitando con inquietud bajo el uniforme elástico del ejército español. Las perlas que lleva como pendientes tiemblan indignadas bajo el pelo de color rojo zorro.

—Espere un momento —Galileo trata de calmarla—, consultemos en intermind.

Galileo y Mol lo solicitan mentalmente y acceden a la vez a los contratos de los voluntarios. El 537 firmó el suyo hace menos de un año. No puede marcharse hasta que pasen al menos dos años más. El contrato lo estipula claramente: el esfuerzo realizado para modificar genéticamente las bacterias



fecales de los voluntarios requiere que estos permanezcan a disposición de la empresa durante un mínimo de tres años. Eso también explica su alto grado de emocionalidad, ya que el experimento impide que tomen antihormonas. Por eso lloran y se quieren marchar, aunque no deban.

—Ya sé lo que dice el contrato, pero no puedo más... Por favor, déjenme ir, déjenme morir en libertad.

—Haberlo pensado antes de firmar —dice Mol, tajante—. Nosotros no podemos hacer nada.

Galileo observa las mejillas sonrosadas de Mol, excitada por el enfrentamiento. Mira después las ojeras oscuras y pronunciadas del 537. Algo en su interior le dice que aquello no es correcto. Algo irracional, impreciso. Su mente rechaza el pensamiento. Accede a través de intermind al informe médico del voluntario. Parece haber perdido demasiada sangre en las últimas horas.

—Por favor, vuelva a conectarse a su dispositivo. Vamos a ver qué podemos hacer, ¿de acuerdo? —Galileo mira de nuevo a los ojos del voluntario: ¿a quién le recuerdan?

—Profesor Alcázar, no podemos hacer nada y usted lo sabe —Mol está desconcertada y molesta.

—Vamos a mi despacho —Galileo hace una seña a Mol y comienzan a desandar el camino a través del pabellón.

—¡No, por favor, no se vayan! ¡Déjenme ir! —el voluntario sigue gritando, pero le ignoran.

Cuando entran en el despacho, Mol interroga a Galileo con la mirada.

—He revisado sus parámetros médicos. Está perdiendo demasiada sangre.

—Eso no afecta a la calidad de sus heces.

—Cierto, pero, junto con el dolor, puede ser síntoma de alguna enfermedad en el voluntario. Podríamos perderlo si no hacemos algo. Voy a revisar todos sus indicadores a ver si puedo encontrar la razón o por lo menos aliviar su dolor.

—¿Y si no lo consigue? No podemos dejarlo marchar como él pide.

—No, eso no es posible. El experimento lleva funcionando correctamente todo el año. Hasta ahora no nos habíamos encontrado un caso como el suyo.

—Puede poner en riesgo todo el proyecto. Puede contagiar a los demás.

—¿Cómo sabe que es contagioso?

—Las ganas de irse de aquí pueden contagiarse fácilmente.

—Lo arreglaré.

—¿Y si no lo consigue?

Galileo se encoge de hombros. Mol y él entran en intermind, buscan el reglamento y encuentran el procedimiento a seguir en caso de enfermedad grave de uno de los voluntarios. Mol subraya mentalmente una línea y se la muestra a Galileo:

—Habrá que sacrificarlo —dice Mol, y Galileo cree ver un amago de sonrisa en las comisuras de sus labios rojizos. Sus ojos brillan con la misma frialdad que las perlas que cuelgan de sus orejas.

La comandante Pijuán deja solo a Galileo. Está un poco confundido, el día ha comenzado mal a pesar de sus plegarias. Sabe que la vida de un individuo humano no puede estar nunca por encima de la ciencia ni de la patria. Sabe que ese hombre firmó un contrato como voluntario aceptando todas las condiciones, incluido su sacrificio si llega el caso. Sabe que su deber es lograr el éxito del proyecto, optimizar la producción de energía basada en bacterias fecales modificadas genéticamente, y no preocuparse por el bienestar de uno de los voluntarios, pero esa mirada...

¡Claro! Esa mirada es igual que la de Pitágoras, el hijo de los Farfalle, sus caseros, su familia adoptiva en Argentina. A eso le recuerdan los ojos del voluntario: a Pitágoras, que es casi como un hijo para él... ¿Podría permitir que a él le sucediera algo tan horrible? Pitágoras, que es prácticamente un hermano para su hija Célula. Galileo no dejaría que eso le sucediera a su hija. ¿Por qué el voluntario 537 debería ser diferente?

## 2

Los amplios ventanales de la sala de reuniones de la base Elgor muestran un horizonte lejano de cumbres nevadas que contrasta con el interior funcional y grisáceo, de líneas rectas. Sentados en la larga mesa, los miembros del proyecto hispano-argentino de optimización de energía de origen bacteriano escuchan hablar a su director.

Galileo se distrae pensando que el tipo se parece a una rana cavernícola, un feo batracio blanquecino de ojos insolentes y estúpidos. Pero reprime rápidamente ese pensamiento: debe respetar la jerarquía. Escucha al director, Galileo. Sé profesional.

—Por eso —su voz es chillona y destemplada— no nos podemos permitir ni un solo error. Todo debe estar en perfecto estado para la visita de Su

Excelencia la Presidenta Viuda de Argentina.

Galileo visualiza una foto de la Presidenta Viuda en intermind. Admira a Cristina, como la llama cariñosamente el pueblo, porque defiende con uñas y dientes a Argentina, habla con pasión de su país, tiene unos ojos bellos y grandes... Siempre recuerda con veneración a su marido fallecido, el presidente Richter. Quizá por eso Galileo se identifica con ella. Él también es viudo. Aunque su historia es bien distinta, amargamente.

Galileo en ocasiones, cada día más, preferiría ser argentino. Cristina González es mucho mejor gobernante que Marañón Morey, ese mediocre e inútil burócrata que trepó hasta conseguir ser primer ministro de España, más por quedarse quieto y resistir que por sus propios méritos. Además, es desagradable de ver y de escuchar... Pero atiende, escucha a Valiente, Galileo. ¿Por qué estás tan distraído? Es un imbécil, pero es el director.

—No solo está en juego la continuidad y el éxito de nuestro proyecto. Las propias relaciones entre España y Argentina pueden resentirse si cometemos errores. Recuerden cuánto nos costó volver a confiar los unos en los otros después de la última expropiación.

Galileo lo sabe, lo ha oído mil veces. La base Elgor es un puntal en las relaciones hispano-argentinas. Después de la prohibición mundial de los combustibles fósiles, todos los esfuerzos científicos por hallar nuevas fuentes de energía son necesarios. Por ese motivo, Argentina y España decidieron colaborar y beneficiarse mutuamente. Primeramente, aprovecharon la vieja base extractora de gas y petróleo, convirtiéndola en un laboratorio que producía energía a través de la fermentación de las algojas, ese híbrido de alga y soja tan abundante en los océanos tras la Tercera Guerra Mundial. Y actualmente estudian las posibilidades energéticas de las bacterias fecales modificadas. Por eso los genetistas como Galileo son tan importantes para la prosperidad de sus países. La mierda será el nuevo petróleo.

Pero ¿por qué está tan distraído en la reunión? La cara de rana de Valiente, la bella y admirada Cristina, nada puede sostener mucho tiempo su atención, que vuelve recurrentemente al voluntario 537. Quizá él también está enfermo, no es normal preocuparse por un voluntario de ese modo. Tendrá que revisar sus métricas y descartar que tenga febrícula mental.

—¿Y usted, profesor Alcázar? —croa Valiente.

Galileo titubea un instante.

—Por supuesto, todo estará perfecto para la visita de la Presidenta Viuda.

Mol le lanza una mirada irónica. Galileo sabe que Valiente no tiene ni idea

de ciencia, es un burócrata designado por los políticos para dirigir la misión española. Ni siquiera vale para eso, pero es nieto del mayor industrial de la cocaína de España. «Valiente, maestros coccaleros desde 2025». Mucha fama, pero es una cocaína burda, pastosa y de sabor vulgar. Sea como sea, el abuelo de Valiente invierte mucho en las campañas electorales del PPP, el partido en el Gobierno. Por eso su nieto tiene un buen puesto a pesar de sus nulos méritos. Todo perfectamente normal dentro de un sistema postcapitalista. Galileo no lo cuestiona: el Consejo de Sumos Científicos ha avalado muchas veces el postcapitalismo, es tan sagrado como la patria y la ciencia. Solo cuestiona que el nepotismo sea un defecto del sistema ante el que se hace la vista gorda. Pero jamás lo diría en voz alta.

### 3

El voluntario 537 levanta la vista del suelo de la nave y ve al profesor Alcázar frente a él. Cuesta creer que ese tipo agradable pueda ser su carcelero y torturador, pero lo es, impasible, glacial. Aun así, cree intuir en su mirada un resquicio de empatía.

—Voy a cambiarle la medicación —dice Galileo.

—Déjeme ir, por favor —el voluntario vuelve a clavarle esos ojos oscuros y Galileo siente removerse algo dentro de sí, como si los ojos del 537 fueran más humanos, más poderosos o más vivos que los del resto de las personas con las que se cruza a diario. Solo Pitágoras Farfalle y su hija Célula tienen esa mirada.

—No puedo hacer nada, firmó usted un contrato, voluntario 537.

—Me llamo Newen —vuelve a mirarle a los ojos. Hace años que nadie mira ya de esa forma, Galileo tan solo tiene vagos recuerdos de su infancia. A Galileo le pilla por sorpresa escuchar el nombre del voluntario 537. Los voluntarios no deben dar ningún dato personal mientras dure su contrato, pero Newen aprovecha la estupefacción de Galileo y continúa—: soy tehuelche, los argentinos me capturaron en una escaramuza en la frontera. Yo no quería trabajar aquí, pero no me dejaron otra opción, era esto o la prisión militar. Sé que no estoy bien, sé que voy a morir, puedo verlo en sus ojos, profesor. Déjeme morir con mi gente, se lo ruego.

Galileo no sabía que entre los voluntarios había prisioneros de guerra. Pero ni por un momento piensa que le esté engañando. Galileo está impresionado

por la valentía del voluntario, por su historia, por su mirada especialmente. Sabe que no puede dejarlo marchar, va contra todas las normas, pero algo dentro de sí le dice que eso sería lo justo. Galileo está muy confundido. Newen lo percibe.

—Déjeme escapar, nadie sabrá que me ayudó.

—Aunque quisiera, no podría. Le desconecto de su posición y ¿después qué? ¿Cree que le van a dejar salir tranquilamente por la puerta?

—Hay otra salida. En las profundidades de la base.

—¿Cómo lo sabe?

—Mi padre luchó en la Tercera Guerra Mundial. Estuvo prisionero aquí. Elgor era una base militar entonces. Se lo ruego, desconécteme y yo encontraré el camino hasta esa puerta.

—Es una locura. ¿Cómo justifico que se ha desconectado de su puesto? No, no puedo hacerlo, lo siento.

Newen empieza a moverse, a tirar de la sonda rectal, aullando de dolor.

—¿Qué hace? ¡Va a destrozarse el ano!

Galileo se abalanza sobre Newen para tratar de impedir que se arranque la sonda.

—¡Suélteme!

Un indicador luminoso comienza a parpadear en el cubículo.

—¡Ha estropeado la sonda!

Galileo está indignado porque Newen ha roto material del proyecto. Consulta en intermind el protocolo a seguir: hay que sustituir la sonda. Por lo tanto, hay que desconectar al voluntario.

—¡Deténgase, Newen!

—¿Va a soltarme?

—El protocolo lo exige.

Galileo está alterado, no piensa con claridad. No sabe si está haciendo bien o mal. Solo sigue el protocolo. Desata a Newen de las correas que le inmovilizan. Con cuidado, manipula la sonda rectal para liberarle. Newen sangra abundantemente. Aun así, se pone de pie e intenta dar un paso fuera del cubículo, pero Galileo se interpone.

—No puede irse en este estado. Se desangrará.

—Prefiero morir en libertad.

Galileo sigue magnetizado por la mirada de Newen. Le sorprende su franqueza, su humanidad. El protocolo dice que debe curar el ano del voluntario antes de insertarle la nueva sonda.

—Por favor, póngase este apósito. Le ayudará a cortar la hemorragia. Tengo que curarle.

Newen se aplica el apósito, cierra por abajo el mono gris que lleva puesto, agarra la sonda anal que acaban de quitarle y le arrea un latigazo a Galileo.

—¿Qué hace? —Galileo se sujeta la mejilla dolorida. Un hilo de sangre se dibuja en su piel blanca.

—Le devuelvo el favor. Gracias, profesor.

Newen mira de nuevo a Galileo. Sus ojos sonrían por primera vez, llenos de esperanza. Pero Galileo no tiene mucho tiempo para recrearse en ellos. Newen da media vuelta y sale corriendo hacia el fondo del pabellón.

—¡Eh!, ¿qué hace? ¡Vuelva! —grita Galileo.

Pero Newen ya se aleja entre los cubículos, corriendo lo más rápidamente que puede. Galileo se queda unos segundos inmóvil, sin saber qué hacer o qué pensar. ¿Por qué le ha dado las gracias? ¿Cree que le ha liberado voluntariamente? ¿Lo ha hecho? Justo en ese momento, Mol Pijuán aparece junto a él.

—¿Qué ha pasado?

—El 537 ha huido. Me ha atacado con la sonda anal.

Mol mira enfurecida a Galileo. No dice nada, pero sus mejillas se ponen muy rojas de repente. Ve la herida que tiene en la cara, ve las correas, la sonda... Mol saca un arma de su cinturón.

—Vamos tras él. No puede escapar.

Sin pensarlo, Galileo echa a correr detrás de Mol. Va a matar a Newen. Tal vez él pueda impedirlo.

## 4

—¿Seguro que sabes por dónde vas? —dice Célula, riendo.

—Me crie en estos campos —le responde Pitágoras con una sonrisa de oreja a oreja.

Ambos avanzan por la pradera, montados en sus vacallos. Los campos se extienden llanos, a excepción de algún pequeño cerro, hasta el horizonte, repletos de hierba tostada por el verano austral. Al fondo se ve una manada de guanacos. Célula mira a Pitágoras, ojos negros, piel canela, su espalda amplia, recta sobre la montura. Realmente pertenece a esos campos del sur de Argentina tanto como la hierba o los guanacos.

—Mirá, ahí se ve —Pitágoras le señala algo a lo lejos.

—¡Vamos! —Célula, entusiasmada, hace galopar a su vacallo.

—Eh, esperá —le grita Pitágoras—. ¡No querés caerte en ese agujero! —y galopa detrás de la chica.

El pelo rubio de Célula ondea al viento y su espalda ágil y flexible rebota en la grupa de su montura. Pitágoras sonrío, le gusta que sea diferente a él, tan pálida. Puede oler la fragancia de su cabello cabalgando tras ella. Célula frena y Pitágoras llega a su lado.

—Es impresionante —dice Célula.

—Sabía que te iba a gustar.

—No me gusta. Me interesa —rectifica, muy seria.

—Rubia, que no estamos en clase de Método —Pitágoras ríe y la hace reír.

Ante sus ojos se abre una enorme concavidad en el terreno, un socavón gigantesco, como el cráter de un meteorito.

—¿Y esto lo hicieron en la época del fracking?

—Eso me dijo mi papá. Sacaron todo el combustible que había debajo y el terreno se hundió.

—¿Y por qué no crece la hierba?

—El suelo está lleno de contaminantes: ácido sulfhídrico, radón...

—Moreno, que no estamos en clase de Química —Célula le mira con sus ojos verdes y risueños. Pitágoras se ríe, aparentando seguridad, aunque se derrite bajo los rayos de la ninfa.

—En realidad, estamos aquí para hacer un trabajo de Historia, no lo olvides.

—No lo olvido.

—Tenemos que ir registrando todas estas observaciones en intermind o podrían decir que nos estamos escapando de clase. Vení.

Pitágoras se baja de su vacallo.

—¿Adónde?

—¿Adónde? Al agujero.

—¿No es peligroso?

—Confía en mí.

Célula contempla a Pitágoras, su cuerpo fuerte, moreno, su camisa abierta mostrando su pecho incipientemente velludo, su sonrisa blanca y enorme bajo sus ojos negros y amables... En ese momento, no es capaz de pensar que exista ningún peligro en el mundo. Simplemente ve a Pitágoras descendiendo por un estrecho sendero de tierra abierto al borde del cráter y va detrás.

## 5

Es fácil seguir el rastro de Newen: un reguero de sangre que a veces es muy claro y en otros tramos parece evaporarse. Gotitas rojas y marrones. Pero Mol Pijuán detecta el rastro, por mínimas que sean las gotas, como un perro de caza. Casi parece que lo huele.

Galileo y ella salen del pabellón de los voluntarios y recorren un largo pasillo de servicio lleno de puertas metálicas. Hay poca visibilidad, solamente una luz de emergencia azulada y metálica que se cuelga entre la pared y el techo. Mol avanza rápidamente, como si viera en la oscuridad. Galileo la sigue, tratando de acostumbrarse a la penumbra.

Mol se detiene frente a una de las puertas. El rastro termina ahí. La comandante busca en intermind cómo abrir ese tipo de puerta. No es una puerta electrónica, es antigua, puramente mecánica. Acciona una palanca y la abre. Casi se cae, porque tras la puerta hay un foso muy profundo y unas escaleras verticales. La luz en ese recinto es más débil todavía: unos arcaicos leds incrustados en la pared.

—Ha bajado por aquí. Vamos.

Mol y Galileo bajan por la escalera lo más rápido que pueden. No tardan mucho en llegar ante otra puerta de metal. La cruzan y ven el reguero de sangre en el suelo y un pasillo excavado en roca, con puertas de hormigón. Se miran extrañados. Nunca han visto una zona como esa en la base Elgor.

Tratan de buscarlo en intermind, pero la señal llega muy débilmente. Es una sensación rara: no poder conectarse a intermind para saber dónde están. Pero la señal no llega con la suficiente potencia para darles la respuesta, tal vez sea la profundidad o los muros de roca... El hecho es que están casi desconectados.

Mol sigue el rastro de Newen. Otra puerta metálica, otro túnel, otra escalera. Llegan a un corredor demasiado bajo para que una persona pueda



estar de pie. ¿Un conducto de ventilación, una canalización de servicio? Hay cables, cañerías y rejillas que dejan pasar débiles luces.

Mol y Galileo se asoman por una de ellas. Galileo no puede evitar agarrar fuertemente el brazo de Mol. Ante sus ojos, turbinas, motores, generadores... viejos mecanismos operados por combustibles fósiles, funcionando a toda máquina. Y ese olor, ese inconfundible olor a petróleo. Galileo no da crédito a lo que ve, pero no hay otra explicación posible: a pesar de la moratoria, en la base Elgor están produciendo energía prohibida. A Galileo le tiemblan las piernas. ¿Y su proyecto científico? ¿No es más que una tapadera? ¿Sabe esto el gobierno de España?

No tiene tiempo de pensar más en ello. Pijuán le hace un gesto y se mueve sigilosamente hacia una trampilla que está abierta y manchada de sangre. Galileo la sigue, abren la trampilla, se agachan y entran en un largo pasillo lleno de unos tubos que emiten un ruido ensordecedor. Se apresuran para dejarlos atrás, llegan a una puerta y descubren un ascensor.

—Está ahí.

El ascensor está en funcionamiento. Newen está subiendo o bajando a algún lugar de la base. Tienen que esperar.

—¿Usted sabía que la base era tan grande? —Mol pregunta con tono marcial.

—Sabía que fue una base militar en la Tercera Guerra Mundial, y después una base extractora de combustibles fósiles..., pero no que tenía tantos pisos hacia abajo, y menos que producía energía...

—¡Silencio! —le corta Mol—. ¿Ha oído eso?

Galileo escucha. Al principio no oye nada, pero de pronto le sobresalta un alarido monstruoso, como un animal herido o una persona torturada cruelmente.

—¿Es él? —pregunta.

—No. Viene de ahí —Mol señala hacia una puerta que hay al fondo, una puerta de alta seguridad sellada electrónicamente.

Otro grito, casi un rugido, más espantoso que el anterior, les vuelve a helar la sangre.

—¿Qué es eso? —Galileo está desconcertado.

—No lo sé. Pero no puede ser una persona.

—¿Qué animal grita así?

El ascensor emite un sonido. Newen ha llegado a su destino. Mol se abalanza sobre el mecanismo de control y llama al ascensor.

—¿Adónde vamos? —pregunta Galileo.

—No podemos dejarle escapar.

—Lo siento, comandante Pijuán. Su sonda se averió. Según el protocolo tenía que liberarle.

—Lo sé. Pero si no lo detenemos, Valiente nos mandará de vuelta a España. Nos juzgarán por traición y nos mandarán a trabajar a los invernaderos.

—¿Qué importa eso? Denunciaremos la verdad. ¡La base está extrayendo petróleo!

—No comente eso con nadie, ¿me oye?

—¡Es ilegal! No solo eso, es inmoral, va contra los principios de la ciencia misma. Es intolerable.

—Tiene razón, profesor. Pero déjeme que hable con mis contactos antes de hacer nada. Créame, nos irá mejor si somos prudentes. ¿O quiere terminar trabajando en un casino de Alicante?

Galileo se queda sin palabras: sabe lo duro que puede ser. Sus padres eran prostitutas en un complejo turístico de Murcia. Trabajaron tanto, se sacrificaron por él para que pudiera ser científico. Juró delante de sus cenizas que siempre obraría de un modo escrupulosamente ético y ahora que ha descubierto que la base extrae petróleo...

El ascensor llega y se abre. Mol y Galileo entran y lo accionan.

—¡Estamos bajando!

La base Elgor está en lo alto de un acantilado de una altitud pavorosa, dominando el océano en el confín de la provincia austral de Argentina. Galileo podía suponer que la base tenía alguna planta más excavada en la roca, pero esto supera todo lo imaginable. ¿Hasta dónde llegará ese ascensor que baja y baja, cada vez más, hacia el fondo del acantilado?

—¿Va a matarlo? —pregunta Galileo.

—Haré lo que sea necesario, por el bien del proyecto y de España.

—Creo que puedo curarle para que vuelva a trabajar. ¿Podría sedarlo?

—¿Por qué se preocupa tanto de ese indígena?

—Él no me importa. Es por la ciencia.

—¿No será usted homófilo?

—¿Yo? —Galileo se echa a reír—. Mis padres me seleccionaron genéticamente, no tengo defectos.

—Vaya, debían de ser muy acomodados.

—No, pero eran unos prostitutas muy reconocidos. Todo lo que ganaron lo invirtieron en mí. Seleccionaron mis genes, pagaron mi educación.

—Se sacrificaron, ¿no?

—Para que yo pudiera ser científico, sí. Se sacrificaron a los cuarenta.

—Los mismos que tiene usted ahora, ¿no?

Galileo no responde, solo asiente, pensativo. El ascensor sigue bajando.

—¿Usted está seleccionada genéticamente?

—No, mis padres no pudieron ahorrar tanto. Pero en el ejército me hicieron un injerto genético.

—¿Sí? Qué interesante... ¿De qué animal?

—Eso es información confidencial —dice Mol, tajante.

Galileo baja la mirada. ¿Está flirteando con él? Es extraño, porque Mol tiene que estar asexual como todo el mundo, ¿qué impulso podría llevarle a flirtear con él? ¿Un intento racional de emparejarse para la reproducción? Si él ya se casó, enviudó y procreó, ¿por qué habría de emparejarse de nuevo? Sea como sea, si vuelve a detectarlo, debe cortar esas fantasías inapropiadas de raíz.

El ascensor continúa su interminable descenso. Mol aprovecha el silencio para observar a Galileo. Efectivamente, es un hermoso ejemplar de macho español seleccionado genéticamente: rubio, cabello ensortijado, ojos azules, piel clara, dientes perfectos, de complexión fuerte pero atlética, velludo, suprainteligente y cien por cien heterófilo. Podría casarse con él... Una militar y un científico podrían tener unos hijos con futuro.

El ascensor se detiene, sus puertas se abren, la fantasía reproductora termina. Están en una encrucijada. Tres túneles distintos, excavados en la roca, se abren ante ellos. Mol busca el rastro del voluntario. Hace un gesto a Galileo para que guarde silencio y avanza cuidadosamente por uno de los túneles, sin otra luz que unos desfallecidos puntos led incrustados en la pared rocosa, muy separados para iluminar el túnel, pero suficientes para ir marcando el trayecto. La mayoría del camino lo hacen a oscuras. Mol guía y Galileo la sigue, tomado de su mano. Así llegan a otra vieja puerta, metálica y mecánica.

—¿Cómo se abre esto?

—Gire esa manivela —dice Galileo—. Creo que es un mecanismo hidráulico.

—¿Qué?

—Historia de la ciencia. Confíe en mí. Es antiquísimo, pero debería funcionar.

Mol gira la manivela y la puerta se abre. La luz solar les ciega durante un

momento y el viento les azota con una ráfaga de frescor marino. Cuando se acostumbran a la claridad, se dan cuenta de que la puerta se abre en el mismo acantilado, en el vacío a muchos metros sobre el mar. Un estrecho camino excavado en la pared vertical sale de la puerta y continúa bordeando el acantilado hasta perderse en el horizonte. Ven un pequeño punto gris alejándose por la cornisa: es Newen.

—¡Está ahí! Vamos —dice Mol. Decidida, echa a andar por el estrecho sendero.

Galileo tiene miedo, pero la sigue. El camino es muy angosto, tienen que caminar con la espalda pegada a la roca, evitando mirar al abismo, intentando no tropezar.

Avanzados unos metros, Galileo siente vértigo, se arrepiente, duda, piensa en volver, pero mira a Mol y la ve tan decidida a matar a Newen que aprieta todos los músculos y continúa. Sin pensar, sin mirar abajo. Intenta concentrarse en el camino, en la colocación de sus pies. El viento le trae la frescura del mar, es agradable.

Las vistas desde allí son impresionantes. El océano se extiende a sus pies, majestuoso, brillante. El cielo está lleno de aves marinas que vuelan según un complejo modelo matemático aparentemente caótico, pero perfectamente organizado. El aire está lleno de sus ensordecedoras voces...

Galileo tropieza, se aferra a la pared con las manos. Solo ha sido un susto. Mira hacia abajo instintivamente, comprobando que sus pies están firmemente asentados dentro de la cornisa. No puede evitar asomarse al abismo. A muchos metros, demasiados, puede ver la base del acantilado, una estrecha playa rocosa donde rompen las olas, llena de fócidos. ¿Son lobos marinos? No, son elefantes marinos, aunque es difícil estar seguro desde esa altura. Mirounga leonina. Enormes, maravillosos ejemplares viviendo felices en completa libertad, ajenos al mundo, en su playa del Atlántico Sur.

Galileo sale de su ensimismamiento. Mol está lejos de él, muchos metros por delante en el camino. Mira a su derecha: la puerta metálica de la base casi no se distingue. Mira a su izquierda: Mol es pequeña, Newen ni se ve. Está solo en medio del acantilado, azotado por el viento. Sería tan fácil dejarse llevar y volar como las aves. ¿Por qué piensa eso? ¿Por qué en su mente de científico se ha colado ese pensamiento autodestructivo, irracional e insidioso? Volar, caer, morir. ¿No sería eso la verdadera libertad?

## 6

Célula y Pitágoras llegan hasta una cueva que se abre en la pared del enorme socavón. A sus pies, una desolación de rocas rotas, charcos, montículos de hierbas mustias, flores tristes, raras y feas, mutantes, como de otro planeta. Sobre sus cabezas, la roca destrozada por las generaciones pasadas forma un arco que les protege del sol y el viento.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunta Célula.

—Buscalo en intermind.

Célula intenta conectarse, pero no encuentra la respuesta habitual. En su mente solo hay silencio, vacío.

—No llega la señal —Célula está maravillada.

—Por eso te traje.

Célula, emocionada, se abraza a Pitágoras. Siente su pecho latiendo con fuerza, vivo, animal y sus pezones se ponen duros bajo la blusa al sentir el contacto de su piel caliente. Pitágoras huele a carne asada.

—¿Cómo te sentís, Lulú? —le pregunta, bajito, y Célula nota su aliento tibio en el pelo.

—Mejor que nunca en mi vida —contesta Lulú, porque en sus brazos no es Célula, es Lulú.

—A veces vengo aquí y desconecto. Así es como empecé a pensar por mí mismo.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Tenía miedo de que no te gustara o que se lo contaras a mis papás.

—Tus padres son más comprensivos que el mío.

—Ya, pero no tanto como para aceptar que sea neonatural.

—¿Por qué estará prohibido ser neonatural? ¿Qué puede haber de malo en integrarse con la naturaleza o desconectarse de intermind?

—Escapas a su control. Eso es lo que no quieren. Pretenden que todos seamos postcapitalistas, asexuados, cientifistas. No permiten que nadie piense diferente.

—Pues escaparemos juntos, moreno. Tú y yo solos. ¿Sí?

—¿Cómo?

—Ya veremos cómo.

Célula mira a Pitágoras, decidida, poderosa, resplandeciente. Se siente la dueña del mundo, reflejada en esos ojos negros. Sin pensarlo más, estira el

cuello y besa a Pitágoras, toma posesión de esos labios carnosos, de esa boca generosa. Siente los brazos duros de Pitágoras rodeándola y su erección creciendo pegada a su vientre. La sangre le recorre el cuerpo, revolucionada.

—¿Qué te pasa en el pene?

—Tranquila, es natural. Es lo que pasa cuando un hombre quiere sexo.

—¿Y se supone que lo tengo que poner dentro de mi vagina? ¿No será mejor cuando esté blandito?

Pitágoras se separa de pronto. Célula le mira a los ojos, su piel blanca ardiendo, enrojecida.

—¿Qué haces?

—Si sigo besándote, no voy a poder contenerme.

—Pues no te contengas.

—No lo entendés, Lulú. Dejaste de tomar el inhalador antisexual.

—Por eso te deseo —susurra, arrebatada.

—Y yo a vos..., pero podés quedarte embarazada.

—Eso es imposible, tonto —ríe Célula—. No tenemos dinero para ir a una clínica y pagar un embarazo. Además, somos muy jóvenes.

—Lulú, es el inhalador el que evita que te quedes embarazada y dejamos de tomarlo hace días. Si hacemos sexo, podés quedarte embarazada y el bebé se gestaría en tu propio vientre. Lo borraron de todos los documentos, pero es así como se reproducían los antiguos.

Célula se queda boquiabierta.

—¿Y si vuelvo a tomar el inhalador?

—Ya no podrás quedarte embarazada, pero tampoco tendrás deseo de sexo. Escuchame, tenemos que pensar bien qué vamos a hacer, no podemos hacer las cosas a la ligera. ¿Tú me amás, Lulú?

Célula asiente en silencio, borracha de ojos negros.

—¿Querés que seamos neonaturales? Tendremos que escaparnos.

—¿Adónde?

—A las montañas. Allá hay gente como nosotros. Viven alejados del control gubernamental. Eso se dice, porque nadie los vio ni sabe exactamente dónde están.

—¿Y si no los encontramos? ¿Y si no existen?

Pitágoras la mira sin decir nada. Parece pensar su respuesta.

—Se está haciendo tarde —Pitágoras se pone serio de repente, ¿se habrá enfadado?—. Tenemos que volver, vamos.

Pitágoras sale de la cueva y vuelve por el sendero. Célula le observa

mientras camina: hay una armonía tan natural en su espalda, en sus piernas, su culo musculoso... Solo mirando la perfección de sus proporciones, Lulú vuelve a sentir un hormigueo embriagador en toda su piel. A la vez, tiene miedo por todo lo que acaba de saber. Tiene miedo, pero le gusta. Está excitada por la revelación, por la naturaleza, por Pitágoras y su carne palpitante. No puede pensar con claridad. Solo tiene ganas de correr, de escapar, de matar a quien se ponga en su camino, de practicar el sexo como una leona, aun sin saber cómo se hace. Así que esto es el amor, piensa. ¡Esto es el amor!

## 7

El sendero del acantilado termina en una gran grieta en el terreno. Está seca, pero por ella se precipitan las aguas torrenciales de la pampa cuando llueve. Galileo, aliviado, da un salto hacia el suelo de la grieta y por fin se siente a salvo, en tierra firme. Mira hacia el interior de la torrentera y ve a Mol Pijuán, alejándose hacia el interior. Galileo se apresura, no quiere quedarse atrás. Si Mol encuentra a Newen, lo matará. ¿Y por qué le importará eso? De vez en cuando ve en el suelo una gota de sangre absorbida por la tierra reseca. El rastro es cada vez más débil.

Galileo corre y alcanza a Mol, que le recibe con una mirada seria, concentrada. Galileo sabe que debe guardar silencio. Están acechando a Newen como se caza a un animal. Ambos continúan avanzando por la enorme cicatriz de la tierra. Llegan a un punto donde hay un escarpado sendero que abandona el cauce seco y sube hacia el campo, marcado por una gota de sangre delatora. Suben por él y Mol emite un bufido de fastidio.

Alrededor de ellos, se abre la inmensa llanura patagónica, tapizada de hierba amarillenta. Es imposible seguir el rastro de Newen entre el pasto. Por más que miran, no encuentran ninguna señal de su presencia. Una manada de guanacos les observa masticando indolentemente. A lo lejos se ve la base Elgor, subida en su acantilado, pegada a la torre del antiguo faro.

—Lo hemos perdido —Mol se deja caer en la hierba, exhausta. La vegetación la recibe, mullida como una cama.

—No creo que pueda sobrevivir —dice Galileo, mientras se sienta a su lado.

—¿Podemos decir que ha muerto en la base?

—Lo siento, pero no puedo falsear un dato así. Tendremos que decir la verdad.

—Pues estamos jodidos —resopla Mol.

Galileo sonrío, hace tiempo que no escucha una expresión española tan castiza.

—¿Por qué viniste? —pregunta Mol.

—¿Qué? —Galileo está sorprendido de que Mol le tutee, pero lo acepta.

—¿Por qué viniste a Argentina a trabajar en este proyecto?

—Ah... Es un programa muy interesante desde el punto de vista científico —dice Galileo, de corrido. Se detiene y después continúa, pensativo—: Mi mujer acababa de morir. Mi hija contrajo una depresión grave, no se recuperaba con ninguna medicación... tenía que hacer algo. Me ofrecieron esto y pensé que un cambio radical la ayudaría a curarse. Después de cuatro años aquí, es una chica tranquila y feliz de nuevo. Ya ni se acuerda de nuestra vida en Lisboa.

Mol observa a Galileo tirado en la hierba. No siente nada en su cuerpo ni en su sangre, a pesar de que es el hombre más atractivo que ha visto en su vida. Benditos inhaladores antihormonales. Pero a pesar de tener anulada su parte animal, quiere que ese hombre tan inteligente, tan bonito, sea suyo. No lo desea, no lo ama. Solo quiere poseerlo.

—Hiciste bien —dice Mol tras un largo silencio.

—¿Y tú por qué viniste?

—Soy una militar entrenada para velar por la seguridad de las misiones exteriores de España. Me destinaron, no tuve elección.

—¿Crees que Valiente nos despedirá por perder un voluntario?

—Estoy segura. Por lo menos a mí.

—La verdad, a mí tampoco me importaría. Yo ya no tengo nada que hacer aquí. España está extrayendo petróleo, rompiendo los tratados internacionales y los mandamientos de la ciencia. Me siento engañado.

—No le cuentes a nadie lo que hemos visto, por favor. Déjame consultarlo primero.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—No sé, dame un par de días. Si es que no nos despiden antes.

—Como quieras, pero obviamente el proyecto científico es una farsa. Yo no me voy a quedar contribuyendo a esta monstruosidad. La ciencia está por encima de todo lo demás. Si no me echan, me voy.



—Seguramente yo también. ¿Nos veremos en España?

Galileo observa a Mol, yaciendo a su lado sobre la hierba. Es hermosa, tiene el pelo cobrizo, la piel muy blanca, aunque ahora mismo está ruborizada. Las perlas en sus orejas brillan bajo el sol. Su cuerpo es ágil y se arquea con gracia dentro de su uniforme. Está seguro de que si no tomara antihormonas le resultaría atractiva. La desnudaría y la penetraría ahí mismo, sobre la hierba. Pero no siente nada, ahora mismo eso sería un ejercicio inútil y nada placentero. Además, él ya estuvo casado. No necesita repetir la experiencia.

—Dudo que nos volvamos a ver en España. No te ofendas, pero quiero olvidar todo esto. Quizá ni siquiera vuelva a España.

Galileo, decidido, se pone de pie.

—¿Volvemos a la base? —dice Mol, incorporándose también.

—Yo no, ya es tarde. Mañana presentaré un informe. Pero ahora me voy a casa. Estoy agotado.

—¿Cómo vas a ir?

Galileo entra en intermind y busca cómo llegar a la granja de los Farfalle desde su ubicación actual.

—Andando. Mi casa no está lejos de aquí, detrás de esa loma. Hasta mañana, comandante.

Galileo echa a andar en dirección contraria a la base. Mol le observa mientras se aleja. Era un sueño muy hermoso: volver juntos a España, hacerse crupieres o prostitutas, vivir una vida tranquila en un complejo turístico de la costa... Podrían haber formado un buen equipo. Pero es obvio que Galileo no quiere y Mol tiene que pensar en sus propios intereses.

## 8

—¿Pero está confirmado?

—No hay duda: los españoles están extrayendo petróleo en la base Elgor.

Cristina González, Presidenta Viuda de Argentina, se queda en silencio. Su expresión es indescifrable y ella lo sabe. Sabe que cuando se queda en silencio nadie puede distinguir si está enfadada, aburrida o pensativa. Ventajas de su implante de segunda piel: no solo le hace aparentar unos cuarenta años —cuando en realidad puede que los doble—, sino que esconde sus emociones bajo una máscara de tersura y neutralidad. Cristina parece una esfinge de

mármol decorando el salón norte de la Casa Rosada. De riguroso luto y con collar de perlas.

—¿Se encuentra bien? —pregunta su asistente, pensando que tarda demasiado en reaccionar.

Cristina lo mira con su expresión de máscara faraónica. La mirada de Nefertiti se posa sobre Cubí Sàntxez: es un gran esbirro, el mejor que ha tenido. Sàntxez la mira, serio, con sus ojos pequeños, tenaces, sobre sus ojeras moradas. ¿Está preocupado? No, pero lo disimula bien, ese pequeño cabezudo excatalán.

—Tengo jaqueca.

—¿Quiere que llame a la doctora Larumbe?

—No es necesario, Cubí. Me dijeron que sería normal después de la operación.

—Ahora que lo menciona, Presidenta Viuda. *El imparcial* recién publicó que usted no tenía un tumor de verdad.

—¿Ah no? ¿Y qué carajo me sacaron de la cabeza entonces? ¿Lo saben esos pelotudos? ¿Lo sabés vos?

Cubí Sàntxez tiembla ligeramente, la Presidenta Viuda parece muy enojada. Cristina lo observa, complacida, le gusta que tiemble de miedo como un pequeño mochuelo. Afloja el tono para que no se cague en los pantalones.

—Disculpame, Cubí. No me encuentro bien. Me disculpás, ¿sí?

—No hay por qué, Presidenta Viuda.

—Volvamos al tema. Los malditos españoles nos la volvieron a hacer, nos volvieron a expoliar por enésima vez en la historia.

—Son despreciables, Presidenta Viuda. A los catalanes también nos robaron todo —sus ojuelos echan chispitas.

—Mañana está prevista mi visita a la base Elgor. Toda la prensa española y argentina estará allí. ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé, Presidenta Viuda —Cubí frunce la boca como un niño repelente y la observa, deleitándose, porque sabe cómo piensa y actúa la Presidenta Viuda y prevé un golpe de efecto de esos que provocan escalofríos en la piel de su minúsculo pene.

—¿Qué haría Cefeká en mi lugar?

—¿Quiere que lo busque en intermind? —salta, como un perrillo faldero.

—No es necesario, Cubí. Lo sé perfectamente. ¿Sabés? A veces pienso que su espíritu vive en mí. ¿Vos creés que yo puedo ser la reencarnación de Cefeká?

Cubí aprieta el culete. Sabe que, aun creyendo en la reencarnación, idea completamente herética y arcaica, eso sería imposible porque Cristina González nació cuando Cefeká aún vivía.

—Sin duda, si la reencarnación fuera un dogma científico, Presidenta Viuda.

—Algún día lo descubrirán, ¿no es cierto? Descubrirán que las personas más importantes del mundo vuelven a la vida con otras formas y entonces será un dogma científico más. Quizá yo fui Cefeká, y Evita, y quién sabe quién más...

—Si eso fuera dogma, absolutamente.

Cristina sonrío, satisfecha, a su esbirro fiel. Le encanta que le dé la razón en las tonterías más inmensas, aun sabiendo que son patrañas. Ella no cree en la reencarnación. Ella es única. Pero le gusta que su asistente le dé la razón, aunque no la tenga. Como todo el mundo sabe, los excatalanes son los mejores esbirros aduladores del mundo, igual que los españoles son los mejores prostitutas... y una manga de chorros y pelotudos.

## 9

Galileo camina por el campo, atrapado en una tormenta mental. No sabe qué va a hacer con su vida, pero tiene claro que no puede continuar en la base Elgor participando en una pantomima. Tiene ambiciones profesionales, es un buen genetista. Pero sabe que tiene poco futuro en España, donde no hay sino invernaderos y casas de putos, y menos si es destituido: se le cerrarán las pocas puertas científicas que existen. De todos modos, Célula tiene que estudiar en la universidad, así que no tendría sentido volver a España, donde hace décadas que cerró la última por no ser rentable.

¿Dónde podrían ir? En Alemania o en los ERUA, Célula podría estudiar, pero ¿cómo conseguiría él un puesto científico sin el apoyo de su país? Tal vez ha llegado el momento de separarse de su pequeña, enviarla a estudiar a una nación desarrollada mientras él va a trabajar en algún país donde le admitan sin muchos remilgos: Texas, Colombia Ecuatorial, Norsudáfrica... Un final decadente para una carrera científica que nunca llegó a despegar.

Conforme se va acercando a la granja, comienzan a verse rebaños de cabrejas y vacallos. Por híbridos como esos, verdaderas revoluciones en el campo de la genética antigua, Galileo decidió estudiar esa rama de la ciencia. Su fe y su respeto por el sacrificio de sus padres hicieron el resto.

Habían cumplido los cuarenta, edad en la que el trabajo de los prostitutas

empieza a decaer. No le dijeron nada. Un día, él tenía quince años, volvió a casa y se encontró con sus cenizas, una beca completa para ir a la universidad y una cápsula de despedida. En ella, sus padres le decían que le querían mucho y que esperaban que fuera un buen hombre de ciencia. Galileo juró entonces que algún día aportaría algo grande al conocimiento científico, pero, sobre todo, que siempre cumpliría con sus preceptos. Se convirtió en un científico ortodoxo.

Gracias a su perfecto francés, le admitieron en la red universitaria de Alemania y le destinaron al campus de Barcelona. Tras muchos años de estudio y esfuerzo, se convirtió en un brillante genetista y, casualidades de la vida, consiguió un trabajo en España. Si se hubiera quedado en Alemania... pero no tenía sentido arrepentirse de lo ya hecho. Había decidido volver a España, grave error: había descendido al circuito de los países de segunda clase. Y ahora parece destinado a entrar en el de los de tercera.

Afortunadamente, Mitocondria, su mujer, se sacrificó por Célula, así que la universidad de la niña está pagada. Si no fuera así, la pobre Célula volvería a España y acabaría de camarera o de peón de invernadero, tal vez ni siquiera llegaría al nivel necesario para ser prostituta.

Galileo atraviesa los mansos rebaños híbridos y llega a la casa de los Farfalle. Tomó una buena decisión: vivir en una granja en vez de en la base como los demás. Necesitaba un entorno tranquilo para su hija. Pero, en realidad, también le beneficiaba a él. Los Farfalle son unos granjeros sencillos y amables y se han convertido en una verdadera familia para ambos. Otra ventaja es que tienen un hijo de la misma edad de Célula, Pitágoras, y así no está tan sola en el colegio. Siempre es agradable tener un compañero presencial además de los virtuales. Los van a echar mucho de menos cuando se marchen.

Le recibe la música de un antiquísimo tango que el padre de familia suele escuchar:

«Jajarai, jajai, jajá, jarajajai, jajai, jojó... Otario, que andás penando sin un motivo mayor, ¿quién te dijo que en la vida todo es mentira, todo es dolor? Si tras la noche más oscura, sale el sol, y de la vida hay que reírse igual que yo... Jajarai, jajai, jajá, jarajajai, jajai, jojó...».

Galileo, mientras abre la puerta, se pregunta qué querrá decir esa canción tan extraña.

—¡Buenas tardes, profesor! —Fibonacci Farfalle le saluda, sonriente, limpiándose las manos con un trapo. Este hombre siempre está cocinando, y lo

hace muy bien. Claro que trabajando en una granja de productos *delicatessen* para ricos, tiene buena materia prima.

Pardo, la mascota de la casa, también le saluda saltando suavemente sobre sus muslos y después frotándose contra sus pantorrillas como suelen hacer los garros. Otra maravilla de la hibridación genética, aunque Galileo prefiera los petos, que son mucho más cariñosos. Pardo ladrulla, moviendo la cola con suavidad, mientras entorna sus ojos.

—¿Cómo le fue el día, profesor?

—Complicado, Fibonacci, complicado...

—Parece que sí. Trae usted la ropa manchada de tierra y tiene una herida en la cara.

—Hemos realizado una investigación en el exterior de la base. Me he caído.

—Pero ¿cómo se le ocurre? Usted no es ratón de campo, profesor, es de laboratorio.

Galileo ríe la broma de Fibonacci.

—Tiene usted razón. Voy a darme un baño.

—Le veo luego en la cena.

Galileo va hacia su habitación, pero antes llama a la puerta de Célula. No contesta. Abre la puerta, el cuarto está vacío. Justo en ese momento, ve pasar a Entropía Paredes por la ventana.

—¡Buenas tardes, profesor! —le saluda la granjera, que viene manchada de barro hasta las rodillas—. Mire cómo vengo, he estado todo el día reparando la valla. ¿Y a usted qué le ha pasado, profesor?

—No se preocupe, no es nada. ¿Sabe dónde está Célula?

—Pitágoras y ella fueron hacia los barrancos del fracking para hacer un trabajo de Historia. Deben de estar volviendo ya.

—Ah, de acuerdo. Gracias, Entropía.

Galileo se queda tranquilo, se despide de la granjera y se mete en su cuarto de baño. Cura la herida de su cara. Newen le ha azotado con una sonda anal. Pero Galileo sabe de memoria la mezcla de bacterias que habitan en su recto, así que tiene el remedio exacto para controlar todo riesgo de infección. Mañana su herida estará curada y seguirá teniendo esa cara perfecta que mujeres y hombres admiran aun sin hormonas. Galileo da gracias a la ciencia por los inhaladores antihormonales: su vida sería un infierno si tuviera que sufrir el acoso sexual que sufrían sus antepasados más atractivos.

Afortunadamente para él, el sexo ya no es una necesidad, es solamente un lujo. Ya no es sino una diversión para los más ricos, profesionalizado

mediante prostitutas como sus difuntos padres. Gracias al avance de la ciencia, se abolió aquella vieja esclavitud de sus antepasados. Ya no existía la urgencia sexual ni el enamoramiento, esas horribles enfermedades de la antigüedad. Los seres humanos se habían liberado de esa animalidad para vivir en la gracia de la ciencia.

Se desnuda, sumerge en la bañera su cuerpo escultural y se dispone a relajarse y a olvidarse de todo. Pero un pensamiento brota en su mente: ¿qué habrá sido de Newen? ¿Habrá sobrevivido?

## 10

—Yo no quiero irme de aquí —dice Célula con firmeza.

—Tu madre se sacrificó por ti para que puedas ir a la universidad. Estás a punto de cumplir quince años... —Galileo se pasea nervioso por su habitación, sin dejar de mirar a su hija. Aún es una niña, delicada, frágil. Ve su pelo rubio platino cayendo sobre sus hombros, su piel como la luna. Es una niña..., pero al mismo tiempo percibe una fuerza interna, una maduración, una mujer asomando en sus músculos vigorosos.

—No quiero ir a la universidad. Quiero vivir aquí.

—¿Vas a dejar que el sacrificio de tu madre se desperdicie? España se quedará con el dinero si no lo utilizas.

—Pues que se lo queden, ¿no están en crisis?

—¡Sagrada ciencia! Si tu madre te oyera.

—Qué bien defiendes a mamá ahora. Pero cuando te divorciaste de ella no te importó lo que pensaba.

—Son cosas complicadas de adultos que tú no puedes entender.

—¿Se sacrificó por mí o se suicidó porque tú la rechazaste como esposa?

Galileo abofetea a Célula. En el manual oficial científico de paternidad, las bofetadas correctivas son obligatorias en estos casos.

—¡No te consiento que digas eso!

—¡Es la verdad! Voy a cumplir quince años: voy a ser mayor de edad y no vas a poder controlar mi vida. Si quiero perder la beca, la perderé. ¡Se la regalaré a tu querida España y no volveré nunca por allá! ¡Es un país de mierda!

Otra bofetada en la otra mejilla.

—¡No digas eso de tu país! Aún no los has cumplido. Te obligaré a irte de

Argentina.

—Volveré cuando los cumpla. ¿No lo entiendes, papá? ¡Yo ya no soy española! ¡Soy argentina, amo estos campos, esta granja, no quiero irme de aquí! ¡Prefiero tirarme por el acantilado! —Célula rompe a llorar.

Galileo intenta abrazarla, Célula se zafa. Galileo insiste hasta que ella acepta el abrazo de su padre y se desahoga apoyada en su pecho.

¡La adolescencia! Por sus peculiaridades biológicas, la antihormonación no resulta perfecta hasta que termina el desarrollo sexual completo. Por eso a veces se enfadan y lloran. Para un padre, consolar a una hija adolescente es como limpiarle el culo cuando es un bebé.

—Yo solo quiero lo mejor para ti, Célula —susurra.

—Sabes que odio ese nombre. Llámame Lulú.

—Está bien, Lulú, mi niña...

—¿Pero por qué quieres irte de pronto? Estamos bien aquí —balbucea Célula, entre sollozos.

—No puedo decírtelo todavía. Pero creo que, lo quiera o no, voy a tener que irme. Entiendo que te guste este lugar, a mí también. Los Farfalle son como nuestra familia. Pero tú tienes que pensar en tu futuro y yo necesito trabajar... y me temo que aquí estoy a punto de terminar.

Célula se separa de su padre, cabizbaja.

—¿No puedes trabajar en la granja? Hay trabajo de sobra.

—Soy científico, no granjero. Y que no te vuelva a oír decir que eres argentina. Tú eres española, como yo. Vamos a rezar juntos, pidamos a la ciencia que nos ayude a encontrar el camino de la razón.

Célula se pone roja y estalla.

—¡No! Yo no quiero que la ciencia me ayude a nada. ¡No creo en la ciencia!

Galileo se queda estupefacto, escandalizado. Célula se marcha, temblando de rabia. Galileo se sienta en la cama.

No entiende qué le pasa a su hija, pero este ha sido el colofón de un día nefasto. Busca en su mesilla un pequeño inhalador que guarda especialmente para este tipo de momentos: no quiere dormirse preocupado, prefiere pensar que todo se solucionará mañana... y, con una sola inhalación, lo consigue. La combinación química es absorbida por sus mucosas y llega rápidamente a su cerebro. Se relaja y se tumba, confiado, optimista en diez segundos, lo que tarda en llegar el combinado hormonal a su corazón y, desde ahí, repartirse por todo su cuerpo. Galileo piensa que mañana será un día mejor.

Ignora que dos ojos negros, que hoy le han impresionado fuertemente, le

escudriñan desde su ventana. Newen lleva un rato mirando a Galileo: ha visto toda su discusión con Célula. Se apoya en la pared de la casa de los Farfalle, muy debilitado. Ha perdido mucha sangre.

Un mugido lejano le sobresalta. Newen se da la vuelta y camina hacia él. La noche es clara, aunque las abigarradas nubes azules no permiten que sea una de esas pintorescas noches blancas del extremo sur.

No lejos de la casa, encuentra un corral con algunos vacallos. Uno de ellos asoma su cabeza alargada por los tablones. Newen acaricia sus orejas y sus cuernos. Ve que es una hembra.

—Linda... —le susurra.

La vacalla apoya su corpachón en las tablas y Newen sigue acariciándola: el cuello, la espalda, los cuartos traseros... Se agacha y encuentra las ubres del animal. Sin ninguna resistencia por parte de su nueva amiga, Newen ordeña las ubres directamente en su boca y bebe.

## 11

Galileo abre los ojos, no sabe qué hora es. A pesar de su inhalado optimismo, ha dormido fatal, apenas ha pegado ojo en toda la noche. A veces las hormonas fallan y el cuerpo humano segrega, tozudo, sustancias que desafían a la ciencia. Consulta la hora en intermind, es más tarde de lo que creía, debe darse prisa. Inhala su combinación hormonal personal diaria, se toma un preparado nutricional —no hay tiempo de desayunar, ¡ese lujo que solo desde que vive en la granja hace de vez en cuando!—, se asea y se viste. Debe marcharse inmediatamente a trabajar, pero antes quiere hablar con Célula.

Llama a la puerta de su habitación, pero no obtiene respuesta. Abre la puerta, la habitación está vacía. Parece que la chica se ha levantado temprano. Se va a ir, pero algo llama su atención. Sobre la mesa, ve unos papeles. Se acerca y descubre que son dibujos, hechos a mano, con pinturas de colores. ¿Por qué su hija se dedica a hacer dibujos en papel, como si vivieran en el siglo XX? Galileo repasa los dibujos de estilo *milenial*: imágenes de la pampa, animales de la granja, Pitágoras...



Galileo está preocupado, puede deducir que a Célula le pasa algo, pero no puede imaginar qué. En unos meses su hija será mayor de edad y no podrá controlarla. Nunca hasta ahora lo ha hecho, pero Galileo cree que su deber como padre en este preciso momento es entrar en el intermind de Célula y espiarla.

Galileo desbloquea mentalmente el código de control paterno y busca entre la maraña infinita de datos. No hay nada relevante esa mañana, pero, cuando bucea entre la información que Célula consultó ayer, encuentra mapas de los Andes, rutas poco vigiladas hacia Chile del Sur, ¡sistemas anticonceptivos anteriores a la era de la asexualización!

Galileo empieza a sudar por la frente —mala señal—, mientras busca frenético en los registros médicos de su hija. El nivel de hormonas de Célula es casi el de una adolescente salvaje. No puede ser, es como si estuviera sin medicar... Busca en el historial de medicaciones: lleva días sin utilizar el inhalador.

Galileo, horrorizado, llega a una conclusión científica: su hija ha dejado de tomar las hormonas y, por tanto, corre el grave peligro de enamorarse. ¿O es que ya lo está y eso explica su comportamiento? ¡Una lacra de la antigüedad erradicada por la ciencia y su propia hija, la hija de un científico, ha contraído el mal: está enferma de amor, la lepra del siglo XX, la lacra *milennial*! El dibujo de Pitágoras parece mirarle desde la mesa y termina de desvelar el misterio. ¡Claro! ¿De quién si no?

En ese preciso momento, Célula entra en su habitación, ve la expresión de su padre, el dibujo sobre la mesa e intuye inmediatamente todo lo que ha descubierto su padre.

—¿Por qué lo has hecho? —Galileo está decepcionado.

—¿Tú amabas a mamá? —le dispara Célula, decidida.

—¡Claro que no!

—¡Ella sí te amaba!

—Tu madre estaba enferma. El amor es una enfermedad, hija.

—¡No lo es! ¡La ciencia lo ha prohibido porque es demasiado poderoso! Pero no es una enfermedad, nunca lo fue.

—¡Baja la voz, que nadie te oiga decir eso!

—Me das pena. Tú nunca has amado, nunca has sido feliz. Tu matrimonio fue un fracaso y crees que yo también fracasaré, pero no es verdad. Yo seré feliz, y tú no puedes soportar esa idea.

—Ojalá tuvieras razón, Lulú, pero sé que es imposible. Cásate por

compatibilidad, amparada en la razón, como todo el mundo. Cásate con Pitágoras si quieres, pero no por amor. Toma ahora mismo tu inhalador.

Galileo le tiende el instrumento a Célula y esta, sin pensárselo, lo tira al suelo de un manotazo.

—¿Quieres que termine como mamá? —le dice con crueldad.

Pero Galileo no tiene tiempo de responder. Su intermind le muestra un aviso urgente. Su director le necesita en la base dentro de diez minutos. Le convoca a una reunión urgente, previa a la visita de la Presidenta Viuda. Es algo importante. Galileo llama a un dron por intermind.

—Hija, debo irme. Pero tenemos que hablar. Creo que entiendo lo que te pasa. Por favor, no hagas ninguna tontería hasta que hablemos. No eres consciente de que corres un grave peligro.

—¡El que no eres consciente de la realidad eres tú! ¡Vives como si estuvieras muerto!

Galileo no tiene tiempo para escuchar lo que le grita su hija, sale corriendo de la granja hacia la base. Pronto ve llegar al dron, buscándole. Se detiene y el vehículo le localiza. El dron se posa en la carretera desierta. Galileo se sube y las aspas comienzan a moverse vertiginosamente, llevándole hacia la base Elgor, que brilla a lo lejos en lo alto del acantilado.

## 12

—¿Por qué dejó escapar usted a un voluntario? —la aguda y oscilante voz de Valiente combina perfectamente con sus ojos desorbitados de sapo.

—Yo no le dejé escapar —Galileo respira, tratando de mantener el tono sereno y no perder la paciencia.

—Eso no es lo que dice el informe de la comandante Pijuán.

Galileo recibe en su intermind, no sin cierta repugnancia, la onda mental de Valiente que le muestra el citado informe y le subraya las frases que le incriminan.

—Ella no estaba presente cuando escapó. Se basa en sus deducciones, pero no tiene pruebas. Le juro por la ciencia que yo no dejé marchar al voluntario.

—Es muy fácil jurar por la ciencia y decir lo que le conviene —dice Valiente, levantando una de sus cejas triangulares.

—Sí, es muy fácil hacer eso si no se cree de verdad en la ciencia. Pero yo tengo una fe profunda y auténtica desde mi niñez. Si le juro que fue así, puede creer que digo la verdad: no lo dejé escapar.

Valiente frunce sus labios de rana. No le gusta Galileo ni tampoco sus insinuaciones.

—Bueno, supongamos que me creo que se le escapó. ¿Cómo explica usted sus repetidos intentos y estrategias para retrasar a la comandante Pijuán y evitar así que lograra detener al voluntario?

—No sé a qué se refiere.

La repulsiva onda mental de Valiente, como un dedo blanquecino y sudoroso, señala frases en el informe de Mol Pijuán. La comandante le ha traicionado por completo, le ha echado la culpa de la fuga de Newen, tergiversando todo lo que sucedió ayer.

—Me temo que la comandante Pijuán tiene una percepción diferente de los hechos.

—¿Está insinuando que miente? —la voz de Valiente se rasga en un tono pitudo, como si acabaran de castrarle.

—Yo no he dicho...

—¡Una comandante del ejército español nunca miente! —vocifera la pequeña rana histérica, poniéndose de pie, revelando su corta estatura y su enclenque constitución, ridícula tras la mesa de escritorio. Seguramente sus padres cometieron el error de seguir la moda de la fecundación natural que triunfó entre la clase alta hace años. La selección genética les parecía vulgar. Pero ahí estaba Galileo para demostrar su error, el típico español rubio, fornido y atlético, frente a Valiente, un sapete viscoso de caderas débiles y piel macilenta. Un ser tan despreciable...

—¡Un científico siempre dice la verdad! —estalla Galileo.

—¡Usted pone la ciencia por encima de España!

—Eso no es solo un insulto: es una blasfemia y usted lo sabría si fuera un buen creyente y un auténtico patriota. ¡La ciencia es como un rayo de luz que, al llegar a nuestro planeta, por medio de la difracción, se divide en todas las patrias científicas que existen, de modo que la patria y la ciencia son una y múltiple, como el universo! ¿O es que no cree usted en el dogma de la difracción!

Valiente se queda callado, calmado de repente. Se sienta tras su mesa y sonrío, malicioso.

—Ahora ya puedo abrirle un expediente por atentado a la autoridad. Insinuar herejía en un superior... qué feo. Muchas gracias, profesor Alcázar. Lo añadiré a su sospechoso episodio con el voluntario y pronto podré dejar de ver su estúpida cara clónica.

—No es clónica, es eugenésica. Y me parece perfecto no volver a ver su cara de batracio, señor.

—¿Qué es batracio?

—Una rana... Una mucilaginoso, estúpida e irritante rana. Pero su ignorancia no es lo importante ahora, señor Valiente. Lo importante es el informe que debo presentar ante las autoridades científicas, cumpliendo con las obligaciones de mi profesión. En él, explicaré qué pasó ayer con el voluntario desaparecido, cuál fue la verdadera actitud de la comandante Pijuán, cómo se ha comportado usted blasfemando contra la ciencia y no aplicando su método y, lo que es más importante, explicaré lo que la comandante Pijuán y yo descubrimos en el interior de esta base y que ella ha ocultado en su informe. Y dejemos que un juicio decida quién es más traidor a su patria.

Valiente se queda petrificado y se agarra a la mesa con sus pequeñas manos sudorosas. A pesar de ser delgado, tiene una desagradable papada pálida bajo su chata barbilla. Galileo le ve tragar saliva a través del papo y siente la promesa de una náusea.

—¿Qué vio usted?

—Lo sabe perfectamente.

—¿Es usted de verdad un patriota, profesor Alcázar?

—Tanto que me niego a que mi patria se vea ofendida y manchada por las turbias maniobras de un grupo de funcionarios corruptos, y así lo voy a denunciar.

Los ojos de Valiente se estrechan y le miran con un odio profundo. Pero un aviso mental interrumpe la situación: la Presidenta Viuda de Argentina acaba de llegar a la base Elgor y deben acudir a recibirla.

## 13

—Mi padre lo sabe todo.

—Tenemos que fugarnos —a Pitágoras le brillan los ojos, decidido—. No pienso dejar que te aparte de mí.

—Ni yo. Pero hay otra solución: contárselo a tus padres.

—Estás loca, Lulú. Ellos tampoco lo van a entender.

—¿Qué es lo que no vamos a entender?

La voz de Entropía Paredes rebota en los muros del cobertizo. Célula y

Pitágoras se quedan quietos, boquiabiertos, mientras la puerta de madera se abre y ven entrar a los Farfalle-Paredes.

—¡Nos espieron! —grita Pitágoras con indignación.

—Dejate de actuaciones, hijo, que no somos pelotudos.

—¿Qué es lo que no vamos a entender? —repite Entropía Paredes, exactamente en el mismo tono que la primera vez.

Célula manda callar a Pitágoras y lo cuenta todo: que son neonaturales, que han dejado de tomar hormonas, que se han enamorado... Entropía agarra a su hijo por los hombros y lo zarandea.

—¿Qué hiciste, loco? ¿No ves que nos pueden quitar la granja por esto?

—¡Nos meterán en la cárcel a todos! —añade su padre.

Pitágoras se echa a llorar y busca con la mirada a Célula.

—Te dije que no iban a entenderlo...

Célula le ve llorar, pero se aguanta las ganas. Tiene que ser fuerte por los dos.

—Señora Paredes, en ningún momento quisimos perjudicarles.

—Pero no lo pensaron, ¿a que no? Solo pensaron: «qué lindo ser neonatural». Pues no es lindo, ¿me oyen? ¡Si las autoridades tienen la más mínima sospecha de que en esta granja hay neonaturales, nos la quitarán y nos llevarán a todos a un centro de reeducación! Fibonacci, andate ahora mismo a buscar los inhaladores.

El señor Farfalle sale del cobertizo y corre hacia la casa. Célula y Pitágoras se miran, desesperados.

—Lo siento, señora Paredes —Lulú coge una pala y le da con todas sus fuerzas en la cabeza.

—¿Qué hacés? —Pitágoras se lanza sobre su madre, ya inconsciente.

—¿Respira? —pregunta Célula, decidida.

—Sí... Pero, Lulú, ¡casi la matás!

Célula lo agarra del brazo y lo levanta.

—Vamos. Tenemos que huir antes de que vuelva tu padre.

Pitágoras sonrío: es lo que él deseaba. No importa que su madre esté tirada en el suelo. No importa que las autoridades puedan embargar la granja. En ese momento solo importan Lulú y él. El chico corre a desatar dos vacallas. Célula y Pitágoras se montan ágilmente en ellas y parten al galope, atravesando los rebaños que se apartan, asustados. Fibonacci sale corriendo de la casa al oírlos, pero ya solo puede ver cómo se alejan por la pampa interminable.

## 14

Los trabajadores de la base Elgor salen de todos los pasillos y despachos, como hormigas, dirigiéndose disciplinadamente hacia la sala de convenciones, donde Su Excelencia la Presidenta Viuda de Argentina va a dar su discurso. Galileo se apresura, tratando de adelantar a sus compañeros. Cuando entra en la sala, ya hay alrededor de doscientas personas, entre científicos, militares, funcionarios, argentinos y españoles, ocupando sus asientos para escuchar a la Presidenta Viuda.

Galileo avanza hasta la primera fila, escudriña el patio de butacas, busca a alguien entre el público. Encuentra a Mol sentada hacia la mitad de la sala y corre hacia ella. La comandante Pijuán se levanta de su asiento, con una media sonrisa poco convincente.

—¿Por qué has mentido? —le dice Galileo sin más preámbulo.

A Mol se le cae la sonrisa hipócrita de la cara.

—Vamos fuera —hace una seña a Galileo y salen a un pasillo.

—Me dijiste que te querías ir de la base, Galileo. Yo no tengo adónde ir.

—Eso no es un motivo para mentir y acusarme de dejar escapar al voluntario.

—Sé sincero contigo mismo, Galileo. No sé por qué razón, pero tú le dejaste escapar.

—Estaba sufriendo mucho. Tú querías sacrificarlo. Él solo quería morir con su familia.

—Había firmado un contrato.

—Voy a enviar un informe al Consejo de Sumos Científicos. Esos contratos no son justos, no son humanos.

—¿Humanos? ¡Son indígenas, Galileo! No solo eso: ¡son pobres!

—¡Pero son seres vivos y no merecen sufrir!

—Para eso está la medicación y, en último lugar, el sacrificio, Galileo. Todo lo que estás diciendo suena sospechosamente neonatural. Voy a verme obligada a informar también de eso.

—Yo voy a informar sobre tus mentiras. Porque no es cierto que yo te impedí que capturaras al voluntario. Y lo que es más grave aún: ¿por qué no informaste sobre el petróleo?

—Escucha, Galileo. Esto no tiene por qué ser así. Podemos llegar a un

acuerdo.

—Me has traicionado. Eres una mentirosa. No confío en ningún acuerdo contigo.

Mol le mira, con ojos empequeñecidos por el odio y el despecho. Un funcionario aparece en el pasillo.

—Tienen que entrar al auditorio, la Presidenta Viuda ya llegó.

Mol y Galileo se lanzan una última mirada llena de mutuo rencor y entran en la sala. Cuando Galileo atraviesa la puerta, se queda cegado por los focos. La Presidenta Viuda de Argentina está en el escenario, iluminada, hablando.

—Mi visita a la base hispano-argentina Elgor estaba prevista en mi agenda desde hacía meses...

Cristina González lee mentalmente su discurso, pulcramente preparado. El trabajo sucio lo ha realizado su fiel esbirro Cubí Sàntxez, pero las notas de genialidad las ha añadido ella en secreto. Solo Cristina González, Presidenta Viuda de Argentina, sabe lo que va a decir en ese momento histórico.

Hace una pausa dramática y mira a la concurrencia con sus enormes ojos negros. Todo el mundo la observa. Hay algunos que disimulan su aburrimiento, otros están entusiasmados con su presencia. Todos se van a quedar pasmados cuando escuchen lo que sigue en su discurso. Incluido Galileo, que observa con interés a la Presidenta Viuda, fascinado por su imagen poderosa, por su vestido negro, su collar de perlas, su piel marfileña, brillante como si una luz especial emanara de ella.

—Pero recién ayer recibí la confirmación de un informe secreto que llegó a mis manos hace días y que quise comprobar antes de hacer público. Es mi deber revelarles su contenido y las medidas que, en consecuencia, el gobierno que presido se ve obligado a tomar.

Se empiezan a escuchar rumores entre el público. Hay también caras desencajadas, como la de Valiente. Galileo está conteniendo el aliento.

—En esta base no solo se investiga para optimizar la generación de energía a partir de bacterias. Sin contar con el conocimiento del gobierno de Argentina, traicionando nuestra confianza, España ha explotado los yacimientos de combustibles fósiles que se encuentran bajo esta roca y se extienden a lo largo de kilómetros a la redonda bajo el océano. Aprovechando las viejas infraestructuras de la base Elgor, los españoles han extraído petróleo y gas argentino durante meses.

Los rumores, las miradas, los gestos congestionados ya son generales. Valiente, Pijuán y otros miembros de la misión española se miran, muy serios,

incapaces de disimular su inquietud o su culpabilidad. La mayoría de los científicos, en cambio, son todo extrañeza y sorpresa. Todos menos Galileo, que sigue concentrado en el rostro de Cristina, con una mezcla de admiración y ansiedad.

—Estos combustibles no solamente pertenecen a nuestro pueblo, sino que son intocables según la moratoria que el Nuevo Orden de Naciones acordó tras la Tercera Guerra Mundial, con el fin de preservar el ecosistema y la paz del planeta. España ha roto esta moratoria internacional, ha expoliado en secreto al pueblo argentino y ha puesto en peligro la paz y la estabilidad mundial. Por todo ello, como primera medida, decreto el fin de la colaboración hispano-argentina y la expulsión de nuestro país de los miembros de la misión española con carácter inmediato.

Se hace el silencio en la sala. Los argentinos no dan crédito a lo que acaban de oír. Los españoles dejan súbitamente de hablar entre ellos. Esto es más serio de lo que pensaban. De pronto, algo rompe ese tenso silencio. Son unos aplausos. Galileo está aplaudiendo a la Presidenta Viuda. Mol y Valiente le miran, escandalizados y llenos de odio. Cristina se pregunta quién es ese científico apolíneo que le aplaude tan espontáneamente. El aplauso solitario de Galileo dura solamente un instante. Pronto, el resto de miembros argentinos de la base Elgor se suman y aplauden a rabiar a su Presidenta Viuda.

Valiente grita con su voz aguda y quebradiza, intentando imponerse sobre los aplausos:

—¡A la sala de reuniones!

Los españoles siguen a Valiente como un rebaño de ratas amedrentadas y abandonan en masa el auditorio. Todos menos Galileo, que sigue aplaudiendo a la Presidenta Viuda y siente su mirada clavada solamente en él.

Cristina saluda y sonrío al público que le aplaude, pero, cuando fija la mirada, lo hace en Galileo. Hay algo en él que le intriga. Envía un mensaje mental a Cubí:

«Averiguá quién es el tipo que se puso a aplaudir».

El esbirro pregunta a sus enlaces en la base, sentados a su lado entre el público. Los aplausos continúan y en unos segundos llega la respuesta:

«Es un científico español».

Cristina vuelve a fijar la vista en él. No se ha marchado con los demás españoles.

«Que no se vaya, ¿oíste? Quiero hablar con él».

Cubí Sàntxez envía la orden al equipo de seguridad de la Presidenta Viuda.



En cuestión de segundos, un soldado enorme, alto, fuerte y de mandíbula tan cuadrada como sus hombros se acerca a Galileo y le dice:

—Venga conmigo. La Presidenta Viuda quiere hablar con usted.

Antes de que pueda reaccionar, el soldado aprisiona el brazo izquierdo de Galileo con una de sus manazas gigantescas y lo conduce fuera de la sala. Mol observa la operación asomada tras una de las puertas laterales. Sus pupilas se estrechan verticalmente, como las de una serpiente observando a su presa.

## 15

Célula y Pitágoras galopan rápidamente, alejándose de la granja hacia las montañas. Ignoran el bombardeo de mensajes de intermind de los padres de Pitágoras y del colegio: están faltando a clase y saltan las alarmas automáticas.

«No los escuches, amor, ahora mismo solo tenemos que huir, llegar hasta los Andes, donde no llegue la señal de intermind. Ya tendremos tiempo de encontrar a los neonaturales».

Nadie sabe realmente dónde tienen instaladas sus comunidades, en el dudoso límite entre Argentina, Chile del Sur y la Nación Tehuelche. Es una zona perdida, olvidada, el único lugar donde les permiten ser libres, según han podido averiguar descifrando mensajes encriptados en los rincones más clandestinos de intermind.

Progresivamente, a medida que el terreno se va elevando y llenando de vegetación, la onda de intermind pierde fuerza. Pitágoras y Célula están excitados por la huida, embriagados por el aire puro de los Andes patagónicos que les llega en ráfagas perfumadas: el aroma de la libertad.

—¡Estamos acercándonos! —grita Célula, alborozada, con la cara enrojecida, su pelo rubio al viento.

—¡Somos libres! —grita Pitágoras, con una enorme sonrisa.

Acaban de dejar atrás la última vaguada donde llega la señal de intermind. Sus mentes están tranquilas, silenciosas, como el llano que queda a sus pies.

—Desnudémonos.

Célula lleva tiempo deseando ese momento: el comienzo de su vida neonatural. Frenan sus vacallas.

—Puede ser peligroso, Lulú.

—¿Tienes miedo?

—Solo quiero ser prudente.

Célula mira sus ojos negros y siente que todo está bien, que nada malo le puede pasar mientras pueda perderse en esa noche cálida y hermosa. Pitágoras sonríe y baja de su vacalla. Célula salta, riendo. Ambos desabrochan sus monos, despreocupados, inocentes. Célula recorre con su mirada el cuerpo moreno y musculoso de Pitágoras y una oleada de deseo estremece su vientre, erizando su piel. Pitágoras ostenta una formidable erección.

—No sé por qué será, pero cada vez me gusta más cuando se te pone dura —Célula estalla en carcajadas de felicidad: Pitágoras es suyo, están desnudos, ¡son libres!

Célula monta de nuevo en su vacalla y le lanza una mirada por encima del hombro, incitante. Pitágoras la ve, sentada a horcajadas sobre el animal, piel con piel, sus largas piernas abrazando el hinchado vientre palpitante, sus nalgas posadas con rotundidad sobre la grupa. Ata su vacalla a la de Célula y, de un salto, se sube y se abraza fuertemente a su rubia.

Célula hace caminar a la vacalla, monte arriba. Con cada paso que dan, la erección de Pitágoras rebota firme entre sus nalgas. A Pitágoras se le escapan las manos por todas partes, pero cada vez con más frecuencia en los pezones abultados de Célula. Ella detiene la vacalla en un repecho de la subida y gira el cuello para ofrecer sus labios encarnados a Pitágoras, que los devora con su boca morena. Pitágoras agarra a Célula por la cintura, la ayuda a levantarse unos centímetros de la grupa y le da la vuelta rápidamente. Célula está frente a Pitágoras, hipnotizada por sus ojos, sonrojada por su calor, rozándose con su pecho, aproximándose lenta y deliciosamente a su miembro. Quiere que la penetre ahí mismo, subidos en la vacalla.

Un profundo y nervioso mugido del animal les sobresalta. Pitágoras ve algo varios metros por delante, en una curva del camino. Es una vacalla con un cuerpo humano inanimado tendido sobre su lomo. Célula se gira y también lo ve. Interroga a Pitágoras con la mirada. Pitágoras le hace una seña con la barbilla. Descienden de la vacalla. Se ponen los monos hasta la cintura, atando las mangas alrededor de su abdomen y se acercan hasta la enigmática figura.

Cuando llegan a su lado, la vacalla les recibe con un mugido de alegría, mueve nerviosa sus patas delanteras y lame a sus hermanas.

—Esta vacalla es nuestra —dice Pitágoras, asombrado.

Sobre su espalda hay un hombre que respira con dificultad, las piernas colgando, la cabeza ladeada. Se agarra con las manos a la montura para no caer.

—¿Quién es usted? —pregunta Célula.  
—Soy Newen Inalef.  
—¿Dónde consiguió esa vacalla? —Pitágoras desconfía.  
—En su granja. Se la devolveré, tenía que darme prisa, estoy muy enfermo.  
—¿Qué le sucede? —pregunta Célula.  
—Ayúdenme, por favor —musita Newen—. Tengo que llegar hasta mi poblado antes de que sea tarde. Allí pueden curarme.  
—¿Su poblado?  
—No está lejos. Soy tehuelche. Por favor, ayúdenme. Es por ahí —señala con una mano temblorosa hacia un pequeño sendero que se interna entre unos árboles a la derecha del camino principal.  
—Le ayudo a sentarse —propone Pitágoras.  
—¡No! —suspira Newen—. No puedo sentarme. Los malditos blancos me rompieron el orto.  
—¿Qué es el orto? —Célula pregunta a Pitágoras con ingenuidad.  
—El ano, rubia.  
—Ataremos su vacalla a las nuestras y le remolcaremos —dice Célula.  
Pitágoras asiente. Atan las vacallas. Célula saca un recipiente de sus alforjas y ordeña a una de ellas. Ofrece la leche a Newen, que bebe lentamente. Cuando termina, sonrío y mira a Célula.  
—Es usted una buena blanca, como su padre.  
—¿Conoce a mi padre? —Célula se queda boquiabierta.  
—Es una larga historia. Se la contaré si sobrevivo.  
—Démonos prisa —dice Célula montando en su vacalla.  
La expedición echa a andar monte arriba, entrando por el sendero abierto en la espesura.

## 16

—¿Por qué aplaudió?  
La Presidenta Viuda de Argentina está parada frente a Galileo, escultural, mayestática. Galileo la contempla, impactado, como si fuera una aparición sobrenatural. Su vestido negro, como su pelo, sus ojos de azabache contrastan con la palidez de su piel tersa y el brillo de nácar de su collar de perlas. Su expresión es firme y severa, Galileo se siente intimidado por su presencia. También ayuda que justo detrás de ella esté plantado el gigantesco miembro de

su equipo de seguridad, escoltándola.

—¿Por qué lo hizo? Conteste.

—Porque estoy de acuerdo con su decisión, señora Presidenta Viuda.

—¿Y cómo? Usted es español.

—Sí, pero antes soy científico. No quiero estar trabajando en un lugar donde no se cumplen los preceptos de la ciencia. La misión española me ha decepcionado.

—¿En serio? —Cristina esboza una sonrisa sarcástica.

—¿No me cree?

—¿No piensa usted que su reacción es un tanto... súbita? ¿No debería estar usted desconcertado al escuchar la noticia? ¿O es que usted ya lo sabía?

—Lo supe ayer.

—¿Cómo?

—Tuve que ir en busca de un voluntario fugado. Persiguiéndole, por casualidad, llegué a la planta secreta donde extraen los combustibles fósiles.

—¿Qué coincidencia! Precisamente ayer.

—Sé que suena increíble, Presidenta Viuda, pero le aseguro que es la verdad. Esta misma mañana me han amenazado con despedirme si lo contaba. Yo estaba dispuesto a presentar un informe ante el Consejo de Sumos Científicos. Sé que después no podría volver a España, no me importa. Los principios de la ciencia son lo más sagrado para mí.

—Su fe es conmovedora —dice Cristina en un tono que no permite adivinar si es un elogio o puro sarcasmo—, pero sigo pensando que, siendo español, tal vez no debería haberme aplaudido. No obstante, se lo agradezco.

Cristina abre sus labios en una sonrisa vaga, diplomática y se da la vuelta para salir de la habitación. El miembro de su equipo de seguridad le abre la puerta. Justo cuando está cruzando el umbral, la Presidenta Viuda se detiene y se gira hasta quedar de perfil, en contraluz, como una sombra chinesca.

—Cuídese, profesor.

Galileo la ve marcharse, seguida por el gorila. La puerta se cierra con un golpe sordo. Galileo reacciona, se levanta e intenta abrirla, pero está bloqueada.

—¡Oigan! ¡Ábranme! —Galileo grita y aporrea la puerta.

Al otro lado, el gorila sujeta la puerta con una mano mientras escucha a la Presidenta Viuda.

—Investíguenlo —junto a ella, Cubí Sàntxez toma nota mentalmente—. Llévelo a un lugar seguro. No lo dejen marcharse hasta nueva orden.

Cristina echa a andar por el pasillo, seguida de su esbirro. Cubí manda un mensaje mental al gorila: «alférez Ayanz, conduzca al detenido a la planta quinta y enciérrelo en un calabozo. Aquí tiene el mapa de la base».

Ayanz abre de golpe la puerta y toma a Galileo por el brazo.

—Sígame.

Galileo no puede resistirse, la mano de Ayanz es como una tenaza.

—¿Adónde me lleva? ¡No he hecho nada!

—No me haga taparle la boca —Ayanz tiene una mirada azul, dura, muy convincente—. Es algo que siempre quise hacer, taparle la boca a un español, ¿me hará el favor?

Galileo no contesta: empieza a tener miedo, parece que se ha metido en un lío. El alférez Ayanz le conduce hasta el fondo del pasillo, abre una de las puertas metálicas y le mete en un ascensor que Galileo no había visto nunca. Probablemente forma parte de la base militar y conduce a alguno de los pisos inferiores que entrevió cuando perseguía a Newen. Galileo intenta comunicarse, pero la conexión de intermind comienza a ser entrecortada. Antes de que se pierda definitivamente, envía un mensaje con su posición a Célula.

«Hija, estoy bien, pero no sé cuándo podré volver...».

No puede continuar, la señal de intermind se pierde definitivamente. El ascensor se para. Salen a un pasillo excavado en roca, con varias puertas de hormigón. Galileo lo recuerda de su persecución a Newen. Ayanz abre una de las puertas y le empuja dentro.

—Ahora puede hablar todo lo que quiera. No se olvide de incluir muchas palabras con «ce» —dice Ayanz, ceceando. Esboza una sonrisa cruel y cierra la puerta, dejando solo a su prisionero.

Galileo mira a su alrededor. Está encerrado en una celda excavada en la roca. Probablemente sea parte de la instalación militar de la Tercera Guerra Mundial sobre la que construyeron la base científica, varios pisos dentro del acantilado, tan profundo que la señal de intermind no puede llegar.

¿Por qué aplaudió a la Presidenta Viuda? No lo pensó, fue algo espontáneo. Después de toda la tensión vivida por el descubrimiento del fraude de la misión y la deslealtad de Pijuán, el anuncio de la Presidenta Viuda fue refrescante para Galileo. Por fin sentía que se tomaba una decisión justa, que se ponía en orden el caos de las últimas horas. Pero ahora que lo analiza, desde el punto de vista español, su comportamiento se puede ver como una traición. Desde el argentino, como una conducta sospechosa. Galileo solo

quiere que se aclare todo, salir de ahí, hablar con Célula y emprender el viaje hacia otro país donde puedan comenzar una nueva vida.

Las paredes de roca, testigos de antiguas reclusiones, imponen respeto. Galileo siente el peso del acantilado sobre su cabeza. Ha perdido su trabajo definitivamente. Seguramente no pueda volver jamás a España. Su hija está enferma, desamparada. Galileo necesita que suceda algo, un evento azaroso que reordene el sistema caótico en el que se encuentra inmerso y lo haga evolucionar en un sentido favorable. Solo puede hacer una cosa: se arrodilla y reza.

*Multiverso, te rogamos.  
Convierte el caos en orden;  
lo posible, en necesario.  
Varía el estado cuántico,  
introduce una variable,  
genera un universo paralelo  
apacible y favorable.  
Infinito multiverso,  
en tu multiplicidad confiamos.*

## 17

—¡Calma, calma! —grita Valiente con su voz desafinada.

Los españoles se agolpan en una sala de reuniones, alarmados, hablando todos al mismo tiempo.

—¡Callaros, joder! —la rana consigue un poco de atención—. Podéis estar tranquilos. Estamos esperando instrucciones desde España. El gobierno de nuestra nación sabrá cómo afrontar este problema.

Un murmullo de desconfianza vuelve a extenderse entre los presentes. Mol Pijuán entra corriendo y se acerca a Valiente.

—Acabo de ver al profesor Alcázar yéndose con los argentinos —le susurra al oído.

—¿Cómo? —intenta susurrar, pero le sale un silbido como el de una tetera.

—Se ha ido con ellos.

—¡Lo sabía! Es un traidor. Seguro que fue él quien se lo contó. Teníamos a un maldito espía en el equipo y no nos habíamos dado cuenta.

—Que lo contara a los argentinos no lo puedo descartar. Pero no creo que fuera un espía, señor director.

—¿No lo cree? Ayer permitió que Alcázar dejara escapar a un voluntario y hoy descubrimos que puede ser un espía ¡y usted no lo detectó! Me voy a ver obligado a informar sobre su deficiente labor, comandante Pijuán.

Un aviso de intermind le interrumpe. El primer ministro de España va a difundir un mensaje público. Todos callan, expectantes, sintonizando con el canal en intermind.

Marañón Morey está de pie junto a la bandera de España, la espalda recta, las manos agarradas a los bordes de un atril, torpemente, como si fuera a caerse. Es su puesta en escena para los momentos solemnes. Su pelo es escaso, feo y parece sucio. Su barba salpimentada intenta tapar los accidentes de un rostro poco agraciado. Abre su boca torcida y comienza a leer su discurso.

Mientras, en otro lugar de la base, la Presidenta Viuda argentina también sigue atentamente la señal del gobierno español: «Qué mal orador es Morey. Es tan obvio que lee lo que está diciendo. ¿No había ningún otro español que supiera fingir mejor? Pero, claro, ¿qué se puede esperar de un país donde artes como el teatro, el cine, la danza se dejaron de practicar hace décadas? Manga de boludos».

—Es por eso que esta agresión inesperada...

«¿Quién fue el rehijo de puta que le escribió ese discurso lleno de eses, sabiendo que el pobre retrasado no las puede pronunciar? ¡Si parece que sorbe una sopa caliente! Y cuánto tarda en llegar al meollo. ¡Dale, viejo!».

—Por lo tanto, procederemos a la evacuación inmediata de los españoles destinados en la base Elgor...

«Tiene los ojos como de pescado frito, es refeo el conchudo. Ni con una máscara de segunda piel consiguieron arreglar la cara del tipo, qué horror. ¿Y por qué se hizo ese tinte perpetuo tan barato? Parece que se frotó la cabeza con unos zapatos recién embetunados. Ordená la evacuación, che, que no los queremos para nada, ¿pensás que vamos a secuestrarlos? ¡Lleváelos, loco!».

—Después de la evacuación, el gabinete de crisis —dos eses seguidas, la sopa cae de la cuchara al plato y salpica la cara del comensal— se reunirá para estudiar las medidas que Argentina, con su decisión, nos obliga a tomar. Rechazamos todas las acusaciones de actividades ilegales que han hecho sobre nuestra misión científica. Son radicalmente falsas. Exigimos una rectificación inmediata de la Presidenta Viuda González o nos veremos

obligados a tomar medidas contundentes. —¿Me estás amenazando, viejo? Te quedó tan de cartón que ni me di cuenta.

Cristina González, viuda de Richter, se vuelve hacia su esbirro con su habitual expresión inconvencible.

—¿Sabemos cómo se hará la evacuación?

—Drones militares españoles vuelan hacia acá ahora mismo.

—Necesito saber quién es ese profesor Alcázar antes de decidir si puedo dejarlo ir con los demás españoles.

—Aceleraremos la investigación, señora Presidenta Viuda.

Cristina ve alejarse al mequetrefe cabezón, angustiado por su perfeccionismo y, al mismo tiempo, excitado por el conflicto.

Cubí Sàntxez conserva un odio visceral a España desde la época de la independencia de Cataluña. Culpa a España de su decadencia posterior, en su breve etapa como país soberano previa a su integración en Alemania. La mayoría del pueblo excatalán abandonó su idioma y su identidad en un par de décadas. Se olvidaron de su pasado como nación con el mismo fervor con que años atrás habían celebrado su independencia: se hicieron alemaneses con la fe del converso.

Solo los verdaderos patriotas como él emprendieron la diáspora, llevando en sus corazones el odio eterno a España, a la que consideran culpable de la caída de su país, aun después de haberse independizado. Por ello, Cubí Sàntxez hará todo lo que pueda para perjudicar a España. Todo lo que esté en sus pequeñas y ratoniles manos excatalanas.

## 18

Las vacallas caminan monte arriba con cuidado, el camino se hace cada vez más escarpado y estrecho. Célula encabeza la expedición, la vacalla donde yace Newen va en el medio y Pitágoras la cierra. Célula está fascinada por el aire fresco y sombrío del bosque que les rodea, totalmente distinto al de la pampa. Entre las hayas, se ven todavía montones de nieve sin deshelar. Arroyos cristalinos atraviesan el sendero. Las vacallas se detienen a beber y pacer las hierbas que encuentran en sus riberas. A su paso, ciervos y ardillas se sobresaltan y desaparecen veloces.

Llegan a un alto del camino y ven a sus pies un lago azul intenso, rodeado por el bosque verde y las montañas de cumbres nevadas. Un cóndor



sobrevuela el lago, como si fuera su dueño. Desde esa atalaya, dos hendiduras entre la vegetación marcan el inicio de dos estrechísimos pasos, ya ni caminos, en dos direcciones opuestas. Célula baja de su vacalla.

—¿Cómo está?

—Mal, mijita. Ya puedo oír a los espíritus —Newen suspira, casi hay que pegar la oreja a su boca para poder entenderle.

—¿Por dónde tenemos que ir ahora?

Newen levanta un dedo tembloroso y señala hacia la derecha. Célula y Pitágoras intercambian una mirada de preocupación. Pitágoras la observa, le encanta cómo arruga la barbilla y se muerde el labio inferior cuando está pensando. La chica da dos pasos hasta Pitágoras y le besa en una rodilla.

—Tenemos que salvarlo, moreno —susurra.

—Puede ser peligroso. No podría perdonarme si te pasa algo.

—Me puede pasar algo igual que a ti. No estamos en la antigüedad, no tienes que protegerme.

—Lo sé, perdona. Deben de ser las hormonas.

—Pues aprende a controlar tu parte simiesca, amor.

—De acuerdo. Solo la dejaré libre si estamos en peligro.

—Y yo, te defenderé como una mona. Cuidaremos el uno del otro, ¿sí?

—¡Claro!

—¿Vamos?

Pitágoras sonríe a Lulú con su boca generosa y ahuyenta todos los nubarrones de su mente. Célula besa la mano canela de su chico y vuelve a montar en su vacalla. Se internan en la maleza, rozándose las piernas con las zarzas. Descienden lentamente por la ladera, acercándose hacia la orilla del lago. Aquí y allá, el canto de un ave advierte discretamente de su presencia a los demás habitantes del bosque. Están penetrando en un lugar donde son extraños.

El rumor de un río les avisa de su presencia. Es un sonido poderoso, más fuerte a medida que se aproximan, mucho más que el de los arroyos que han cruzado hasta ese momento. Se acercan hacia el estruendo y, cuando atraviesan las ramas de los últimos arbustos, ven la orilla de un caudaloso río que baja, desbocado, hacia el lago, golpeando las piedras de la montaña, provocando un ruido ensordecedor. El río es imponente, pero lo que ven junto a él les eriza la piel.

Al otro lado del río, frente a ellos, cinco figuras les observan. Célula está tan sorprendida que no puede reaccionar ante esta visión, solo se agarra

fuertemente a las riendas de su vacalla, muda, inmóvil. Son cinco figuras humanoides, aunque no parecen de este mundo, ya que son anormalmente altas y sus cabezas son enormes y puntiagudas. Parece que están desnudos, ya que puede observar claramente la forma de sus genitales. Son todos machos, pero su piel es de un color imposible, pintada horizontal y verticalmente con unas rayas blancas sobre cuero negro. En sus manos, lanzas y arcos muestran que no están ahí parados formando un comité de bienvenida.

Pitágoras desciende cuidadosamente de su vacalla. Las figuras se ponen en tensión, dispuestas a disparar al joven. Pitágoras levanta los brazos. Se acerca a Newen y le susurra al oído.

—Creo que hemos llegado.

Newen abre un ojo, con sus últimas fuerzas, y asiente. Pitágoras se vuelve hacia las pavorosas figuras y grita, por encima del río tronante:

—¡Traemos a Newen Inalef! ¡Si no lo curan inmediatamente, morirá!

## 19

Cubí Sàntxez está sentado en una silla ergonómica, concentrado. Sus ojeras violetas enmarcan dos ojos que se mueven espasmódicamente. Su cabeza desproporcionada parece pesarle tanto que se inclina hacia adelante. Está buscando febrilmente en todas las bases de datos a su alcance intermental. Su categoría de asistente presidencial le abre las puertas de los mejores centros de información. Su mente de sabueso busca y rebusca mientras su pulso aumenta y su rabia se acumula... No tiene nada.

El maldito profesor Alcázar está totalmente limpio. No hay nada que indique su relación con los servicios secretos de ningún país. Es un mero genetista sin tacha. Bueno, hay algún oscuro detalle de su pasado que le encantará divulgar, pero desde luego sin relación alguna con el espionaje o el ejército. ¡Maldito español! Ahora tendrá que contárselo a la Presidenta Viuda, tendrán que liberarlo y eso le revuelve las tripas. Él lo quiere torturado, agonizante, muerto. ¿Y si mintiera? Al fin y al cabo, todos los españoles están condenados para él, no habría nada de malo en hacerle pagar por el genocidio cultural catalán. Que digan lo que digan los libros de Historia, fue culpa de los españoles. ¡Todo fue culpa de ellos, todo! ¡Lladres!

Un mensaje del equipo de seguridad entra en su buzón mental y le desconcentra de su venganza. Los drones españoles están llegando a la base

Elgor, vigilados por las tropas argentinas. La Presidenta Viuda le reclama inmediatamente.

Cubí corre con sus cortas piernas, cadera inmóvil, espalda recta, con la titánica misión de evitar que su cráneo venza el peso de su cuerpo de mequetrefe. Entra en el despacho principal de la base, donde Cristina González se sienta en el sillón que hasta hace poco ocupaba Valiente, no sin repugnancia a juzgar por su labio superior arqueado.

—Los españoles huelen remal. Habrá que desinfectar la base. Anotalo, Sàntxez. ¿Qué me podés decir del profesorcito?

—Es inofensivo, Presidenta Viuda —la parte vengativa de Cubí claudica ante su profesionalidad. Esto le dará para largas noches de arrepentimiento y frustración entre sábanas sudorosas.

—Pues libérennos de su española presencia. Aquí ya huele suficientemente mal como para que nos quedemos con uno. ¿O quizá creés que habrá un lugar para él en el zoo de Buenos Aires?

Cubí se ríe sin mostrar los dientes, pero emitiendo sonoros rebuznos. Gran adulator, siempre ríe los chistes de la Presidenta Viuda. Excepto cuando no se da cuenta de que los hace. Este de verdad le ha hecho gracia. Así se alivia su dolor cuando envía el mensaje mental:

«alférez Ayanz, deje marchar al prisionero español. Llévelo hasta el helipuerto con los demás».

—Quedate aquí, veamos juntos la evacuación. Será bonito contemplar cómo la patria queda limpia de esa escoria.

«Si tan solo un dron español se estrellara contra el fondo del acantilado», suspira Cubí.

## 20

Galileo escucha los pasos de mastodonte del alférez Ayanz aproximándose a su celda. Sus manazas abren la puerta.

—Venga conmigo.

—¿Adónde?

—Los españoles están evacuando. Debe marcharse. Supongo que también le encerrarán en su país, pero por lo menos estará en casa. Lindo, ¿no?

Galileo no contesta, sale de la celda y sigue a Ayanz por el pasillo de roca, camino del ascensor. Mientras esperan, se da cuenta de que frente a ellos hay

otra puerta que no había advertido antes. Súbitamente, escuchan un sonido brusco proveniente de esa puerta. Se abre y algo sale de su interior. Algo que se arrastra torpemente hacia ellos.

—¿Qué es eso? —grita Ayanz, espantado, reculando hasta tocar la pared y sacando su arma.

Galileo observa al ser que se arrastra acercándose lentamente. Es un animal extraño, deformado, le recuerda a algunos corderos malogrados que las cabrejas parieron mientras se estabilizaba la especie, con seis piernas torcidas, inútiles, que se agitaban como un insecto moribundo o un pulpo al que hubieran golpeado en todos sus tentáculos hasta dejarlos tullidos e inservibles. Pero no es un cordero malparido, es mucho más grande, no tiene pelo, es de color marrón claro tirando a rosado, tiene cuatro extremidades, aunque es difícil distinguir si se trata de brazos, piernas, patas, aletas o simples muñones. ¿Es posible que eso que asoma en el extremo de uno de los atrofiados miembros sea un dedo humano?

—No se acerque o disparo —Ayanz amenaza al ser, pero la criatura sigue avanzando, arrastrándose hacia ellos, dejando un reguero de una sustancia viscosa que se escurre desde su propia piel. Es difícil saber si se trata de un líquido que el propio ser desprende o es que acaba de salir de algún gigantesco útero, huevo o vaina.

—No dispare. No sabemos qué es... —dice Galileo.

—¿Y si es peligroso? ¡No se acerque más!

El engendro dobla sus extremidades por lo que parecen codos o rodillas, que le permiten arrastrarse basculando su enorme vientre de monstruo, deslizándose por el suelo sobre un charco de fluidos resbaladizos.

Galileo observa su rostro, tratando de descifrar qué es. Un hocico desproporcionado que abre sus dos narices inhalando todo el aire que puede; una boca de dientes separados y toscos, de color amarillento parduzco, con una lengua gruesa y rosa. Le viene la imagen de un elefante marino, pero no le cuadran esas extremidades largas y articuladas y mucho menos esa cabeza, esa cabeza abultada, peluda, donde se insertan unos ojos humanos, sí, verdaderamente humanos, que le miran con desesperación.

El monstruo sigue arrastrándose, está ya cerca de ellos, respira con un rugido asmático. Huele a mar. Ayanz va a disparar, pero el ascensor llega y se abre. Ayanz salta velozmente y agarra a Galileo, metiéndole dentro. Mientras las puertas se cierran, el engendro emite un aullido inteligible, a pesar de su voz ronca:

—¡A-yu-da!

Galileo ve su mirada humana clavada en él a través de la última rendija de la puerta del ascensor. Comienzan la subida.

—¿Qué fue eso? —Ayanz está desconcertado, Galileo ve por primera vez en él un lejano destello de humanidad.

—No lo sé.

—¿Está seguro de que no es otro experimento secreto de ustedes? —Ayanz aprieta las mandíbulas y Galileo traga saliva.

—Se lo juro por la ciencia. No sé nada de eso.

Conforme ascienden, empiezan a notar la entrecortada señal de intermind. Galileo ve que Ayanz le mira, sospechando. Ayanz detiene bruscamente el ascensor.

—¿Qué hace?

—Tengo que bloquear su receptor de intermind.

—¿Por qué?

—Acabamos de ver algo... No puedo dejar que lo divulgue. Quítese la ropa.

—De verdad, se lo juro, yo no sé nada de ese ser.

Ayanz no necesita repetir su orden, solo mira a Galileo con su expresión más severa y este se calla y comienza a desnudarse. Mientras lo hace, Galileo se da cuenta de que Ayanz le observa de reojo, con cierto interés.

¿Será homófilo? Solo espero que esté bien asexuado, porque, como intente violarme, estoy perdido, no podría oponer resistencia. Deja de pensar eso, Galileo, es tu selección genética cien por cien heterófila diciendo tonterías. Te mira porque tiene que mirarte, no hay nada homófilo en su mirada y, si lo hubiera, la antihormonación eliminaría todo riesgo de violación.

Galileo queda completamente desnudo frente al alférez Ayanz, en el espacio demasiado pequeño de la cabina del ascensor. Cree ver un brillo lascivo ¿o sádico? en los ojos del gigantesco militar mientras recorre su cuerpo con un lector digital y va inutilizando los pequeños chips a medida que los encuentra. Galileo siente un pequeño pinchazo, como un pellizco, cada vez que funde uno. ¿No se está deteniendo demasiado ahí atrás? El alférez Ayanz parece haber encontrado cierta resistencia en la parte trasera de sus muslos, demasiado cerca de sus nalgas.

—Ya está —dice, incorporándose de nuevo—. Puede vestirse.

Galileo se pone la ropa, inquieto, mientras Ayanz reinicia la ascensión.

—¿Adónde me lleva?

Ayanz, ya conectado a intermind, envía una señal a sus superiores. No puede dejar marchar al español. Acaba de ver algo que no debe salir de esa base.

## 21

Célula y Pitágoras caminan por el bosque, escoltados por las figuras de cabeza puntiaguda, que llevan de las riendas a las vacallas. Uno de ellos carga a Newen al hombro, como un saco. Llegan a un claro del bosque, protegido por una ladera de roca, donde hay unas grandes tiendas cónicas. Un grupo de indígenas sale a recibirles, envueltos en pieles. Algunos ayudan a quitarse las máscaras a los exploradores.

Célula observa aliviada cómo bajo las amenazadoras cabezas quiméricas surgen rostros humanos. Llevan a Newen hasta una de las chozas. Uno de los exploradores se acerca a Célula y Pitágoras.

—Gracias por traer a Newen.

—¿Se pondrá bien? —pregunta Pitágoras.

—Solo los antepasados lo saben —dice el tehuelche.

De la choza donde han metido a Newen sale una mujer regordeta, de cara redonda y seria, vestida con un largo hábito, ceñido por un cinturón multicolor, y una manta colgada de los hombros. Se acerca a ellos y el explorador baja la barbilla en señal de respeto.

—¿Dónde encontraron a Newen? —pregunta la mujer.

—En el camino —responde Célula—, subiendo por la montaña.

—¿Qué hacían allá?

—Estamos buscando un poblado neonatural que hay por acá —dice Pitágoras.

La tehuelche observa a Pitágoras, luego escruta a Célula.

—Vuelvan a su casa.

—No podemos, nos hemos escapado.

—Nuestros padres no nos dejan estar juntos.

—Sus padres están en peligro. Su deber es ayudarles. ¡Vuelvan!

—¿En peligro? ¿Cómo puede usted saber eso? —Pitágoras no puede soportar la idea.

—Obedezcan a la machi —dice el explorador.

La machi mira con severidad a Célula.

—Esperen —dice, y se mete en su tienda.

Célula y Pitágoras se miran, extrañados. Al poco tiempo, la machi sale, se acerca a Lulú y le pone algo en la mano: una pequeña figura humanoide atada a una cuerda como un colgante. Célula observa la figura negruzca. Está hecha de cuero y representa a una persona con todo detalle, como si fuera un cuerpo humano reducido.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Un talismán contra el gualicho —la tehuelche se lo cuelga cuidadosamente al cuello.

Célula no se atreve a preguntar qué es gualicho, pero suena como algo terrible.

—Ahora, váyanse. Acompañales, Aukan.

El guerrero les hace un gesto, invitándoles a emprender el camino. Pitágoras mira a Célula y ella asiente en silencio. Toman sus vacallas por las riendas y siguen a su guía.

## 22

El viento azota el acantilado sin misericordia. Los drones españoles aterrizan dando bandazos en el helipuerto de la base Elgor, abofeteados por el vendaval, ante la mirada despectiva de los militares argentinos, apostados en pequeñas orugas blindadas, rodeándoles. En la pista, los españoles se agolpan desordenadamente, ocupando los drones aleatoriamente, quitándose el lugar los unos a los otros, con miedo de que no alcancen para todos.

—Míralos —comenta un militar—. Es cierto que no saben hacer cola.

—¿Cómo es posible, si son todos putos? —le responde otro y se ríen a carcajadas.

Valiente eleva su voz chillona sobre el zumbido de los drones.

—¡Venga, coño! ¡Subir, subir! —grita, marcando mucho la erre del imperativo ibérico.

La comandante Pijuán se acerca a él.

—¿Todavía no han soltado a Alcázar?

—Siguen dándome largas.

—¡Me niego a dejarle aquí! Tenemos que llevárnoslo a España para que le juzguen por traidor.

—No podemos esperar más. Pero no se preocupe, he recibido instrucciones.

Un dron se acerca a ellos, dando bandazos. Mol lo intercepta con una señal de intermind y lo estabiliza. Pone un pie encima y empuja a Valiente, que ya estaba saltando dentro.

—Este es solo para mí. Propósitos militares. Nos vemos en España.

Mol despega con su dron ante la mirada estupefacta de Valiente, que corre, confundido, buscando otro al que subirse.

—¡Quite de ahí! ¡Que soy el jefe, joder! —Valiente empuja de malos modos a un subordinado y ocupa su lugar.

El cielo está plagado por un enjambre de drones españoles que se alejan, zarandeados por el viento. Los militares argentinos no advierten que uno de ellos, aprovechando la confusión, se desliza fuera de su ángulo de visión, tras el acantilado, con la comandante Pijuán en su interior.

## 23

—No debe contar a nadie lo que vio, absolutamente a nadie —la generala Fetuccini perfora a Ayanz con su mirada de halcón. Su cuerpo fibroso y delgado mantiene una tensión perpetua que, unida a su barbilla altiva y prominente, le confiere un aire de autoridad natural. En su cabeza rapada destacan sus ojos negros de fiera.

—Se lo juro por mi honor —se cuadra Ayanz—. El problema es que el español también lo vio.

Se abre la puerta de la sala de reuniones. Los militares se ponen de pie. Cristina entra, seguida de Sàntxez.

—El alférez Ayanz es de mi total confianza, nunca traicionaría a la patria. Pero ese científico español... ¿Me pueden explicar cómo fue posible que sucediera algo así? —pregunta Cristina, mirando muy seria a los presentes.

—Estamos esperando la comparecencia del doctor Heim.

Cristina se sienta en la cabecera de la mesa. Sàntxez, en una pequeña silla, detrás de ella. Susurran.

—No podemos dejar irse al español, Presidenta Viuda. No después de lo que vio.

—Lo sé. El problema es por qué lo tuvo que ver y qué hacemos ahora con él.

Se hace el silencio en la sala. Cubí, relamiéndose como un gatito cruel ante un pajarillo atrapado, se acerca lentamente al oído de Cristina.



—Tendremos que...

No puede terminar la frase porque la puerta se abre y entra un hombre alto, de imponente presencia, rubio, de mediana edad, vestido de blanco. Sus ojos son de color azul claro, brillante, no parecen humanos. Como un robot de cara angelical, camina con gran aplomo hacia la Presidenta Viuda, se cuadra e inclina la mitad de su pecho musculoso en una profunda reverencia.

—Su Excelencia —dice en una voz clara, fuerte, modulada—, le suplico perdone el terrible error que el equipo de mi laboratorio cometió hace un momento. Se produjo una distracción imperdonable. Acabo de despedir al culpable. Afortunadamente, todo está bajo control.

—Todo no, doctor Heim.

—¿No tenemos retenidos a los dos individuos que fueron testigos del incidente?

—El alférez Ayanz es un miembro de mi equipo de seguridad. Goza de mi total confianza —Cristina le señala mientras habla.

Heim se aproxima a él y lo escruta con interés, como si mirara una preparación en un microscopio.

—Es un buen soldado. Un cráneo excelente, le felicito.

—Ayanz es un patriota, no hay nada que temer. Lo que me preocupa es el español.

—¿Conque un español? Sí, es para preocuparse. Son tremendamente traicioneros e indiscretos. Además de escandalosos.

—Es un científico.

Al doctor Heim se le escapa una breve y seca risotada.

—¿Un español... científico?

—Estudió en Alemania, doctor.

—Me sorprende que pasara las pruebas de acceso.

—Cubí... —Cristina invita a hablar a su asistente.

—Fue seleccionado genéticamente por sus padres.

—Tendrían que eliminar más de dos tercios de sus genes para limpiar todas las impurezas de la raza española. ¿Está seguro de que no es un injerto?

—No lo es. De hecho, es un genetista bastante sobresaliente, según los informes de sus profesores en Barcelona.

—Tenía que ser en la parte francófona... No me diga que lo califican como sobresaliente. Será una verdadera pérdida para el mercado de las mascotas personalizadas.

—¿Cómo sabe que se dedicaba a las mascotas? —pregunta Sàntxez.

—No lo sabía, pero es predecible: los españoles tienen una tendencia irrefrenable a lo superfluo.

—Presidenta Viuda, Morey está emitiendo un mensaje sobre la evacuación. Cristina resopla, con fastidio. Luego levanta una ceja.

—Bueno, proyectalo. Igual y nos reímos.

La pantalla holográfica surge en el centro de la mesa: Morey está hablando, rodeado de militares españoles.

—Los miembros de la expedición científica española ya vuelan hacia la patria, sanos y salvos. Desgraciadamente, uno de ellos, el profesor Galileo Alcázar, permanece retenido por las autoridades argentinas sin que hayan ofrecido una explicación. Exigimos a Argentina que lo libere inmediatamente o nos obligarán a considerar que han tomado un rehén. España no puede consentir que Argentina nos acuse injustamente de actividades ilegales y además secuestre a uno de nuestros compatriotas. Si no recibimos una respuesta en veinticuatro horas, nos veremos obligados a tomar medidas para responder a este desafío.

Se termina la conexión y el holograma se desvanece.

—Qué lástima, che. Ni para reírnos sirvió el pelotudo —dice Cristina, displicente. Los militares le jalean la ocurrencia.

—Su fisonomía es una muestra de lo lamentables que pueden ser las aberraciones genéticas naturales en los países subdesarrollados —añade el doctor Heim con desparpajo.

—Doctor Heim —dice Cristina—, El profesor Alcázar vio... lo que no debía ver. Es genetista y no es estúpido a pesar de ser español. Su país lo reclama, pero no podemos dejarlo escapar. ¿Cree usted que podría serle útil en el laboratorio?

—Como espécimen, sin duda...

—¿Y como científico?

—¡Imposible!

—Necesitamos una excusa para retenerlo. La mejor que puedo pensar ahora mismo es convencerle de que se una a nosotros. Si participa en nuestro proyecto, si se implica, no contará lo que no debe. Convénzale, doctor Heim. Asuma las consecuencias de sus errores.

El doctor no parece ofenderse por el tono de Cristina. Se cuadra de nuevo y saluda a la Presidenta Viuda.

—Así lo haré.

El doctor Heim abandona la sala. Cristina envía un mensaje mental a Cubí.

«Averiguá dónde vive el español, si tiene familia, todo eso. No podemos dejar ningún cabo suelto».

«Ya lo hice, Presidenta Viuda. Tiene una hija de catorce años».

«¿Se preocupa por ella?».

«Mucho».

«Perfecto. Ella será nuestra arma para convencerle de lo que queramos. ¡Tráiganla aquí!».

## 24

Aukan, el guerrero, acompaña a Pitágoras y Célula hasta el borde del bosque donde termina el territorio de la Nación Tehuelche.

—Yo me quedo acá —dice, deteniéndose en la linde.

—¿Sabe dónde viven los neonaturales? —pregunta Célula.

—No —dice Aukan mirando al suelo—. Vuelvan con su familia.

Aukan se gira para volver al bosque.

—Lulú, la machi dijo que nuestros padres estaban en peligro —interviene Pitágoras.

—¿Y ella cómo lo sabe? —pregunta Célula, impertinente.

Aukan se da la vuelta y escupe a los pies de Célula.

—La machi escucha a los antepasados. Vos no tenés respeto por los antepasados. No respetás ni a tus padres.

Muy enfadado, los ojos echando chispas, el explorador se marcha y desaparece entre la espesura. Lulú dice en voz baja:

—Pues que se enfade si quiere, pero la machi no puede escuchar a los muertos. Es científicamente imposible.

—¿Ahora vas a volver a ser cientifista?

—No, pero tampoco tengo por qué creer en una religión indígena. ¿No puedo tener mi propio criterio?

—Por supuesto, pero estás despreciando la sabiduría de los tehuelches sin conocerla a fondo. Ellos están conectados con esta tierra desde generaciones. Se comunican con la naturaleza y con los antepasados que vivían en ella. Ignoramos por qué vías pueden hacerlo, pero lo hacen.

Célula escucha, cruzada de brazos.

—Entonces tú crees que nuestros padres están en peligro.

—No lo sé, Célula. Podemos descender y recuperar la conexión con

intermind para comprobarlo.

—¡Tú lo que quieres es volver a casa!

—Solo quiero asegurarme de que nuestros padres están bien.

—Nos perseguirán y nos obligarán a volver. Nos separarán. ¿Ya te has arrepentido?

—¡No, claro que no!

—No permitirán que nos fuguemos otra vez, ¿no lo entiendes? Si volvemos, nos obligarán a asexualizarnos de nuevo, mi padre me llevará a España, no podremos estar juntos...

—No lo permitiremos, confía en mí —Pitágoras acaricia a Célula—. Solo quiero ver que están bien, no vamos a volver a la granja. Ven aquí.

Pitágoras atrae a Lulú y la besa, profunda y prolongadamente. Cuando separan sus labios, Célula está sonriendo, alhelada.

—¿Vamos, rubia?

—Vamos. Pensándolo bien, quiero ver si la machi de verdad habla con los antepasados o no es más que una superstición de la pobrecita...

—¿Pobrecita?

—Creía que la obesidad había sido erradicada, pero parece que los tehuelches aún sufren esa lacra —Célula monta en su vacalla, desenvuelta, emprendiendo el camino.

## 25

Galileo está encerrado en la misma sala donde fue retenido antes, tras aplaudir a la Presidenta Viuda, hecho del que ahora se arrepiente. Si no fueras tan impulsivo, si pensaras un poco más antes de hablar o actuar, no estarías como estás ahora mismo, preocupado por ti, pero sobre todo por Célula. No soporta la idea de estar separado de ella justo en ese momento, cuando más le necesita. ¿Cómo ha podido tomar la decisión de hormonarse? Si supiera toda la verdad...

La verdad que Célula ignora es que su madre también tomó esa estúpida decisión hace años. Galileo y Mitocondria se casaron por compatibilidad y simpatía, como todo el mundo.

La EMADA (Enfermedad Mental Antes Denominada Amor) estaba erradicada hacía tiempo. El descontrol emocional y sexual de la humanidad antigua estaba abolido e imperaba la razón. Hombres y mujeres estaban

liberados de la antigua falacia que les decía que el amor daba sentido a su vida. El sexismo había perdido su razón de ser y las élites habían dejado de promoverlo. Por fin, las personas podían escapar de la tiranía de sus emociones y atracciones, y centrarse en el progreso y la adoración de la ciencia.

Pero esa estúpida ideología neonatural se había hecho popular en ciertos círculos sociales, a escondidas de las autoridades, y propugnaba la vuelta a las emociones y los sentimientos.

Galileo no tiene claro cómo Mitocondria entró en contacto con esa peligrosa ideología y terminó tan convencida que decidió dejar de antihormonarse, pero las consecuencias fueron horribles: contrajo EMADA y se enamoró de él, su propio marido, ¡como en una aberración *milenial!* Galileo, sin saber la causa de su comportamiento anómalo, no pudo comprenderlo ni actuar hasta que fue demasiado tarde.

Agobiado por su conducta errática e hiperemocional, Galileo se divorció de Mitocondria e intentó que fuera diagnosticada, internada y tratada, pero, antes de lograrlo, ella se sacrificó, dejando todo el dinero necesario para la educación de Célula y una cápsula con un mensaje personal para Galileo. Él nunca se atrevió a verla, pero la conservó en un rincón seguro de intermind por si algún día Célula quería abrirla.

Ahora la historia se repite: Célula ha abandonado la medicación y ha contraído EMADA. Galileo piensa que es el momento de contarle la verdad. Pero se encuentra encerrado en una base militar argentina, metido en un lío que le supera.

Por más vueltas que le da a la cabeza, aún no es capaz de entender qué es ese ser que han visto en las entrañas de la base. ¿Un animal desconocido surgido del fondo del mar? ¿Un engendro deformado por un experimento genético? En todo caso, tiene claro que es algo que los argentinos quieren ocultar y que haberlo visto va a suponer un grave problema para él.

De pronto, la puerta de la habitación se abre y entra el doctor Heim. Galileo se sorprende al verlo: esperaba a un militar, y por la ropa parece un científico. Heim observa fijamente a Galileo, sin decir nada, como un botánico mira a una planta, repasando todos sus rasgos faciales y corporales.

—¡Fascinante! —murmura Heim, para sí mismo—. Apenas se notan impurezas...

—¿Quién es usted? —Galileo le interrumpe, molesto.

—Olvidé presentarme. Soy el doctor Heim.

—Profesor Alcázar —Galileo extiende una mano que Heim no toca.

—Lo sé. Vengo a hablar con usted sobre lo que vio.

—¿Usted es el responsable de eso?

—Como científico, usted debería saber que en los ensayos se producen errores. Lo que usted vio es un lamentable error.

—Pero es resultado de sus experimentos.

—Es un error, no un resultado. Pero vamos a la cuestión práctica. ¿Qué cree usted que es eso que vio?

—Sin estudiarlo, no puedo darle una respuesta. Sería más fácil si me lo explica usted.

Heim lanza una risotada sarcástica.

—¿Me toma por estúpido?

—¿Qué quiere de mí?

—Nada. Pero me envían para preguntarle si está usted interesado en participar en un experimento genético.

—¿De qué tipo?

—No se lo puedo explicar todavía. Le aseguro que es sumamente interesante, pero también delicado y, por ello, secreto. Tendría que comprometerse a guardar silencio y observar ciertas medidas de seguridad..., como permanecer en la base por un tiempo.

—¿Tiene algo que ver con eso que vi?

—Ya le dije que es un error marginal. Si pudiera usted olvidarlo...

—No puedo olvidarlo.

—Por eso no puede salir de aquí. A no ser que me autorice a manipular su cerebro y hacerle olvidar extirpando las áreas donde tiene almacenado ese recuerdo.

Galileo mira al doctor Heim, escandalizado.

—Imaginaba que no —Heim se encoge de hombros—. La situación es esta: usted vio algo que es un secreto y este secreto no puede salir de esta base, por lo que usted no puede salir. Elija si va a aburrirse en esta habitación o participar en un experimento muy interesante. No se preocupe, sería algo sencillo, no esperaríamos demasiado de usted.

—¿Están intentando hacer injertos masivos en seres humanos?

—No.

—¿Híbridos de humanos y animales?

—Usted sabe que eso está prohibido por el Consejo de Sumos Científicos.

—Eso era medio humano.

—Eso era un error, me veo obligado a insistir. No puedo darle detalles, pero tratamos de mejorar algunas cualidades de cierto tipo de seres vivos.

—¿Con qué fin?

—¿Acaso no es un fin en sí mismo? ¿Mejorar a la torpe y caótica naturaleza? ¿Acaso no es lo que usted lleva intentando toda su vida?

—Siguiendo siempre los mandamientos de la ciencia.

—Un joven fervoroso y recto... Me enterece. ¡La ciencia está por encima de todo, de todo! Incluso me atrevería a decirle, si no fuera por temor a blasfemar, que la ciencia está por encima de sus propios mandamientos. Lamentablemente, soy viejo y no poseo todo el tiempo que me gustaría para este tipo de largas conversaciones. ¿Le interesa colaborar en el experimento, sí o no?

—No me interesa, gracias.

—Lo imaginaba también. Una actitud típicamente española.

Heim se da la vuelta para abandonar la habitación.

—Quiero hablar con la Presidenta Viuda.

Heim se gira como un resorte.

—¿Quién se cree usted que es?

Le fulmina con una mirada llena de desprecio, en una cara sonriente y amable que parece ser su máscara perpetua. Con esa misma expresión abandona la sala, caminando lentamente hacia atrás.

## 26

Pitágoras y Célula desandan el camino y empiezan a sentir en su mente los primeros retazos de la conexión de intermind, fragmentos incompletos de mensajes de sus padres, textos del colegio, noticias... todo entrecortado y confuso. Célula, agobiada, decide guardar las actualizaciones para más tarde, cuando la cobertura sea completa y pueda escucharlos bien, y se dedica a buscar información sobre los tehuelches.

Le sorprende descubrir que son el resultado del renacimiento de varias tribus exterminadas en la antigüedad cuyos descendientes, aun mezclados con otras etnias, recuperaron y fundieron tradiciones dando lugar a una nueva nación. Aprovechando la confusión de la Tercera Guerra Mundial, consiguieron controlar parte del territorio de sus antepasados y se constituyeron como estado independiente, aunque no integrado en el Nuevo

Orden de las Naciones y, por lo tanto, no reconocido por algunos países. También les mantiene libres el hecho de que los países colindantes no tengan interés en conquistar esos terrenos remotos y montañosos donde no hay riquezas naturales que explotar.

Le sorprende mucho más que quienes les exterminaron en el pasado no fueron los españoles, como le habían contado siempre en clase de Historia, sino los antiguos argentinos y chilenos, que en el siglo XX llegaron a organizar cacerías humanas hasta acabar con las tribus originales. Por ello, los tehuelches consideran a estos países y sus herederos como sus verdaderos enemigos.

Célula mira a Pitágoras. Está muy concentrado en sus mensajes.

—¿Cómo están tus padres?

—Enfadados, pero bien. No les pasa nada. ¿Has visto las noticias?

—No, todavía no.

—Hay un conflicto diplomático entre Argentina y España. Tu padre está retenido en la base. El gobierno español ha pedido su liberación.

—¿Cómo? —Célula no puede creer lo que le cuenta Pitágoras, ni la avalancha de información que recibe vía intermind, que corrobora el resumen de su novio. Por último, escucha el mensaje que Galileo le envió antes de perder la conexión con intermind:

«Hija, estoy bien, pero no sé cuándo podré volver».

Trata de ponerse en contacto con él, pero está desconectado de la red.

—¿Qué hacemos ahora? —Pitágoras abraza a Célula, que tiembla apabullada por las noticias.

—La machi tenía razón. Tengo que ayudar a mi padre.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—Tenemos que volver a la granja. Mis padres nos ayudarán.

—Creo que tus padres no se alegrarán de verme. Sobre todo tu madre, le pegué un buen palazo.

—Yo lo arreglaré.

—Nos obligarán a hormonarnos de nuevo.

—Nos negaremos. Diremos que hasta que tu padre no vuelva, no pueden obligarte.

—Pero a ti sí pueden obligarte. Dejarás de amarme.

—Yo nunca dejaré de amarte, Lulú, ¿no lo entendés? Las hormonas han marcado tu imagen en mis conexiones cerebrales. Mis neuronas se han



reconfigurado para adorarte.

—Pero pueden reconfigurarse de nuevo —dice Célula, con una sombra en la mirada.

—No digas eso, por favor —a Pitágoras le tiembla la voz.

—Eh, mi amor, no llores —Célula lo abraza y permanecen un tiempo en silencio, sujetándose mutuamente, llenos de tristeza.

—¿Qué vamos a hacer?

—Juntos superaremos lo que sea. Ahora mismo lo más importante es ayudar a mi padre. Volvamos a la granja. Si dejas de amarme, volveré a enamorarte. Te conquistaré todas las veces que sea necesario.

Pitágoras la mira con los ojos nublados. Un cosquilleo le sube por las piernas hasta la punta del pene, que aprieta contra el cuerpo de Célula. El viento acaricia suavemente su pelo y las hierbas de la pampa, que se extiende detrás de la pareja como un fondo pintado en una vieja película romántica.

## 27

—Cancelá todos los eventos de mañana.

—Pero, Presidenta Viuda... Es la presentación de la candidatura de su sucesor.

—Que se presente solo. No tengo tiempo para intrigas electorales, tenemos una crisis muy grave entre manos. No voy a volver a Buenos Aires. El estado mayor del ejército se trasladó aquí, la generala Fetuccini está al mando; el conflicto está aquí, Sàntxez. No voy a huir de mis obligaciones con el país.

—No sé si hay un lugar apropiado para que usted pernocte en esta base, Presidenta Viuda...

—Averigúalo. Y mandá traer todas mis cosas. También a la pequeña Cristina.

—¿Cuánto tiempo piensa estar aquí?

—El que sea necesario. No sabemos cuánto durará esta crisis. Otra cosa, Sàntxez. Necesito mi inhalador antihormonal.

—Lo dejamos en Buenos Aires. Se supone que íbamos a estar de vuelta en unas horas.

—Lo necesito. Que me preparen uno.

—No sé si deberíamos confiar un asunto tan delicado a otras manos que no sean las de la doctora Larumbe.

—Es una emergencia. ¿No cree que le podemos pedir el favor al doctor Heim?

—Que, por cierto, está esperando en la puerta —dice Cubí.

—Qué oportuno. Que entre.

Se abre la puerta del despacho y entra el imponente espécimen rubicundo.

—Doctor Heim, tengo que pedirle un enorme favor.

—A sus órdenes, Presidenta Viuda.

—Ya sé que es un trabajo ridículo para un científico de su categoría, pero es algo personal. ¿Podría usted supervisar la fabricación de un inhalador hormonal para mí? Voy a quedarme aquí mientras se resuelva el problema con los españoles.

—¿Cuándo lo necesita?

—Cuanto antes.

—Me pondré con ello inmediatamente. Será un honor.

—¿Qué le dijo el profesor Alcázar?

—Se niega a colaborar, Presidenta Viuda.

—Maldito idiota testarudo. ¿Cree usted que espera alguna compensación? ¿Qué quiere?

—Es un beato de la ciencia. Solo quiere hablar con usted.

—Vaya, conque lo que le gusta es sentirse importante... Cada vez me desagrada más ese español. Pero, en fin, hablaré con él. Al final, mi trabajo consiste en eso: hablar con gente que aborrezco y fingir que no lo hago, por el bien de la patria.

—Iré a preparar su inhalador.

—Gracias, me ayudará a estar calmada para hablar con ese necio.

El doctor Heim se va de la habitación, ¿con un brillo distinto en su mirada? Es difícil de adivinar, piensa el pequeño Cubí, a quien le gustaría tener el mismo control de sus expresiones. O el de Cristina. La observa, impassible como una efigie de cera. ¿Qué estará pensando?

Cae la tarde y el campo está anaranjado. Célula y Pitágoras cabalgan acercándose a la granja. A punto de llegar a la cumbre de una loma desde la que se puede contemplar la finca de sus padres, Pitágoras frena su vacalla.

—¿Qué pasa?

—Una llamada de mi padre.

—Contesta... —dice Célula.

Pitágoras acepta la llamada mental.

«Papa...».

«¡Pitágoras! ¿Dónde están?».

«Volviendo a casa. En la loma colorada».

Fibonacci le interrumpe:

«No vuelvan. El ejército argentino está aquí. Preguntan por Célula. No sé qué pasó, hijo, pero el profesor se metió en un buen lío. Y ahora quieren a Célula».

«¿Qué les dijeron?».

«Tengo que cortar. No vengán».

Fibonacci corta la conexión.

—Te están buscando.

—¿Quiénes?

—El ejército argentino, por lo de tu padre. Están en la granja ahora mismo. Vamos, podemos ver lo que pasa desde esos calafates.

Célula y Pitágoras se acercan cuidadosamente a los arbustos y se asoman al borde de la colina. La granja está lejos, pero pueden verse perfectamente unos vehículos militares parados junto a la casa.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—No os preocupéis. Yo os ayudaré.

Casi les da un infarto al oír esa voz a sus espaldas. Se vuelven y ven a Mol Pijuán, sonriéndoles.

—Tu padre me envía para protegerte. No estás segura aquí.

—No quiero irme de Argentina —Célula frunce el ceño, desconfiada.

—No, cariño, claro que no. Pero ahora mismo la situación entre Argentina y España es muy tensa. Tu padre es un rehén del gobierno argentino y ahora quieren capturarte a ti también. Tenemos que buscar un lugar seguro para esperar a que todo esto se calme.

—¡El barranco del fracking! —exclama Pitágoras—. Ahí nadie nos podrá encontrar. No tiene cobertura de intermind.

—Buena idea —apoya Mol—. Solo lo lamento por tus padres. No sé cómo van a justificar que tú hayas desaparecido con Célula. Parecerá como si ellos te hubieran ordenado ocultarla. El ejército argentino pensará que trabajáis para España.

—¡Pero eso no es verdad!

—Lo sé, hijo, pero intenta pensar como ellos. Van buscando a Célula, la hija de un rehén español en Argentina, y, cuando llegan a su casa, ven que ha desaparecido junto con el chico de la granja. ¿No parece que te han mandado escapar con ella? No importa la excusa que hayan inventado. Y, si te han hecho escapar con ella, es que tienen algún interés en que no se atrape a Célula. Seguramente ahora les están interrogando. ¿Sabes lo que eso significa? ¿Sabes lo que quiere decir «interrogar» en el lenguaje de los militares?

—¡Tienes que ir a la granja, Pitágoras!

—¡No, por favor, Lulú! No puedo separarme de vos.

—Pero no podemos permitir que hagan daño a tus padres. Tienes que volver y decirles que me escapé a España con Mol.

—¡Es una idea brillante! —dice la comandante. Sus pendientes de perla brillan llenos de hipocresía.

—Mientras tanto, nos esconderemos en el barranco del fracking. Cuando se marchen, puedes volver a buscarnos.

—Prometeme que no te vas a ir a España.

—Te lo prometo.

Los dos adolescentes se besan apasionadamente. Mol les observa con una mezcla de disgusto y envidia. ¡Están enfermos de EMADA, la Enfermedad Mental Antes Denominada Amor! ¿Por qué envidiarlos? Se siente turbada y sucia.

—Ten cuidado, moreno.

—Tú también, rubia.

—Tranquilo, Pitágoras, yo la protegeré —afirma Mol, frotándole un hombro como si pusiera recta una cortina. Rápidamente, se gira hacia Célula y la agarra con firmeza del brazo—. Vamos, adelantemos terreno antes de que Pitágoras hable con los militares.

—Es por aquí.

Mol y Célula se montan en las vacallas y se apresuran, cabalgando en la pampa rosada. Pitágoras ve alejarse a Célula con el corazón encogido. Un miedo vago y ominoso se cierne sobre él como el crepúsculo. Efectos secundarios del amor.

## 29

Euclides Istúriz, secretario personal del primer ministro español, entra en el despacho de Marañón Morey y se lo encuentra mirando a las musarañas, con la boca abierta en una mueca bobalicona.

—Señor Morey, está aquí don Einstein Valiente.

—¿Quién?

—De los Valiente, el nieto de don Servet. El director de la misión de la base Elgor.

—Ah, sí. Perdona, estaba echando una siesta.

¿Con los ojos abiertos? Istúriz levanta una ceja sarcástica, pero no mueve ningún otro músculo de su cara. Está ya acostumbrado a lidiar con las estupideces de su jefe.

—Hágalo pasar.

Istúriz abandona el despacho con rapidez. Morey observa un mapa holográfico del Atlántico Sur, frunciendo el ceño en una expresión de profunda ignorancia y radical extrañeza. ¿El mapa es así o está al revés? ¿Lo gris es el mar o la tierra?

—Lo gris —balbucea, alargando la ese final.

Valiente entra en el despacho y lo descubre así, seseante como serpiente.

—¿Einstein, qué alegría verte, adelante! ¿Qué tal el viaje?

Morey exagera un tono cordial de amigote, se pone en pie y da palmadas en la pequeña espalda anfibia de Valiente, que sonríe, complacido.

—Bien, bien, señor primer ministro.

—Siéntese, por favor. Cuénteme. ¿Quién es ese Alcázar?

—¿Que quién es? —su vocecilla se rasga, escandalizada—. ¡Es un traidor, un espía! Eso es lo que es.

—¿Está seguro?

—Nunca me gustó un pelo ese tipo, siempre fue conflictivo, respondón, inestable... un tipo tóxico para el grupo, se lo aseguro. ¿No le parece mucha casualidad que ayer él descubre la extracción de combustibles fósiles y hoy los argentinos se enteran y nos expulsan?

—O sea, que según usted no lo tienen retenido. Él se ha quedado con ellos voluntariamente, es su espía.

—Se tienen que estar riendo ahora mismo de todos nosotros, señor.

—Gracias por su informe, Einstein. Ha sido sumamente valioso. Lamentablemente, tengo otra reunión ahora mismo. ¡Hasta pronto, amigo!

Morey se pone de pie, ante el estupor de Valiente, y le señala la puerta. Valiente se incorpora, confundido.

—Ha realizado un servicio importantísimo al país. No lo olvidaremos — dice mirando a la mesa. Pero Valiente no se mueve.

—Precisamente de eso quería hablarle. ¿Qué va a ser ahora de mí? ¿Hay alguna colocación donde yo pueda...?

—Pero, Einstein, no se preocupe ahora de eso. Por supuesto que habrá algo para usted. No nos olvidamos nunca de los auténticos patriotas. Ahora tómese unos diitas de descanso, vaya a su tierra, ya sabe, las tres peítas: la playita, la paellita, la putita... ¡Todo bien español! Y ya le llamaremos, ¿eh?

Morey se pone de pie, le da otra palmada y le abre la puerta, invitándole a salir.

Mientras Valiente sale, Morey llama a su secretario.

—No sé si la viuda nos está tomando el pelo. Quiero hablar con ella.

—Muy bien. Me pongo con ello.

—Y otra cosa. Busque una colocación para Valiente. No quiero que se pongan pesados conmigo. Algo fácil como lo de Argentina, ¿de acuerdo? Porque el panoli lo ha hecho perfecto... ¡Y eso que me dijeron que era un chisgarabís!

Morey, tras marcar una ese eterna, rompe a reír con grandes aspavientos, guiñando el ojo a Istúriz, que sonríe mecánicamente, de medio lado, un rictus de repugnancia mal disimulado que esboza antes de salir y solo porque va en su sueldo.

## 30

—El antiguo búnker está ya habilitado como suite presidencial.

—Perfecto. Además, ya sabés cuánto me molesta la luz para dormir. Un búnker es ideal.

—Un dron con sus enseres personales está viajando desde Buenos Aires.

—¿La pequeña Cristina?

—Estará perfectamente. El doctor Heim le buscará acomodo. Aquí tiene su inhalador. El de repuesto está en su suite.

—¡Gracias a Evita, Isabelita y a Cefeká!, estaba empezando a ponerme

nerviosa...

Cristina se aferra con las dos manos a su inhalador y aspira como una drogadicta.

—Ya me encuentro mucho mejor. Voy a hablar con ese español. ¿Alguna información interesante que pueda utilizar?

—Al parecer, es un genetista muy bueno. De hecho, podría ser un buen refuerzo para el proyecto del doctor Heim, aunque en España no tenía grandes proyectos en los que destacar.

—Obvio.

—Estudió en Barcelona —dice el enano con un resabio de orgullo.

—¿Excatalán?

—No, exportugués.

—Bah —Cristina dobla la muñeca con desprecio—. A mí de los españoles solo me gustaban los vascos, pero como ya no lo son...

—Estuvo en el sector de hibridación de mascotas, pero su trabajo de años se fue al traste por culpa de un problema de corrupción empresarial.

—Tan típico español.

—Es un caso complejo, nunca se llegó a saber la verdad. Incluso se vertieron acusaciones sobre la ética de los científicos implicados, pero nada se pudo probar. Por lo que sabemos, Alcázar es un beato.

—Más científico que los Sumos Científicos de Roma, ¿eh?

—Exactamente. Le sugiero que ataque por el lado de la fe con un toque de estímulo de su ambición profesional. Si falla, pase a las armas definitivas.

—¿Su hija?

Cubí no contesta, solo sonrío y asiente, complacido por la inteligencia de su jefa.

—Pero no la tenemos.

—Está en paradero desconocido, pero tal vez pueda servir la promesa de que la encontrará y la traerá sana y salva.

Cristina sonrío a Cubí, llena de malicia.

—Qué pena que su país no exista. Sería usted un gran presidente.

Sàntxez no sonrío. Aunque trata de disimular, Cristina puede ver por la forma en que frunce sus párpados oscuros que su pulla ha dado justo en el centro de su pequeño corazón: el nacionalismo. Le complace.

—Entiendo su dolor, Sàntxez. Y no se preocupe, no está solo en su odio contra España.

—Gracias, Presidenta Viuda. Antes de que se marche, ¿qué hago con la

petición de Morey? Insiste en hablar con usted.

—¡Qué pereza! ¡Qué tipo tan aburrido! No sé, díglele cualquier cosa. Gane tiempo mientras hablo con el profesor Alcázar.

## 31

Es de noche en la pampa, una noche blanca que tiñe todo de un color azul oscuro. Célula y Mol acaban de llegar a la cueva del barranco del fracking, arrastrando a las vacallas, que no querían caminar por el borde del precipicio. Pero no podían dejarlas allá arriba, les hubieran delatado. Las acomodan en la amplia cueva y las dejan descansando, apretujadas en un rincón, rumiando. Célula y Mol se sientan en el borde de la cueva, con las piernas colgando sobre el precipicio.

—¿Cómo encontrasteis esta cueva?

—Haciendo un trabajo del colegio.

—¿Es conocida?

—No. No sale en los mapas. Es producto del fracking. Estaremos a salvo aquí. Ni siquiera llega la conexión a intermind.

Célula no ve bien en la oscuridad, pero le parece que la comandante hace un gesto de contrariedad.

—Perfecto. Así es imposible que nos rastreen.

—¿Cuánto tiempo crees que tendremos que estar aquí escondidas?

—Tranquila, Célula, ya verás cómo todo se calma y puedes volver con tu padre enseguida.

—Espero que sí. La última vez que hablamos, discutimos. No me gustaría que esa fuera nuestra última conversación.

Célula rompe a llorar de pronto. Mol se acerca a ella y la abraza.

—Eh, tranquila, hija... Ya verás cómo te reúnes con él muy pronto. Pobrecita, vaya día que has pasado...

—No lo sabes bien... —dice Célula, entre sollozos.

—Bueno, ahora estás a salvo. Aquí podrás descansar y mañana lo verás todo con más calma. Seguro que nadie sabe de este lugar, ¿no?

—Solamente Pitágoras.

—¿Confías en él?

—Cien por cien. Él nunca me haría daño.

—Claro que no, cariño. Solo espero que los militares argentinos no lo



manipulen.

—Es imposible. Él nunca me delataría.

—Lo sé. Pero podrían obligarle, engañarle... Tienen muchas maneras de hacerlo.

—Confío en Pitágoras. No tengo ninguna duda.

—Muy bien, mi niña. Entonces no tenemos nada que temer. Ahora, vamos a intentar descansar un poco, ¿sí?

Antes de que Célula pueda contestar, Mol saca un *spray* de su uniforme y rocía a Célula en la cara. La adolescente cae inconsciente. La expresión sonriente y bondadosa de Mol cambia radicalmente.

—Maldita niñata enferma... —dice con desprecio.

Mol se pone de pie y echa el cuerpo inerte de Célula sobre su hombro.

## 32

—Sáqueme inmediatamente de aquí. No he hecho nada para que me priven de mi libertad.

Cristina observa a Galileo con interés. No se había dado cuenta de la perfección estética de su físico hasta ahora. Qué rasgos más viriles, qué nariz, qué mandíbula... Una maravilla de la selección genética. Qué ejemplar de macho...

—En realidad le estamos protegiendo, profesor Alcázar.

—¿De qué?

—De sus compatriotas. Usted sabe que ha caído en desgracia ante ellos. ¿Qué cree que piensan de usted después de sus aplausos a la expulsión de los españoles? Han abandonado la base y le han dejado aquí.

Galileo permanece pensativo. Cristina aprovecha para observar esos brazos musculosos que se marcan en la bata blanca, y ese pecho amplio, fuerte y varonil. Cristina siente una extraña sensación de ardor en su piel. Se ruboriza, avergonzada de la posibilidad de que Galileo o el alférez Ayanz, que vigila a su espalda, puedan notar algo de su turbación. Pero su segunda piel le protege de toda indiscreción, dándole ese aspecto siempre terso y marfileño.

—O sea, que piensan que soy un espía.

—Digamos que, si vuelve a España, no le van a recibir de manera agradable. Solo nos tiene a nosotros, profesor. Le estamos ofreciendo protección y la oportunidad de colaborar en un interesante proyecto científico.

—¿Puede usted garantizarme que en ese proyecto se respetan los mandamientos de la ciencia?

—Me ofende usted, profesor. ¿Cree que yo permitiría lo contrario?

Galileo ve la piel de seda de Cristina tensarse, irritada.

—No, por supuesto que no, discúlpeme, no pretendía insultarla.

—Pues lo hizo.

—Lo lamento de verdad. Perdóneme, Presidenta Viuda. Le agradezco mucho su ofrecimiento, pero como científico no puedo comprometerme con un proyecto sin saber de qué se trata.

—Y nosotros no podemos contarle de qué se trata hasta que se comprometa con Argentina de manera clara y rotunda. Estamos en un clásico atasco de negociación basado en la desconfianza mutua. No, no, no proteste, profesor. Es normal que usted no confíe en nosotros, del mismo modo que nosotros no confiamos en usted en absoluto. Pero una de las dos partes tiene que ceder. ¿Quién cree usted que está en la posición más débil?

Galileo se vuelve a quedar callado. Empieza a darse cuenta de que se está quedando sin opciones. ¿Qué harán con él si no cede a sus pretensiones? Cristina contempla sus manos crispadas, sus manos de hombre, cuadradas y carnosas pero armoniosas, con dedos fuertes y hábiles, que ella imagina, en un fognazo, explorando su cuerpo. ¿Pero esto qué es?

—¿Dónde está mi hija? Quiero a mi hija.

—Perdone, profesor, ¿qué quiere decir?

—Quiero que traigan aquí a mi hija, que esté conmigo. Si traen a mi hija aquí, colaboraré con ustedes.

—La mandaremos a buscar.

—¿Puedo hablar con ella?

Cristina se vuelve ligeramente hacia Ayanz, interrogándole con un leve arqueado de sus cejas.

—Por seguridad, no podemos permitir que se comunique con el exterior.

—En cuanto la traigamos acá, podrá hablar con ella. Será nuestra protegida, lo mismo que usted. Pero tiene que declarar públicamente su compromiso con nosotros y empezar a colaborar con el doctor Heim. ¿De acuerdo?

Galileo asiente, con la cabeza baja, turbado y confuso. Le repugna ser un traidor a su patria. Le asusta su encierro, le da miedo que Célula pueda sufrir, está ansioso por tenerla a su lado, protegida. Le espanta la posibilidad de que el proyecto secreto atente contra sus principios. Le mortifica el recuerdo de la cara monstruosa del engendro que vio. Está hecho un lío. Cristina le sonríe con

amabilidad. Es como un rayo de luz en la oscuridad asfixiante de su mente agitada.

—Usted se ocupará del bienestar del profesor, alférez Ayanz. Atienda todas sus necesidades, en todo momento. Profesor, Ayanz le guiará por la base cuando necesite ir a algún lugar. Se alojarán en el antiguo búnker, mandaré acondicionar una suite para ustedes.

Galileo y Ayanz intercambian una mirada de resignación: ninguno de los dos quiere compartir veinticuatro horas diarias con el otro, pero no tienen otro remedio. Cristina sonrío a Alcázar.

—Hasta mañana, profesor.

Cristina sale de la habitación. Ayanz se queda dentro y acerca una de sus manazas a Galileo.

—Aquí tiene su inhalador.

—¿Cómo han sabido cuál es mi fórmula?

—Lo sabemos todo de usted, profesor.

—Puedes llamarme Galileo. Vamos a compartir mucho tiempo juntos.

—No creo que sea apropiado que nos llamemos por nuestros nombres, profesor. Mejor mantengamos una sana distancia en nuestra forzosa cercanía, ¿no le parece? Descanse un momento y, en cuanto esté lista la suite, le conduciré hasta ella.

Ayanz se marcha y Galileo se queda solo con su confusión: «Oh, ciencia nuestra que explicas el cosmos, permíteme encontrar la solución a mis problemas». Aspira el inhalador, confiando en calmar sus nervios alterados. Espera unos segundos para sentir la ola benefactora en sus venas..., pero no llega. No llega como lo hace normalmente. Y mientras la espera, se da cuenta de que entre el batiburrillo de su mente destaca una imagen: el rostro de Cristina, brillante, sobrenatural, como una diosa del mundo arcaico.

## 33

—¡Alto!

Pitágoras escucha una voz que rompe el silencio del campo. Las nubes oscurecen la noche alba. Mira intentando buscar una figura humana, pero no

puede ver a quien ha gritado. Levanta sus brazos desnudos.

—Soy Pitágoras Farfalle. Vivo aquí.

—Avance lentamente —le ordena la misma voz.

Pitágoras hace caminar a su vacalla hacia la casa. Pronto distingue la silueta de un vehículo militar. Parapetados tras él, dos soldados apuntándole con armas. Un sargento sale de detrás del vehículo y se acerca a él.

—Baje de su montura.

Pitágoras obedece. El sargento le registra cuidadosamente.

—¿De dónde viene?

—Estuve buscando a Célula Alcázar. Golpeó a mi madre con una pala y salió huyendo esta mañana.

—¿Cuándo es la última vez que la vio?

—Esta mañana, como le digo. No conseguí encontrarla en todo el día. Pero sí encontré huellas de dron. Creo que los españoles se la llevaron.

—¿Por qué dice eso?

—En cuanto supo que a su padre lo habían detenido en la base Elgor, Célula salió corriendo. Creo que era su orden en caso de que algo así sucediera. Mi madre trató de impedirlo, pero Célula la atacó con la pala, y escapó. Los Alcázar son españoles, se han hospedado en nuestra granja, pero siempre dejaron claro que ellos eran distintos. Creo que eligieron nuestra granja por ser más discreta, menos sospechosa. Nunca lo imaginé, pero, ahora que lo pienso, creo que el profesor es un espía.

—Y usted y sus padres le ayudaron.

—¡Jamás! Nosotros somos argentinos, mi familia lleva generaciones en esta granja, desde mucho antes de la guerra mundial. Siempre defendimos esta tierra, siempre la mantuvimos para Argentina. Este campo está sembrado de chilenos muertos y ¿sabe quién los mató? ¡Mi bisabuelo! Jamás ayudaríamos a unos espías. El profesor Alcázar solo era nuestro huésped.

El sargento observa al joven, que finge estar encendido por la indignación.

—¿Puedo entrar en casa?

El sargento le hace un gesto invitándole a cruzar el puesto de vigilancia. Pitágoras pasa mirando de reojo a los militares. Cuando entra por la puerta de su casa, sus padres salen a su paso y le abrazan en silencio.

—Pitágoras, hijo, ¿estás bien?

—Yo sí, ¿ustedes?

—Estamos bien —dice Fibonacci—. Bueno, tu madre no tanto.

Pitágoras mira a Entropía, que tiene un hematoma en la cabeza.

—Lo siento, mama.

—Tranquilo. Mañana estará curado. Pero si agarro a esa niña, le daré unos buenos azotes en ese culito sonrosado.

—No creo que puedas. Ya se la llevaron los españoles —Pitágoras hace una seña con las cejas a sus padres, para que entiendan que miente. Piensa que los militares pueden estar escuchando—. ¿Cómo íbamos a pensar que su padre era un espía?

—Y sí... Nos engañaron los malditos españoles. Bueno, fue un día muy largo y muy difícil —suspira Entropía—. Vamos a dormir, ¿sí?

—Pitágoras, no olvides tomar tu inhalador —su padre se lo pone delante de la cara.

Pitágoras le mira a los ojos, tenso. Piensa rápidamente. Sabe que los militares les vigilan. No debe llamar su atención. Agarra el inhalador y lo aspira. Sus padres sonríen, aliviados.

En su habitación, a solas, Pitágoras se arrepiente de haber dejado sola a Célula y haber ido a la granja. Ahora que ya ha comprobado que sus padres están bien, no tiene ningún sentido estar ahí. Se promete a sí mismo que, pase lo pase, se escapará e irá a buscar a Célula. Un puñado de hormonas no le van a hacer cambiar de opinión, no van a lograr que deje de amar a Lulú con toda su alma.

## 34

Ayanz conduce a Galileo por los laberínticos corredores de la base, hasta llegar a un pasillo de hormigón, de formas rectas, limpias, elegantes. Es la parte del antiguo búnker militar reservada para las autoridades. Al fondo hay una puerta custodiada por dos soldados. Galileo piensa que debe de ser la suite de la Presidenta Viuda. Le sorprende que le guste la idea de estar cerca de ella.

Ayanz le señala otra puerta. Entran. Galileo ve una habitación formal, cómoda, sin ventanas, con una pantalla mural donde se proyecta la imagen de un ventanal abierto al mar, un sofá, unos divanes de relax, un par de mesas con sillas ergonómicas y tres puertas. Ayanz abre una a una las puertas.

—Su dormitorio, el mío, el aseo. Por protocolo de seguridad, estas puertas permanecerán abiertas en todo momento.

—No me siento muy cómodo utilizando el aseo en presencia de otras

personas.

—Se acostumbrará.

—No me gusta nada su actitud.

—Ni a mí la suya.

—¿Ah no?

—Déjeme hacer mi trabajo, por favor. Será más fácil para todos.

—¿Qué cree usted que es eso que vimos antes?

—No me entrenaron para especular, profesor.

—¿Para qué le entrenaron? ¿Para obedecer, aunque la orden sea contraria a los mandamientos de la ciencia?

—Usted es un científico, yo soy un militar argentino.

—Vamos, Ayanz. Ahora yo también trabajo para Argentina. Mañana voy a saberlo todo, ¿no puede darme algo de información? Seguro que usted sabe algo.

—No pierda el tiempo con esos trucos de niños. Estoy entrenado para no hablar ni bajo tortura. ¿Alguna vez le han electrificado los testículos, profesor?

—No.

—Pues a mí sí. Buenas noches.

Galileo entra en su dormitorio. La cama parece cómoda, hay una silla, ropa limpia, una pantalla con un jardín de cerezos en flor. Sencillo pero elegante. Se tumba en la cama, la cabeza le da vueltas. Mira hacia la puerta abierta. En una esquina de su ángulo de visión, lejanos pero perceptibles, encuentra los ojos de Ayanz fijos en él, como un perro de caza.

## 35

Pitágoras se despierta de golpe, como saliendo de una pesadilla. En su mente se agolpan retazos confusos de lo sucedido el día anterior, no sabe si son fragmentos de sueños o recuerdos reales. Termina de despertarse y piensa en Célula. Sabe que está escondida en el barranco del fracking, con esa militar española. Sabe que le prometió ir a buscarla, volver a su lado, pero no siente

nada. La idea de su amor por Célula es solo eso, una idea, no hay ninguna emoción en su cuerpo. Todo es por culpa del maldito inhalador y sus padres... ¿Cómo es posible que en tan solo una noche haya perdido todo sentimiento?

Compara todo lo que sintió en los últimos días, su amor adolescente, arrebatado, ardiente por Célula y la apatía que le llena ahora mismo. ¿Qué es mejor? Una parte de su mente le dice que la calma es buena, que la ciencia ha desarrollado herramientas para hacer su vida plácida y agradable, sin sobresaltos de emociones como el enamoramiento. Pero otra voz, aunque débil, le recuerda que nada de eso es real ni natural. La sociedad moderna ha cambiado la realidad, la naturaleza, por lo artificial. Vivimos en un estado de sedación, alejados de nuestros sentimientos, desconectados de nuestra parte animal. Eso no es lo adecuado para una persona. Por eso decidió ser neonatural y dejó de antihormonarse. No debe dejarse engañar por esa calma química y antinatural que tira de él para que no haga nada. Él ama a Lulú... o la amaba.

Pitágoras mira por la ventana. Los militares siguen haciendo guardia cerca de la puerta de la casa. Si les dice que va a cabalgar con cualquier excusa, le dejarán salir, pero le seguirán o le controlarán desde el aire. No podría ir a buscar a Célula y exponerla a que la encuentren. Debe salir de forma que ni sus padres ni los militares se den cuenta. Pero el campo que rodea a la casa es llano, no hay forma de escapar sin ser visto. La única manera sería crear una distracción tan fuerte que concentrara la atención de sus vigilantes, permitiéndole escapar hasta un parapeto que pueda ocultarle de su visión, como los calafates o la loma colorada. Descarta decenas de opciones y recorridos, en todos ellos encuentra algo que los hace demasiado arriesgados. Para complicarlo aún más, cualquier plan debe dejar claro que la huida es cosa de Pitágoras. No quiere implicar a sus padres en ninguna sospecha de colaboración antipatriótica.

Tras una larga y concentrada deliberación, el plan aparece en su mente, radical pero efectivo. Sus padres aún duermen. Es el momento perfecto. Sale de la casa por la puerta trasera. Al oír el ruido, uno de los militares se acerca a él.

—Buenos días. ¿Adónde va?

—A dar de comer a las vacallas —Pitágoras señala el cobertizo junto a la cerca donde cientos de reses pastan hierba seca hasta donde se pierde la vista.

—¿No comen hierba?

—Claro, pero no es suficiente para alimentarlos bien. Hay que darles unos

suplementos. Además, le dan sabor a la carne. Si quiere más tarde le podemos dar a probar un poco de filete mentolado, ya verá.

—Gracias, hijo —el militar sonrío, complacido.

Pitágoras sigue hacia el cobertizo. Entra en él y busca los explosivos que utilizan para moldear el terreno de la finca. Sale por la puerta trasera del cobertizo, montado en su vacalla más rápida. Tira el explosivo al centro del cercado, entre las vacallas, y se lanza al galope hacia un desnivel.

Los militares oyen los cascotes de su vacalla, pero, cuando miran, una tremenda explosión les obliga a protegerse tras su vehículo. Cuando se recuperan del estruendo, ya no oyen los cascotes de una vacalla, sino cientos de ellas que corren en estampida por la finca, en todas direcciones. Los militares tienen que refugiarse en su vehículo para no ser arrollados. En la confusión, no ven la vacalla de Pitágoras, que se aleja y se pierde de vista a lo lejos.

## 36

Célula siente un vaivén en su cuerpo, como si estuviera en una hamaca. Progresivamente, comienza a darse cuenta de que la luz le molesta, demasiado brillante a través de sus párpados cerrados. Como si estuviera a pleno sol. Después, toma conciencia de que no está tumbada en una superficie plana, sino que su cuerpo está doblado sobre algo, con las piernas colgando por una parte y la cabeza y los brazos bamboleándose en el lado opuesto. Despierta, alarmada. Salta instintivamente, pero unos fuertes brazos la sujetan para que no caiga y la depositan de pie en el suelo.

Célula ve a Mol y después mira a su alrededor y ve dos paredes de tierra a los lados y un camino lleno de piedras que se pierde en la lejanía.

—¿Dónde estamos?

—En una torrentera. Esa cueva no era segura.

—¿Por qué me estabas cargando a hombros?

—No he querido despertarte, dormías muy profundamente.

—Pero Pitágoras va a buscarme allá.

—Lo siento, pero tengo que protegerte. No te preocupes, la situación se calmará y pronto podrás reunirte con él. Pero ahora tenemos que escondernos de los argentinos. Conozco un lugar al final de esta torrentera donde podremos estar totalmente seguros de que no nos van a encontrar. Tienes que confiar en mí.



—¿Sabes algo de mi padre?

—Nuestro primer ministro ha dado un ultimátum a Argentina para que liberen a Galileo. La diplomacia está trabajando, probablemente todo se solucione rápido. Pero no podemos darles la ventaja de que te tengan prisionera. Lo entiendes, ¿verdad?

Célula observa los ojos verde-amarillentos de Mol. ¿Está enloqueciendo o cuando ha pestañado hace un instante ha visto una fina membrana de color huevo abrirse y cerrarse sobre su globo ocular?

—¿Lo entiendes, cariño? —Célula capta un matiz de falsedad en su tono amable.

—Claro que lo entiendo —miente, por instinto.

—Pues sigamos bajando.

Mol Pijuán hace una seña a Célula para que pase. Está claro que quiere tenerla vigilada en todo momento. Célula desconfía cada vez más de Mol. Camina por la torrentera mientras busca la señal de intermind sin éxito.

—Parece que aquí tampoco llega la cobertura —comenta por encima del hombro.

—Es verdad —apoya Mol—, yo tampoco recibo nada.

Célula ya no cree nada de lo que le diga Mol. Piensa que no está ahí para protegerla, sino para hacerle daño y para separarla de Pitágoras. Hace el esfuerzo mental de activar el último mensaje que recibió a través de intermind, el de su padre. No aparece en su mente. Sí aparece el recuerdo de haberlo escuchado, pero no puede acceder al mensaje. Normalmente los mensajes o datos recientes siempre son accesibles aun sin conexión. Eso solo puede querer decir una cosa: Mol ha inutilizado sus receptores de intermind. Y si ha hecho eso no es porque quiere protegerla, sino secuestrarla. Llevársela a España contra su voluntad.

Célula se esfuerza en aparentar calma mientras desciende por la torrentera, pensando en cómo huir de la comandante Pijuán.

## 37

—¿Cómo van las cifras de natalidad, Istúriz?

—Han vuelto a bajar de nuevo, señor.

Morey escucha la noticia sin variar su expresión absorta.

—Parece mentira. Desde luego, la gente, si no les das subvenciones, no

hace nada por su país. ¿Cómo vamos a salir de la crisis si no reponemos la mano de obra? ¿Y los sacrificios?

—Han vuelto a subir.

—Si cada vez hay menos españoles y encima con más estudios, esto se va a la mierda. ¡Necesitamos más pobres!

—Tendría que dejarles reproducirse gratis.

Morey estalla en carcajadas ante la mirada impasible de su asistente. No era un chiste.

—¡Ah, este país es imposible! ¿Cómo va lo de Murcia?

—Mantienen la fecha del referéndum.

—Qué astutos... Quieren presionarme para que negocie y les dé más dinero. Otra vez.

—¿Quiere hacer una declaración de respuesta?

—Habrá que hacerlo, ¿no? Qué fastidio... Prepáreme la de siempre, la unidad de España, la constitución, bla bla, ya sabe... ¿Qué ha averiguado de Alcázar?

—Es un científico intachable, exceptuando su implicación en el caso «Miau».

—¿Qué tuvo que ver ahí?

—Era uno de los genetistas que trabajaba para la empresa. Se dice que fue él quien descubrió la combinación para crear mascotas parlantes.

—Vaya, vaya, ¿no era tan beato?

—Cuando él trabajaba ahí, aún era legal la semihibridación con componentes humanos. El Consejo de Sumos Científicos lo prohibió justo después.

—No vuelva a decir eso. La gente no tiene por qué saberlo. Ahora es un pecado, por lo tanto, Alcázar es un pecador si nos conviene.

—Pero queda descartado que sea un espía, señor.

—Eso está bien saberlo, pero tampoco es verdad hasta que no sepamos cuál es el siguiente movimiento de los argentinos. ¡La verdad la decidimos nosotros, Istúriz! En todo en lo que la sagrada ciencia no revele, por supuesto.

—De acuerdo, señor.

Istúriz parece impaciente. Morey le hace una seña para que se marche. Antes de que salga por la puerta, Morey recuerda algo.

—Oiga, por cierto, ¿quién ganó Eurovisión?

—Sicilia.

—¿Otra vez? Esos malditos exitalianos siempre se votan entre ellos. No sé

para qué se dividieron en distintos países. ¡Estoy harto de sus insoportables *reggaecongas!*

Istúriz eleva unos ojos ascéticos hacia sus cejas, pidiendo paciencia a su cerebro para no perder los estribos y gritarle a Morey todo lo que piensa de él. Respira hondo y cierra la puerta. Imbécil... Justo en ese momento, Istúriz recibe un mensaje urgente: el profesor Galileo Alcázar está haciendo una declaración. Entra de nuevo al despacho de Morey, ignora la expresión aturrida del primer ministro y enciende la *holopantalla*.

—Al destaparse el fraude que la misión española estaba cometiendo en la base Elgor, tuve claro que era un grave pecado, una violación flagrante de los mandamientos de la ciencia y de los tratados del Nuevo Orden Nacionalista. No se puede extraer combustibles fósiles. No hay justificación para ello.

Galileo hace una pausa dramática, aunque es demasiado larga. ¿Está pensando qué va a decir? ¿Está cambiando de opinión en directo?

—Lo está leyendo por intermind —dice Morey con voz de chivato—. Se nota demasiado.

Istúriz se muerde la lengua. Morey es famoso en todo el mundo por su expresión estupefacta mientras sus ojos de pescado frito se mueven siguiendo líneas invisibles.

Galileo continúa con su declaración:

—Por lo tanto, recordé a qué había venido a la base Elgor, como miembro de la misión española. Vine para compartir un proyecto científico entre España y Argentina, un proyecto que ayudara a optimizar la producción de energía a partir de bacterias. Un proyecto conforme a los mandamientos de la ciencia, los tratados del NON y el bienestar común de ambos países y de toda la humanidad. No encuentro ninguna razón para abandonar ese proyecto y volver a España, por lo que he decidido continuar con mi misión en la base Elgor bajo el patrocinio del gobierno argentino.

Nueva pausa. Morey no puede articular palabra, pero bambolea su mandíbula, queriendo dar una respuesta. Galileo sigue con su declaración.

—No soy un rehén, estoy aquí por propia voluntad. No soy un traidor, estoy cumpliendo con la misión que se me encomendó, con los mandamientos de la ciencia y las leyes internacionales.

Galileo termina su declaración mirando a cámara con una sonrisa perfecta. Morey estalla.

—¿Lo ve? ¡Es un espía!

—No nos consta que lo sea.

—¡Pues lo han coaccionado! Le han obligado a leer ese discurso.

—Eso puede ser.

—¿Vamos a consentir que se rían de nosotros?

Istúriz se encoge de hombros.

—Llame al almirante Garciapérez. Vamos a ver a Su Majestad.

—¿Está seguro de que es acertado hablar con el rey?

—Estoy seguro de que es una pérdida de tiempo, pero estoy obligado por la... dichosa Constitución. Él es el jefe del ejército. Hay que guardar las apariencias: la mujer del César tiene que parecerlo, no serlo. O algo así, usted sabe, que no se note que es puta.

Istúriz se queda callado, con los ojos abiertos como platos. Siempre ha pensado que su jefe es un idiota. Ahora se está dando cuenta de que puede ser un idiota peligroso.

## 38

Galileo está callado, pensativo. Acaba de hacer su declaración y se siente agitado, perdido, un poco traidor a pesar de todos los razonamientos. La Presidenta Viuda entra en la sala.

—Estuvo fantástico, Galileo.

Levanta la mirada y la ve, radiante, hermosa como ninguna otra mujer. ¿A qué se debe este cambio? ¿Cómo es posible que él no hubiera reparado antes en su belleza? Turbado por este sentimiento, no acierta a responder, solamente a sonreír. Se siente un poco estúpido.

—Todo va a ir bien, ¿sí? Considérese bajo mi directa protección. ¿Lo oyó, Ayanz?

El alférez hace una seña con la cabeza.

—Gracias, Presidenta Viuda —acierta a decir Galileo, y añade—: ¿Se sabe ya algo de mi hija?

—Recién enviamos a buscarla a la granja —Cristina está acostumbrada a mentir todos los días, a todas horas, pero en esta ocasión siente remordimientos.

Mira a Galileo, su mandíbula ancha en tensión, sus ojos azules brillantes, preocupados... Vuelve a sentir esa predilección especial, ese sentimiento inesperado que no acierta a reconocer. Es tan guapo ese español... que se le puede perdonar que lo sea. Pero se da cuenta de que está siendo demasiado

amable con él. Amable de verdad, no diplomática y falsa como es siempre. Se siente avergonzada, cree que el alférez Ayanz la observa. Tiene miedo de que alguien descubra su debilidad por Galileo. ¿Por qué tiene miedo? No lo sabe, no lo ha analizado. Mejor será olvidar toda esa línea de pensamiento.

—No tema, profesor. Le garantizo que su hija estará aquí a la brevedad, sana y salva. ¿De acuerdo?

Galileo mira a los ojos de Cristina y siente que puede confiar en ella, que todos sus problemas en la base se hacen pequeños, que solo están ellos dos en la sala... cuando en realidad están rodeados de gente. Reacciona, como despertando de un ensueño.

—De acuerdo, Presidenta Viuda.

Cristina le tiende su mano enjovada. Es una mano delicada, afilada, de una blancura marfileña, adornada con un anillo dorado, su anillo de Presidenta Viuda, y una pulsera de plata y lapislázuli. Galileo la contempla, absorto, mientras acoge esa joya en el hueco de su mano. Es como tocar a una faraona. Pero la maravilla es que está viva, su mano está caliente, tiembla ligeramente, suda. La humedad de la mano presidencial hace que su vello se erice y Galileo sienta algo que jamás había sentido antes en su vida: una erección.

Afortunadamente, sigue sentado tras la mesa donde ha hecho su declaración y puede esconderla. Mientras ve alejarse a Cristina, la erección permanece y, con ella, se eleva también una preocupación más que añadir a todas las que ya tenía. ¿Cómo es posible que haya tenido una erección? Una vocecilla clara, potente, pura, estalla en su mente, una voz que jamás había oído:

«Es la mujer más atractiva del mundo, es normal que te provoque una erección».

«Pero las antihormonas...».

«Sabes que hay un pequeño porcentaje de error».

«Pero entonces...».

Galileo no puede continuar con su diálogo silencioso. El doctor Heim aparece delante de su campo de visión con su expresión de simpatía eterna, brillante y fría como el filo de una navaja. La erección de Galileo se desvanece como humo.

—Bienvenido al proyecto «Elegidos».

—Gracias, doctor. Al menos ya sé el nombre.

—Y en unos minutos sabrá todo lo demás. ¿Me acompaña?

El doctor Heim hace un gesto elegante y anticuado y echa a andar. Galileo le sigue, adentrándose con paso firme e irracional en lo desconocido.



# SEGUNDA PARTE: LOS ELEGIDOS

## 1

Pitágoras cabalga a toda velocidad, mirando periódicamente hacia atrás, temeroso de que le puedan estar siguiendo. Pero no ve a nadie detrás, tampoco ve drones en el cielo. Así, lleno de miedo y de esperanza, sudando bajo el sol veraniego, se acerca a los terrenos del fracking. Con cada gota que suda, parece ir recuperando sus sentimientos. Está expulsando el suero antihormonal y volviendo a generar sustancias naturales con la euforia de la carrera.

Frena la vacalla para bajar cuidadosamente por el sendero del barranco. Cada paso que da le acerca a su amada Lulú. Ya está casi allí. ¿No deberían de haber oído ya las pisadas de su vacalla? Pero la Lulú que él ve corriendo hacia sus brazos solo existe en su mente. Llega a la cueva, descubre que está vacía, a excepción de las vacallas que Mol y Célula dejaron ahí. ¿Qué quiere decir eso? ¿Las habrán capturado?

Pitágoras espera un largo rato. No sabe qué puede hacer. Quizá vuelvan, tal vez se ausentaron solo un momento. ¿Para qué? Por más que lo piensa, ninguna explicación tiene sentido más que la desaparición forzosa. Se las han llevado. ¿Por qué tuvo que dejar a Célula? Intuía que algo así podía suceder, no hizo caso de sus presentimientos y temores y ahora su chica está perdida. Pitágoras siente el llanto a punto de romper, no puede contener las emociones que de nuevo afloran en su cuerpo adolescente. ¡Está llorando! Siente de nuevo, y la imagen de Lulú se aviva en su mente y en su pecho como si estuviera allí mismo..., pero no está.

Cuando logra calmarse un poco, vislumbra algo entre las lágrimas, una mancha que se mueve majestuosamente en el cielo. Es un cóndor. Pitágoras se pone de pie, conteniendo el aliento y lo observa. Le parece que no hay nada más poderoso en toda la naturaleza. El cóndor puede ver todo lo que sucede desde las alturas, podría decirle dónde está su amada. Ojalá pudiera hablar con él.

Pitágoras deja de mirarlo, entristecido. No sabe adónde ir, pero decide sacar a las vacallas de la cueva y salir del barranco. Con gran esfuerzo, las

vacallas tienen miedo del abismo, consigue arrastrarlas hacia arriba. Al llegar a campo abierto, recibe una señal por intermind, un mensaje que le deja boquiabierto.

—¡Pitágoras!

No, no es posible. Pero lo es. El cóndor le habla.

## 2

Heim, Galileo y Ayanz atraviesan largos pasillos, bajan por escaleras, franquean puertas de seguridad, toman un par de ascensores y terminan llegando a una parte de la base mucho más profunda que la del búnker. Galileo recuerda vagamente que Pijuán y él pasaron por allá cuando perseguían a Newen. Heim se detiene.

—Alférez, usted no puede acceder al laboratorio. A partir de aquí, el profesor Alcázar está bajo mi protección.

—De acuerdo, doctor.

Galileo está sorprendido por la docilidad de Ayanz. Heim debe de ser más importante de lo que pensaba.

—Puede bajar a buscarle cuando termine —precisa Heim.

—No tengo receptor de intermind —interviene Galileo.

—¿Acaso es usted neonatural? —Heim lo pregunta como sin darle importancia.

—Se lo extirpamos por seguridad —comenta Ayanz.

—Soy un científico convencido, doctor.

—Ya, ya..., pero postecologista, ¿no es cierto?

Galileo asiente. Heim no se inmuta cuando añade:

—Algún día los postecologistas pasarán a estar perseguidos igual que los neonaturales, se lo advierto. Le avisaremos cuando sea necesario, alférez.

—Estaré pendiente, doctor.

Con un gesto de cabeza, Heim despide a Ayanz, que toma el ascensor de vuelta a la superficie. El doctor Heim observa a Galileo con su expresión imperturbable.

—Profesor Alcázar. Está a punto de participar en un experimento revolucionario. Una vez que cruce este umbral, ya no podrá volver atrás. Formará parte de él, con todas sus consecuencias.

—Le prometo que pondré todo mi empeño en aportar lo que pueda.



Heim le observa con la sonrisa congelada en su rostro.

—Como bien sabe, debe jurar que mantendrá en secreto la investigación hasta que se haga pública.

—Lo juro por la ciencia, doctor.

—Muy bien. Adelante.

Heim abre la puerta y deja entrar a Galileo. Atraviesan una antesala, otra puerta y entran en un gran laboratorio. Galileo observa con curiosidad las máquinas, envases y preparaciones que hay alrededor. Le sorprende el gran tamaño del laboratorio y, sobre todo, que esté vacío.

—¿Dónde están los demás?

—No somos muchos. Odio las multitudes. Seguramente están atendiendo a los especímenes.

—¿Eso que vi es uno de los especímenes?

—Ya se lo dije, eso es un error lamentable.

—¿Qué tipo de animal es?

—Humano.

—¿Quiere decir que eso que vi era un ser humano?

—Pronto sabrá todos los detalles. Intentamos mejorar algunas cualidades de los humanos, tanto físicas como mentales. Lamentablemente, en el proceso se cometen errores como eso que usted vio.

—¿Va a explicarme en qué consiste el proyecto?

—Lo mejor es que lo vea usted con sus propios ojos. ¿Está preparado?

—Por supuesto.

Heim sonríe un poco más abiertamente de lo habitual. Hace una señal para que Galileo le siga y le indica una puerta. El doctor la abre, entran a otro pasillo y llegan hasta otra puerta de seguridad. Heim hace un ademán elegante y anticuado que llama la atención de Galileo.

—Después de usted, por favor.

Galileo cruza la puerta y la oye cerrarse pesadamente. Se da la vuelta; Heim no está a su lado. Galileo acciona un comunicador que hay junto a la puerta.

—¿Doctor Heim?

—Disculpe, profesor Alcázar. El protocolo de seguridad está diseñado para que solo pueda pasar una persona cada vez. Tiene usted diez minutos para observar a los especímenes. Los encontrará tras la última puerta.

La comunicación se corta bruscamente. Galileo está nervioso. Siente una punzada en el estómago, un sentimiento vertiginoso, paralizante y animal. No lo puede reconocer, porque es la primera vez en su vida que realmente lo

siente no como una idea, sino como una pasión que nubla su voluntad y le hace temblar las piernas. ¿Eso es el miedo? Es tan fuerte que casi duele. Pero ¿por qué lo siento de pronto? Creo que el inhalador antihormonal que me han dado es deficiente, tendré que pedir otro mejor ajustado a mis parámetros. Sin duda, está fallando. ¡Estoy sintiendo!

Galileo se recupera del zarpazo del miedo y racionaliza la situación. No hay nada que temer. Avanzará por el pasillo, atravesará la puerta y observará a los especímenes. ¿Es el recuerdo de ese engendro que vio lo que le paraliza?

Galileo se obliga a caminar, abre la puerta y penetra en una habitación oscura, iluminada únicamente por unos reflejos verdosos. Mira al techo, los reflejos se mueven en ondas acuáticas. El olor a mar es fuerte, agrio, mareante. Cuando sus ojos se acostumbran a la semioscuridad, ve ante él una especie de tanque, grande como una piscina, lleno de líquido. Algo chapotea en él.

Distingue dos ojos viscosos, hinchados, enrojecidos, mirándole desde una cabeza deformada. El ser que chapotea frente a él emite un grito ronco, casi un aullido, una voz de alarma. Antes de que Galileo pueda discernir qué es eso que grita, un estrépito de bramidos y chapoteos le indica que el ser no está solo y que los demás se acercan hacia él, nadando en las oscuras aguas.

Pronto se ve acorralado en la estrecha franja de suelo que hay al borde de la piscina. No puede contar cuántos son, pero varios seres le observan y le olfatean, mientras gruñen nerviosos. Son similares a eso que vio con Ayanz. Sus cuerpos son como orugas gigantes, pero con extremidades que recuerdan a brazos y piernas deformados. Sus bocas se abren, espantosas, hediondas, bestiales. Solo los ojos, aun hinchados y grotescos, tienen algo de humanidad.

Galileo se apoya contra la pared, temblando. No sabe qué son, ni qué quieren, pero no puede evitar estremecerse porque todas esas fauces monstruosas parecen querer devorarlo y un pensamiento cruza su mente como un rayo: ¡Heim le ha enviado ahí como comida para sus engendros!

### 3

—El plazo ha terminado —Morey intenta un gesto de firmeza, pero sus ojos irregulares y su boca bamboleante le hacen parecer un lenguado—. No podemos consentir por más tiempo los agravios del gobierno argentino. Nos han acusado de violar las leyes internacionales y los mandamientos de la ciencia. Es radicalmente falso. Nosotros acusamos a Argentina. Han

traicionado el espíritu de la misión y, cuando han visto que iban a ser descubiertos, han acusado a España de sus propios delitos. ¡No lo vamos a consentir!

Istúriz está un poco asustado por el tono de Morey. El muy torpe suele leer mal todos los discursos e interpreta mal todos los roles, excepto el de estúpido o el de malvado. En este caso, su tono iracundo, desquiciado, amenazante es totalmente creíble. Istúriz teme las consecuencias de los insensatos movimientos políticos de Morey. Durante años ha tenido que manejar los más diversos escándalos, disparates y errores garrafales. Aunque ninguno tan peligroso como este.

—Han retenido a un ciudadano español, un científico honrado. Han tenido la oportunidad de rectificar y liberarlo y, en vez de eso, le han obligado a leer una declaración antiespañola. No nos la creemos, Presidenta Viuda González. Retener y coaccionar a un científico español es un acto hostil. Por eso, nos vemos obligados a exigir que nos devuelvan a nuestro compatriota sano y salvo, así como todos los bienes y recursos energéticos que han arrebatado ilegalmente a nuestro país. Si lo hacen a tiempo, no tendremos que lamentar otros efectos colaterales. Pero, si continúan con su actitud, España tendrá que defenderse.

La transmisión de Morey termina y este se vuelve satisfecho hacia su asistente.

—¿Qué le ha parecido, Istúriz? Creo que las amenazas se me dan bien.

—No se lo voy a negar. Otra cosa será la respuesta de los argentinos.

—Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, Istúriz.

El asistente tuerce el labio y trata de controlar su expresión de asco. Odia profundamente las perogrulladas que Morey acostumbra a decir. Para colmo, Morey ataca con otra.

—Los españoles somos españoles y los argentinos, argentinos. Ya veremos quién puede más.

Istúriz aprieta la mandíbula, nota el inicio de un espasmo involuntario en un párpado y decide abandonar el despacho porque querría agarrar el busto del rey e incrustárselo a su jefe en el cráneo. Ha perdido el miedo a las consecuencias incontrolables de las tácticas de Morey. No le importaría que un misil les fulminara en ese preciso instante, poniendo fin a su tormento.

—¡Tranquilos, tranquilos!

Galileo no sabe qué hacer, así que trata de hablar con los monstruos. Los gruñidos cesan instantáneamente. Los ojos abultados de los seres, expectantes, le miran con un brillo verdoso.

—Me llamo Galileo.

Uno de los extraños engendros repite su nombre, con dificultad, emitiendo sonidos guturales.

—Gaa-lii-lee...

—Sí, Galileo. Eso es. Estoy aquí para ayudarles.

Los monstruos se agitan, inquietos. Se oyen gruñidos y chapoteos. Galileo cree notar desconfianza en sus ojos hinchados. Uno de los seres se adelanta y se acerca a él. Pone sus torpes brazos en el suelo e intenta salir del agua. Galileo le mira a los ojos y lo reconoce. Es el engendro que vio, huido, en los pasillos de la base.

—A-yu-da —consigue articular.

Galileo, haciendo de tripas corazón, se agacha para mirarle el rostro más de cerca. Le mira a los ojos y puede ver su dolor. Venciendo su repugnancia, alarga la mano y acaricia la cabeza del infraser. Este le mira fijamente con sus ojos desorbitados. Una lágrima gruesa, viscosa, resbala por su abultada cara. Galileo siente de pronto una compasión abrumadora. La siente dentro de su pecho, como no la había sentido nunca, como si fuera un músculo tensándose dentro de su estómago.

—Pero ¿qué os han hecho? —exclama con la voz rota—. ¿Qué os han hecho?

Los engendros se agitan, se inquietan, se acercan en tropel hacia Galileo, gimiendo como perros asustados. Galileo les acaricia, toca sus cabezas húmedas y repugnantes, lleno de pena. No puede pensar de manera racional, solo toca a los monstruos, les mira a los ojos y trata de consolarlos con sus caricias. Los seres gimotean, agradecidos, chapoteando en la oscuridad de su prisión. Las emociones desbordan a Galileo, la compasión le embarga, sabe que todo es culpa de su extraño desajuste hormonal, pero no puede evitarlo. Está sufriendo por esos desgraciados y la compasión ya no es solamente una idea, ahora duele.

Célula camina cabizbaja. Mira a los lados de la torrentera, que es cada vez más profunda y más ancha. Busca inspiración para su huida. Pero no encuentra ningún momento o lugar propicio para escaparse de Mol. Mientras tanto, trata de mostrarse despreocupada y contesta cuando la militar se dirige a ella, aparentando normalidad.

De pronto, Célula ve algo que le obliga a detenerse.

—¿Qué pasa? —le pregunta Mol, llegando a su lado.

—Eso que hay ahí... ¿no es un dron?

Mol agarra a Célula con agilidad y la tira contra uno de los lados de la torrentera. Célula se hace daño cayendo contra las piedras y ahoga un grito.

—Lo siento —susurra la militar—. Podrían vernos.

Célula y Mol se sientan en el suelo, sus espaldas contra la pared de tierra, ocultas de la visión del dron tras una roca.

—¿Qué hace ahí parado? —susurra Célula.

—No lo sé.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

La comandante se encoge de hombros.

—No veo bien. Tendríamos que acercarnos un poco más para ver si hay alguien dentro del dron.

—¿Y si nos ven?

—Sería arriesgado, sí —Mol se queda pensativa—. ¿Podrías asomarte un poco y mirar? Tú tienes mejor vista que yo, eres más joven. Quizá ves algo desde aquí.

A Célula le sorprende que Mol le pida eso. Por lo poco que la conoce, Mol no es el tipo de persona que delega o que pide favores. Hay algo extraño en esa petición. Pero Célula siente la mirada escrutadora de Mol sobre ella y tiene que disimular, tiene que actuar. Decide seguirle la corriente mientras piensa.

—De acuerdo. Voy a mirar.

Célula se mueve lentamente, centímetro a centímetro, buscando el punto de visión. De pronto, cuando aún no se ha asomado, se gira súbitamente y encuentra a Mol cerca de ella, con un rociador en la mano. Instintivamente, sin pensar, Célula levanta el pie y le da una patada. El rociador cae a algunos metros, rebotando sobre las piedras del lecho fluvial.

—¿Qué haces?

—¿Qué es eso?

—Nada. Iba a tomarme mis hormonas. Estás loca, niña, me has hecho daño.

—¿Con un rociador?

Mol observa a Célula con los ojos entornados: acaba de darse cuenta de que la chica sospecha de sus intenciones. No hay otra salida. Célula echa a correr hacia el dron, gritando.

—¡Ayúdenme!

Mol sale corriendo detrás de Célula. La oye, pisando fuerte en las piedras del camino, acercándose. No tiene otra alternativa, sigue corriendo hasta que llega al dron. Está parado en el suelo del lecho fluvial. Es un dron del ejército español, completamente vacío. Célula se da la vuelta con el tiempo justo de ver a Mol lanzándose sobre ella, agarrándola de las muñecas.

—¡Suéltame!

—¿Por qué corres?

—Tú no quieres protegerme.

Mol Pijuán no contesta, fuerza a Célula para que suba a la cabina del dron. La chica se resiste.

—¡Sube!

—¡No!

—¡No te resistas! Te harás daño.

Las dos forcejean. La adolescente es ágil y atlética, pero Mol es más fuerte y consigue meterla a empujones en la cabina. Célula deja de luchar. Recobra el aliento sentada en el suelo de la cabina. Mol está de pie, bloqueándole el paso.

—¡Me has engañado! Me has traído hasta aquí para llevarme a España.

—Es lo mejor para ti. Tu padre está secuestrado por los argentinos. No podemos permitir que te atrapen también a ti.

Célula mira a Mol, decidida, poderosa, plantada frente a ella y rompe a llorar.

—Eh, chiquilla, no llores. Créeme, es por tu bien. Aquí te harían daño.

Mol se agacha para consolar a Célula, que se abraza a la militar, llorando desconsolada.

—Tranquila...

Célula va tranquilizándose poco a poco. Se separa del abrazo de Mol y la mira con sus ojos enrojecidos.

—Perdóname, Mol. No pensaba que era tan grave. Entonces, mi padre...

—No pienses en eso. Estará bien. España no dejará que le pase nada. Pero ahora hay que protegerte a ti, ¿sí?

Célula asiente con la cabeza, aparentemente convencida. Se ha dejado llevar por la situación, jugando sus cartas. Pero está fingiendo con todo su corazón. Mol sonrío. Parece que se lo traga. ¿O no?

—Vámonos de aquí.

La comandante Pijuán hace una seña a Célula para que se siente en el lugar de la cabina más alejado de la puerta y la ayuda a atarse el cinturón de seguridad. Luego se monta y da la orden de despegue. El dron comienza a girar sus aspas, ascendiendo con delicadeza. Lulú lo ve separarse de la tierra que tanto ama y decide que tiene que hacer algo rápidamente, aunque le cueste la vida.

## 6

—La armada española se dirige hacia aquí, Presidenta Viuda.

Cristina levanta y arquea las cejas todo lo que puede. Observa a su esbirro Sàntxez como si fuera un extraterrestre. Es verdad, también se parece a uno de esos cabezones... ¿y si en realidad no fuera excatalán sino...?

—¿Cómo dice?

—Nuestros servicios de inteligencia han captado una formación de treinta portadrones y cincuenta submarinos de guerra españoles a la altura de las islas de Cabo Verde.

—No me lo puedo creer. ¿Y la Unión Africana va a permitir que crucen sus aguas?

—Están en el corredor internacional del Atlántico.

—Pero eso es inadmisible. ¡No pueden utilizar el corredor para un acto de guerra!

—No han cometido ningún acto de guerra.

—Todavía.

—Se dirigen hacia Argentina, obviamente.

—Nuestros queridos vecinos de Brasil —dicho con mucha ironía y animadversión— no pondrán ninguna objeción y dejarán que pasen, pero ¿y los ERUA?

—Son tan enemigos suyos como nuestros.

—Hay que comenzar a hablar con todos los países importantes. Consígame llamadas con África, los ERUA, México, Brasil, Alemania...

—¿China?

—El Atlántico Sur es el único océano donde no están metidos. Además, son tan recalcitrantes e imperialistas como los ERUA. Aprovecharían para enredarnos y perjudicarnos de alguna forma. Dejémoslos al margen de momento.

—Empiezo inmediatamente.

—Otra cosa, Sàntxez. Hay que suspender las elecciones.

—Perdone, Presidenta Viuda, pero ¿con qué motivo...? —Cubí Sàntxez está confundido, su mente febril busca una explicación a la sorprendente decisión de Cristina González. Ella solamente le mira y le sonrío levemente, hierática, esperando que el inteligente lacayo dé con la solución por sí mismo—. ¡El artículo 176!

—Le felicito. Estamos en un estado de excepción, al borde de un ataque bélico. Hay que cerrar el espacio aéreo y marítimo, poner en alerta a la población. No se pueden celebrar las elecciones hasta que esto se resuelva. Por lo tanto, revoco la convocatoria y quedan en suspenso.

—Ravioli se va a poner furioso.

—Me da igual lo que opine el puerco. Quería heredar mi cargo calentito y sin esfuerzo. Pero tengo un conflicto que resolver. Nos enfrentamos a una encrucijada histórica.

—No puede estar en mejores manos que en las tuyas, Presidenta Viuda.

El pequeño Sàntxez hace una reverencia y abandona el despacho del búnker presidencial. Cristina lo ve salir y sonrío, triunfal. Por primera vez en muchos años se siente viva, libre, llena de poder. También desbordada por los sentimientos. Eso último la sorprende. Quizá la posibilidad de una guerra inminente ha alterado sus hormonas, desbaratando todo lo que una medicación normal puede frenar en el sistema nervioso de un ser humano. La cuestión es que se siente poderosa, orgullosa, ardiente... y su mente, sin querer, vuela hacia el recuerdo de Galileo Alcázar, ese científico español tan rabiosamente atractivo. ¿Qué error de su circuito neuronal le lleva a pensar en él de nuevo? ¿Lo desea?

Cristina expulsa esa imagen turbadora, casi erótica, de su mente y contesta a la oportuna llamada del presidente de África, que le aparta de ese rincón de su psique donde todo comenzaba a ser frágil e incontrolable.



El dron se eleva sobre la tormentera, se inclina y se estabiliza tras recibir el azote del viento que viene del mar. Célula mira hacia abajo, ve arbustos y montones de hierba a un par de metros. Si fuera rápida, si consiguiera saltar por encima de Mol, se tiraría del dron. La vegetación amortiguaría su caída. Es ahora o nunca. Echa mano al cinturón de seguridad, pero, antes de lograr desabrocharlo, ve algo moviéndose entre los arbustos.

Son unos caballos, sí, no vacallos. Unos caballos como los que solamente ha visto en antiguas fotografías. Montados sobre ellos, unas figuras ¿tehuelches? entre las que cree reconocer a Pitágoras y a Aukan, el guerrero. La comandante Pijuán también los ha visto y echa mano de su arma para dispararles. Célula agarra los brazos de Mol con todas sus fuerzas, impidiéndolo.

—¿Qué haces? ¡Putá cría!

Mol forcejea con Célula, pero no consigue separarse de ella. Mol desabrocha su cinturón de seguridad para poder zafarse de Célula. Los jinetes están ya cerca del dron, que se eleva lentamente, luchando contra el viento patagónico. Los tehuelches agitan en círculos sus boleadoras, rasgando el aire con un sonido hipnótico. En un instante, las boleadoras se enganchan en las aspas del dron, haciendo caer al aparato.

Los sistemas de seguridad hinchables se activan. Célula y Mol quedan prensadas entre la zona mullida del asiento y la vaina protectora. Pitágoras y los tehuelches llegan rápidamente hasta el dron estrellado. Enderezan la cabina para poner la puerta boca arriba. Al hacerlo, ven que la vaina protectora está manchada de sangre.

Pitágoras entra en la cabina, intenta abrir la vaina a la fuerza, llamando a gritos a Lulú. De pronto, un brazo cortado aparece reptando sobre la vaina, agarrándose con los dedos a sus irregularidades.

—¿Qué es eso? —Pitágoras se queda paralizado por la sorpresa y el horror.

No le da tiempo a reaccionar: el brazo salta sobre él, chorreando sangre por el muñón, y se aferra con potencia a su cuello. Pitágoras cae al suelo, estrangulado por el brazo cortado de Mol. Uno de los tehuelches salta sobre él, intenta separar el brazo, pero se ha cerrado como un cepo sobre el cuello del joven, que patalea y se revuelca en el suelo, luchando por su vida.

—¡Sujétenle! —grita Aukan.

Los guerreros tehuelches agarran a Pitágoras por los brazos, intentando que deje de retorcerse sobre el suelo. Uno de ellos saca un cuchillo y corta la mano de Mol a la altura de la muñeca. Los tendones se aflojan y la mano

libera el cuello de Pitágoras, que tose y jadea, aliviado.

Escuchan un ruido mecánico: Célula ha conseguido accionar el mecanismo de apertura de la vaina. La cápsula se abre como una almeja: en un lado aparece Célula, sana y salva, que desabrocha su cinturón de seguridad y sale a trompicones del dron, corriendo hacia ellos. Pitágoras se levanta del suelo, aun sin respiración, y corre a abrazarla.

—¿Estás bien, mi rubia? —Pitágoras suspira, estrechando a Célula contra su pecho.

Los tehuelches se acercan cuidadosamente al dron. En la otra mitad de la cápsula ven el cuerpo desmembrado de Mol: la vaina le ha cortado los brazos y los pies al cerrarse. Tiene los ojos cerrados, está inmóvil. Su cuerpo cae al suelo como un fardo y se queda tirado boca abajo. La sangre chorrea por los cuatro muñones de la militar. Dentro de la cabina, sus pies intentan reptar hacia afuera, pero solo pueden mover ligeramente las puntas de los dedos.

—¿Era un robot? —pregunta Pitágoras.

—Creo que era un injerto genético —Célula sigue abrazada con fuerza a Pitágoras—. Yo vi una membrana en sus ojos.

—El brazo se movía como las colas de algunos reptiles cuando se las corta, y miren esos pies.

—Era una lagarta.

Todos observan el tronco mutilado de Mol. Su cara cadavérica, sus pendientes de perla manchados de sangre. El grito de Pitágoras rompe ese momento de silencio: Célula se ha desmayado de repente.

—¡Rubia, despierta! ¡Por favor! —el chico intenta reanimarla, pero Célula es como una muñeca rota en sus brazos.

—Tenemos que llevarla al poblado cuanto antes —decide rápidamente Aukan.

Cargan a Célula sobre uno de los caballos y emprenden el galope hacia las montañas.

## 8

La puerta del recinto se abre, proyectando una luz brillante sobre Galileo y las bestias humanas, y se cierra con rapidez, volviendo a sumirles en la oscuridad verdosa. Una silueta humana, el negativo del fogonazo, es todo lo que puede ver Galileo, cegado por el contraste. La figura avanza hacia ellos.

Cuando está a su lado, Galileo puede distinguir una bata blanca sobre un cuerpo menudo de mujer. Los monstruos resoplan y se agitan, excitados. La reconocen, se acercan a ella. Galileo ve a una joven bajita, de pelo moreno y ojos rasgados, acariciando con una mano delicada a los engendros. De pronto, se gira y ve a Galileo.

—¿Quién es usted? —le pregunta, sorprendida.

—Soy el profesor Alcázar. Me acabo de incorporar al proyecto.

—El doctor Heim no me dijo nada.

Galileo se da cuenta de que la mujer le observa. Aún tiene su mano posada en la cabeza hinchada y deforme de una de las bestias. La joven sonríe.

—Veo que ya conoce a nuestros voluntarios. Soy la doctora Fusilli. Pero puede llamarme Onda.

La chica ofrece su mano a Galileo, que la estrecha.

—Galileo Alcázar, encantado.

—Parece que le ha tomado afecto —Onda señala al engendro que Galileo está acariciando.

—Es mutuo —Galileo sonríe, mirando al monstruo.

—Es uno de nuestros voluntarios más valientes. Le cuesta un poco hablar ahora mismo. Pero se llama Popper. Popper Linguini.

—Hola, Popper.

Popper emite gruñidos, intentando hablar, pero no se le entiende. Solo son sílabas gangosas, entre las que se vuelve a intuir de nuevo la palabra “ayuda”.

—Me gustaría hablar un momento con usted —dice Galileo.

—Por supuesto. Ahora volvemos, muchachos.

Un murmullo de decepción se extiende en el recinto, mezclado con lloriqueos perrunos.

—Ahora volvemos, se lo prometo —repite la doctora Fusilli con una voz dulce, tranquilizadora.

Galileo mira a los ojos a Popper, que lagrimea y resopla, nervioso. Le susurra:

—Te prometo que te voy a ayudar.

Galileo sigue a la doctora hacia la salida, ignorando los aullidos tristes de los engendros, con un nudo en el estómago. No sabe por qué el dolor y la pena de estos seres le afecta tan profundamente que trastorna todos sus nervios. Está decidido a hacer lo que pueda para ponerle fin. La doctora abre las puertas de seguridad. Galileo la sigue. Llegan al laboratorio.

—Pensaba que esas puertas no dejaban pasar a más de una persona a la vez.

—¿Por qué? ¡Qué idea tan extraña!

Galileo calla, pensativo. Es obvio que Heim le ha mentado.

—¿Son peligrosos?

—¿Los voluntarios? —responde Onda—. Como cualquier animal (o cualquier persona) si se sienten amenazados. Afortunadamente, usted supo cómo ganárselos. ¿Qué hacía ahí?

—Supongo que fue un error del doctor Heim —Galileo titubea.

La doctora Fusilli le mira a los ojos. Galileo ve que sus ojos rasgados se cierran más todavía.

—Seguramente, un malentendido —mira hacia abajo mientras lo dice. Galileo cree percibir miedo en su voz.

—¿Cuántas personas trabajan en este proyecto?

—Heim, yo... y ahora usted. Antes había un equipo más amplio, pero Heim los fue despidiendo. El último, ayer.

—¿Cuántos voluntarios hay?

—Actualmente, doscientos treinta y ocho. Pero constantemente se producen incorporaciones... y bajas —añade con tristeza.

—Ahí abajo no había tantos.

—Esos son solo los de la primera fase. Los demás están en otras salas.

—Heim me dijo que Popper era un error del proyecto.

—Usted es científico, sabe cómo es. Cada vez estamos perfeccionado más la técnica. Pero los primeros voluntarios sufrieron efectos no deseados.

—¿Son todos híbridos de la misma especie animal?

Galileo escruta a Onda: ha lanzado la pregunta de manera indirecta, esperando que la doctora confirme sus sospechas.

—No, hemos hecho varias pruebas. Pero todos son fócidos, eso sí: *otaria flavescens*, *mirounga leonina*, *arctophoca australis*...

Lo que sospechaba Galileo: elefantes marinos y focas. ¡Mezclados con seres humanos!

—Disculpe, pero hay algo que no entiendo...

Galileo sabe que su estrategia está funcionando: Onda cree que Heim se lo ha explicado todo. Ha confirmado que son híbridos, lo que está prohibido por las leyes internacionales y por los mandamientos de la ciencia, ese horror que parece perseguirle desde el caso «Miau»... Tiene que seguir sacándole información.

—Pregunte lo que quiera, profesor.

—Dice usted que son voluntarios, ¿cómo puede ser voluntario un híbrido?

Un ser vivo no puede decidir sobre su propia gestación.

—No... —Onda sonrío—. No se trata de híbridos gestados. Yo jamás participaría en algo así...

—Va contra los principios de la ciencia.

—Exactamente —añade Onda, sonriendo.

Galileo la observa, si está fingiendo o siendo cínica, lo hace muy bien. Parece honesta.

—¿Entonces?

—El doctor Heim ha creado un sistema para la hibridación en adultos.

—¿Quiere decir que esos seres que están ahí antes eran adultos humanos normalmente formados?

—Con todos sus vicios y defectos, sí —la voz tronante de Heim estremece a Galileo.

Se da la vuelta y ve al sonriente doctor.

—Doctora Fusilli, le necesitan en el pabellón beta. Yo seguiré instruyendo al profesor Alcázar —dice el doctor Heim.

Onda sonrío tímidamente a Galileo y se marcha del laboratorio. Galileo mira a Heim con sus ojos azules, luminosos. Su cabello es dorado; su piel, tersa como la de un maniquí. Por ver primera Galileo se da cuenta de su artificialidad. Si no estuvieran prohibidos tras la guerra, pensaría que se trata de un robot, un androide sonriente e impassible. Pero no, no es un robot, puede sentir que es un ser vivo, que hay algo latiendo, vibrando tras la piel artificial, deslizándose como una serpiente tras esa máscara brillante e impoluta. Un escalofrío recorre su espina dorsal.

—¿Me tiene miedo, profesor?

Galileo se sobrepone, le indigna percibir la alegría del doctor Heim, su complacencia casi lujuriosa ante su debilidad.

—En absoluto, doctor Heim —dice con la voz más firme y calmada que encuentra.

—¿No? Me pareció verlo en su cuerpo, en su rostro... Hacía tanto tiempo que no veía algo tan hermoso.

—Ha debido de confundirlo con mi curiosidad.

—¿De veras? La doctora Fusilli se lo contó todo, ¿por qué tendría usted curiosidad?

—Porque aún me falta mucha información. ¿Y por qué tendría que tenerle miedo?

El doctor Heim se queda mirando a Galileo, inescrutable. Tras un instante

callado, se echa a reír con una carcajada rítmica, maquinal.

—Es usted realmente gracioso, Alcázar. Típico de los españoles, ¿no es cierto?

—¿Por qué me dejó usted a solas con los voluntarios?

—Usted quería saber en qué consistía el proyecto.

—¿Por qué no entró conmigo?

—Soy una persona muy ocupada.

—Usted me dijo que las puertas solo se abrían para una persona cada vez, pero la doctora Fusilli y yo hemos pasado juntos hace un momento.

—¿Quiere saber la verdad? Quería probar su valor y su utilidad para el proyecto. Quería saber si era usted capaz de relacionarse con los voluntarios. Me ha sorprendido gratamente su reacción: esperaba que gritara pidiendo auxilio o perdiera el control de sus esfínteres, pero veo que no. Por favor, acompañeme a mi despacho. Allí le explicaré gustoso todo lo que quiera saber del proyecto.

Heim se da la vuelta, sin esperar su respuesta, y echa a andar. Galileo le sigue con todos sus músculos en tensión, dispuesto a luchar por su vida si el doctor Heim efectúa un solo movimiento extraño.

## 9

—¿Por supuesto que los malditos españoles siguen acercándose! —Cristina suena terriblemente irritada—. ¿A qué hora está previsto que lleguen a nuestras aguas?

Cubí Santxez tiembla como un chihuahua enano.

—A las cinco de la madrugada, Presidenta Viuda.

—Nos reuniremos a las tres con la generala Fetuccini y los demás. Ahora andate, necesito dormir un poco.

El esbirro sale de la suite. Cristina mira alrededor: las paredes están decoradas con algunos de los elementos de su residencia habitual: la pantalla decorativa proyecta las mismas vistas idílicas que tiene en la Casa Rosada, pero es obvio que se trata de un búnker. Está atrapada en una cueva, enterrada bajo metros y metros de roca, en el momento más crucial de su vida. Más incluso que cuando murió su esposo, el presidente Richter, y ella tuvo que asumir el liderazgo de la nación. ¿Será por eso que su cuerpo vibra con una cadencia distinta? ¿Que siente la sangre corriendo por sus venas con una

aceleración anómala?

Cristina se mira al espejo. Observa su piel, bella, tersa, sin una sola imperfección. Normalmente le parece linda, pero hoy la ve cómo una máscara mortuoria. Es una faraona encerrada en un sarcófago, sitiada en su mausoleo. ¿Por qué la estremecen pensamientos tan lúgubres? Se siente frágil, temerosa, fea... ¿Cómo podría gustarle a un hombre tan bello, en la cúspide de su virilidad, como Galileo? Y lo que es peor... ¿por qué le importa eso?

«¿Qué te pasó, Cristina? ¿Qué te está pasando? ¡Te estás volviendo loca! Precisamente en el peor momento posible. Lo negaste durante todo el día, pero no eres estúpida, che. Estás enferma. Sí, enferma de EMADA... la reputa Enfermedad Mental Antes Denominada Amor. En otros tiempos dirían que estás enamorada. Hoy dirán que estás loca. Te inhabilitarán para el cargo. Te encerrarán en un manicomio. ¡Qué vergüenza, qué fracaso! Justo cuando los españoles parecen estar dispuestos a todo, cuando el país está amenazado... tú enfermas. ¡Y te enamoras de un español!

Es muy difícil, pero no imposible. Oíste sobre casos similares. A veces las antihormonas fallan, la química se altera, los nervios se desmandan, el cerebro se confunde... Todo se solucionaría con un tratamiento, pero ¿cómo pedirlo? ¿Cómo admitir que estás enferma, enamorada? Además, de un español. ¡No podría soportar la vergüenza!».

Tiene que superar esto ella sola. Tiene que olvidar esos pensamientos que vienen constantemente a su imaginación. Olvidar a ese español, ese fantasma que vuelve a aparecerse en su mente una y otra vez, estremeciéndola, llenándola de emociones.

Abre la puerta de su gabinete. Quizá una transfusión la ayudará, la curará. Sangre nueva que limpie su sangre intoxicada. Ahí está, la pequeña Cristina, flotando en su frasco. La observa, le gusta mirarla. Es tan linda la bebita. Parece tan feliz, tan tranquila, con los ojitos cerrados. Le gusta pensar que ella era así también, cuando era bebé. Obvio, tienen la misma carita. Al fin y al cabo, son la misma persona, tal como dictaminó la ciencia en su doctrina sobre los clones.

Cristina se perfora una vena con la aguja y ve cómo la sangre fluye por el tubo desde el cuerpo fresco de la bebita, que flota inconsciente en el suero, hasta su cuerpo marchito.

—Curáme, mi bebé.

Cristina siente la sangre infantil latiendo dentro de su corazón y eso la reconforta. Le hace sentir rejuvenecida, viva, como si estuviera chupando la

sangre de su madre en el vientre, sí, ella es tan vieja que nació en un vientre humano... Respira, relajada, llenándose de vida.

Cuanto más se purifica, la imagen de Galileo se destaca con más nitidez en su mente. No desaparece con cada borbotón de sangre fresca, sino que con cada latido se hace más fuerte. Se siente viva, eufórica, subiendo, cayendo a la vez...

Lo que se desvanece es su miedo. Su resistencia lentamente se disuelve hasta que su mente y su cuerpo se entregan por completo y sin escrúpulos a la evidencia: Galileo jamás saldrá de su interior. Su imagen turbadora se ha instalado en su configuración cerebral y no podrá borrarla como no sea con cirugía invasiva. Dicho con palabras de la antigüedad: ya nunca podrá sacarlo de su corazón. Lo ama, irracional y absurdamente. No podría ser de otra forma.

## 10

Cuando Galileo entra en el despacho de Heim, se queda con la boca abierta. El doctor lo tiene decorado como si fuera un museo del siglo XX: muebles de madera, pinturas, esculturas clásicas, incluso una alfombra de fibra natural. Para rematar el efecto, toda la luz del despacho está generada por lámparas antiguas. Sobre la mesa del doctor hay una calavera descansando sobre un montón de papeles. Galileo la mira, hipnotizado.

—Como ve, soy coleccionista de antigüedades. ¿Se sorprende usted de que tenga papeles? ¿Se sorprenderá aún más si le digo que los utilizo!

—¿Para qué? —Galileo está desconcertado.

—No hay mayor seguridad que los papeles. Un ladrón tendría que entrar físicamente en mi despacho para conseguirlos. ¿Le ofrece intermind esa privacidad?

—¿Y ese cráneo?

—El mejor modelo de estudio es la realidad. Nunca me gustaron los esqueletos virtuales. Por cierto, el suyo sería perfecto para ese uso. ¿Ha pensado en donarlo cuando muera?

—No, doctor —Galileo se siente incómodo en presencia de Heim, con una mezcla de inquietud, fascinación y asco que le perturba—. Así que híbridos adultos. ¿No va eso contra la ciencia, igual que los embrionarios?



—Absolutamente no, señor Alcázar.

—Profesor Alcázar —le corrige, pero Heim lo ignora.

—La ciencia prohíbe engendrar un ser vivo mezclando los genes de un ser humano con los de otra especie en una proporción de más del cinco por ciento. Lo dice expresamente, engendrar. En este proyecto no engendramos nada. Hemos buscado los beneficios de la hibridación sin ofender los mandamientos de la ciencia. Es como cualquier terapia génica, pero modificando hasta un cincuenta por ciento del espécimen.

—¿Cómo pueden hacer eso?

—Le sorprendería la plasticidad que tiene el cuerpo de un humano adulto. Todo lo que le han enseñado en esas universidades anticuadas de la francofonía en las que usted se formó tendrá que ser revisado muy pronto, se lo aseguro.

—No será por los resultados que he visto. Esos seres son inviábiles, están deformados, sufren.

Heim lanza su carcajada mecánica.

—¡Sufren! Me mata de risa usted... ¡Es un españolito de lo más gracioso! Pero me temo que como científico deja bastante que desear si no es capaz de ver más allá de unos experimentos preliminares y fallidos. Estamos muy cerca de conseguir la hibridación adulta perfecta, se lo garantizo. Mejoraremos la especie humana, aceleraremos su evolución hacia una raza superior, más fuerte, libre de todos los vicios y debilidades humanas.

—Aunque creyera que eso es cierto. ¿Para qué hacerlo? ¿Por qué el gobierno argentino tiene interés en un proyecto así?

—Kilómetros de costas deshabitadas, abandonadas, que podrían ser colonizadas por esta nueva raza de superhombres. Hábiles nadadores, pescadores natos, buceadores, recolectores de algojas... Sus posibles servicios a la patria son innumerables.

—Pueden alterar el equilibrio ecológico.

—Tardaba mucho en asomar su ideología postecologista, amiguito. ¡Qué aburrimiento! La naturaleza es imperfecta y el deber de la ciencia es ayudar a mejorarla. ¿No está de acuerdo con este principio básico de nuestra fe?

—Por supuesto que lo estoy. Pero su experimento no tiene nada que ver con la mejora o la aceleración de una evolución natural. Eso es forzar a la naturaleza.

—Y es ahí donde nunca estaremos de acuerdo. Si la naturaleza hizo evolucionar al homo sapiens hasta iluminarle con la sagrada sabiduría de la

ciencia, ¿es antinatural utilizarla para influir en la propia naturaleza? ¿Acaso no ve usted ahí el plan maestro del universo creando a la ciencia para acelerar su propia evolución? ¿Le parecen bien los trasplantes de órganos de cerdo humanoide para salvar a seres humanos imperfectos, pero le parece poco ético hacer algo parecido para mejorar la especie? Pero ¿qué puede saber usted? Tendría que haberse dedicado a la prostitución como sus padres, le auguro todo el éxito que jamás obtendrá en la ciencia.

—¿Cómo sabe que mis padres eran prostitutas?

—No hay más que verle la cara. Parece diseñada expresamente para estar cubierta de semen.

—Lo cual es dignísimo, doctor. Pero me sorprende que tenga usted esa imagen en su mente. Quizá es porque eso le gustaría, ¿no? ¿Fue usted homófilo en su juventud, antes de que se erradicara la EMADA?

—Créame, jamás he practicado sexo, ni siquiera cuando todo el mundo perdía la cabeza por hacerlo. Nunca me ha interesado. Es una diversión para estúpidos. Lo hacen los animales, eso debería ser suficiente para despreciarlo por completo. Pero los hombres de negocios son bestiales y caprichosos por naturaleza, por eso se permite la prostitución. Los científicos somos mucho más ascéticos, lo único que nos satisface es el progreso, el descubrimiento.

—¿Dentro de los principios éticos de la ciencia!

—¿No se atreva a darme lecciones de ética! Si usted fuera un científico de verdad, estaría feliz de ser parte de este proyecto. No pondría ridículas objeciones que encuentro francamente ofensivas. ¡Pero basta de charla! Voy a llamar a su noviecito para venga a buscarlo —Heim cursa la orden mentalmente, mientras continúa hablando, mirando fijamente a Galileo—. Mañana usted podrá decidir si se va a comportar como un verdadero científico, obediente al director del proyecto y centrado en la ciencia y sus procedimientos, o bien prefiere renunciar a él y ponerse a disposición de las autoridades para que hagan con usted lo que tengan que hacer.

—No es necesario que espere a mañana. Se lo digo ahora mismo: me pondré a sus órdenes, doctor Heim. Realizaré las tareas que usted me encomiende, me esforzaré por contribuir al perfeccionamiento de la hibridación en adultos, siguiendo los sagrados mandamientos de la ciencia.

—¡Bravo! —Heim sonrío y aplaude pausadamente—. Parece que la limpieza genética de sus defectos españoles podría haber dado resultado de alguna forma... pero no lo creeré hasta que no lo vea con mis propios ojos. Siempre podría tratarse de una artimaña típica de españoles: decirle al jefe lo

que quiere oír, pero falsamente y con odio en su interior... Son ustedes apasionados y malvados, se lo aseguro. Basta de tonterías. Le espero mañana. Ahora salga de aquí y espere a su hombre en la puerta.

Heim agita la mano, displicente. Galileo se levanta de la crujiente silla de madera y abandona el despacho. Está decidido a ayudar a los pobres híbridos, aunque tenga que contribuir a que Heim consiga sus dudosos objetivos científicos. Podría negarse a hacerlo, pero ¿qué sería de él? No le dejarían marchar. Mientras esto se resuelve, puede intentar curar a los pobres voluntarios enfermos.

Tampoco puede ignorar que, si el experimento fuera exitoso, él formaría parte de uno de los avances científicos más espectaculares de los últimos tiempos. Sí, está excitado por un nuevo sentimiento. Ya no le sorprende, después de todos los que lleva sintiendo en las últimas horas. Su cuerpo debe de estar reaccionado mal a la antihormonación. No es frecuente, pero sabe que hay casos de errores y que tendría que ponerse en tratamiento, pero no puede hacerlo en las actuales circunstancias. No puede desvelar a nadie que está hormonado.

Tendrá que seguir adelante con sus fantasías amorosas, con su miedo, su ambición y su odio. Porque ahora además odia a Heim con todas las fuerzas de su cuerpo. Es una tensión en su abdomen, una rigidez en su mandíbula, un calor que se extiende por su piel y una idea circular que se repite obsesiva en su mente: engañarlo, hundirlo, aniquilarlo... Borrar esa estúpida sonrisa de su cara. Triunfar por fin en la ciencia. Y Cristina. Todo revuelto en su mente turbulenta y en su acelerado corazón.

## 11

Pitágoras, Aukan y sus compañeros llegan al poblado tehuelche. Se apresuran a bajar del caballo a Célula y la llevan con cuidado al interior de una de las tiendas. La dejan en el suelo, sobre una manta.

—Voy a buscar a la machi —dice Aukan—. Vos quedate aquí con ella.

—Gracias, Aukan —dice Pitágoras.

El indio no mueve ni un músculo de su cara mientras sale de la tienda. Lulú sigue inerte. De pronto, Newen entra en la tienda. Pitágoras se queda boquiabierto: camina con normalidad y su aspecto es absolutamente saludable.

—¡Newen! ¡Estás curado!

—La medicina de la machi es muy poderosa. Solo me da lástima no haber podido acompañarte a buscar a tu mujer, hermano.

—Tus primos fueron de gran ayuda.

Pitágoras mira a Newen, asustado, señalando a Célula.

—¿Podrán curarla?

—A mí me curaron. Confía.

En ese momento, entra en la tienda la machi, envuelta en su manta, muy seria. Se acerca a Célula y la observa con detenimiento.

—Hay que hacer un machitún. Ayúdenme a traer el rehue.

—Quedate con ella, hermano. Ahora venimos —dice Newen y sale con la machi.

Pitágoras observa la cara de Célula, su piel pálida, casi amarillenta; sus ojos inmóviles, cerrados; su boca entreabierta. La respiración es débil, apenas perceptible.

—Por favor, ponete bien —susurra el joven, aguantándose las ganas de llorar.

Newen y la machi vuelven transportando un tronco con siete escalones tallados y un rostro severo y primitivo en su cúspide. Clavan el objeto sagrado en el suelo, en el centro de la tienda. Las ayudantes de la machi entran también, con tambores y ramas de canelo, que prenden y clavan en la tierra alrededor del rehue.

La tienda se llena de cánticos, golpes de tambor y un olor sofocante a humo de canelo. La machi sube por los escalones del rehue y llega a la cabeza. Pone sus manos en ella y murmura una oración en uno de sus oídos. La machi se baja del tronco. Del cuerpo del rehue surgen unos delgados brazos articulados terminados en agujas y sensores que rodean el cuerpo de Célula, auscultándolo hábilmente.

La machi y sus ayudantes cantan y tocan el tambor. Pitágoras observa la ceremonia, congestionado, sentado en un rincón de la tienda, junto a Newen, que le pasa un brazo por encima del hombro. Pitágoras se apoya en su pecho y Newen acaricia su cabeza. Pitágoras le mira, con los ojos empañados.

—Gracias, amigo.

—Ustedes me salvaron la vida. Somos hermanos para siempre.

Los pequeños brazos del rehue terminan de examinar a Célula y se repliegan. La machi vuelve a subir los siete escalones y habla en voz baja con la cabeza del rehue, durante un instante que a Pitágoras le parece eterno. La machi desciende y sale de la tienda. Pitágoras mira alarmado a Newen, que le

hace un gesto para que se tranquilice y espere.

Al cabo de un tiempo, la machi vuelve a entrar. Lleva una bolsa de suero conectada a un catéter. Clava una aguja en el brazo de Célula e inserta el catéter. Después, deja la bolsa colgando del rehue. Uno de los pequeños brazos robóticos sale de su tronco e inyecta algo en la bolsa de suero. La machi y sus ayudantes inician un cántico más sonoro que los anteriores.

—Están dando gracias a los espíritus —susurra Newen a Pitágoras.

—¿Se va a poner bien?

—La machi nos lo dirá.

Termina la oración y la machi se acerca a Pitágoras. Sonríe con sus mejillas llenas y redondeadas.

—Tu mujer tiene órganos dañados. Necesita reposo y medicina. Y a vos, vos debés estar junto a ella en todo momento.

—¿Pero se pondrá bien?

—Ni siquiera los espíritus pueden saber eso. Cuidala, es lo único que podés hacer. No te apartes de su lado.

—Gracias —solloza Pitágoras.

—No me las des a mí. Dáselas al talismán contra el gualicho. Si no lo hubiera llevado, estaría muerta.

La machi sale de la tienda. Pitágoras se acerca a Célula y se arrodilla a su lado, fijando sus ojos en ella, como si la pudiera curar mirándola sin pestañear. Ve el talismán colgado en su pecho inmóvil. ¿De verdad esa pequeña figura negruzca la ha salvado? Siente que Newen se agacha a su lado.

—Esperaremos hasta que despierte.

Pitágoras mira a Newen con un agradecimiento intenso y desvalido. El sentimiento le desborda. No es como el que siente por Célula, es algo más calmante, que irradia desde su pecho formando una onda que le hace vibrar por dentro con un bienestar reconfortante. Se da cuenta de que quiere a Newen como a un hermano y ve en sus ojos oscuros, similares a los suyos, que el tehuelche corresponde su afecto con la misma sinceridad.

## 12

Galileo y Ayanz suben en el ascensor, sumidos en sus propios pensamientos hasta que Galileo rompe el silencio.

—¿Han traído ya a mi hija?

—No lo sé, profesor.

—¿Quién lo sabe?

—Espere a que lleguemos a la zona con intermind. Lo preguntaré por usted.

El ascensor se detiene y salen al pasillo del búnker. Se detienen. Galileo escruta el rostro de Ayanz mientras este realiza la consulta mentalmente.

—No hay información sobre su hija.

—¿Qué significa eso?

—La fueron a buscar, es lo último que se sabe.

—¿Fue la condición que puse para participar en su maldito proyecto! ¡Mi hija está perdida, necesito tenerla aquí, saber que está bien! —Galileo grita, terriblemente enfadado.

Ayanz permanece callado, firme en su posición, mirando a Galileo con una expresión extraña en su rostro. ¿Por qué le mira de esa forma? Galileo no es capaz de interpretar el significado de esos ojos suaves, brillantes, esa relajación de los músculos faciales, esa media sonrisa con la boca entreabierta. ¿Es que a Ayanz le hace gracia su enfado? Le saca de su ensimismamiento la voz de la Presidenta Viuda, que siente vibrante como una súbita caricia en su nuca.

—Por favor, acérquese, profesor Alcázar. Oí sus gritos, le debo una explicación.

Galileo, sin responder, camina hacia la puerta de la suite presidencial. Ve a Cristina parada en el quicio, vestida con una bata de seda. Se fija en sus piernas, bien formadas y firmes, desnudas. Lamentablemente para él, la visión se corta a mitad de muslo y ya solo puede apreciar la forma curvada de sus caderas bajo la bata. Más arriba, sus abultados pechos se insinúan envueltos en encajes negros. Galileo aparta su mirada del cuerpo de la Presidenta Viuda, entra en la suite y se sienta en un sofá, tras ser invitado por un gesto de Cristina, que también se sienta y cruza esas piernas que Galileo intenta no mirar pero que atraen irresistiblemente su atención.

—Tengo que confesarle algo, profesor Alcázar. Me siento terriblemente mal, porque se lo prometí, pero no puedo ocultarle la verdad. No logramos encontrar a su hija.

—¿Cómo! —Galileo está perplejo y excitado, no puede pensar con claridad, mirando los muslos de la Presidenta Viuda por el rabillo del ojo.

—En la granja nos dijeron que su hija había escapado. Intentamos seguir su rastro, pero nos fue imposible dar con ella. Seguiremos buscando hasta encontrarla, eso se lo puedo asegurar.

—Si pudiera comunicarme con ella...

—Tratamos de localizar su señal de intermind, pero parece desconectada.

—¿Cómo es posible?

—Una de las teorías que manejamos es que el servicio secreto español la puede haber interceptado. Tal vez eliminaron sus receptores.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Galileo... la armada española se dirige hacia estas costas mientras hablamos. Si no conseguimos detener esta escalada, podemos enfrentarnos a una guerra. Los españoles no encajaron bien que usted colabore con nosotros, podrían querer chantajearle con su hija. Le juro que haré todo lo que esté en mi mano para encontrarla. Di órdenes de que no cesen en su búsqueda.

Galileo se echa las manos a la cabeza, preocupado. Agacha los ojos. Cristina le mira, lo ve más irresistible que nunca con su expresión cabizbaja y dolorida. Sin pensarlo, alarga su mano, su mano que parece de marfil y la pone sobre el muslo pétreo de Galileo, una mariposa que se posa en la grupa de un caballo. Un chispazo eléctrico recorre sus cuerpos. Galileo la mira a los ojos y ambos permanecen suspendidos de sus pupilas durante un instante.

—Sé que no es suficiente para vos, que la querés aquí con vos... Te entiendo más de lo que creés. Siento no poder darte mejores noticias.

—Encuéntrala, por favor.

—Te lo prometí y lo haré. Entiendo si no quieres colaborar con nuestro proyecto. No habrá ninguna represalia, te lo juro.

—Pero quiero hacerlo. He visto a los voluntarios, quiero ayudarles. Sufren mucho.

—¿Sufren?

—Supongo que no sabes todos los detalles sobre el proyecto. Tengo algunas dudas éticas.

—Es la primera vez que oigo un comentario al respecto. Se ofrecieron voluntarios, firmaron un contrato y nosotros nos comprometimos con su bienestar. Si eso que dices se confirmara...

—No nos apresuremos. Déjame que conozca el proyecto en profundidad, que intente aliviar a esas personas... Ya habrá tiempo de tomar decisiones. Puedes estar segura de mi lealtad con el proyecto, y contigo.

Un escalofrío de placer recorre la espina dorsal de Cristina.

—Gracias, Galileo.

—Quiero que me dejes moverme libremente por la base.

Cristina le escudriña, desconcertada.

—No puedo hacer eso, Galileo, por tu propia seguridad.

—Al menos en el laboratorio. Necesito poder moverme con libertad para trabajar. No puedo depender siempre de alguien para cruzar las puertas.

—Está bien. Hablaré con el doctor Heim.

El contacto físico de Cristina y Galileo se está prolongando demasiado. Ninguno de los dos parece incómodo, pero comienza a ser algo excesivo. Cristina reacciona. Con un gesto brusco, levanta la mano del muslo de Galileo y se pone de pie, inquieta. Galileo se incorpora.

—Por favor, mantenme informado de cualquier novedad sobre mi hija, ¿sí?

—Por supuesto. Buenas noches, Galileo.

—Buenas noches, Cristina.

Esa última mirada está imantada, cargada de sentimientos que les desbordan a ambos. Galileo gira la cabeza, confundido, y sale rápidamente de la suite. Cristina lo ve marcharse y suspira. Luego se deja caer en el sofá, abatida, como si hubiera realizado un esfuerzo sobrehumano. Se sujeta la frente con las manos y rompe a llorar como una chiquilla, a la vez que un ardor insufrible sube por sus muslos hasta su ombligo. Maldita EMADA, maldito amor, cómo se apodera, cómo embriaga, cómo duele... ¡Galileo! ¡Galileo! Y se abraza al sofá como si su tapicería fuera la piel de ese hombre intoxicante.

## 13

Galileo está enfadado, preocupado, confundido por sus sentimientos. Durante el día ha experimentado casi todos: pena, miedo, odio y ahora esta fijación con Cristina, esta obsesión con su cuerpo, este hormigueo por toda su piel... que no puede ser otra cosa que EMADA. La maldita antihormonación ha fallado, no hay otra explicación, pero ¿cómo delatarse y pedir un tratamiento precisamente ahora, con una guerra en ciernes, una hija perdida, un proyecto científico apasionante, personas inocentes a las que salvar? Le encerrarían en un psiquiátrico, como hicieron con su esposa, su vida terminaría allí. Aunque se curara, nunca volvería a ser admitido en ningún proyecto científico con ese estigma. No, no puede confesarlo, tendrá que ocultar la enfermedad, ser más fuerte que ella, luchar contra sus emociones y sus pensamientos sexuales que, insistentes, vuelven a su mente una y otra vez.

Galileo intenta concentrarse en revisar los datos que conoce sobre la EMADA, buscando una solución. Cuando el mundo se entregó a la religión verdadera de la ciencia, se descubrió que lo que antes se llamaba amor era



una forma de locura histórica colectiva basada en un delirio cultural. El viejo capitalismo *milenial* promovía pueriles historias románticas entre el pueblo para inculcarles esos falsos valores, crearles esa necesidad, ese deseo absolutamente innecesario y pernicioso. Muchos sufrían por no poder conseguir su ideal, algunos se suicidaban incluso, todo porque nunca lograban alcanzar ese objetivo ficticio llamado amor. El extinto Imperio de los Estados Unidos de Norteamérica y el Pacífico controlaba al pueblo mediante esa perniciosa locura colectiva, convirtiéndola además en una pulsión de consumo constante. Amar era comprar y comprar era amar en el capitalismo arcaico.

La ciencia descubrió también que no solo la cultura dirigida desde el poder era la culpable de la EMADA. Había otro factor natural del que se aprovechaba este fenómeno: las hormonas. El amor era una construcción cultural falsa basada en pulsiones animales verdaderas, que reinterpretaba. Por ello, derrotado el Imperio de los Estados Unidos de Norteamérica y el Pacífico e instaurado el Nuevo Orden, la ciencia erradicó la EMADA basándose en dos ejes: prohibir las manifestaciones culturales que exaltarán la enfermedad y luchar contra la parte animal del ser humano, promoviendo la antihormonación masiva. Al fin y al cabo, el problema de la reproducción estaba resuelto hace décadas. Ya nadie concebía, gestaba ni paría como los animales. La ciencia se encargaba de todo. Las personas se casaban por el futuro de la humanidad, por compatibilidad, para criar a sus hijos.

No era necesario el sexo, aunque se permitió que continuara como diversión esporádica para ricos. Un toque de excentricidad reservado para unos pocos, como cazar gente o el canibalismo de humanos sin personalidad desarrollada. Vicios decadentes, vacaciones de la norma, controladas y temporales. Toman una pastilla, practican el sexo, al día siguiente el recuerdo se puede borrar, o no, pero queda ahí, como un sueño o una borrachera química, vago y alejado de lo real y lo correcto.

La ciencia logró así que el ser humano se elevara de su animalidad, de su condición de simio. ¡Y pensar que era un orgullo de las mujeres de la antigüedad ser como cualquier mamífera, que se consideraban realizadas y superiores por gestar, por parir, por ser madres, algo que todas las hembras con mamas hacen! ¡Y esos vínculos animalescos, infrahumanos que tenían los padres, las madres y los hijos, irracionales y enfermizos! Qué tiempos tan oscuros. Afortunadamente, erradicados, aunque de vez en cuando hay un fallo en el sistema. Y Galileo es ahora ese fallo, una anomalía, un error fatal. Pero ¿por qué ahora? Tiene que haber una razón.

Galileo sigue pensando bajo la ducha. Absorto en sus problemas, no se da cuenta de que el alférez Ayanz le observa con atención desde el salón de la suite. Sus ojos se mueven ligera, casi imperceptiblemente. Están recorriendo cada rincón de la anatomía de Galileo. Recorren sus hombros prominentes, sus pectorales anchos y rectangulares, sus abdominales suavemente marcados bajo el vello que desciende, engrosándose, hasta el pubis húmedo. Se detienen, se clavan, hipnotizados, en el grueso pene erecto de Galileo.

Es la primera vez que ve una erección en su vida. Él no es rico, es un simple militar. Jamás ha podido pagar un viaje sexual. Toda su vida ha estado antihormonado, desde su adolescencia. Ve ese pene y sabe que está perdido. No entiende por qué, pero toda su forma de pensar ha cambiado en las últimas horas. Ya se había dado cuenta de que Galileo era escandalosamente guapo y que su cuerpo estaba naturalmente formado como el de un remero o un discóbolo, pero no le había causado ningún efecto hasta hacía unas horas. A partir de ese momento, ya es lo único en lo que puede pensar. Esa imagen del cuerpo desnudo de Galileo se está marcando a fuego en su mente. Ese pene está penetrando metafóricamente en lo más hondo de su cerebro y le gustaría que fuera literal y que nunca, nunca jamás saliera de ahí.

Galileo sale de su abstracción, mira hacia el salón y descubre la mirada lasciva de Ayanz, atrapada por su miembro. No puede reaccionar, está desconcertado. Cree ver que, en el uniforme del militar, entre sus piernas, se eleva un enorme bulto, pero no puede asegurarlo porque Ayanz se mueve con un reflejo felino y lo oculta, cruzando un muslo. ¿Está el militar observándole con deseo, erecto al mirar su erección? ¿Puede ser que la terapia hormonal esté fallando de manera general en la base? ¡Sería una catástrofe de consecuencias incontrollables!

Pero no puede seguir pensando en ello porque se da cuenta de algo: Ayanz ha visto su erección, luego sabe que sus antihormonas no están funcionando. Si no, no sería posible que su pene estuviera erguido, apuntando a sus abdominales, con su cabeza encarnada luchando por alcanzar el cielo.

—¿De verdad es necesario que me mire mientras me ducho? —grita Galileo, irritado.

Ayanz baja la mirada al suelo rápidamente y balbucea:

—Lo siento, profesor, me dijeron que debía vigilarle en todo momento...

—¿Y qué cree que puedo hacer en la ducha? ¿Escapar a través del desagüe?

—Tiene razón, profesor. Disculpeme.

Ayanz se levanta del sofá ágilmente y se abalanza hacia la puerta del cuarto

de baño, cerrándola, sin dar tiempo a Galileo de comprobar si ese bulto en el uniforme es lo que sospecha. Sea como sea, recuperada su intimidad, otro impulso incontrollable se apodera de la voluntad de Galileo. En su mente vuelve a visualizar los muslos de Cristina bajo la bata, sus pechos de pezones abultados... Su mano se dispara, agarra su miembro y comienza a acariciarlo, a agitarlo arriba y abajo. No sabe cómo se hace, pero aprende rápidamente, respondiendo a los estímulos placenteros de su primera masturbación.

Ignora que, al otro lado de la puerta, otro pene se ha liberado de su prisión y se entrega al mismo placer que el suyo. Ayanz se masturba frenéticamente, apoyado en la puerta, aspirando el vapor caliente que emana del baño, que él percibe mezclado con el aroma de Galileo.

## 14

Cristina preside la larga mesa de reuniones, arropada por el estado mayor del ejército argentino. Todos observan con detenimiento, en un tenso silencio, los hologramas que proyectan complicados gráficos y mapas frente a sus ojos.

—¿Qué hacen? —exclama la generala Fetuccini de pronto.

—¿Qué sucede, generala? —Cristina salta como un resorte.

—¡Vienen hacia aquí!

—No puede ser. Tendrían que atravesar las aguas de los ERUA. Pónganme con Herbert George ahora mismo —brama Cristina.

Cubí Sàntxex se apresura a cumplir la orden. Sus ojos se mueven a toda velocidad en sus órbitas, realizando gestiones en intermind. No tarda mucho en aparecer ante sus ojos el holograma de un hombre rubio, repentinamente, con un bigote fino y un aire envarado que su sonrisa falsa no logra disimular.

—Buenos días, señor George —dice Cristina en un perfecto inglés.

—Buenos días, Presidenta Viuda González —contesta Herbert George en un español horrendo—. El primer ministro de Estados y Reinos Unidos Anglosajones saluda a tú en el nombre de Su Majestad reina Diana.

La reina Diana, ¿será verdad que es un clon o tan solo un retoque genético? Cubí Sàntxex la adora en secreto y a veces sueña con vestir como ella.

—Usted sabe por qué le llamo, ¿no es cierto? —Cristina trata de disimular su irritación.

—Por supuesto. Hemos detectado movimientos españoles cerca nuestro territorio.

—¿Van a dejarles pasar hasta nuestras aguas?

—Desgraciadamente, la convención posteuropea obliga nos. Hay nada que podemos hacer sobre ello, excepto mantener al lado de este asunto hispano-argentino que no concierne nos en todo.

—Lo sospechábamos.

—Debo confirmar: la posición de Estados y Reinos Unidos Anglosajones es estrictamente neutral en este asunto. Pero aguas de los posteuropeos estados son de paso libre para todos ellos. Deseamos buena suerte a ustedes —añade Herbert George ampliando su sonrisa.

—Buenos días, primer ministro —corta Cristina, seca, y el holograma se apaga al instante.

El silencio se apodera de la sala de reuniones. La generala Fetuccini interviene:

—Estos reputos anglos son europeos para lo que les conviene. Si los ERUA apoyan a España, hay que hacer que China y África se pongan de nuestra parte.

—Los anglos no van a apoyar a España —Cristina reflexiona en voz alta—. Son tan enemigos suyos como nuestros. Esos idiotas de los ERUA son enemigos de todo el mundo, tienen un pedacito pequeño de cada esquina de cada continente. Les encanta quedarse con islotes y peñones solo para molestar. Seguro que les divierte muchísimo nuestro conflicto con España. Esperarán como buitres a ver qué pasa y se lanzarán sobre los despojos del perdedor, como han hecho siempre. Lo hicieron en el sur de España, en Centroamérica, en el Sinaí... Y, por descontado, en nuestro Atlántico Sur, que algún día recuperaremos. Generala Fetuccini, me temo que tendremos que concentrar todas nuestras tropas aquí.

—A sus órdenes, Presidenta Viuda.

—Cuando los españoles lleguen, tenemos que estar preparados para lo peor. Todos queremos evitar una guerra, pero no podemos permitir que los españoles nos pisoteen. Por los poderes que ostento como Presidenta Viuda de la nación, declaro el estado de prevención de guerra. Tomen todas las medidas pertinentes. Ah, y organicen el embargo comunicacional.

—¿En todo el país?

—Debemos evitar que ningún mensaje indeseado entre o salga de nuestra nación. Y por lo que respecta a esta base, restrinjan el acceso a intermind a los trabajadores con estatus diplomático. El resto debe permanecer concentrado en su labor prebélica. Sàntxez, prepare mi comparecencia a la nación y avíseme en cuanto esté lista.

Cristina se levanta de su silla y abandona la sala, seguida de su perrito faldero. Los militares se miran consternados.

—Ya oyeron a la Presidenta Viuda. ¡Movilicen todos los recursos antes de que cortemos intermind! Tienen media hora —grita la generala Fetuccini y los militares salen de su estupor y comienzan a mover sus globos oculares en un paroxismo general.

## 15

Pitágoras y Newen están acurrucados junto al lecho de Célula. Newen dormita. Pitágoras no puede: el miedo y los nervios le mantienen en un estado de duermevela angustiada. Solo la cercanía de Newen, el calor de su cuerpo, le ofrece cierto consuelo animal. Pitágoras no aparta su mirada de Célula. Su respiración apenas es visible, a veces le parece estar viendo a un cadáver.

Pitágoras se sobresalta: Célula ha movido la cabeza, doblando el cuello a un lado. Ha sido un movimiento mecánico, como si un tendón se hubiera relajado involuntariamente. La cara de Célula parece mirarle, aunque sus ojos permanecen cerrados. De su boca empieza a manar lentamente un reguero de vómito blanquecino. Pitágoras se incorpora y corre a su lado, sujeta su cabeza, trata de limpiarla, pero Lulú sigue vomitando indolentemente.

—¿Qué le pasa? —le grita desesperado a Newen, que trata de ayudarlo.

—No lo sé... Voy a buscar a la machi.

Newen se levanta rápidamente y sale de la tienda. Pitágoras, nervioso, sin saber qué hacer, sujeta la cabeza de Lulú que, súbitamente, abre los ojos. Pitágoras se llena de esperanza al ver los párpados abiertos, pero inmediatamente su alegría se transforma en horror cuando ve que los ojos de su amada no le miran. Están en blanco, vueltos hacia atrás, tiemblan. Célula empieza a moverse presa de unas convulsiones que la hacen agitarse como un pez fuera del agua, agonizante.

—¡Mi amor, por favor, no te mueras!

Newen y la machi entran corriendo en la tienda. La curandera se acerca a Lulú y la examina. Ágilmente, se incorpora y abre una tapa en la parte posterior del rehue, revelando una antigua pantalla táctil en el que realiza una serie de manipulaciones.

—¿Qué le pasa? —dice Pitágoras entre sollozos.

—Está expulsando el mal que el gualicho le metió en el cuerpo.

La machi sigue manipulando la pantalla. El rehue saca uno de sus bracitos metálicos con una inyección que aplica directamente en la bolsa de suero y las convulsiones de Célula terminan. La chica descansa de nuevo, exánime, en los brazos de su enamorado.

—Dejala descansar, extranjero —le dice la machi a Pitágoras—. Descansá vos también. El aire del amanecer te hará bien. Yo la cuido.

Pitágoras mira a Newen, que asiente y le ayuda a levantarse del suelo. Le pasa la mano por la espalda para reconfortarle y le acompaña fuera de la tienda. El cielo brilla, tapizado de nubes suaves de color dorado. Pitágoras rompe a llorar como un niño, escondiendo la cara en el hombro de Newen.

—Confía en la machi, hermano.

Pitágoras se deshace en llanto, arropado por el calor de Newen, acariciado por el viento frío de las montañas que les rodea con tentáculos invisibles, impregnado del olor de los abetos.

## 16

Galileo despierta con un fuerte dolor en su entrepierna. Se incorpora, alarmado, pero simplemente es una erección que choca contra la tela ajustada de su ropa de dormir, aprisionando su pene. Tiene que tocarlo para colocarlo de forma que no le duela y vuelve a sentir ese placer físico tiránico que parece gritarle: déjalo todo y mastúrbate. Pero no lo hace. Tiene que luchar contra su fallo hormonal y su EMADA incipiente. Quizá en el laboratorio pueda encontrar sustancias con las que ajustar su dosis. No puede dejarse vencer por las hormonas.

Galileo se incorpora, aún erecto, y se encuentra parado en la puerta de su habitación frente al alférez Ayanz, que está de pie en el salón de la suite, también erecto y sonrojado. Galileo frunce el ceño.

—¿Usted también se ha levantado así?

Ayanz se queda mudo y se sonroja más todavía.

—Tenemos que hablar, Ayanz.

—Como quiera, profesor.

—Dada la situación, puedes llamarme Galileo —dice mientras se sienta, muy serio, en el sofá, con cuidado de no lesionarse el pene, y hace un gesto a Ayanz para que se siente también.

—Y vos a mí Newton —Ayanz sigue sonrojado mientras se sienta, poniendo

sus dos manos enormes en su entrepierna para tratar de cubrirla.

—Parece que somos víctimas de alguna anomalía hormonal. ¿Sabes lo que eso significa?

—Nunca me había pasado algo así.

—Te creo. Estoy tan avergonzado como tú. Mientras averiguo qué nos sucede, y si le está pasando a alguien más en esta base, lo mejor es que sea un secreto entre nosotros.

Los ojos de Ayanz se iluminan, ilusionados.

—¡Qué alivio! Pensaba que ibas a reportarme. No vas a reportarme, ¿verdad? Por favor, no lo hagas.

—No lo haré. Los dos somos víctimas del mismo error. Tal vez pueda encontrar la causa y terminar con esta anomalía sin que tengamos que decírselo a nadie. Ya sabes qué supondría si se enteraran.

—No diré nada, Galileo. Te lo prometo. Será nuestro secreto.

—Trato hecho —Galileo alarga su mano hacia Ayanz.

Newton Ayanz coge la mano de Galileo, esa mano masculina y cuadrada, entre la suya y siente un cosquilleo que sube desde su cóccix hasta su cuello. Mira fijamente los ojos azules de Galileo y tiene que reprimir un suspiro. Galileo se siente aprisionado por la manaza del enorme militar, que está demasiado caliente y sudada. Una corriente erótica asfixiante emana de esa mano y la duración excesiva del apretón incomoda a Galileo. Ayanz ve la incomodidad en esos ojos de los que está colgado como un equilibrista y se suelta precipitadamente.

Galileo le observa por un instante. Los dos experimentan el mismo descontrol hormonal, él además está experimentando un episodio de EMADA focalizado en la Presidenta Viuda, pero ¿y Ayanz? Por sus reacciones, se diría que Ayanz está focalizando su EMADA en él. No quiere caer en los tópicos, pero es normal, siendo militar. Es bien sabido que los homófilos desexualizados subliman sus afectos en trabajos donde puedan estar rodeados de hombres: marinos, leñadores y militares. Mira al gigantón que está sentado frente a él, encogido, avergonzado, con la mirada en el suelo y las manos sobre sus genitales. No cree que pueda resultar peligroso.

—Quiero pedirte un favor. Estáte atento a cualquier indicio de que haya más personas que sufran este problema en la base. Es importante saber si solo nos afecta a nosotros o si es algo generalizado.

—De acuerdo, Galileo —el alférez Ayanz se vuelve hacia él con una amplia sonrisa llena de fascinación.

Galileo, sin pensarlo, se descubre a sí mismo reaccionado a esa sonrisa con otra igual. ¿Qué estás haciendo, por qué le sonríes? ¡No puedes controlar tus emociones! Borra esa estúpida sonrisa homófila de tu cara. ¡Tú fuiste seleccionado genéticamente para no tener ni un alelo de homofilia!

—Ahora prepárate para llevarme al laboratorio —dice Galileo, poniéndose lo más serio que puede.

La mera idea de salir al exterior de la suite y que alguien pueda descubrir su enfermedad hace que su pene se ablande en un instante. Se levanta ante la atenta mirada de Ayanz, que no puede disimular una pequeña decepción al ver la entrepierna flácida de Galileo. Le ve marcharse hacia el servicio y cerrar la puerta tras él. Automáticamente, recuerda la noche anterior, cuando cerró la puerta para terminar de ducharse y él no pudo resistir más y se masturbó.

Escucha el sonido del agua comenzando a caer y pierde el control. «Oh, Galileo, si yo fuera el agua que ahora mismo recorre tu cuerpo, si pudiera lavarte con mi saliva, limpiaría todos los rincones de tu cuerpo, ¡Galileo! ¡Galileo!». Y no puede repetir mentalmente su nombre ni una sola vez más, porque su amor estalla como fuegos artificiales y Ayanz debe correr, ruborizado, a limpiar los descontrolados borbotones de su pasión.

## 17

Pitágoras termina de desahogarse con un hondo suspiro. Las nubes se han disipado. El cielo ya no es naranja sino azul intenso, iluminado por un sol que se asoma en el horizonte. Pitágoras deshace el abrazo de su amigo y le mira a los ojos.

—¿Vos creés que se pondrá bien?

—Yo confío en la machi. ¿No viste cómo me curó apenas en un día?

Pitágoras mira a su amigo. Newen está convencido de lo que dice.

—¿Cómo funciona exactamente el poder de la machi?

—Habla con los antepasados.

—No quiero ofenderte, pero... el rehue es un robot.



—Para nosotros es algo más.

—Pero no lo entiendo: los robots están prohibidos en todo el mundo después de la Tercera Guerra Mundial. ¿Sabés los desastres que provocaron y lo que costó controlarlos y eliminarlos? El Imperio de los Estados Unidos de Norteamérica y el Pacífico cayó por su culpa.

—Y si no fuera por ellos, nosotros no tendríamos nuestra nación. Nuestros antepasados se dedicaron a aprender cómo hacerlos para que nosotros pudiéramos vivir libres. Son sagrados para nuestro pueblo. Son los enviados de nuestros ancestros y nos ayudan a curarnos, a saber y a defendernos.

—Pero ¿y la prohibición?

—La Nación Tehuelche no forma parte del Nuevo Orden Nacionalista. No participamos de sus leyes. Nosotros somos miembros de la Coalición de Pueblos Libres.

—Eso no lo he estudiado en clase.

—¿Qué te enseñaron?

—Que las naciones postcapitalistas permiten la existencia de las naciones tribales para reparar agravios históricos, pero que están bajo su protección y, por tanto, sujetas a leyes internacionales.

—La Nación Tehuelche existe porque luchamos por ella. No nos han regalado nada. Nadie nos protege. Ocupamos los territorios más alejados, los que los blancos no quieren o no pueden controlar. Esa es la verdad. Si estuvieran interesados en alguna riqueza de esta tierra y nosotros no lucháramos, nos borrarían del mapa, como lo hicieron en esas tierras que viste destrozadas por el fracking. Ese era nuestro país antes de que lo destruyeran.

—No sabía nada.

—En eso se basa su poder. Controlan a sus habitantes con mentiras. Tú eres mi hermano, sé que no vas a traicionarme si te cuento todo esto.

—Mátame si lo hago.

Newen sonrío, es la respuesta que hubiera dado un verdadero hombre de su pueblo.

—Tú tienes sangre tehuelche en las venas, amigo. Lo puedo sentir.

—Creo que yo también.

—¿No te sorprendió poder hablar con el cóndor?

—Todavía no me lo explico. ¿Cómo fue capaz de avisaros? Espera un momento... ¿es otro robot?

—El cóndor es uno de nuestros mensajeros ancestrales. Se conecta a intermind de forma selectiva para no ser interceptado por los argentinos. Visto

desde el suelo, parece un cóndor como los demás. Vuela alto, vigila el terreno, envía mensajes. Yo lo mandé a buscarte, quería agradecerte por haberme salvado la vida. Cuando el cóndor me dijo que estabas angustiado, que Célula estaba en peligro, envié a mis primos a ayudarte, porque yo estaba bien, pero aún no podía cabalgar. Mi orto, vos sabés...

—Ahora sí que lo entiendo.

—¿Y confías en el poder de nuestros antepasados? La machi es solo un vehículo, es la que puede conectarse con ellos, pero son ellos quienes nos protegen. Aunque tu sangre esté mezclada y seas extranjero, tú eres uno de los nuestros para ellos. Y para mí.

—Gracias, hermano.

—¿Volvemos? —Newen señala a la tienda de Célula con la cabeza. Pitágoras asiente, aliviado. Confía en los antepasados tehuelches. ¿Por qué no? Hasta ese momento le han dado más pruebas de ser auténticos que muchos de los principios cientifistas en los que ha sido educado desde niño. Entra en la tienda y ve a Célula, inconsciente, conectada al rehue que parece velar por ella como un doctor atento e imperturbable. Elige creer que sobrevivirá.

## 18

Galileo entra por la puerta del laboratorio y le recibe la sonrisa helada del doctor Heim.

—Vaya, vaya, es usted un españolito de lo más sorprendente. Llega pronto a trabajar.

Heim ríe su propio chiste, pero Galileo ni siquiera sonrío.

—Tengo muchas ganas de empezar a colaborar en el proyecto.

—Ya lo veo, por eso convenció a la Presidenta Viuda, no me diga cómo, de que le dé libre acceso a todas las dependencias del laboratorio. Espero que sepa ejercer sabiamente esa libertad. En cuanto a su colaboración en el proyecto, no se entusiasme demasiado, quizá no esté a la altura científica

necesaria para comprenderlo.

—Quizá, pero lo voy a intentar con todo mi empeño. Dígame, ¿por dónde cree que debería empezar?

—Si le soy sincero, no sé qué hacer con usted. En realidad, no le necesito para nada.

—¿Qué le parece si investigo a los sujetos fallidos del experimento?

Un sutil movimiento de su cabeza delata la sorpresa de Heim, aunque su expresión permanece inmutable.

—¿Para qué?

—Tal vez estudiándolos, descubra por qué fallaron y, al hacerlo, cuál es la variable que hay que cambiar para conseguir que los híbridos sean un éxito.

—¿Qué audaz es la ignorancia! ¿Cree usted que yo no he probado todas las variables posibles? Le dije que estoy a punto de lograrlo, pero usted es tan arrogante, español al fin y al cabo, que cree que va a llegar aquí y resolverlo todo por sí solo. Pierda el tiempo si quiere con esos desdichados, no me importa.

—En ese caso, ¿puede usted explicarme cuál es la técnica que utiliza para la hibridación adulta?

—¿No es usted tan buen científico? ¿Por qué no la averigua usted mismo? Le desafío a que lo haga. Tiene vía libre para estudiar a esos errores de la ciencia. La doctora Fusilli le ayudará en lo que necesite. Sí, es una buena idea que haga esa investigación. Mientras esté ocupado con esa niñería, no me molestará.

El doctor Heim hace una minúscula reverencia con su cabeza rubia, que emite un destello dorado bajo la luz fría y artificial del laboratorio, y se marcha rápidamente, casi al mismo tiempo que entra la doctora Fusilli.

—El doctor Heim dice que necesita mi ayuda.

—Sí, hemos acordado cuál va a ser mi labor dentro del proyecto. Voy a estudiar qué falló en los primeros voluntarios y, de paso, tratar de mitigar sus secuelas. Aunque eso último no se lo he dicho al doctor.

Onda mira a Galileo muy seria, estudiándole con sus ojos rasgados. Finalmente rompe su silencio:

—Cuenta con todo mi apoyo.

—El doctor Heim se ha negado a darme detalles sobre su método de hibridación. Incluso me ha retado a que lo deduzca.

—Lamento no poder ayudarle con eso. Solo él sabe en qué consiste. Mi labor en este proyecto es controlar la evolución de los voluntarios, pero no sé

cómo se logra el proceso de hibridación. Acompáñeme, iremos a tomar muestras al pabellón de los voluntarios alfa.

Onda toma las herramientas de recogida de muestras genéticas y echa a andar, decidida. Galileo la sigue. Se detienen en la puerta, Onda se dispone a abrirla poniendo sus dedos en la pantalla de acceso, pero Galileo la para.

—No, déjeme hacerlo a mí. Quiero comprobar si tengo los permisos.

Galileo posa sus dedos en el lector y la puerta se abre sin oponer resistencia. Galileo sonríe. Onda y él entran en el pabellón, la prisión acuática donde Galileo conoció a los pobres engendros. Mientras se acostumbran a la oscuridad verdosa, pueden oír a los voluntarios arrastrándose hacia ellos entre chapoteos.

—Hola, chicos —dice Onda con una voz cantarina y amable.

—¿Cómo están? —Galileo vuelve a sentir una corriente de simpatía hacia esos pobres abortos de la ciencia que se acercan a él, olfateándole, bramando, suplicando una caricia.

Con sus ojos ya un poco más acostumbrados a la luz, Galileo observa a Onda, acariciando al voluntario Linguini. Sí, es él, no hay duda. Parece mentira que sea capaz de identificar a uno de esos monstruos, se diría que son todos iguales en su deformidad. Ella es tan pequeña, tan frágil, pero parece totalmente poderosa sujetando la enorme cabezota del híbrido con sus manos diminutas. Él no mueve sus ojos abultados del rostro de la chica, parece venerarla. Emite unos ronroneos brutales como ronquidos, pero dulces a su manera. Onda se vuelve, descubre a Galileo mirándola y parece reaccionar con la incomodidad de haber sido sorprendida haciendo algo prohibido.

—Es inevitable tomarles afecto —dice Galileo, con una sonrisa amable.

—Eso es mucho decir, profesor. No sería apropiado. Solamente me preocupo de que los voluntarios estén en las mejores condiciones.

—No me cabe duda.

—Bueno, chicos —dice Onda, elevando la voz y dirigiéndose a los monstruos—. El profesor Alcázar está aquí para ayudarles a que se sientan mejor.

—Tengo que reconocerles para ver si puedo mejorar su estado físico. Necesito unas muestras de sus genes. Serán solamente unos pinchacitos.

Un murmullo ronco se extiende entre los infraseres, mezclado con algún que otro aullido y gimoteo.

—Han sufrido mucho con las pruebas. Son reacios a ser objeto de más experimentos —susurra Onda.

—No voy a hacer experimentos con ustedes —Galileo eleva la voz sobre los murmullos—. Solo voy a estudiar sus cuerpos para ver si puedo ayudarles a eliminar su dolor.

Otro murmullo más fuerte que el anterior se apodera del pabellón.

—Les prometo que no les haré daño.

Onda se acerca a Galileo y le pregunta discretamente:

—¿Está seguro de que es capaz de prometerles eso?

—Totalmente.

—¡Muchachos! —Onda eleva el tono de voz—. ¡Escúchenme! El profesor Alcázar está aquí para ayudarles. No les hará daño.

Los voluntarios se van calmando progresivamente. Galileo interviene:

—No puedo prometérselo, pero tal vez pueda incluso curarles. Volverles a su antigua forma.

El alboroto entre los voluntarios se eleva hasta niveles insoportables. Galileo y Onda ya no pueden elevar la voz por encima de él, solo mirarse. Onda niega con la cabeza, ¿se ha vuelto loco? Galileo se ha arriesgado demasiado al decir eso. Pero ve a los híbridos luchando por acercarse a él, por que les toque con sus manos sanadoras, y sabe que esa esperanza es lo único que puede devolver la ilusión y la dignidad a esos desafortunados seres. Galileo mira a los ojos a uno de ellos, que le acerca el hocico, amistoso.

—¿Me dejas que te tome unas muestras?

El engendro emite un chillido agudo, parece ansioso por encontrar su cura. Onda le extiende a Galileo una de las herramientas y comienzan a tomar muestras genéticas de los voluntarios. Los demás engendros observan cómo Galileo pincha delicadamente al voluntario, mientras lo acaricia. No hay más gritos en el pabellón. Todos esperan su turno, resoplando excitados por la esperanza de volver a ser personas normales. Y el viejo tango favorito de Fibonacci Farfalle resuena en la mente de Galileo, que no puede evitar emocionarse.

«Jajarai, jajai, jajá, jarajajai, jajai, jojó... Otario, que andás penando sin un motivo mayor, ¿quién te dijo que en la vida todo es mentira, todo es dolor? Si tras la noche más oscura, sale el sol, y de la vida hay que reírse igual que yo... Jajarai, jajai, jajá, jarajajai, jajai, jojó...».

—No me fio de los anglosajones. ¿Qué opina usted de las intenciones de esos zascandiles?

Las eses resuenan largamente, como sopas sorbidas, en los oídos de Istúriz. Morey, sentado en su despacho, arruga su nariz e interroga a su asistente con una mirada bizca. ¡Maldito virolo! Istúriz se encoge de hombros.

—¿Se acuerda usted de cómo nos arrebataron Cádiz, Málaga y las Canarias?

—Por supuesto, señor. Pero al firmar la paz perdimos todo derecho de reclamación sobre esos territorios. Ahora son tan parte de los Estados y Reinos Unidos Anglosajones como Nuevo Londres o Nueva Nueva York.

—O sus estúpidas islas del Atlántico Sur. Son como las cucarachas, una vez que se asientan en un lugar ya no hay forma de librarse de ellas.

—Afortunadamente, aún respetan los acuerdos de la convención posteuropea.

—Menos mal que al final no nos salimos de esa cosa... Ahora nos viene bien. Cambiando de tema, ¿cómo van las encuestas?

—Mal, señor. Hemos caído al 13%. El PPP nunca estuvo tan bajo en su historia.

Morey observa a Istúriz, estupefacto. Su cara se crispa, parece una máscara de goma pisoteada en el suelo de una fiesta de disfraces.

—¿Se alegra usted? —dice con un tonillo irritado y agudo.

—¿Cómo voy a alegrarme? Sería estúpido por mi parte.

—Si algo no es usted, es estúpido, Istúriz —sisea como una serpiente desconfiada.

—Por eso.

—La guerra nos ayudará a recuperarnos, ya lo verá.

—Pero... ¿lo da por seguro ya?

Morey arruga la nariz y mira a Istúriz con la boca entreabierta. Parece que su mente se ha ido a un lugar lejano, pero vuelve de repente.

—Si sucede, Istúriz, si sucede...

—¿El rey ha dado su visto bueno?

—¿A su nueva cuadra de putas? —Morey emite una única carcajada que suena más como una tos, ¡ca!—. Porque es lo único que le interesa. De la guerra ni hablamos. Él solo quiere hablar de putas y mi deber es decirle a todo que sí y que firme mis decretos sin leerlos mientras una hábil valenciana le practica sexo oral. Dicen que las valencianas son las mejores, yo no lo sé, ¿usted lo sabe?

Istúriz ignora los turbios devaneos de Morey. Mira al suelo y toma aire:

—Hay protestas contra la guerra en las principales ciudades.

—El secular retraso mental de la población española. ¿Qué sabrán esa panda de campesinos, camareros y putos? Qué idiotas... No saben que una guerra nos sacaría de la crisis.

—Murcia amenaza con una declaración unilateral de independencia.

—¡Ahora que estamos casi en guerra vienen con esas! Si no fuera la región más rica de España les independizaba por decreto y que se conviertan en la nueva Calabria si quieren. Tienen las escuelas en murciano, embajadas culturales en los principales países, selección propia de fútbol... ¡Si hasta yo he aprendido murciano para que estén contentos, *ostiapijo!* ¿Qué más quieren?

—Lo mismo que consiguieron Cataluña y el País Vasco.

—Los vascos todavía tienen algo de coherencia, son un país enano e irrelevante en el mundo, pero no les va mal con sus parques temáticos sadomasoquistas, sin embargo los catalanes... Cada día estoy más convencido de que todo fue una maniobra orquestada por Alemania para robarnos parte de nuestro territorio. No me extrañaría nada que lo de Murcia no fuera una campaña similar de los ERUA. Les encantaría quedarse con toda nuestra costa sur.

—¿Qué medidas quiere tomar?

—¿Con los independentistas? No vamos a hacer nada, ya se cansarán. Además, no lo dicen en serio. Solo quieren dinero. Respecto a las protestas, aplique el estado de emergencia. Estamos al borde de una guerra, no queremos que ningún agente extranjero aproveche esta situación para desestabilizarnos. ¡El que proteste irá a los campos de algodón!

—Tiene una llamada de Cristina González.

—Ahora quiere hablar conmigo, ¿no? Estos sudacas solo entienden el lenguaje de la violencia. ¡Pónmela!

Istúriz da una orden mental y aparece el holograma de Cristina.

—Primer ministro —dice muy seria, institucional.

—Presidenta Viuda —sisea Morey.

—Esto se le está yendo de las manos.

—¿Usted cree? —Morey parece divertido.

—Argentina no tolerará que su armada entre en nuestras aguas. Ya nos invadieron una vez, no permitiremos una segunda.

—Disculpe, pero los españoles jamás invadimos Argentina. Nosotros invadimos a los indios del Río de la Plata y más tarde nuestros descendientes

decidieron independizarse para luego abrirse de piernas a todo italiano que llegara a sus costas, formando esa mezcolanza imposible que ustedes son ahora. Y déjeme recordarle que la Patagonia la invadieron ustedes, los españoles nunca llegamos tan al sur. Fueron ustedes los argentinos quienes robaron la tierra y masacraron a mapuches, tehuelches, onas... Por tanto, tienen el mismo derecho que los ERUA o nosotros a ocupar ese territorio. Ninguno.

Cristina tiembla llena de indignación.

—Cuestionar la integridad territorial de Argentina ante su Presidenta Viuda es un insulto directo.

—Pues considérese insultada —añade Morey, encogiéndose de hombros.

—Parece que está usted decidido a provocar una guerra, señor Morey.

—No me deja otra alternativa, señora González. Ha traicionado nuestro pacto tecnológico. Ha acusado a España de violar las leyes internacionales y los principios de la ciencia, todo para robarnos la energía que estábamos extrayendo conjuntamente y que ustedes jamás habrían podido conseguir sin nuestra ayuda porque están muy atrasados, mucho más que nosotros, ¡fíjese usted cuánto! Para colmo, han secuestrado a uno de los nuestros.

—El profesor Alcázar no quiere ser uno de los suyos.

—Pero lo es, Cristina. Es un español y según nuestra Constitución jamás podrá dejar de serlo, aunque reniegue una y mil veces. Por lo tanto, nuestro deber es protegerlo. Devuélvanos todo lo que nos han robado y la armada se volverá pacíficamente a España.

—Ustedes son los que han roto pactos y violado leyes. No tenemos nada que devolver ni que rectificar. Pero si nos atacan, nos defenderemos, puede estar seguro.

—Lo tengo muy claro. A usted le vendría muy bien una guerra, por eso ha comenzado todo esto, ¿a que sí? Así tamará su gestión desastrosa, la crisis de deuda que sufren y, de paso, permanecerá en el cargo un tiempo más. Quizá, según resulte la guerra, pueda cambiar la ley y optar a una nueva reelección. Ah, viudita, es usted una política muy astuta.

Morey guiña uno de sus ojos de bordes irregulares. Cristina, indignada y asqueada, corta la conexión. A su lado, Cubí Sàntxez tiembla de rabia.

—¡Le ha guiñado un ojo!

—¿Cómo se atreve?

—Si pudiera, lo estrangularía con mis propias manos —el pequeño excatalán echa espuma por las comisuras de sus labios, mientras estruja con



sus manecillas de roedor un cuello imaginario. Cristina observa esas manitas y tiene que reprimir una risotada. Inmediatamente después experimenta un sentimiento de ternura hacia el pequeñín.

—Es usted adorable.

Cubí no contesta, da un respingo y mira a Cristina como una mangosta a una serpiente. Cristina siente, como un latigazo en su bajo vientre, el miedo de que el esbirro descubra su debilidad, sus emociones, su EMADA.

—¿Cómo va el protocolo prebélico? —Cristina se pone seria.

—Todo según lo previsto. El ejército en sus posiciones. Las comunicaciones controladas. Hay protestas en Buenos Aires, pero nada serio. Eso sí, el puerco Ravioli está que se sube por las paredes.

—Que se suba donde quiera. No le voy a dejar que monte sus elecciones mientras los españoles nos atacan. Que espere su turno. Si llega...

Sàntxez esboza una sonrisa siniestra, solo labios sin dientes.

—¿Sabemos algo de la hija de Alcázar? —añade Cristina.

Cubí vuelve a ponerse en alerta, sutilmente, con una imperceptible elevación de sus orejas.

—Está desaparecida de la faz de la Tierra. Pero, según nuestros informes, los españoles tampoco la tienen. Aprovechando el estado de excepción, revisamos su intermind.

Cristina sonrío, taimada. Le encanta ese juego de Cubí donde ambos saben que algo es mentira (como que no revisen el intermind de la gente constantemente), pero fingen que lo ignoran porque es ilegal.

—¿Descubrieron algo?

—Es neonatural.

—¿Y su padre lo sabe?

—No, él es un científico fervoroso.

—¡Pobre Galileo! —la compasión sincera de Cristina le delata. Cubí la mira con cara de póquer. Cristina sabe que está sospechando, que se está dando cuenta de sus indicios de sentimentalismo.

—Es una lacra para cualquier padre —dice Sàntxez, escogiendo cuidadosamente sus palabras.

—Es su problema, no el nuestro —Cristina se esfuerza por mostrar frialdad—. Probablemente estará escondida en el bosque, comiendo raíces con la concha al aire como una retrasada. En fin, que no cesen de buscarla con todos los medios. No queremos que caiga en manos españolas. Además, se lo prometí a Alcázar.

—Pero, bueno —Cubí habla despacio—, eso es secundario, ¿no?

—Por supuesto. Es pura estrategia, pero, si le damos a su hija, estará tranquilo. Si no, corremos el riesgo de que nos sabotee de alguna forma.

—¿Cómo iba a hacer eso si es nuestro prisionero? Si se rebela y se niega a colaborar, simplemente tendremos que hacer una cosa...

—Galileo Alcázar es irrelevante, Sàntxez —le corta Cristina—, pero hay que encontrar a esa niña, ¿sí? ¿El ejército argentino no será capaz de encontrar a una niñita perdida en la pampa?

—Como usted ordene, Presidenta Viuda.

Cubí hace una pequeña reverencia con su enorme cabeza y sale del búnker de Cristina. Ella se desploma sobre un diván, descompuesta. ¿Ha descubierto su esbirro que está enferma de EMADA? ¿Sería capaz de traicionarla y revelar a alguien su condición? ¿No deberían los militares tomar el control del país si la Presidenta Viuda estuviera aquejada de una enfermedad mental? Cubí odia a los españoles con tanta fuerza que es capaz de castigarla por su horrible crimen: amar a uno de ellos.

Cristina se levanta a trompicones, corre hacia su tocador, toma su inhalador y aspira con fuerza, dos, tres veces más que lo normal, con la esperanza de compensar así su desequilibrio. No puede contárselo a nadie, no puede pedir ayuda, la encerrarían, todo acabaría para ella de la manera más deshonrosa. Todo por ese español irresistible que no puede sacar de su mente.

Decide proyectar un holograma con la imagen de Galileo. Lo contempla, su imagen a tamaño real, tan real que casi puede sentirlo como si estuviera a su lado, acariciándola con la vibración de todas sus células y sus campos magnéticos. Desea, sí, desea fervientemente que la impregne con sus átomos de pies a cabeza.

—¡Que la ciencia me perdone, estoy loca por él!

Si pudiera acariciar el aire del holograma, besar ese humo de colores, poseer esa ilusión, entregarse a su amor. Cristina se abraza al holograma y Galileo se desvanece. Aire, humo, ilusión, amor... que en un instante son nada.

## 20

Galileo lleva horas trabajando, preparando muestras, tomando datos, y por fin puede extraer conclusiones. No puede creer lo que está viendo en el sensor microscópico genético. Las células de los voluntarios alfa son un prodigio de

ingeniería científica. Debe reconocer, aunque le duela, que el doctor Heim es un genio. La interpolación de genes humanos y pinnípedos es perfecta, casi poética en su composición equilibrada y virtuosa hasta el detalle. Sin embargo, hay algo que ha pasado por alto.

Galileo levanta la vista del sensor y reflexiona, en la tranquilidad azulada y silenciosa del laboratorio. La hibridación adulta es mucho más compleja que la embrionaria. Si hubieran creado unos embriones con esa composición genética y los hubieran gestado durante semanas, está seguro de que el resultado habría sido un híbrido viable, perfectamente sano y operativo. No obstante, eso va contra las leyes de la ciencia. La hibridación adulta ha sido descartada por muchos investigadores, no por su dudosa moralidad, sino por lo difícil que resulta reconstruir miembros y órganos ya formados y hacer que se modifiquen en una nueva configuración ósea, muscular. ¿Qué estrategia habrá utilizado el doctor Heim para facilitar la metamorfosis?

Es un reto personal para Galileo descubrirla. Toma una muestra de tejido de uno de esos grotescos brazos o aletas, no sabe cómo llamarlos. Las paredes celulares están anormalmente alargadas, debilitadas. Eso explica la deformidad de sus miembros. Las redes nerviosas están inflamadas, estragadas. Eso explica el dolor insufrible que están padeciendo esos pobres infelices. Parece como si el periodo de transformación entre la implantación de los nuevos genes y la mutación hubiera sido abrupto.

Galileo aparta sus ojos del visor, excitado por una nueva idea. Onda Fusilli no sabrá cómo es el proceso de hibridación, pero debe de saber cuánto dura la mutación y en qué condiciones se mantiene a los especímenes durante la misma. Tiene que encontrarla inmediatamente y preguntárselo. Esa puede ser la clave de todo el enigma.

Galileo avanza por los pasillos en penumbra hacia los pabellones de los voluntarios. Aún no ha podido ver al resto de ejemplares, solo a los alfa. Piensa que también puede ser una buena ocasión para observar la evolución del experimento. Ver cómo son los voluntarios en diferentes estados de la investigación: alfa, beta, gamma... ¿cuántos más?

No es prudente abrir las puertas de los pabellones sin estar junto a Onda, no sabe qué tipo de seres se puede encontrar, los voluntarios podrían ponerse nerviosos. No sabe dónde está la doctora Fusilli, pero tiene la esperanza de encontrarla en algún lugar del laboratorio. Recorriendo puerta tras puerta, aguza su oído intentando oír la voz de Onda, pero solo oye quejidos infrahumanos.

Sigue avanzando por el laberinto, empieza a estar desorientado, hasta que llega al final de un corredor y allí se sobrecoge al escuchar un espantoso alarido de dolor. Sin pensarlo, Galileo abre esa puerta y entra en una antesala oscura. Se queda parado, acostumbrando su vista a la semioscuridad, y descubre que desde ahí puede ver a través de un cristal la habitación contigua, de la que provienen los horribles gritos.

Bañado por una luz rojiza, el doctor Heim se inclina sobre un voluntario desnudo, atado por correas, flotando en un tanque de agua marina. Es un hombre todavía, un ejemplar fuerte, joven y sano de homo sapiens, perfectamente formado. Está gritando como un cerdo en la matanza, con una mezcla espantosa de dolor y pánico. El doctor Heim, a su lado, sonríe imperturbable como siempre. Galileo puede ver el escorzo de su rostro perfectamente desde la antesala, amparado por la penumbra.

Heim aplica una inyección en distintos lugares del cuerpo del voluntario. Este grita, intenta moverse, pero se halla firmemente atado y no puede escapar ni revolverse. El doctor deja la jeringuilla en una mesa auxiliar y coge otra, desmesuradamente grande. Se detiene un instante, mira al horrorizado espécimen con su expresión afable, artificial.

—¡No, por favor! —grita el joven, con la voz desgarrada.

El doctor Heim, sin pestañear, le clava la aguja en el centro del pecho. Galileo tiene que ahogar un grito de sorpresa mientras ve cómo la enorme jeringa penetra en el corazón del voluntario. Heim termina de inyectarle el contenido de la aguja, la extrae con suma delicadeza, la deja en la mesa y coge un cronómetro antiguo, un objeto que Galileo solo reconoce por haberlo visto en algún museo de la ciencia.

Heim activa su cronómetro y observa cómo el joven grita hasta que no puede más, mientras sigue haciendo esfuerzos vanos por liberar sus miembros de las correas. Después de un tiempo, vuelve los ojos en blanco y tensa las mandíbulas. Un hilo de sangre cae por la comisura de su boca, otros dos salen por sus oídos. Ya no grita, solo emite unos hondos gemidos de agonía. El doctor Heim observa todo el proceso con su viejo cronómetro en la mano, sin perder la sonrisa.

El voluntario deja de moverse por completo. Su cuerpo cae, exánime, en el tanque de agua. Ya solo le sostienen las correas que le aprisionan. Galileo no puede saberlo desde su escondite, pero bien podría estar muerto. Heim detiene su cronómetro y lo deja sobre la mesa auxiliar. Luego toma un anticuado cuaderno de papel y anota algo en él. Galileo no quiere mirar más. Con mucho

cuidado de no hacer ruidos delatores, retrocede y sale de ese rincón abyecto del laboratorio.

## 21

Pitágoras y Newen continúan velando a Lulú. Pitágoras la observa con fijeza, buscando un movimiento esperanzador en vano. Examina cada uno de sus rasgos, sus pestañas sutiles como alas de mariposa. Célula respira tan débilmente, está tan pálida como una muñeca de cera. Las mejillas hundidas tienen un tono grisáceo. ¿Una polilla se posó en su cara y la impregnó con el polvo de sus alas de ultratumba? Pitágoras no puede parar de mirarla, rechazando sus fantasías de muerte, esforzándose por generar ideas que alimenten su esperanza.

El rehue hace un ruidito sutil. Pitágoras da un respingo, aguza su oído, pero no puede escuchar nada más. El rehue calla. Mira a Lulú. ¿No está más pálida todavía, tan blanca que un velo gris comienza a cubrir su piel?

Súbitamente, la machi entra corriendo en la tienda y se inclina sobre Célula.

—¿Qué pasa? —grita Pitágoras.

La machi no contesta, palpa a Célula, la ausculta en distintos lugares con suma concentración.

—¿Qué le pasa?

Pitágoras agarra a la machi por los hombros y le obliga a mirarle a la cara. La machi sale de su ensimismamiento y le mira, aturdida.

—No lo entiendo... Está fría.

—¿Qué quiere decir eso?

—Se va, *mijito*... La niña se va al otro lado.

Pitágoras grita desde el fondo de sus tripas y se lanza sobre Célula, sin importarle el cable que la une al rehue, la estrecha entre sus brazos, la incorpora, la pone lo más cerca de su piel que puede, la acaricia, la besa en la cara, en el cuello, en las clavículas, mientras solloza como un niño y balbucea incoherentemente.

—Mi amor, ¡no! No me dejes.

Newen y la machi observan, callados, graves.

—No puedes irte —Pitágoras habla con una voz ronca que le sale del abdomen, el berrido de un ciervo herido y solo en la montaña—. No puedes dejarme, Lulú.

La niña cuelga entre sus brazos, una marioneta rota, el cuello doblado, la cabeza caída, la cabellera rubia, adorno fúnebre que ha perdido su brillo de la brevedad engañosa de la vida.

—Vuelve, Lulú, vuelve conmigo, mi amor... Encontraremos un lugar en las montañas para vivir solos los dos, junto a un arroyo, entre los gamos. Nos esconderemos para que nadie pueda hacernos daño. Yo cuidaré de ti y tú cuidarás de mí, no necesitaremos nada más, nada más, mi amor. Te prometo que siempre estaré a tu lado y te amaré mucho, cada día más, para siempre, en nuestro rincón del bosque. Robaré un zorrito pequeño y lo amaestraré para ti. ¿Te gustaría? Un zorrito de pelo brillante y suave, para que lo puedas acariciar...

Pitágoras cierra los ojos y aprieta a Lulú contra su pecho. Las lágrimas rebosan sus pestañas negras, temblorosas, y ruedan por su rostro moreno.

—Pitágoras...

Una débil voz junto a su oído le pone la piel de gallina. Pitágoras abre los ojos, libera a Célula de su abrazo para mirarla a la cara, ¿está despierta!

—Pitágoras...

—¡Mi amor! —la voz de Pitágoras es un hilo roto, sonrío entre lágrimas y mira a Célula como si fuera una aparecida.

—Tengo que salvar a mi padre —susurra Célula.

—¿Qué?

—Lo he visto...

Célula se desvanece, Pitágoras la sujeta y la siente palpitante, tibia, viva de nuevo. La machi conversa con el rehue en susurros. Vuelve hacia Pitágoras con su rostro ancho y bondadoso abierto en una sonrisa.

—Está a salvo, *mijito*. ¡La salvaste vos!

Pitágoras se queda confundido, bloqueado por la mezcla de emociones. La machi agarra a Célula con delicadeza y la tumba en su lecho. La joven respira con vigor, el color rosado ha vuelto a su piel. Ahora parece solo una chica dormida que descansa y espera el nuevo día para despertar como si nada malo hubiera sucedido.

## 22

La doctora Fusilli sale de uno de los pabellones y se topa con Galileo en el pasillo.

—¿Qué sucede?

—¿Dónde podemos hablar con tranquilidad?

—¿De qué? —Onda está asustada por el tono grave de Galileo.

—Del proceso de mutación.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Todo, cuánto dura, cómo funciona.

—Ya sabe que ignoro la fórmula del doctor Heim.

—Lo sé, pero... ¿qué pasa después de que se inyecta? Eso sí lo sabe.

—Los voluntarios reposan en un tanque de agua marina mientras se produce la transformación.

—¿Sedados?

—No, el doctor Heim lo prohíbe expresamente.

—¿Y el dolor?

—Experimentan dolores muy fuertes. El doctor afirma que su sistema de hibridación adulta lo requiere para la correcta formación de las estructuras nerviosas.

—¿Es un sádico!

—Profesor —Onda le mira con seriedad.

—Disculpe —Galileo trata de controlar sus emociones, nadie debe notar que tiene las hormonas a flor de piel. Necesita toda la información que Onda pueda darle—. ¿Cuánto tiempo tarda en producirse el cambio?

—Unas veinticuatro horas.

—¿Cómo? Los injertos tardan al menos una semana. Los híbridos no pueden ser más rápidos.

—Pues lo son. La fórmula del doctor Heim incluye algún tipo de acelerador.

—¿Cómo controla el proceso?

—El doctor practica la hibridación genética, los dejamos veinticuatro horas mutando, después analizamos su anatomía y su genética final. El doctor va modificando su fórmula mediante estos ensayos.

—¿Puedo ver a los últimos híbridos?

—Por supuesto. Usted solo vio a los alfa, pobrecitos. Verá que los ómicron están mucho más cerca del objetivo final. Venga, se los mostraré.

Galileo sigue a Onda por los intrincados pasillos del laboratorio de los elegidos. No tardan mucho en llegar a un pabellón más iluminado y en mejores condiciones que el que Galileo conoce. Hay unos tanques de agua marina situados de manera sucesiva a lo largo de un pasillo. Las paredes de los tanques son transparentes, una azulencia iluminación subacuática permite ver a

los voluntarios chapoteando en el agua. El ambiente de la sala es cálido y agradable. Onda conduce a Galileo hasta el primer tanque. Un voluntario nada torpemente en él.

Se mueve mucho mejor que los alfa, pero todavía no tiene la gracilidad de un fócido. Sus pies están soldados formando una cola de pinnípedo, si bien pueden distinguirse los dedos humanos al final. Sus brazos son auténticas aletas, aunque terminan en deformes dedos humanos. Su cuerpo es el de un fócido, aunque a veces se dobla delatando las formas de la cadera, la espalda y las piernas. Su cara es grotesca, una mezcla perfecta de humano y foca, los ojos redondeados, la boca grande, con dientes puntiagudos y hocico en vez de nariz.

—Hola, soldado Segura, ¿cómo está?

El híbrido se acerca a ellos, nervioso.

—¿Quién es él? —dice con una voz profunda, gangosa pero claramente articulada. A Galileo el corazón le comienza a latir con fuerza, impresionado por esa voz semihumana.

—Es el profesor Alcázar. Se ha incorporado al proyecto recientemente.

—Encantado, señor Segura —Galileo sonríe y extiende su mano por encima del cristal del tanque. Segura le mira, desconfiado, pero finalmente se da impulso y agarra la mano de Galileo con su aleta viscosa y deforme. Galileo se esfuerza para no apartarla, el tacto de esa mano anfibia le resulta repugnante. Segura le mira a los ojos, parece como si hubiera esperado esa reacción y mantuviera a propósito el contacto, desafiándole a que suelte su mano, asqueado, pero Galileo lo mantiene.

Unos gritos al final del pasillo sobresaltan a Onda. Uno de los voluntarios comienza a berrear. Onda va corriendo hacia él. Galileo quiere seguirla, pero el infraser le tiene agarrado de la mano.

—¿Por qué nos hacen esto? —la mirada de Segura se le clava como un puñal.

—No lo sé. Estoy intentando averiguarlo. Me dijeron que ustedes son voluntarios, ¿no es verdad?

—Todos somos soldados, voluntarios por Argentina, amamos a nuestra patria... pero no nos lo explicaron bien, no nos explicaron esto... ¿Por qué la patria nos hace esto?

—¿Duele mucho?

—Es insoportable... No termina nunca y no ha salido bien. No puedo hacer lo que hacemos los seres humanos, pero tampoco puedo nadar bien como una



foca, ya no soy nadie, soy un monstruo... ¡Por favor, ayúdeme! ¿Puede ayudarme?

—¿Algún problema, Segura? —la voz de Onda, de vuelta, sobresalta a Galileo. Segura agacha la cabeza y calla. Galileo mira a Onda, parece dura y peligrosa de pronto.

—Ninguno, doctora Fusilli —Galileo sonríe lo más convincentemente que puede—. El soldado Segura me estaba comentando sus sensaciones físicas. Necesitaré conocerlas para poder terminar de diseñar mi experimento.

—¿Su experimento? Pensaba que simplemente iba a mejorar las condiciones de salud de los voluntarios.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer. Voy a invertir la hibridación para devolverles la humanidad.

Un silencio submarino domina el pabellón. Segura y Onda miran con fijeza a Galileo.

—El doctor Heim no querrá... —empieza Onda, pero Galileo la interrumpe.

—Les devolveré la humanidad, revertiré el sistema de hibridación de Heim y lo perfeccionaré.

—Que la ciencia le sea favorable, profesor —susurra Onda.

Galileo hace un gesto con la cabeza y sale del pabellón. Camina mareado por el laberinto del laboratorio. Así que eso era... ¿Cómo ha sido tan estúpido de no verlo hasta ahora? La visión de los voluntarios ómicron y la conversación con el soldado Segura le han dado la clave. Todo el experimento está pensado para crear a una nueva raza de soldados anfibios. El doctor Heim se rio de él en su cara, hablándole de la repoblación de las costas. Si quisieran repoblar las costas habría hembras. No, solo quieren a machos furiosos, machos enormes llenos de hormonas rabiosas, soldados híbridos que vivan para enfrentarse como los elefantes marinos, sus fauces abiertas, desgarrando la carne del enemigo. «Elegidos» es un experimento con fines militares.

## 23

El alférez Ayanz contempla a Galileo con una sonrisa embobada, mientras el ascensor sube por las entrañas del peñón Elgor.

—¿Qué tal fue el día? —pregunta, rompiendo las meditaciones de Galileo.

—Eh... Bien, ¿y el tuyo?

—Bien, bien —dice Ayanz sin perder esa sonrisa anonadada.

—¿Puedes intentar no mirarme así?

—¿Así cómo?

—Ya sabes cómo. ¿Has averiguado si hay más gente afectada por esto?

—No encontré a nadie. Todo parece estar en orden.

—¡Pues no lo está! —dice Galileo, irritado.

—Oí, Galileo, los dos sabemos lo que hay. No sabemos qué pasó, pero no es culpa mía. Sufro esto igual que vos. No merezco que me hables de esa forma.

—Tienes razón. Perdona.

El alférez Ayanz se inclina sobre Galileo, sus ojos azules brillando, húmedos, entregados.

—Sabés que siempre podés contar conmigo. Para lo que quieras. ¿Lo sabés?

—Lo... sé —balbucea Galileo.

—Pase lo que pase, nunca lo olvides.

El aliento tibio de Ayanz alcanza los labios de Galileo, que lo recibe con una mezcla de asco y sensualidad. Huele a carne humana, a testosterona. Galileo siente un cosquilleo en el perineo. De pronto, el ascensor se detiene y Galileo suspira aliviado.

Salen al vestíbulo de su búnker. Galileo ve la puerta cerrada de Cristina, al fondo, y su silueta tentadora aparece en su imaginación. Camisón vaporoso, a contraluz, muslos curvilíneos que terminan en un hueco húmedo y fragante.

—Quiero hablar con la Presidenta Viuda. ¿Se sabe algo de mi hija?

—Ya nadie tiene conexión a intermind, estamos en estado preventivo de guerra. A mí no me han informado de nada.

La puerta de Cristina se abre súbitamente y sale Cubí Sàntxez. Sus ojos amoratados ignoran a Galileo y miran con frialdad a Ayanz.

—La Presidenta Viuda dio órdenes de que la dejen descansar hasta mañana —el pequeño esbirro pasa a su lado moviendo graciosamente el culete, la cabeza grotesca elevada, queriendo dejar patente su desprecio.

Galileo abre la puerta de su suite, Ayanz corre detrás de él.

—Newton —Galileo se detiene en el quicio, serio—. ¿Te importaría dejarme solo un momento?

Ayanz trata de disimular su decepción, ese pequeño alfiler que se ha clavado en su corazón hipersensible.

—Como quieras —«ya no puedo negarte nada», piensa Ayanz, «ya no te puedo vigilar, ya solo puedo... Oh, sagrada ciencia, incluso que me dejes fuera de la habitación me enciende la sangre por vos...».

Galileo le cierra la puerta en las narices. Se desnuda rápida, inquietamente, se mete en la ducha y se sumerge en la agitación de sus pensamientos. Ha estado todo el día enfocado en la resolución del enigma de los híbridos, estimulado intelectualmente al tiempo que conmovido por su trágica existencia. Eso le ha distraído de sus emociones tempestuosas, le ha mantenido alejado del caos, pero en el instante en que ha entrado en ese pasillo, la imagen de Cristina ha vuelto a ocupar su mente con una fuerza irresistible, y ya solo puede pensar en ella, en sus pechos, en su sonrisa, en sus ojos, en sus caderas... y de nuevo vuelve a sentir una irrefrenable erección que no le produce placer sino angustia.

Se siente culpable por estar entregado a la EMADA, por disfrutar de su enfermedad, regodearse en su síndrome, en su trastorno mental... Cuando fue él quien delató y despreció a su mujer por eso mismo, causando su muerte. Sí, él la delató y provocó la catástrofe..., pero él pensaba que estaba enferma, que necesitaba ayuda. ¡Y ahora él sufre el mismo mal y lo oculta! Qué hipócrita. ¡Sí, tú, Galileo Alcázar, eres un hipócrita! También fuiste tú quien no quiso comprender a Célula. A ambas las juzgó y condenó por estar enfermas de EMADA, la misma lacra de la que él es víctima ahora, ¿cómo podría volver a masturbarse, volver a deleitarse en los placeres animales que su cuerpo le exige? No, no puede permitírselo, con Célula perdida, con el recuerdo de su mujer, vidrios rotos en unos pies descalzos.

Nunca tuvo valor de ver la cápsula de despedida de Mitocondria. ¿Le confesaría su delirio de EMADA? ¿Le diría adiós antes de suicidarse? ¿Le pediría algo referente a su hija? Durante años ha conseguido ignorar esa cápsula, despreciarla tanto como a los efectos de esa Enfermedad Mental Antes Denominada Amor, pero, ahora que él la sufre en su propia carne, una nueva obsesión anida en un rincón de su cerebro, pegándose a él como un molusco en la roca, creciendo hasta ser insoslayable: quiere saber qué le dijo su mujer antes de morir.

Un sollozo angustiado escapa del pecho soberbiamente formado de Galileo. ¿Qué es esto? ¿Qué es esta sensación insoportable? Galileo se rompe por un momento, su pecho se agita, siente que sus ojos se hacen pequeños, la cabeza congestionada, como si tuviera vértigo... y hasta que no nota un líquido salado resbalando por sus mejillas no puede comprender cuál es este nuevo

sentimiento totalmente amargo. ¡Está llorando, como los antiguos!

Bajo la ducha, el agua lava sus lágrimas y Galileo libera la tensión y se va sintiendo poco a poco aliviado, limpio, con la mente en calma... y ahí está de nuevo su erección, las hormonas descontroladas en su cuerpo tomando el control de sus actos e impidiéndole pensar. Galileo cede impulsivamente, agarra su miembro y su mente se dispara y se concentra en las tetas de la Presidenta Viuda y todo un sinfín de actos irracionales, sucios y obscenos que imagina como una catarata, prometiéndose a sí mismo que los hará, que esas desbocadas fantasías se convertirán en una realidad en cuanto pueda, no importa ya lo que pase después. Cristina es sometida a todo tipo de sucias operaciones en su imaginación. «¡Y que me encierren después!».

Todo sucede muy rápido, el delirio, el derrumbe, el alivio y, justo después, el arrepentimiento. Aun con las manos manchadas por su propia pasión, diez mililitros de semen, quinientos millones de espermatozoides, Galileo las enlaza y las eleva y trata de rezar y se da cuenta de que las oraciones ya no tienen ningún sentido para él, son palabras huecas y falsas; y descubre y reconoce que nada es más cierto que la subjetividad de sus sentimientos y asume, ya sin culpa, con calma, que se ha convertido en un hereje. Un hereje traidor, enamorado, hipócrita, con las manos manchadas de semen.

## 24

—¡Los españoles siguen avanzando!

El estado mayor del ejército argentino observa el mapa holográfico desplegado ante sus ojos. Las posiciones de los barcos españoles se marcan con unos destellos rojizos en el Atlántico Sur (territorio ERUA), moviéndose lentamente hacia la línea de costa de Argentina, donde un punto azul señala la base Elgor. Si se asomaran al borde del acantilado, podrían ver a la armada española, pequeños puntos oscuros manchando el perfecto rosado de la aurora sureña.

Unos parpadeos celestes señalan la posición de los barcos de Argentina, formando una línea defensiva en la costa del sur del país, esperando la llegada de los españoles.

—¿Qué se espera que hagan? —Cristina reúne todo el aplomo que puede para hacer la pregunta, sus sentimientos desbordados por el fallo hormonal la tienen inquieta e inestable. No quiere que la traicionen.

—No lo sabemos, Presidenta Viuda —responde la generala Fetuccini.  
—Entonces, ¿cuál es nuestro plan?  
—Reaccionaremos ante lo que ellos hagan.  
—No me gusta. Parece que son ellos los que deciden.  
—¡Se han detenido! —Cubí Sàntxez ofrece este nuevo dato a la Presidenta Viuda.

Los generales reaccionan con un murmullo. El militar encargado de manejar la pantalla virtual chequea datos, imágenes, informes y finalmente confirma:

—Los barcos españoles están detenidos a cien millas de la costa.  
—¿Qué quiere decir eso, generala Fetuccini?  
—Nos están bloqueando. Pero parece que no quieren atacar de momento.  
—Malditos cobardes —a Cristina le cuesta disimular su rabia. Los generales la observan con cierta estupefacción.

—Son españoles, señora —apostilla Cubí.  
—Nuestros barcos están en sus posiciones, preparados para repeler un ataque, si se produce. Tal vez todo esto no sea más que una medida de presión.  
—Manténganme informada de cada movimiento, ¿de acuerdo?

Cristina se levanta de la silla, impetuosa y camina hacia la puerta de la sala. Cubí corre detrás de ella, dando pasitos rápidos para seguir el ritmo de sus piernas largas, enfermizo chihuahua frenético.

## 25

Los delicados rayos de la aurora se filtran entre las aberturas de la tienda y acarician con sus destellos rosados el pelo de Célula, apoyado en el brazo moreno de Pitágoras, que sujeta la cabeza de la chica mientras la ayuda a beber agua de un cuenco labrado con dibujos tehuelches.

Newen y la machi contemplan la escena, sonrientes, e intercambian una mirada de aprobación. Lulú les mira y sonrío.

—¿Cómo te sientes, *mijita*? —la machi habla con una voz dulcísima.

—Estoy bien. Solo necesito recuperar un poco de fuerza.

—Estuviste al borde de la muerte.

Célula mira a Pitágoras, avergonzada.

—Pobre, lo que debes de haber sufrido.

—No importa. Ahora soy feliz de nuevo.

Pitágoras sonrío a Célula, roza su barbilla con una sutil caricia.

—Necesito recuperarme lo antes posible —Célula mira, muy seria, a la machi.

—Lo sé, *mijita*, pero no podemos hacerlo más rápido.

—¡El tiempo se acaba!

—¿Para qué?

—Estuve en un lugar.

Newen y la machi se vuelven a mirar de soslayo. Célula continúa hablando mientras sus ojos se ausentan, perdidos en algún rincón recóndito de su memoria.

—Había una gran oscuridad, pero, a la vez, todo estaba lleno de cosas que se movían. No las veía, pero podía sentir sus giros de fantasmas blancos en la noche oscura. Eran cosas, pero estaban vivas. De alguna manera. Creía que estaba cayendo, pero no caía, me movía en todas direcciones, hacia arriba, hacia los lados... No sé cómo explicarlo, era como si estuviera cayendo, pero no hacia abajo sino en todas las direcciones posibles.

—Estabas soñando, mi amor —Pitágoras intenta tranquilizar a Lulú, agitada por lo vívido de su recuerdo.

—No estaba soñando —interviene la machi.

—No... —Célula mira a los ojos a Pitágoras, pidiéndole que la crea—. Era real. Caí o subí de esa forma tan rara durante un tiempo largo, demasiado largo. Caía y caía, rozándome con esos objetos que se movían por todas partes, como telarañas o humo. De pronto, entre el caos, encontré una sogá y conseguí agarrarme a ella.

—¿Una sogá? —Newen la interrumpe, con los ojos brillantes. La machi le hace callar agarrando suavemente su brazo, sin dejar de mirar a Célula, urgiéndole a continuar su relato con la mirada.

—Sí, una cuerda muy larga y muy gruesa. No sé cómo me agarré y me deslicé por ella... hasta que aparecí en una choza. Parecida a esta. Y allí había alguien. Parecía un hombre, tomaba esa forma para mí, pero no lo era. Era imposible no sentirlo. Era otro tipo de ser... No sé cómo explicarlo... Brillaba, vibraba... aunque tomaba la forma de un hombre hermoso, de piel morena. Me miraba y me transmitía una gran tranquilidad. Nada más llegar a su choza, ese hombre me sonrió, me puso las manos sobre los hombros... Me di cuenta de que estaba desnuda. Él tomó un trozo de tela entre sus manos... Eran las manos más hermosas que jamás he visto. Las nuestras son solo burdas copias de las suyas, esas manos... Mojó la tela en un cuenco y empezó a lavarme la piel, lentamente, con mucho amor.

—¿Te dijo su nombre, *mijita*?

—No. No me lo dijo. Me lavó mirándome a los ojos. Cuando terminó, me sentí limpia como nunca, viva, como si acabara de nacer. Entonces, me habló.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo: «Un día serás una cascada. Pero antes, debes volver a la tierra encima del mar. Tu padre está en peligro. Sálvalo y salvarás a los selknams. Así yo podré volver de nuevo entre ellos».

La machi emite un sollozo, profundamente emocionada. Newen aprieta su mano con fuerza.

—Yo le pregunté: «¿Dónde está mi padre? ¿Cómo puedo salvarlo?». Él me dijo: «La montaña de la vida vencerá a la montaña de la muerte. Tu padre está encerrado en la montaña de la muerte. Debes apresurarte. ¡Vuelve!». Me puso la cuerda en las manos y le perdí de vista. Entré otra vez en la oscuridad llena de movimientos, comencé a caer, agarrada a la cuerda... y volví.

—Debes hacerlo, *mijita* —la machi se agacha y toma de las manos a Célula, mirándola a los ojos con una emoción desbordada.

—¿Quién era él?

—Kénos. Él te ha devuelto a nosotros. Te ha dado una misión. Pero ahora tú debes cumplirla y el tiempo se termina. El rehue puede devolverte la fuerza que necesitas para partir pronto. Yo te daré alimentos para que no te fallen las piernas ni el corazón.

—Iremos con ella —interviene Newen—. Los mejores de nosotros.

—No es necesario que os arriesguéis —protesta Célula, pero la interrumpe el tehuelche.

—Nuestro futuro depende de ti, debemos ayudarte. Los tehuelches somos los herederos de los selknams. Kénos volverá con nosotros si te ayudamos. Además, la base Elgor está llena de nuestra gente. Encerrados, como estaba yo. Íbamos a liberarlos, pero ahora es urgente. Tenemos que hacerlo cuanto antes. Por eso iremos con vos.

—Pero, Célula, lo primero es que te recuperes, no puedo dejar que arriesgues tu vida por una visión.

—Kénos no es una visión, muchacho —dice la machi, severa.

—Debo ir, Pitágoras.

—Pues iré contigo.

—¡No! Es peligroso.

—¡Basta de palabras! —clama la machi, con una voz sorprendentemente autoritaria—. Empecemos con los preparativos. Newen, avisa a los guerreros.

No olvides quitarle a ese muchacho la marca de los blancos.

La hechicera señala a Pitágoras y, después, sin perder un instante, se acerca al rehue y habla con él. Newen se acerca a Pitágoras.

—Dejala descansar. Ven conmigo.

Pitágoras mira a Célula, que asiente. Se levanta y sale con Newen fuera de la tienda. La machi sigue hablando con el rehue. Uno de sus compartimentos se abre y la hechicera manipula pequeños recipientes con sustancias. Después, las inyecta en la bolsa de suero.

—Esto te devolverá el vigor, *mijita*.

—¿Quién es Kénos?

—Nuestro padre. No podemos ignorar sus palabras. Todos somos un sueño de Kénos, nada existirá si él nos deja de soñar.

## 26

Galileo está sumido en un sueño profundo: una orgía de imágenes sexuales procaces, tangibles, más reales que la realidad, a la que solamente le une el dolor de una erección desmesurada que busca la libertad, aprisionada contra la ropa de dormir. En su sueño hay muchas mujeres, partes de mujeres, miembros de mujeres, pieles de mujeres, pero todas, todas ellas son Cristina. Los labios de Cristina, cerca de su boca, tan cerca que casi puede tocarlos. Siente el tenue soplo de su aliento, cálido, con aroma a carne, a entraña, intenso, real, tan real...

Abre los ojos y ve al alférez Ayanz, su enorme cara masculina, de mandíbula cuadrada y sombreada, a unos centímetros de su nariz.

—¿Qué haces? —grita, sobresaltado.

—Perdona, no quería asustarte. Cristina quiere verte.

—¿Qué? —Galileo está aturdido. Sigue erecto, a Ayanz se le desvía la mirada, líquida, hacia la parte inferior de su cuerpo, mientras se muerde el labio inferior, grueso y sensual.

—Está esperándote en el salón. Por eso entré a despertarte.

—No puedo salir así —susurra Galileo señalando a su pene.

—¿Qué le digo?

—No lo sé —Galileo está tenso, agobiado, no puede gestionar la mezcla de excitación, vergüenza y vulnerabilidad que siente en ese momento.

—No te preocupés —le dice Ayanz con un tono tranquilizador—. Yo me



ocupo, ¿sí?

Galileo asiente, agradecido. Ayanz controla una incipiente sonrisa y sale del dormitorio.

La Presidenta Viuda espera sentada en el sofá. Trata de disimular su agitación, mientras observa al alférez Ayanz acercarse hasta ella.

—El profesor Alcázar no puede recibirla ahora mismo, señora.

—¿Cómo? —Cristina casi tartamudea.

—Le ruega que le disculpe, pero no se encuentra bien. Pasó una mala noche.

—¿Qué le sucede?

—Nada serio, pero prefiere hablar con usted cuando se encuentre en mejores condiciones, señora Presidenta Viuda. El profesor Alcázar aprecia su generosidad al acudir aquí a hablar con él, pero le resulta absolutamente imposible atenderla.

Cristina no responde. Está lívida. Se levanta lentamente del sofá. Camina hacia la puerta, pero, tras dos pasos, se da la vuelta.

—Dígale que seguimos buscando a su hija, que no crea por un instante que le mentí. Solo que no pudimos encontrarla aún. Dígale que me disculpe por ello.

Cristina sale de la suite, sonrojada. Ayanz, solo, frunce el ceño, desconcertado por la actitud de la Presidenta Viuda. Pero, justo después de esa impresión, el desconcierto se borra de su cara, reemplazado por una arrebatada sonrisa. Cierra los ojos y se recrea en una visión reciente, intentando grabarla a fuego en su memoria. «Oh, Galileo, ¿por qué eres tan perfecto?».

Fuera de la suite, Cristina se topa con Cubí, que la espera como un perro en el pasillo. ¿Está ya loca del todo o percibe una irritación general en la expresión y el cuerpo del pequeño secretario? Parece que está evitando con todas sus fuerzas temblar de indignación.

—¿Sucede algo, Sàntxez?

—No —contesta lacónicamente, mirándola de reojo.

—¿Está seguro?

—Me preocupa su seguridad, señora. No es necesario que se rebaje a hablar con ese desertor español. ¿Y si estuviera esperando el momento propicio para hacerle daño?

—Revisamos todo sobre él y descartamos que fuera un agente de inteligencia, Sàntxez. Es solamente un científico.

—Yo puedo encargarme de hablar con él, señora.

—¡Pero a mí no me importa! —Cristina estalla, en un arranque de emoción incontrolada.

—¿Qué le sucede, señora? ¿Por qué grita? —Cubí la observa con expresión sombría.

—Parece que sos vos quien da las órdenes aquí y no yo —Cristina muerde las palabras, buscando el control de sus emociones alteradas.

—Discúlpeme si le he dado la impresión...

—¡Callate! Maldito enano del orto.

Cristina se va dando vigorosos pasos por el pasillo sonoro. Cubí se queda clavado en el sitio, con las mandíbulas de perrillo apretadas, temblorosas. Sus ojeras negras se arrugan como los ojos de una pequeña lechuza maléfica.

Cristina llega a su suite y cierra la puerta, descompuesta, falta de aire. Cubí lo sabe, ¡sabe que padece EMADA! Lo sabe y no lo va a consentir, porque sabe de quién está enamorada, justo de lo que más odia en el mundo: un español. Está perdida, es cuestión de tiempo que el pequeñajo hable, que se lo cuente a los militares, al doctor Heim, a todos... Dirán que la Presidenta Viuda cayó enferma, que estaba loca, que casi inicia una guerra porque estaba loca. Ese no es el fin que había planeado para su presidencia. ¡No, no puede consentirlo!

Pero ¿cómo evitarlo? ¿Cómo evitar su desgracia si ya no puede disimular su agitación, su falta de control, por culpa de Galileo? ¿Y por qué él no quiso recibirla? ¿Es que la odia, es que la desprecia? ¿Es posible que el objeto de su amor la rechace? La rechaza, sí, la rechaza igual que un puñal penetra en un vientre y lo desgarrar... y Cristina sabe que ahora ya sí que definitivamente está perdida, esclavizada por ese sentimiento enfermizo e irracional. Ahora que Galileo la rechaza, a sus pies se abre el interminable abismo del enamoramiento y la caída es inevitable y gigantesca. «Tu rechazo me condena, tu desprecio me fascina, tu ausencia me contamina, tu distancia me enajena».

## 27

Newen y Pitágoras están sentados en unos troncos, en la linde del poblado y el bosque. La mañana veraniega exhala un soplo fresco y perfumado que atraviesa los abetos y rodea a los jóvenes como un hechizo. Pitágoras siente que nada malo podría suceder en ese lugar. Él pertenece a esas montañas, sus átomos están sincronizados con los Andes.

—¿Qué es la marca de los blancos? —pregunta Pitágoras.

—A Célula se lo quitó la mujer lagarto, pero tú aún tienes el receptor que te conecta. Los argentinos podrían encontrarte. No podemos arriesgarnos.

—¿Me vais a quitar el receptor de intermind? Dicen que son varios, en distintos lugares del cuerpo. No sé dónde están.

—Pero el puduwin sí lo sabe.

Newen se incorpora y habla con uno de sus paisanos. Este se va y, al poco, aparece de vuelta con un frasco lleno de sanguijuelas.

—¡No! —grita Pitágoras, instintivamente.

—No pueden hacerte ningún daño. El puduwin es nuestro amigo, como el cóndor —le tranquiliza Newen—. Desnudate.

—¿Cómo? —Pitágoras está aturdido.

—Desnudate y tumbate.

Pitágoras obedece, se quita el mono rápidamente y se tumba boca arriba en el lecho de hojas y tierra del bosque. Newen y su ayudante abren el frasco de los puduwin y cogen una sanguijuela con unas pinzas. El animal se retuerce, abriendo y cerrando una boca repugnante. Newen coloca cuidadosamente el puduwin sobre el vientre tenso de Pitágoras. La sanguijuela pega su cuerpo viscoso a la piel de Pitágoras, pero no le muerde, sino que comienza a reptar, deslizándose por sus abdominales. Súbitamente, la sanguijuela se detiene y muerde la piel de Pitágoras, que da un respingo.

—No te muevas —le indica Newen.

El puduwin succiona, se retuerce y, finalmente, libera la piel de Pitágoras. Newen acerca su mano a la boca de la sanguijuela y ella, mansa, escupe un coágulo de sangre donde se esconde un circuito electrónico apenas visible.

—Aquí está el primero. Ahora tenemos que buscar los demás. ¿Ves como no pasa nada?

Pitágoras no contesta, está sumido en un tenso silencio, asqueado por las sanguijuelas. Porque Newen y su ayudante toman otra, y otra más, y las comienzan a colocar sobre su piel. Pitágoras cierra los ojos y espera a que los repugnantes bichos terminen de hurgar en su cuerpo.

## 28

Galileo desciende a las profundidades de la base Elgor en el interminable ascensor, escoltado por Ayanz. No repara en la mirada oblicua del gigantón, ni

siente la cercanía de su cuerpo hormonado y anhelante. Está inmerso en sus confusos pensamientos provocados por las sustancias bioquímicas que alteran sus nervios y su razón.

No ha querido hablar con Cristina, la ha rehuido. No podría hablar con ella en esa situación. ¿Qué le va a decir? ¿Que la desea como un animal? ¿Que no puede dejar de pensar en ella? ¿Que encuentre de una vez a su hija? La preocupación por Célula es otra soga en su cuello, otra impotencia que le va minando poco a poco. Si pudiera salir de ahí y buscarla él mismo... Pero sabe que no puede salir, que está atrapado, prisionero del gobierno argentino. No tiene otra salida. Lo único que puede darle tranquilidad es la ciencia, el proyecto... Recuerda los ojos de los híbridos, quiere ayudarles. Sí, ya solo quiere sumergirse en el laboratorio, en los nervios destrozados de los engendros... todo para olvidar su propia angustia.

El ascensor se detiene. Galileo se despide de Ayanz con un gesto de cabeza y entra en el laboratorio. Avanza por los pasillos buscando el despacho del doctor Heim. Allí lo encuentra, la puerta abierta, sentado tras su mesa de madera antigua, examinando un papel.

—¿Quería verme, Alcázar? —el doctor exhibe su invariable sonrisa.

—Sí, quería hablar con usted.

Heim le hace un gesto para que tome asiento.

—Le escucho.

—¿Por qué es necesario el dolor en el proceso de hibridación?

—¿Y usted se llama a sí mismo científico? El dolor no existe, es una percepción subjetiva del cuerpo animal. No es materia, ni energía, no es nada. Inexistente. Como el amor, ¿se acuerda?

—Pero, según la Convención Conciliar de la Ciencia de Dakar, hay que evitarlo en la medida de lo posible.

—Introducir sustancias sedantes en los sujetos podría alterar los resultados. Es un pequeño sacrificio si lo comparamos con nuestro objetivo, ¿no cree?

—¿Crear una raza de soldados invencibles?

El doctor Heim no cambia su expresión sonriente de maniquí, pero un leve pestañeo le delata.

—Todo buen patriota es un soldado. Pero, claro, usted, ¿qué va a saber de eso? Si no tardó ni un día en traicionar a su país.

—Pero jamás he traicionado a la ciencia.

—Dése tiempo, amigo. Podemos sacarle a usted de España, pero es imposible sacar a España de usted. Lleva la traición en la sangre.

—¿Qué pensarían los demás países si supieran que Argentina está realizando experimentos de hibridación adulta con fines militares?

—¡Despierte, ingenuo mojigato! ¡Todos los países lo están haciendo aunque no lo digan! El primero que lo consiga, se convertirá en una potencia imparable. ¡Deje sus prejuicios a un lado y disfrute de una investigación apasionante! Tiene la oportunidad de participar en algo que cambiará el mundo. Pero, claro, usted no puede ver más allá de sus simplones silogismos. Si no fuera porque sé que toma su mezcla antihormonal, pensaría que está usted sexualizado, en estado salvaje, incapacitado para pensar por sus pasiones simiescas...

Heim observa la expresión de Galileo, buscando algún rasgo de nerviosismo, pero Galileo no lo muestra.

—Ayer dejé análisis pendientes de procesar. Probablemente hoy descubra el suero que usted utiliza para la hibridación. Entonces, estaré en condiciones de deshacer el proceso.

—¿Deshacer el proceso? ¡Me reiría si no me sintiera profundamente insultado!

—Siéntase insultado si quiere, pero sobre todo siéntase amenazado si descubro algún elemento que vaya contra la ética científica, porque todo este experimento está en el filo de la herejía.

—¡No le consiento que diga eso! —el doctor Heim eleva el tono. Es la primera vez que lo hace desde que Galileo lo conoce—. ¡La Convención Conciliar de Shanghái aprobó expresamente los injertos para mejorar la especie humana! Los científicos más frívolos se han dedicado a jueguecitos y tonterías como crear actrices de piel fosforescente y prostitutas con dos falos, tan populares en su país, pero, amigo, esto no es un juego. La especie humana es imperfecta. ¿Qué no podríamos conseguir si lográramos dar un salto en su evolución? ¿Qué no podríamos lograr si el homo sapiens tuviera las alas de un pelícano o los tentáculos de un pulpo? Lo que está en juego aquí es mejorar a los humanos con ciertas características de los animales que los hacen superiores, sí, y no solo físicamente. También en los cerebros de algunas especies se encuentra más lealtad que en los humanos. Dígame si eso no es un objetivo que justifica todos los esfuerzos. ¿Qué es un poco de dolor para conseguir el mayor salto evolutivo de la humanidad? ¡Y usted viene a decirme que quiere deshacer todo este trabajo!

—Para rehacerlo después.

—¿Cómo? —los iris azules como el hielo antártico se achican, interesados.

—Cuando trabajé en aquel proyecto de hibridación de mascotas descubrí algo, doctor. La teoría genética puede ser correcta, pero el proceso de implantación de los genes hibridados es la clave del éxito. Creo que su ingeniería es brillante, pero es el proceso lo que ha fallado. Si consigo revertir a los sujetos a su estado original, podré observar las fases de la transformación de manera inversa y, después, recrear el proceso eliminando los errores secuenciales. Creo que el dolor causa la deformación de sus nervios. Si lo eliminamos...

—¿Logrará eso que los individuos resultantes sean operativos, sanos y, sobre todo, leales y obedientes? Porque ese es el principal error del experimento. Estos hombres entregados, patriotas, se vuelven cobardes y llorones cuando son mezclados con esos irracionales, caóticos y estúpidos animales.

—Y eso es un problema para su uso militar, ¿verdad?

—¿Lo solucionaría o no?

—Si conseguimos estabilizar su cerebro humano en el nuevo cuerpo hibridado de forma que mantenga toda la voluntad original, no veo por qué no. Con esa técnica logré crear un garro perfecto, con un área cerebral del lenguaje humana perfecta en su interior. Si viera usted cómo hablaba...

—No he leído nada de eso en su expediente.

—Ya sabe que la empresa tuvo problemas, justo cuando iba a dar a conocer mi logro...

—Qué casualidad... Tendrá que demostrarlo de nuevo, si es que es cierto.

—¿Me ayudará?

—Trabajaremos juntos a partir de ahora. Tome: aquí tiene la composición del suero. Espero que logre una nueva fórmula mejorada lo más rápidamente que pueda. La probaremos hoy mismo.

Galileo toma la carpeta llena de papeles arcaicos que le ofrece el doctor Heim y, sin añadir palabra, sale del despacho. No tiene tiempo que perder.

El doctor Heim le ve marcharse con una expresión inescrutable. Saca su viejo cronómetro y lo activa, tomando nota en un papel.

## 29

Cristina observa melancólica el océano, extendiéndose inmenso hacia la Antártida, surcado de barcos, dos pequeñas líneas de puntos negros que

aguardan en tensión el estallido de la guerra. La estampa es de una gran belleza. Pero Cristina no puede disfrutarla, su mente se distrae, se va al recuerdo de una cara, de unos hombros, de unos pectorales, de unos brazos, y tiene que luchar para volver al océano, pero vuelve y descubre que es mentira, que está encerrada en un búnker y que lo que ve es una proyección hiperrealista que finge la perspectiva de un enorme ventanal donde no hay sino hormigón enterrado en las profundidades de una roca. Un maldito bucle de irrealidad.

Unos suaves pasitos le sacan de su ensimismamiento, su esbirro ha entrado en el salón. Cristina no se da la vuelta, sigue mirando al falso horizonte, escorzada para poder controlar por el rabillo del ojo al excatalán.

—El NON acaba de pronunciarse sobre el conflicto, señora.

—Irónico, ¿verdad? El organismo internacional que no sirve para nada es el más propenso a opinar de todo. ¿Y qué dijo el concierto de las naciones libres?

—Proponen conversaciones de paz en territorio neutral.

—Pero si aún no hubo guerra, ¿cómo quieren que hablemos de la paz?

—El cretino de Morey ya ha aceptado. Dice que está dispuesto a dialogar siempre y cuando se respeten sus líneas rojas.

—Qué expresión más estúpida y rancia.

—Como él...

—¿Qué es lo que considera innegociable ese sagaz político?

—Quiere dinero. Por la expropiación de la base. Y también quiere que le entreguemos a Alcázar.

Cristina se gira bruscamente, desencajada, y encuentra la mirada llena de atención y sospecha de Cubí.

—Diremos que no queremos entregárselo, pero, por supuesto, será lo más sencillo de negociar —Cristina finge cuidadosamente un aplomo que le falta—. No lo queremos para nada. El dinero será más problemático, pero siempre podemos prometer un calendario de pagos que jamás vamos a cumplir. ¿Qué dice la calle?

—El pueblo la apoya, Presidenta Viuda. Hay gente manifestándose a favor de la guerra con España. Hasta el puerco ha tenido que alabarla.

—¿Cómo va lo del congreso?

—El pueblo está obligando a muchos a sumarse a la iniciativa, Presidenta Viuda. Si esto sigue así, votarán el cambio legislativo y usted podrá continuar en el cargo.

—No podemos consentir que una estúpida ley que limita los mandatos interfiera con un momento histórico como este. Hay que defender la nación por encima de todo, ¿no es cierto?

—Absolutamente. Además, usted es una gran Presidenta Viuda. ¿Qué sentido tiene retirarse cuando está en la plenitud de sus facultades?

Cristina calla y escruta el rostro del lacayo. ¿Está intentando ser irónico? ¿Está amenazándola sutilmente al mencionar sus facultades? ¿Quiere insinuar que, si él descubre que no está sana, que no está en sus cabales, la puede delatar? ¿Qué demonios piensa ese insidioso enano?

—Me tranquiliza su informe, Sàntxez. Disculpe si en algún momento le traté impropriamente. Estuve tensa en las últimas horas, estamos en un momento clave para el destino de la nación.

—No hay nada que disculpar, Presidenta Viuda. ¿Alguna pregunta más?

Cristina siente una pregunta aflorar en sus labios, pero la detiene a tiempo.

—No, Sàntxez, su informe fue detallado y completo. Puede retirarse cuando quiera.

—¿Está segura de que no necesita otra información?

¿A qué está jugando ahora? ¿Quiere que sea ella quien pregunte por la hija de Alcázar para ponerla en evidencia? Él sabe que le encargó encontrarla y lo lógico sería que incluyera este tema en su informe. Pero no habla de la búsqueda de la chica, ni la menciona. Espera que sea ella quien pregunte, para observar su reacción y confirmar si sus sospechas son ciertas.

—Creo que cubrimos todos los temas pendientes, pero, en todo caso, ya sabe que usted es mi muleta... si hubiera algo que quedara por discutir no dudo que usted lo habría expuesto ya. Jamás olvidaría nada, ¿no es cierto?

—Me halaga, Presidenta Viuda.

El pequeñajo hace una sutil reverencia y choca levemente sus talones con un sonido blando, fallido, sin dejar de observar a Cristina con un interés descarado, infantil. Se da la vuelta y la deja sola en el salón.

Cristina lo ve marchar y piensa que en ese momento su asistente es su mayor amenaza. Su instinto de supervivencia se sobrepone a todas sus otras emociones: tiene que salvarse del peligro. Y en eso ella es una experta, no hubiera llegado hasta donde está sin exterminar arañas venenosas, áspides y escorpiones escondidos en las piedras del camino. Es el momento de neutralizar al esbirro antes de que le traicione.



A Galileo le cuesta dominar sus emociones. Es mucho más difícil ser científico teniendo que experimentar ansiedad, amor, pena... que simplemente aplicando el método de la ciencia sin interferencias, como ha hecho hasta ese momento. Pero, aunque sea difícil, no es imposible. Cada vez sabe controlar mejor sus sentimientos, así que puede concentrarse en el trabajo. De hecho, es esta capacidad creciente de concentración en tareas de precisión mental lo que más le ayuda a evadirse de su torbellino emocional.

Ya lo tiene: el suero que puede revolucionar el proyecto «Elegidos». A sus emociones generosas hacia los desafortunados voluntarios se suman otros sentimientos no tan altruistas. Al principio creía que era la ilusión de culminar un proyecto que ya puede considerar como suyo, pero no, no es eso, es otra fuerza: la ambición, el orgullo de lograr lo que ningún científico ha conseguido aún, la soberbia de convertirse por fin en un investigador brillante, reconocido, tras tantos fracasos y sinsabores, ¿quién sabe si un nuevo miembro del Consejo de Sumos Científicos de Roma? Ah, el metálico y amargo sabor de la ambición.

El doctor Heim sigue sin gustarle, pero debe reconocer que su suero acelerador de la hibridación es portentoso. Tal vez ha sido una suerte encontrarse en su camino, después de todo. Juntos pueden conseguir un hito en la ciencia, pueden cambiar el mundo y la humanidad. Sus escrúpulos científicos los ve ahora lejos, muy lejos, como el sarpullido de una adolescencia ingenua visto desde la plena madurez.

Con el corazón latiendo desbocado, controlando su respiración para relajar su euforia, Galileo toma en sus manos el suero y sale en busca del doctor Heim. La puerta del despacho del doctor está cerrada. Llama y no obtiene respuesta. Probablemente está en otra de las salas del intrincado laboratorio. Galileo recorre las instalaciones, no puede esperar más tiempo para poner en marcha su experimento. Avanza por uno de los pasillos cuando escucha la voz de Onda Fusilli.

—Tranquilo...

Está hablando con uno de los voluntarios. Su tono es amable, condescendiente, como se habla a los niños, pero hay algo más que llama la atención de Galileo, un matiz que le hace detenerse, lleno de curiosidad.

La doctora Fusilli está en una sala de curas. Hay varias en todo el recinto, cubículos dotados de tanques de agua marina que utilizan para tratar a los voluntarios de sus diversas enfermedades, provocadas por los fallos del

experimento. La puerta está entreabierta, lo que permite observar el interior sin ser visto. Galileo se acerca, sigiloso, y contempla la escena: Onda acaricia a uno de los voluntarios alfa. Se trata de Popper Linguini. Galileo lo conoce perfectamente, es el primero de estos seres que vio, escapado del laboratorio. Jamás podría olvidar esa aberración.

Recuerda automáticamente una imagen similar que contempló en el tanque de los voluntarios alfa, en la verdosa semioscuridad. Una mirada peculiar entre la doctora y el monstruo, sí, la recuerda perfectamente porque la está viendo de nuevo. La bella joven y el espantoso engendro se miran a los ojos con amor. Ahora ya no le cabe duda, puede reconocerlo perfectamente, instintivamente. Ahora que él mismo está aquejado de esta enfermedad, no duda en reconocer la evidencia.

—Te... a... mo —balbucea el monstruo.

Onda abraza su cabezota, su cuello grasiento de piel rugosa.

—Calla, Popper, calla, por favor. Pueden oírnos.

Popper Linguini ronronea por toda respuesta.

—Yo también te amo.

El ronroneo del monstruo se transforma en una especie de sollozo.

—No te quiero ver triste, ¿me oís? Si el profesor Alcázar está en lo cierto, pronto volverás a ser como eras, Popper, volverás a ser completamente humano. ¿Recordarás que me amas? ¿Recordarás que sos un ser dulce y amable, lleno de bondad? Espero que sí. Entonces buscaremos la forma...

Onda se calla bruscamente y gira la cabeza hacia la puerta. Popper emite un gemido interrogativo, entristecido, como un lloriqueo.

—Shh... —Onda le pide silencio en un susurro —. Oí un ruido.

Galileo no puede moverse, no quiere que sepan que ha descubierto su secreto. Onda escucha durante unos segundos, pero no oye nada. Popper gimotea de nuevo, suplicando cariño, y Onda vuelve a abrazar su enorme cuello de elefante marino y a besar su piel salobre.

Galileo sale de la antecámara dando pasitos cuidadosos. No asimila lo que acaba de ver. ¿Es posible que Onda y Popper estuvieran enamorados antes de su transformación o todo sucedió después? Se conocían previamente, pero ¿se amaban? ¿O es que son víctimas del mismo fenómeno que ha provocado la EMADA de Ayanz y la suya propia? ¿Qué puede ser eso que les ha intoxicado a todos?

—Tenga cuidado, parece usted distraído. Podría caérsele.

La voz de Heim sobresalta a Galileo en medio del pasillo. El doctor, con un

gesto desenvuelto, toma el suero de sus manos.

—¿En qué estará pensando usted? Ay, si pudiera abrir su cráneo prodigioso e insertarle unos viejos electrodos...

—Le estaba buscando, doctor. El suero está listo para el experimento.

—Excelente. Dígale a la doctora Fusilli que elija a los sujetos y los prepare. Nos vemos en la sala de operaciones.

Galileo asiente, sin dejar de mirar con preocupación el suero atrapado por las manos firmes del doctor Heim. La sonrisa de hielo se abre más de lo normal, ¿se está divirtiendo?

—Tome, guárdelo usted. No quiero que, si fracasa, me acuse de adulterar su suero. Sí, sí, no intente replicarme, Alcázar, conozco muy bien a los españoles, tienden a culpar a los demás de sus propios errores.

El doctor Heim le extiende el tubo con el suero y se marcha con paso enérgico.

## 31

Marañón Morey trota moviendo acompasadamente sus brazos flacos de una forma ridícula mientras mueve sus piernas sin despegar los pies del suelo. Es su rutina diaria de ejercicio y la hace acompañado de una corte de servidores y pelotas. Entre ellos, le sigue, desgano y con una expresión de resignación infinita, su secretario Istúriz. Recorren los polvorientos caminos que se abren junto a los invernaderos interminables que van desde el borde mismo de la Moncloa hasta los complejos turísticos de la costa. Pasan por un alto desde el que se puede contemplar la inmensidad de la capital, con sus brillantes mansiones y prostíbulos, rodeada por el anillo de plástico de las chabolas y los invernaderos.

Mientras trotan, haciendo esfuerzos por no superar al primer ministro, los secretarios y ministros repasan documentos y mensajes en intermind. Istúriz recibe una noticia y se acerca a Morey, sin dejar de correr.

—Señor, se ha producido una incidencia.

—Espero que sea importante, ya sabe que no me gusta distraerme de mi rutina por pequeñeces.

—Es el rey.

—¿Qué pasa ahora? ¿Hay que hacer desaparecer el cuerpo de otra prostituta?

—No, señor, ha sufrido un accidente.

—¿Un accidente?

—Se ha hecho un esguince en el pene.

—¿Otro?

—Recuerde lo que pasó la última vez. No es conveniente que llegue al conocimiento del pueblo.

—Si no estuviera todo el día tomando hormonas para practicar sexo y lo hiciera como cualquier persona razonable, en vacaciones y puentes... Activen el protocolo de alto secreto.

—Muy bien, señor.

—¿Cómo está la calle?

—Siguen las protestas contra la guerra.

—Pero si no hay guerra...

—Para que no la haya.

—¡De verdad, qué sinrazón! Mientras los argentinos salen a la calle para apoyar a su Presidenta Viuda, aquí tengo que enfrentarme a este populacho atrasado y anclado en viejas costumbres pacifistas. País de paletos...

—El NON está perfilando la propuesta para las conversaciones de paz.

—Perfecto. No hay nada que me guste más que las largas conferencias donde no se decide nada y puedes reírte en la cara de otros presidentes. Disfrutaré mucho irritando a la viuda.

Morey e Istúriz se hallan inmersos en la conversación y no se dan cuenta de que alguien se ha incorporado al grupo y avanza hasta situarse junto a ellos.

—¡Primer ministro! —chilla Valiente con su voz aguda.

—Valiente... ¿qué hace usted aquí?

—Quería hacer un poco de ejercicio, y también acompañarle. Ya sabe que mi familia es muy amiga de la del ministro De la Rata. Él me avisó...

—Lo sé, lo sé... Perdone, pero si hablo mucho no puedo respirar.

—Lo entiendo, señor, no se preocupe...

Valiente aprieta sus labios finos y puntiagudos y continúa corriendo. Su estilo no es mucho mejor que el de Morey. Las patas flacas parecen colgarle de un culo diminuto y más que alzarse para dar zancadas parecen bambolearse como flecos de una piñata. Valiente levanta mucho la barbilla y estira el cuello, adoptando una actitud de experto deportista. Tras un silencio, el hombrecillo ataca de nuevo.

—Me preguntaba si ya sabe en qué puedo ser útil. Estoy deseando volver a servir a España. En lo que sea.

—Lo tengo en cuenta, Valiente, ya lo sabe.

—Lo sé, lo sé, pero mi padre cree...

—Istúriz, encárguese de darle a Valiente el puesto que merece, ¿de acuerdo?

—Gracias, señor primer ministro...

—Comprenda que tengo asuntos muy urgentes que resolver. Istúriz le atenderá a partir de ahora y le dará una solución.

Morey aprieta el paso, mueve sus bracitos de tiranosaurio con más ímpetu y logra dejar atrás a Valiente y Istúriz. El batracio intenta acelerar el ritmo para alcanzarlo, pero Istúriz le pone un brazo delante y le detiene.

—Cuando hace eso es que quiere correr solo.

—¿Está insinuando que soy una molestia?

Istúriz le lanza una breve mirada de reojo, sin dejar de trotar.

—¿Usted sabe quién es mi padre?

—Venga más tarde a mi despacho y hablaremos de su nuevo destino. Pida cita a mi secretario.

—Lo haré. Y no se olvide de cuál es mi apellido.

Valiente y Istúriz siguen corriendo juntos, sin hablar más, siguiendo a Morey, la mirada fija en su culo plano como si fuera una liebre.

## 32

La doctora Fusilli acomoda a los voluntarios alfa en su cubeta. En la sala hay diez recipientes ocupados por infraseres grotescos que gimotean. Galileo la observa mientras ayuda a colocarse a Linguini. Por supuesto, entre los sujetos para el experimento, ella ha elegido a Linguini, Galileo sabe muy bien por qué. Onda y Linguini disimulan delante de él, intentan que no se note su intimidad mientras la doctora agarra al monstruo por las aletas y le coloca las agujas por las que se introducirá el suero. Sus ojos evitan mirarse. La doctora termina de colocar a Linguini en la cubeta y se dirige a Galileo.

—Los voluntarios están listos, profesor.

—Adminístreles los sedantes, doctora Fusilli.

—Jamás pensé que escucharía esa frase en este laboratorio —dice Heim, entrando por la puerta.

—Confíe en mí, doctor Heim —Galileo trata de ser conciliador.

—Confiar no es científico. Es de mentes débiles. Permítame que no lo

haga... pero aun así he de confesar que tengo mucha curiosidad por su pequeño experimento.

Onda Fusilli termina de suministrar los sedantes a los voluntarios y pronto el ruido de chapoteos y las respiraciones roncadas de los viscosos seres cesan por completo.

—Adminístreles el suero —ordena Galileo.

Mientras Onda trabaja en las cubetas, Galileo observa los indicadores: constantes vitales, imágenes de sus cerebros, de sus sistemas nerviosos... En unos minutos, los voluntarios llegan a un estado cercano al coma. Sus nervios se ven inmóviles en la pantalla.

—¿Está usted seguro que de esos nervios van a reaccionar al suero en este estado de letargo? Me dan ganas de bostezar, no he visto unos nervios tan paralizados desde que me dedicaba a las reanimaciones de cadáveres.

—Ya sé que usted prefiere ver cómo se retuercen contraídos de dolor, doctor Heim.

—No es que lo prefiera; es que es algo irrelevante para la hibridación.

—Mi teoría es que no es irrelevante y espero demostrársela.

—Y de paso satisfacer su estúpida compasión de postecologista.

—Prefiero tener compasión que disfrutar del dolor ajeno.

—Disfrutar del dolor es tan inocente como hacerlo con un atardecer o una tormenta. Son fenómenos de la naturaleza. Además, a usted le mueve algo más poderoso que la compasión. Aunque quiera engañarse a sí mismo, conmigo no lo consigue.

—¿Ah sí? ¿Y qué es eso que me mueve y que ni yo mismo sé?

—No es que no lo sepa. En el fondo lo sabe. Pero no lo quiere admitir. Es su ambición, profesor Alcázar. Usted sabe que este experimento puede hacerle pasar a la Historia de la ciencia. Algo que no ha logrado nunca, algo que siempre ha perseguido y se ha quedado rozando con las puntas de los dedos para después perderlo.

—Entonces tengo la misma motivación que usted, y por la misma causa.

El doctor Heim fulmina a Galileo con su mirada gélida.

—Los voluntarios están listos —dice Onda.

—Ya solo nos queda esperar a que se produzca la transformación —añade Galileo, sin poder evitar lanzar una sonrisa al doctor Heim.

—Si se produce —añade el doctor, hierático.

El alférez Ayanz entra en la suite presidencial y hace una leve reverencia con su mentón de mármol.

—A sus órdenes, Presidenta Viuda.

—Siéntese, alférez —Cristina le hace un gesto indicando el sofá y el gigante obedece.

—Es un honor.

Cristina no parece impresionada por la cortesía. Ayanz la mira, rígida, tensa, con unas ojeras que ni siquiera su segunda piel puede disimular. Están sentados en los dos extremos del sofá, frente a la proyección del mar brillante surcado por las naves de guerra.

—Alférez Ayanz, necesito su ayuda. Usted es la única persona en la que realmente puedo confiar.

—Por supuesto que puede, Presidenta Viuda. ¿Se encuentra bien?

Cristina da un respingo, pero se recompone.

—No dormí bien, tantas preocupaciones, imagínese... En especial, una de ellas me tiene muy inquieta. Se lo diré sin más rodeos: creo que hay un traidor en mi equipo.

—¿Qué le lleva a pensar eso?

—No puedo darle detalles, pero quiero que vigile con atención por si nota algo extraño. Con absoluta confidencialidad, solo lo sabremos usted y yo.

—Lo haré, no lo dude.

—Y otra cosa... ¿Qué sabe de la hija del profesor Alcázar?

—No mucho, siguen buscándola, pero no hay ni rastro de ella.

—Por favor, manténgame informada. ¿Tenemos una foto de ella?

—Sí... —Ayanz manipula datos mentalmente y proyecta una fotografía en la pantalla de la pared: Célula sonríe melancólicamente mientras su padre la abraza por detrás. Un silencio místico se extiende sobre la suite presidencial. Cristina y Ayanz contemplan fascinados la sonrisa de Galileo, sus ojos brillantes, sus dientes perfectos...

—Es muy guapa —dice Cristina, con la voz temblorosa.

—Sí, lo es —se apresura a responder Ayanz.

Los dos apartan la mirada de la pantalla al mismo tiempo, avergonzados, y sus ojos se encuentran, reconociendo en el otro la misma mezcla de arrobó, culpa y miedo. Ayanz se sonroja. Cristina también, aunque su segunda piel no

deja verlo. La Presidenta Viuda se levanta del sofá bruscamente.

—El profesor Alcázar tiene buenos genes —dice mientras se acerca la pantalla, como si quisiera meterse por la enorme y perfecta boca ampliada de Galileo.

—Sí, fueron seleccionados por sus padres.

—Por eso la pibita es tan linda...

—Como su padre.

Cristina se gira y clava su mirada en la de Ayanz. Hay un silencio tenso y, de pronto, la Presidenta Viuda sonrío, y Ayanz sonrío también.

—Es guapo, ¿verdad?

—Es perfecto —susurra Ayanz.

Ambos callan de nuevo, mirándose, cómplices. Ayanz se incorpora.

—Si no tiene más que ordenar...

—Puede marcharse, Ayanz.

Ayanz se cuadra y va hacia la puerta. Cuando está cerrándola, se gira y ve a Cristina con su inhalador en la boca, mirando a Galileo en la pantalla, hipnotizada. Ayanz tiene una revelación. ¡El inhalador hormonal! Ese pequeño objeto es el culpable de los sentimientos desbocados de Galileo, de los suyos y los de la Presidenta Viuda... ¿Es posible que Heim...?

Pero Ayanz tiene que conseguir pruebas que confirme sus sospechas. Además, su corazón está tan caliente, su sangre tan viva, su cuerpo tan vibrante, su mente tan llena de Galileo... que no quiere poner fin a esa dulce locura. Una vez que pruebas los delirios de la EMADA, nunca más querrás curarte. Droga dura.

Ayanz decide no revelar a Galileo ni a Cristina que ha hallado la posible causa de la EMADA que les aqueja. Siempre habrá tiempo de desvelarlo más adelante, o tal vez no, para dejar que su locura continúe y su amor por Galileo sea eterno, hasta el momento de su muerte, donde quede como un rescoldo encerrado en su pecho, sobreviviéndole.



# TERCERA PARTE: LA DISTORSIÓN

## 1

Los nervios deformes de los elegidos empiezan a retraerse como cuernos de caracol. Sus terminaciones son ramitas de árbol que se desdibujan, adelgazan, cambian su disposición lentamente, ante la mirada de Galileo, Onda y Heim. No se escucha nada en la sala. No hay ni un solo gemido, gruñido o chapoteo. Los voluntarios flotan en el agua, mientras sus cuerpos van cambiando de forma sutilmente como el movimiento de una planta, imperceptible pero determinado, en paz, sin dolor, en un sueño eterno como la muerte.

—El proceso durará horas, como saben —Heim rompe el silencio—. Debemos turnarnos para la vigilancia.

—Estoy de acuerdo.

Heim lo fulmina con su mirada de hielo.

—Doctora Fusilli, vaya a descansar ahora y vuelva en ocho horas.

Onda asiente y abandona la sala, lanzando una última mirada a las cubetas.

—¿Qué importa si usted está de acuerdo o no con lo que hay que hacer? Siempre tiene que decir algo, ¿no? ¿Le importaría ser un poco menos español?

—Además, soy de Lisboa, la perla de España.

—Más bien el moco que cuelga de su ganchuda nariz judaica. ¡Lisboa! No se crea tan español entonces. Cuando yo nací, eso era otro país. Peor todavía que España, por cierto. Se decía que eran todos medio gitanos, pero, claro, a usted le han limpiado artificialmente todas las impurezas genéticas rebuscando para sacar todo lo nórdico que pudieran encontrar en sus cromosomas mestizos.

—¿Conoció Portugal independiente? ¿Cuántos años tiene, doctor Heim?

—Está usted hoy más arrogante de lo habitual. ¿Está disfrutando de su experimento?

—La verdad es que sí. Escuche. No se oye nada. Ni un solo grito de dolor.

—¡Ah, el dolor! El dolor no es nada, se lo repito, es solamente un síntoma. ¿Por qué hay personas que lo sufren sin motivo y otras que no sienten nada aunque les machaquen los huesos? ¡El dolor! ¡El dolor es como el alma! ¡Un concepto acientífico! De todas formas, ¿usted cree que cuando estos pobres

diablos se presentaron voluntarios no sabían que podían sufrir dolor en los experimentos?

—Ellos no sabían en detalle lo que usted les iba a hacer. Lo mínimo que puede pedirse es que se les trate con un poco de humanidad.

—¿Humanidad? La humanidad es cruel por naturaleza, pero eso su pequeña mente ibérica no puede comprenderlo. Lo que usted llama humanidad en realidad es debilidad y es despreciable. ¿Por ese motivo dejó usted escapar a aquel indígena?

—Yo no le dejé escapar.

—También era un voluntario, como ellos. ¿No lo ve? Están mejor aquí, formando parte de un experimento vital para su patria, en vez de estar en la calle, embruteciéndose con su miseria.

—Todos son soldados, no pretenda hacerme creer que los recogieron de las chabolas.

—¿Y de dónde piensa usted que se saca a los soldados? Son pobres, prefieren someterse a los durísimos entrenamientos del ejército antes que morir de hambre. Prefieren que hagamos experimentos con ellos antes que volver a los suburbios de Buenos Aires. ¿Es que no lo ve? Por eso su lealtad se desvanece en cuanto aumentamos lo animal en ellos. Y eso que rechazamos a los menos patriotas, y no lo hicimos por sus declaraciones, sino por sus genes de seguidores. Pero, aun así, son pobres, carne de cañón, están aquí porque no tienen donde caerse muertos. Así morirán con algún sentido, sea por la patria o por la ciencia.

—¿Por eso los trata usted como ratas?

—Es lo que son. Unas ratas privilegiadas de formar parte de un experimento capital, como usted. Ah, sí, amiguito, usted sabe que los mandamientos de la Sagrada Ciencia me obligan a compartir el crédito de esta investigación si tiene éxito. Mire, mire cómo le brillan los ojos. A usted tampoco le importan estas ratas. Se lo dije, solo le importa su propia ambición.

—¿Y qué si eso fuera cierto?

—Que sería usted un hipócrita.

Galileo aprieta los dientes y saborea el amargor de la ofensa. Contrólate, no te dejes provocar, que no note tus sentimientos exacerbados, que no obtenga lo que quiere...

—Vendré a relevarle más tarde —dice Galileo, levantándose de la silla—. Confío en que dejó el experimento en buenas manos.

—Sabe perfectamente que sí —sonríe amablemente Heim.

Galileo sale de la habitación, rumiando su ofensa, y camina como un muerto viviente por los pasillos del laboratorio, rumbo a la salida, ausente en sus emociones y sus pensamientos. A pesar de que lucha por controlarse, no puede evitar discutir con el petulante doctor. No lo soporta, lo odia, sí, lo odia con la misma fuerza con la que ama a Cristina. Por eso le duele esa sensación de duda que le confunde en ese preciso momento y que el ladino doctor Heim ha implantado en su cerebro como un nanochip. ¿Y si tiene razón? ¿Y si Galileo solo hace esto para triunfar? ¿Y si es eso lo único que le importa de verdad, ni el amor, ni su hija, ni su vida, solamente ser reconocido como científico?

¿Se transformarán los voluntarios en hombres de nuevo? ¿Logrará recuperar a esos seres humanos perdidos en una grotesca monstruosidad? Galileo se da cuenta en ese momento de que no solamente ha perdido a su hija, su vida, su nacionalidad, el control de sus sentimientos y de su sexo... ha perdido totalmente la fe. El doctor Heim tiene razón: solo quiere que llegue el día donde los hombres foca surquen los mares del sur y en las universidades se estudie a los híbridos Heim-Alcázar.

## 2

Cae la noche en el poblado tehuelche y los valerosos indígenas, comandados por Aukan el de los bronceos brazos, colocan sus armas y equipajes sobre los lomos de los caballos. Los guerreros tehuelches llevan el cuerpo pintado de blanco y negro, como Pitágoras y Célula los vieron la primera vez en el río tronante. Sus caperuzas puntiagudas, máscaras de guerra, descansan sobre el suelo.

—¿Tú no te pintas como ellos? —le pregunta Pitágoras a Newen.

—Yo no soy un guerrero.

Pitágoras Farfalle también está preparando sus pertrechos para la expedición. Los tehuelches le han proporcionado ropa y armas. Sabe que, durante horas, tal vez días, solo se alimentará de leche de vacalla y cereal. No le importa, tiene que apoyar a Newen y Lulú. Sabe lo importante que esta expedición es para ambos.

Célula sale de la tienda de la machi, vigorosa, con sus bellas mejillas sonrosadas, revivida. Pitágoras corre a su lado.

—¿Cómo te encontrás, rubia?

—Como nueva. El poder del rehue es grande.

La machi aparece tras ella, sonriente.

—Kénos te ha escogido, *mijita* —la hechicera toca su talismán—, pero no olvides que este amuleto te salvó la vida. El gualicho siempre acecha.

Lulú se abraza a la machi, sin decir nada. Ambas sonríen con una expresión serena, conscientes de la importancia de su misión.

Los tehuelches siguen cargando los caballos. Además de los que usarán como monturas, atan y preparan una recua de mulas, cargándolas con imponentes cajas metálicas. También llevan una reata de vacas para alimentarse de su leche. Los tehuelches rechazan a los híbridos, por eso la única vacalla presente en la expedición es la que trajo Pitágoras de su granja.

—¿Qué hay dentro de las cajas? —pregunta Pitágoras a Newen.

—Son los enviados de nuestros ancestros.

—¿Los robots?

—¿Robots? ¿Ustedes tienen robots? —Célula se acerca a ellos, interesada.

—La prohibición tras la tercera guerra no nos afectó aquí en las montañas. Nuestros padres continuaron perfeccionándolos para que los blancos no pudieran distinguir si tienen sangre o no.

—¿Cómo entraremos en la base?

—Conozco un camino. Sacaremos a los nuestros por ahí. No hay tiempo que perder, partamos.

Lulú y Pitágoras asienten, determinados, y se suben en sus monturas. Los guerreros se colocan sus cabezas fantásticas y montan también. Su figura agigantada sobre los animales es imponente. Un ejército de fantasmas, con sus máscaras puntiagudas, fascinantes y terroríficas; una cabalgata que se interna en el bosque y en la noche.

### 3

Ayanz abre la puerta de su suite (quisiera él que nupcial) y, con un caballeroso gesto, deja pasar a Galileo. Ambos dan un respingo al ver dentro a Cristina, la Presidenta Viuda de Argentina, sentada en el sofá, las piernas cruzadas con gran estilo, enfundadas en unas medias de arabescos con brillos tornasolados y bebiendo de una copa de color caramelo. Puro art decó.

—Presidenta Viuda —se cuadra Ayanz.

—Le estaba esperando, profesor —dice Cristina con una amplia sonrisa de política—. Si nos disculpa, alférez... —añade con una caída de cabeza que significa «lárgate o te araña la cara».

Ayanz recula y sale de la suite, cerrando la puerta y apoyando en ella su espalda de retablo mayor. «¿Qué hace la Presidenta Viuda ahí, con una copa y esas medias? ¿Ha perdido del todo la cabeza? ¡Se lo va a coger!». El alférez Ayanz siente rabia, envidia, impotencia, morbo, asco, deseo... todo tan mezclado que tiene que sentarse en el suelo del pasillo y sujetarse la cabeza con las manos.

Al otro lado de la puerta, Galileo continúa de pie, paralizado por la visión de Cristina, cuyo tacto de seda parece sentir solamente con mirarla. En la suite huele a polen, a canela, a ostras...

—¿Por qué está ahí parado, profesor? Venga y siéntese. Acompañeme, estaba tomando un matini. ¿Nunca lo probó? No un martini, sino un matini, con mate... Es lo último en Buenos Aires.

—¿Han encontrado a mi hija? —Galileo está aterrorizado. ¿Qué hace Cristina en su habitación? Una mala noticia, sin duda.

—Se preguntará qué hago aquí, profesor, y la respuesta es sencilla: he venido para disculparme. Le aseguro que están buscando por todas partes, pero su hija no aparece.

Galileo no contesta. Callado, serio, se sienta en el sofá, lo más alejado que puede de Cristina. Ella le observa. Su tristeza aumenta su extraordinario atractivo. ¿Y si tirara la copa al suelo y se lanzara sobre él?

—¿Un matini? —Cristina insiste, le extiende una copa, pero Galileo no se mueve.

De pronto, dice con una voz ronca:

—Me has engañado.

—¿Qué? Galileo...

—¡Me dijiste que me encerrabas aquí para protegerme, pero no es así! —Galileo estalla—. ¡Me estás utilizando como moneda de cambio para negociar con España!

—Eso no es cierto. Galileo, dejame que te explique...

—¿No? ¿Entonces puedo irme si quiero? ¿Puedo tomar ahora mismo esa puerta e ir a buscar a mi hija, lo que ustedes no están haciendo? ¿A que no?

—Galileo, ¿de verdad crees que los españoles no te tratarían como un traidor?

—¡No soy un traidor!

—No es necesario que grites. Estoy empezando a irritarme con tu tono.

—¡Pues te jodes!

—Español de mierda...

—Me importa un carajo que seas la Presidenta Viuda de Argentina, ¿me oyes? —Galileo se acerca a Cristina y la agarra por los brazos. El matini se derrama en el sofá y Cristina se defiende, empujando a Galileo y zafándose.

—¡No te atrevas a ponerme la mano encima! —Cristina babea al hablar, gotas de furia.

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué habéis hecho con ella?

—¡No hemos hecho nada! No sabemos dónde está.

—¡No te creo! No creo nada de lo que salga de tu boca. ¡Me dijiste que querías protegerme y me hiciste prisionero, me dijiste que me traerías a mi hija y sigue perdida, me dijiste que colaborara con un experimento científico y me has metido en una operación militar!

—Galileo, ¡no! ¡No es así!

Cristina se quiebra, su furia se transforma en angustia y vulnerabilidad y se acerca hacia Galileo. Quiere tocarlo, acariciarlo, besarle, que sepa que... Galileo extiende los brazos y la aparta antes de que llegue a abrazarle. Pero la toca, la vuelve a agarrar entre sus manos y una corriente que vibra y palpita recorre sus antebrazos y sus bíceps de escultura grecorromana. Sus ojos se quedan imantados con los de ella y su pene se agita dentro de la ropa. Cristina tiembla, sus labios se abren como una flor. Frente a frente, conectados por sus brazos, pero separados por un palmo de aire magnético e irrespirable, ambos reconocen su EMADA, se dan cuenta de que es mutua. Podrían dar un paso más. Podrían entregarse a ella.

Y, en ese momento, el intermind de Cristina se activa y aparece una llamada del enano excatalán. Su rostro severo y ojeroso se materializa en la mente de Cristina y rompe la magia del momento.

—Tengo que marcharme —balbucea Cristina, y se suelta de esas manos de hombre en las que le gustaría estar atrapada siempre, tenerlas en cada rincón de su cuerpo... No mira atrás, solo avanza, no sabe cómo, pues fuerzas poderosas como antiguos dioses paganos tiran de ella hacia los músculos de Galileo, pero lo logra y llega a la puerta y sale. En el pasillo se encuentra con los ojos ratoniles de Sàntxez, que se clavan en su cara, como los de una madre severa y decepcionada.

—Me lo encontré sentado en el suelo —dice el pequeñajo con una voz rara,

enigmática, mientras señala a Ayanz, que se levanta rápidamente, turbado. Es su retorcida manera de preguntar ¿qué hacías ahí dentro?

—Tenía que poner al día al profesor sobre la búsqueda de su hija.

Cristina finge tranquilidad, se parapeta en su altivez y en su diplomacia, pero el pequeño *caganer* sigue mirándola con la misma expresión ¡tan española! de Bernarda Alba te ha pillado follando en los juncos del río y te vas a enterar por puta.

—No hay ninguna novedad sobre la hija del profesor —Sàntxez mastica las palabras.

—Razón de más. Sàntxez, le encargué que encontrara a esa chica y no ha conseguido usted nada... Me está decepcionando.

Sàntxez no contesta y no cambia de expresión. Normalmente se revolcaría por el suelo como un cochino suplicando su perdón y prometiendo eficacia, pero no lo hace. Con ese terco silencio está contestando sin palabras: «usted me está decepcionando también». Cristina se da cuenta de todo esto, o al menos es lo que ella interpreta de la situación, y decide darla por terminada. Sin decir nada más, se da la vuelta y desaparece en la suite presidencial.

Sàntxez levanta su barbilla infantil y mira a Ayanz, coloso de duro músculo, formando una estampa curiosa en el pasillo del búnker: el pequeño perrete que controla con sus ojos al buey.

—Me va a contar usted todo lo que sabe —dice como un encantador de serpientes.

—¿Sobre qué? —Ayanz sabe que se la juega.

Justo en ese momento, la puerta se abre y Galileo asoma la cabeza por ella.

—Ayanz, por favor, entre.

Newton Ayanz despliega una sonrisa de oreja a oreja.

—El profesor me necesita —y desaparece rápidamente en la suite, dejando a la pequeña musaraña sin su mosca.

Ayanz entra y ve a Galileo sentado en el sofá manchado de matini, desmadejado, tembloroso, como si fuera a sufrir un ataque de nervios.

—¿Qué pasó? —su preocupación es sincera. Galileo le mira a los ojos, vulnerable... y se echa a llorar.

Ayanz se sienta a su lado y le pone encima de los hombros un brazo pesado como una vaca muerta. Galileo no lo rechaza, parece que lo agradeciera, que lo necesitara... Se refugia en el pecho del titán, que lo acoge con sus brazos como a un niño pequeño. Galileo llora, llora y se desahoga, protegido por esas alas de cóndor llenas de amor, mientras Ayanz se imagina una casita en las

montañas, con su chimenea, y cuando llega de cortar los troncos Galileo le está esperando, con el torso desnudo, y sin decir nada toma sus manos sucias y las mete dentro de sus pantalones y Newton siente la soberbia erección de su polla perfecta, su dura, gorda y perfecta polla española... y Galileo deja de llorar y se aparta porque acaba de sentir el pene erecto de un gigante clavado en sus abdominales.

—Lo siento —Ayanz se encoge de hombros.

Galileo le mira fijamente durante un segundo ¿con desaprobación o con duda?

—No pasa nada, Newton. Lo entiendo —dice de pronto, y se va al cuarto de baño.

Newton escucha el ruido de la ducha y sabe lo que viene a continuación. Aún puede sentir el aroma de Galileo en su pecho. Levanta la parte superior de su uniforme y aspira profundamente. Camina hacia su dormitorio y agarra el inhalador hormonal y aspira una y otra vez. Se llena de testosterona y sigue aspirando la esencia de Galileo en su ropa, recordando cómo acaba de tenerlo cobijado en su pecho y no necesita tocarse para sentir toda la desmesurada fuerza de su pasión reventando como un volcán.

## 4

—¡Enhorabuena, profesor! —la voz de Heim es casi cordial.

Galileo acaba de entrar en el laboratorio y no puede creer lo que ve y oye. ¿Estará aún dormido y sueña? Se ha levantado temprano, como un niño el día del Nacimiento del Universo, que va corriendo a ver si el cosmos le ha traído los regalos. Está ansioso por conocer el resultado del experimento y ahí los tiene, frente a él, los voluntarios alfa, ayer abortos del mar, hoy espléndidos hombres perfectamente formados, desnudos como niños recién nacidos, saliendo de las cubetas con pasos vacilantes.

Galileo los ve como en una alucinación y observa sus ojos, sus orejas, sus hombros, como un botánico admira asombrado la magnífica y misteriosa



perfección de los estambres de una flor. No puede articular palabra. Lo ha conseguido. Su teoría era acertada.

Entre todos los rostros, Galileo cree reconocer a Linguini. Onda está prudentemente alejada de él, pero hay una mirada esquiva pero evidente tendida como un hilo de telaraña entre los dos. Hay algo en su expresión que le recuerda a la del engendro que él conoce. Por lo demás, sería difícil ver aquel horror contrahecho en el rostro atractivo de ese hombre moreno, de pelo negro ensortijado, labios gruesos y sensuales, igual que sería imposible ver aquellas aletas atrofiadas en los brazos olímpicos del soldado. Galileo se acerca a él.

—Linguini, ¿qué tal está?

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe mi nombre? —Linguini parece sinceramente asombrado.

Heim se acerca a ellos, resplandeciente.

—Ah, querido profesor, su técnica no solamente ha logrado deshacer la hibridación, sino que ha borrado por completo la memoria de su lamentable existencia. ¡Ha creado usted a unos hombres nuevos!

—¿Cuándo comenzaremos con el experimento, doctor? —pregunta Linguini, con arrojo militar.

—Pronto, muy pronto, soldado.

Heim agarra a Galileo del hombro y lo aparta unos pasos de las cubetas.

—¿Se da cuenta de lo que ha logrado, profesor? ¡Es como si la hibridación nunca hubiera sucedido! Debo confesar que me siento totalmente avergonzado e incluso diría que arrepentido. Quiero ofrecerle mis más sinceras disculpas y me haría usted muy honrado si las aceptara... —Galileo sigue pensando que está en un sueño. ¿A qué viene la repentina amabilidad del doctor Heim?—. Sé que fui injusto con usted. Pero quiero que sepa que ahora le admiro y le respeto, profesor Alcázar. Usted ha convertido este experimento en un éxito y nunca podré agradecerérselo lo suficiente. ¿Será usted capaz de perdonar los berrinches de un viejo científico solitario?

Galileo sigue sin palabras. Mira la cara rubicunda del doctor Heim sonriéndole con una expresión amable, casi paternal, y no sabe si entregarse a esa sensación o ponerse en guardia contra alguna estratagema inesperada.

—¿Cree que sucederá lo mismo cuando lo hagamos al contrario, doctor? — la idea cruza su cerebro de pronto, como un relámpago en la torre del castillo de Frankenstein. El doctor Heim sonríe ampliamente.

—Y justo ahí radicará el éxito, profesor Alcázar. Cuando los híbridos

perfectos de esa nueva raza armoniosa, ni hombre ni otario, nazcan a su nuevo mundo, no recordarán nada de su pasado como hombres ni como animales marinos, serán seres recién nacidos, nuevos, libres. ¿Se da cuenta? ¡Libres de todas las ataduras de su pasado y con todo el futuro por conquistar!

—¿Por qué cree que han perdido la memoria?

—Ah, querido profesor, no se haga el ingenuo ahora. Usted no me lo dijo, pero sabía perfectamente que la combinación de sedantes con el suero reversor de la hibridación tenía una alta probabilidad de generar la destrucción de las conexiones neuronales bastardas, restaurando las viejas, las humanas, de forma que los recuerdos de todo ese período se perderían con ellas. ¿No está usted deseando probar qué sucederá cuando lo hagamos al revés? Con mi suero y su técnica estamos a menos de veinticuatro horas de conseguirlo. Alcázar y Heim, padres de una nueva raza de hombres superiores, anfibios, invencibles... sin las cortapisas de sus vidas pasadas, sin temor, sin remordimientos, ¡superhombres!

Galileo mira a Heim, confundido. Por una parte, su orgullo y su ambición. Por otra, sus remordimientos, el lejano eco de sus valores. No puede decidir qué pesa más en su ánimo. Si tan solo pudiera volver a ser el científico sin dudas que era; si tan solo pudiera ser el científico sin escrúpulos que nunca ha sido...

—¡No hay tiempo que perder! —brama el doctor Heim—. Doctora, chequee y prepare a los voluntarios para el nuevo experimento. ¡Esta vez lo vamos a conseguir! Profesor Alcázar, por favor, acompañeme, quiero que pasemos a limpio todas las notas del experimento.

El doctor Heim pone la mano en el hombro de Galileo, con un cálido ademán, y le empuja hacia la salida. Galileo camina como en un sueño. El doctor le guía hasta su despacho hablando sin parar, animado, Galileo no puede entender lo que le está diciendo. Se encuentra de pronto sentado en el despacho lleno de antigüedades, frente a Heim, que le muestra una sonrisa que parece ser de admiración.

—¿Qué le sucede, profesor? ¿No está contento? Puede ser sincero conmigo, le aseguro que conozco perfectamente las impresiones encontradas que puede generar en un buen científico los resultados de un experimento. ¿Hay algo que le inquiete?

—Creo que el proyecto es apasionante, doctor Heim —Galileo habla lentamente, intentando poner orden en su cerebro aturdido—. Más de lo que siempre deseé como científico.

—¿Entonces?

—Sigo temiendo sus aplicaciones. Estamos al borde de una guerra. Y nosotros estamos desarrollando algo que podría ser un arma. El Consejo de Sumos Científicos desapruueba...

—Lo sé, lo sé... Comprendo su preocupación, pero, dígame, ¿si no fuera España la que está enfrentada con Argentina, le molestaría tanto?

—Eso no tiene nada que ver.

—¿No? ¿Ya no cree en la patria?

Galileo calla, pensativo.

—No. Ya no creo en la patria, doctor Heim.

—Pero todavía tiene su ética postecologista.

—Tampoco, doctor. Por eso estoy desconcertado.

—Esa sensación es normal cuando se madura, profesor. Confíe en mí. Olvídense de corrientes filosóficas estériles. Su patria es la ciencia.

El doctor Heim le observa, con una sonrisa amplia que Galileo no había visto hasta entonces. Alarga su mano cuadrada y blanca hacia él.

—Estreche mi mano, profesor. Y comencemos a preparar el artículo donde daremos a conocer al mundo a los hombres marinos de Heim-Alcázar, si es que no le molesta que yo ponga mi nombre primero.

Galileo le da la mano al doctor Heim y se relaja. Por fin está donde siempre quiso estar, en la vanguardia de la ciencia, en la capital de su patria, encontrando el sentido de su vida.

## 5

Marañón Morey se retuerce de risa en su despacho.

—¡Por Pascal! ¡Qué cinismo!

Istúriz le observa, compungido. Odia tanto los ataques de histrionismo del primer ministro. No debería ser parte de su trabajo soportarlos, pero lo es. Maldice su vida.

—Nos piden una respuesta, señor Morey.

La risita exagerada del primer ministro se corta en seco. Adopta su tono sabihondo y campechano.

—Mire usted, Istúriz. Comprenderá que no me parece razonable que el Nuevo Orden de las Naciones proponga que las conversaciones de paz se realicen en los ERUA, que no solo es un país con intereses en la zona, sino

que se caracteriza por tener un pequeño trozo de tierra en cada rincón del mundo, incluidas España y Argentina.

—Al mismo tiempo, es el país más cercano al lugar del conflicto.

—¡Es el país más cercano a cualquier parte!

—Quieren celebrar las conversaciones en el Atlántico Sur.

—¡Encima nos mandan al culo del mundo! ¿No podrían hacerlas en Nuevo Londres?

—Los Estados y Reinos Unidos Anglosajones presumen de ser un estado descentralizado y global, señor primer ministro. Para ellos, son igual de centrales Sydney, Nueva Nueva York, Nuevo Londres o la mancomunidad del Atlántico Sur, como es el caso.

—Pero usted y yo sabemos que eso no es más que un paripé, porque, vamos, no vaya usted a comparar... ¿Qué ha contestado Argentina?

—Han aceptado, solamente esperan nuestra respuesta para fijar el encuentro. Herbert George será el mediador de las conversaciones.

—¡Oh, no! Ese atildado anglosajón no va a conseguir otra cosa que irritarnos más todavía. Esto desembocará en una guerra, se lo digo yo... Justo lo que necesitamos para sacar al país de la crisis, y además dotar al pueblo alienado de un poco de unidad y patriotismo. ¡Y a Murcia que le den! Sí, sí, sí, habrá que ir a las conversaciones. Fije la reunión cuanto antes, prepare el viaje...

—¿Cuántos miembros debería tener la delegación?

—¿Tengo cara de saberlo? Haga su trabajo, Istúriz. ¡Que el Murcia juega contra el Español de Lisboa!

Morey arruga la nariz y hace una extraña mueca con la boca, uno de sus tics recurrentes. Sin más palabras, activa la pantalla holográfica. Mientras su secretario abandona el despacho, puede ver a Morey sonriendo bobaliconamente con el reflejo de un partido de fútbol en su rostro deformado por las cicatrices. Ni la segunda piel puede disimular las malformaciones que le dejó el último accidente. Istúriz no cree en supersticiones, pero la fama de gafe de Morey es una de las pocas que estaría dispuesto a aceptar.

El secretario de Morey se dirige por los pasillos de Moncloa hacia su oficina para comenzar a organizar la delegación de las conversaciones de paz, cuando sus pensamientos se ven interrumpidos por una insistente llamada de intermind. Es ese cretino hijo de papá, tan inútil como ambicioso, pero, claro, es de una familia que sufraga el Partido Populista Postcapitalista con generosas donaciones y no puede librarse de él, como sería su deseo.

—¡Valiente! ¿Cómo está?

—Muy bien, ¿hay algo de lo mío?

—Precisamente ahora iba a llamarle. ¿Se ha enterado de lo de las conversaciones de paz?

—¿Me va a asignar una misión diplomática?

El tono agudo y expectante de Valiente delata la alegría de un lameculos ante dos nalgas bien abiertas. Istúriz siente la vibración repugnante de la boca de Valiente, inflándose de ínfulas y mediocridad. Pero esta vez Istúriz sonríe. La rana ha caído en la trampa. Ahora solo hay que subir el fuego y dejar que se cueza lentamente.

## 6

—Pero recién recuperaste tu humanidad. Vos no recordás cómo era tu vida hasta ayer...

—Yo me presenté voluntario para esto —Popper Linguini mira a Onda desde la camilla donde reposa, desnudo.

—Después te arrepentiste. Cuando eras un híbrido sufrías dolores terribles.

—No soy un cobarde. Me presenté voluntario para servir a mi patria y no voy a echarme atrás. Inclúme en la lista.

—¡No! No puedo hacerlo —Onda aparta la mirada y camina hacia la puerta, pero Popper la agarra de la muñeca.

—Tenés que aceptarlo. Yo nunca te dije que renunciaría a esto. Sabías que lo nuestro sería solo por un tiempo.

—Pero yo te amo, Popper. Te amé como bestia y te sigo amando como hombre. Por favor, te lo ruego, quedate así, escapemos...

—Me da asco oírte decir eso... Te denunciaría si no...

—¿Si no qué?

Popper levanta la mirada llena de rabia y traspasa a Onda con sus ojos de un negro brillante. En un instante, sus bocas se entrelazan como serpientes enceladas. Popper despoja a Onda de su ropa, la tumba sobre la camilla, aplastándola con su cuerpo musculoso y la penetra vigorosamente, como un animal. Tras una cópula breve, Popper Linguini aprieta las nalgas y emite un sonido gutural, relajándose encima de Onda durante unos segundos, para después levantarse y quedarse mirándola, despatarrada en la camilla, jadeante, sudorosa.

—Esto que hacemos no está bien. Yo me debo a la patria. Me vas a meter en la lista. Si no lo haces, hablaré con el doctor, ¿lo tenés claro?

Onda Fusilli no puede reaccionar. Observa la figura atlética de Popper Linguini mientras se pone el mono y sale de la habitación, sin mirarla ni un instante. ¿Qué ha quedado del Popper que la enamoró? ¿No era más hombre cuando era un híbrido? Onda ha arriesgado su carrera por él, le ha cuidado cuando era un engendro vulnerable, le ha devuelto su forma humana, se ha entregado a él a pesar de no sentir deseo. Y ahora se siente absolutamente decepcionada. Decide firmemente dejar de amarlo.

—Ya no te amo, Popper Linguini —musita, con la voz temblorosa—. Ya no te amo... y ojalá pudiera odiarte.

Pero Onda Fusilli no es capaz de odiar, igual que no lo es de desear. Su amor no está provocado por las hormonas. Es un misterio que desafía a lo que la ciencia puede explicar.

## 7

El cóndor vigila los pasos de la comitiva tehuelche. Con este aliado ancestral avisándoles de cualquier movimiento en kilómetros a la redonda, los indígenas pueden marchar a plena luz del día por la pampa sin miedo a ser descubiertos por los drones del ejército argentino. El imponente Aukan, musculoso, hierático, pintado de blanco y negro, encabeza la fila montado en su caballo como si fuera un caudillo venido de un planeta ignoto. Tras él se recortan los cascos quiméricos del resto de los guerreros, seres mágicos que avanzan por la llanura.

Newen, Célula y Pitágoras cabalgan juntos.

—¿Tú crees que mi padre te dejó escapar?

—Pienso que sí, Lulú. Podría haberme detenido y no lo hizo.

—Pero después te persiguió con esa militar lagarta.

—Creo que quería protegerme de ella.

—Pero ¿por qué lo haría? Mi padre no tuvo escrúpulos en trabajar con todos ustedes atados a esos aparatos durante meses.

—Creo que sintió piedad.

—Es imposible. No puede sentir nada. Toma su inhibidor de hormonas.

—Entonces será que ese sentimiento no lo provoca una hormona.

Célula se queda pensativa, callada, durante un rato.

—¿En qué piensas, rubia? —Pitágoras extiende su mano hacia Célula y la acaricia dulcemente en el hombro.

—En que mi padre y yo tenemos formas de pensar tan diferentes... No sé qué pasará cuando nos veamos.

—Pero tú lo amas a pesar de todo.

—Y lo amaba antes de dejar la antihormonación. Hay sentimientos que no están en la sangre, que no son químicos, Pitágoras. También a ti te amaba antes, pero de otra forma —Célula lanza una mirada y una sonrisa pícaro, un poco tímida, a Pitágoras el de las negras pestañas.

—¿De dónde saldrán esos sentimientos?

Pitágoras es quien calla ahora, pensativo, rumiando las palabras de Célula. Tras unos instantes de reflexión, rompe su silencio.

—¿Qué vamos a hacer cuando todo esto termine?

—No lo sé.

Célula y Pitágoras se miran a los ojos, preocupados. Pero les interrumpe el graznido del cóndor, hipogrifo violento que corre parejas con el viento.

—¡A las grietas! —Newen hace una señal a la comitiva.

—¿Qué sucede? —pregunta Célula.

—El cóndor ha visto a los militares. Si vamos por las grietas podremos esquivarlos.

—¿Qué son las grietas? —pregunta Pitágoras.

—Mol me llevó por una —dice Célula—, son cauces secos.

—Son caminos que hace el agua en invierno —confirma Newen—. Un laberinto que nosotros conocemos bien. Nos llevará hasta la base.

Pitágoras y Célula se miran, asustados. La aventura va en serio. Podrían volverse atrás, huir a las montañas. Pero deben salvar a Galileo y a los esclavos de la base Elgor, se lo deben a los tehuelches. Newen interrumpe sus pensamientos.

—Cuando todo esto termine, pueden vivir con nosotros si quieren. Les aceptaremos en nuestra nación.

Célula y Pitágoras sonrían, agradecidos, mientras se apresuran a cobijarse en las grietas con los tehuelches.

## 8

El profesor Alcázar, la doctora Fusilli y el doctor Heim trabajan

frenéticamente. Mientras Heim y Galileo controlan sueros y medidores, Onda va acomodando a los voluntarios en las cubetas, incluido Linguini. Por supuesto, ambos muestran indiferencia como de costumbre, pero Popper cree notar que Onda no está fingiendo en absoluto. El doctor Heim se acerca a los voluntarios.

—Este es un momento histórico. Un momento donde un grupo de valientes argentinos va a demostrar hasta dónde están dispuestos a llegar para servir a su patria. Cuando despierten mañana, ustedes serán los primeros hombres del futuro. ¿Quieren servir a la patria?

Los soldados responden con un sí colectivo que suena a aullido inhumano.

—¡Que comience el experimento! —dice Heim con una voz tronante, la voz de Dios creando el mundo como en el mito de las antiguas religiones deístas.

Onda continúa con su labor en las cubetas mientras Heim y Galileo se retiran al cuadro de control. Mientras llegan, no pueden escuchar lo que sucede en la sala. Popper lo sabe y aprovecha el momento para hablar con Onda en voz baja.

—¿Me seguirás amando mañana, cuando sea diferente?

—Fingiré que no he oído eso, soldado Linguini.

—¿Onda?

—Adiós, Popper Linguini —dice Onda Fusilli con una enigmática sonrisa—. No te echaré de menos.

Linguini va a contestar algo, pero la luz de la sala de control se enciende. Heim y Galileo les observan. Ya no puede hablar. En cualquier caso, su cuerpo está conectado a las vías por las que empiezan a introducirse el suero y los sedantes, y su consciencia empieza a diluirse lentamente. Al principio, la rabia por las palabras de Onda le llena de pensamientos dolorosos, pero poco a poco estos se desvanecen y cae en un estado de profunda placidez, igual que el resto de sus compañeros. Onda le observa, reprimiendo demostrar sus emociones encontradas.

En la sala contigua, Galileo y el doctor Heim van chequeando los indicadores, concentrados. Una vez comprueban que la respuesta inicial de los voluntarios es la correcta, ya solo queda esperar y vigilar la formación de sus redes neuronales. Es como ver crecer a una planta.

—¿Qué turno prefiere, profesor?

—No sé si seré capaz de descansar sabiendo lo que está pasando aquí.

—Le entiendo, créame que le entiendo muy bien. ¡Estamos en una encrucijada apasionante!



—Cierto, doctor. Aunque debo confesarle que me sigue preocupando el uso final del experimento.

—Por favor, no lo dirá por mi pequeño discurso de hace un instante. ¿Realmente cree que yo hablaría de esa forma si no tuviera delante a un hatajo de seres intelectualmente inferiores?

—¿Qué quiere decir?

—Que a cada persona hay que hablarle de forma que lo pueda entender. En la Edad Capitalista (gracias a la ciencia, felizmente terminada) seguían explicando el mundo a los inferiores mediante la metáfora de los dioses. No podían comprender la verdad, no estaban preparados. Aún recuerdo cuando el Papa de los cristianos confesó que les habían mentido durante siglos. La voz le temblaba al viejo bufón: «Dios no existe, es una patraña, como los pecados, los mandamientos...». Cuando el mundo estuvo preparado para oír la verdad, comenzó la era de la sagrada ciencia... Y recuerde cuando el Consejo de Sumos Científicos tuvo que comunicar al mundo que el Big Bang era una invención sin fundamento de los precientíficos de la Edad Capitalista y reveló el verdadero origen del universo, misterio del que emana nuestra religión, como usted bien sabe.

—¿Adónde quiere ir a parar, doctor?

—Nuestros voluntarios son mentes débiles y hay que comunicarse con ellos hablando su lenguaje. Son soldados, morirían por la patria, luego hay que emborracharles de esa idea... Pero usted es inteligente, querido mío, ¿qué es la patria, lo sabe? Es como el viejo Dios, una entelequia, una paparruchada, si me permite la expresión.

—Vaya, me sorprende usted cada vez más, doctor. Eso es una herejía.

—Ahora que somos colegas, compañeros, diría que amigos, no tengo por qué fingir más delante de usted. Ni usted delante de mí. Antes le llamé traidor, estaba dentro del discurso socialmente mayoritario. Créame que le entiendo perfectamente. ¡La patria es una patraña!

—Tiene razón. La patria es un invento para mentes débiles. Mi patria es la ciencia.

—Entonces somos compatriotas, profesor —el doctor Heim extiende su mano rubicunda hacia Galileo, que la estrecha con una sonrisa franca, mirándole a los ojos. Quién le iba a decir que el doctor, al que antes odiaba por su hostilidad, se acabaría convirtiendo en su aliado e incluso en su amigo. El doctor Heim libera su mano y señala a los voluntarios.

—Créame, profesor, no sienta pena por estos desgraciados. ¿Usted se

hubiera presentado voluntario para este experimento? Jamás, se lo digo yo, no es necesario ni que me conteste. ¿Y por qué? Porque usted es un líder y estos pobres diablos son seguidores, ovejas. No se crea que lo digo sin conocimiento, lo he visto en sus genes. ¿Conoce usted los estudios del doctor Buddenbrook sobre genética y comportamiento social humano?

—Confieso que no.

—Habla de eso precisamente. Todos somos líderes o seguidores, no hay otra posibilidad, aunque muchas filosofías humanas han intentado negar esta realidad con fantasías igualitarias. Lo que todas las moralinas ridículas que han desfilado por la historia han llamado «mala persona» en realidad no es sino un líder. Alguien que sabe que no tiene que creer en nada más que en sí mismo, que sabe adaptarse, que sobrevive pase lo que pase, que miente a los imbéciles si ha de hacerlo. Ese es quien tiene futuro, la «mala persona». Fueron precisamente malas personas las que inventaron las normas morales, para hacer creer a los estúpidos seguidores, las «buenas personas», que debían comportarse de una forma determinada, ¡y los idiotas les creyeron y les obedecieron! Fueron sumisos, cooperativos con sus amos, todo por no ser malas personas. No hay término medio, amigo mío, o abusas o te abusan. La moral es un cuento para que los tontos se dejen abusar más fácilmente. Esto, como le dije, lo ha demostrado Buddenbrook, luego es una verdad científica, aunque todavía no haya llegado a dogma porque la sociedad no está preparada. Usted y yo somos líderes, profesor Alcázar. Ellos son seguidores.

—¿Y quién los liderará cuando despierten?

—Nosotros, sus padres, si me permite la expresión.

—¿Y cuando sean lanzados al mar? Porque terminarán siendo liberados en la costa, no lo niegue.

—Todos cuentan con unos receptores de intermind. Creerán que piensan por ellos mismos cuando reciban las órdenes desde el control.

—¿Y quién manejará el control?

—Eso ya escapa a nuestra competencia, querido profesor. En principio, el gobierno argentino. Más adelante, quien compre a nuestras criaturas. Seremos reconocidos, Alcázar, y ricos... Y eso será solo el principio. ¿Quién sabe de qué seremos capaces juntos, con nuestra propia financiación, independientes, libres? ¡Podemos crear el mundo del futuro y los seres que lo habitarán!

Galileo mira al doctor Heim, con los ojos brillantes, entusiasmado como no lo había visto nunca hasta ese momento. Es alguien que vive para la ciencia, se siente identificado con él. Sus escrúpulos de conciencia están ya totalmente

olvidados; sus intereses, volcados en el experimento; sus sentimientos, a flor de piel. ¡Si pudiera encontrar una cura para su EMADA de manera discreta! ¿Se atrevería a confesárselo al doctor Heim? Tal vez él le ayudaría... Pero no, no debe confesárselo. Ahora el doctor Heim le estima como a un igual, no puede decepcionarle revelándole que es un débil enamorado.

—¿En qué piensa, profesor? —Heim escruta a Galileo.

—Es momento de descansar para mí. ¿Le importa?

—Por supuesto que no.

Galileo abandona la sala bajo la atenta mirada del doctor Heim, que le sonrío amablemente mientras cierra la puerta. Pero cuando se queda solo, su sonrisa se congela.

## 9

La pampa es el rostro de una anciana tehuelche surcado de arrugas. El cóndor desciende, la pampa se acerca. Se ven más claras las grietas que dividen la tierra, comunicándose: son las dendritas del cerebro de Ñuke Mapu. El cóndor sigue bajando. Sus ojos son nuestros ojos. Ya vemos una grieta en particular, en la que una fila de cabalgaduras, pequeñas como hormigas, avanza lentamente.

Newen, con la mano sobre las cejas, otea el cielo desde dentro de la grieta y ve, lejano, protector, al cóndor que les sobrevuela. El cóndor grazna. Newen lo observa en silencio. Pitágoras se acerca a él cabalgando.

—Están cerca.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ñuke Mapu nos protegerá.

Newen espolea su caballo y avanza entre los demás tehuelches que cabalgan por la grieta, dejando a Pitágoras detrás. Célula llega a su lado y le interroga con la mirada. Pitágoras le devuelve un gesto de preocupación.

Newen llega trotando hasta la cabecera de la expedición, donde está Aukan, que le recibe con un saludo silencioso.

—El cóndor dice que los blancos están cerca.

—Lucharemos.

—Son demasiados. Escondámonos en la cueva de Ñuke Mapu. Estamos cerca.

Aukan asiente en silencio y lidera la cabalgata hacia una bifurcación en la que se detiene. Newen, a su lado, le indica el camino de la derecha. De

pronto, se oye el graznido del cóndor, que se repite dos veces más. Newen y Aukan miran al cielo.

—¡Rápido, por aquí! —ordena Aukan.

Los tehuelches se apresuran. Aukan y Newen frenan sus caballos en la entrada de una cueva. Descienden de sus monturas, las cogen de las riendas y entran ordenadamente en la gruta. Entre la multitud de tehuelches, Célula y Pitágoras imitan a los demás. Al descabargar, se toman de la mano y entran en la penumbra de la cueva hasta sumergirse en una oscuridad total.

## 10

Cristina observa la foto ampliada de Galileo Alcázar en la pared de su suite. Su pelo rizado, sus ojos azules, sus labios rojizos y sensuales, su sonrisa immaculada, su piel levemente bronceada, como una sutil pátina de dorado, ese cuello ancho pero proporcionado, fuerte, que se inserta en unas clavículas que adornan sus abultados pectorales de atleta olímpico, dejando entre ambos un hoyuelo... Cristina se acerca a la pantalla y lame el hoyuelo, entre el cuello y las clavículas, lo lame como si fuera real y no una pared. Lo lame con tanta pasión que se le caen los tirantes de los hombros, haciendo que su *négligée* negra descienda ligeramente y se quede sujeta al borde de sus pezones erectos.

—¡Galileo! —gime, arrebatada.

Cristina levanta la *négligée* lentamente, acariciando sus muslos con las yemas de sus dedos, cada vez más arriba, hasta llegar a su vulva, donde parecen electrificarse y danzar unos instantes de caos para después aferrarse ya sin delicadeza a sus labios. Dos de ellos, atrevidos exploradores, comienzan a masajear su clítoris desbocado, inflamado de pasión.

—Presidenta Viuda...

Una vocecilla trémula a su espalda hace que la magia se desvanezca. Desmadejada sobre la pared, sobre el busto agigantado de Galileo, Cristina gira el cuello y ve a su esbirro Cubí Sàntxez parado ante ella, como un niño que ha descubierto a sus padres en plena coyunda y los observa con una mezcla de horror y fascinación.

—¿Se encuentra bien?

—No, me dio una náusea y me apoyé para vomitar.

—Pero no ha vomitado —el pequeño esbirro señala al suelo impoluto.

Cristina siente un torrente de rabia mezclada con miedo subiendo desde su

vagina empapada y ardiente hasta su estómago y, dando tres ágiles pasos, se planta junto a Cubí y le lanza una copiosa bocanada de vómito caliente y espeso en la cara.

Se repone y, limpiándose restos del vómito con el dorso de la mano, lo mira. Cubí está paralizado, manchado de vomitada de pies a cabeza, temblando.

—Ahí lo tiene.

—¿Qué? —Cubí no reacciona, su vocecita pituda parece sumamente irritada.

—Mi vómito. Ahí lo tiene. ¿Qué venía a decirme?

Cubí Sàntxez la mira con odio indisimulado. Aprieta su boca violácea como si estuviera a punto de sacar de ella un pico retráctil y clavárselo en la yugular. Pero como no tiene pico retráctil sino una pequeña lengua excatalana, como un pimentito relleno, solamente puede hablar.

—El NON ha convocado las conversaciones de paz. Hay que preparar la delegación y el viaje a la Isla de los Estados, Presidenta Viuda.

—Estupendo. Por favor, no se separe de mí, Sàntxez. Le necesito. Estoy enferma, ¿no lo ve? Puede organizar todo desde aquí. Llame a la generala Fetuccini, por favor. Nos reuniremos aquí, ¿sí?

Sàntxez la mira con una expresión de nuevo impenetrable, bajo el vómito que cubre su cara.

—Como desee, Presidenta Viuda.

—Y, por favor, pase al servicio y límpiase.

—¿Su servicio? —Cubí se sonroja, orgulloso de tan gran honor.

—Sí, por favor. Dúchese y deje su ropa en la máquina lavasecadora. Estoy mortificada por este incidente, se lo ruego, utilice mi servicio.

—Gracias, Presidenta Viuda.

El chihuahua parece adorar de nuevo a su ama, gracias al privilegio de usar su baño. Cristina lo ve entrar en el servicio con una sonrisa maternal, que se transforma en una expresión decidida justo después de que el enano desaparece tras la puerta. Corriendo, entra en su vestidor, se quita la *négligée* y se coloca unos ligeros en los que inserta una pequeña arma automática. Se enfunda en un vestido negro de Presidenta Viuda y, ante el espejo, palpa su cadera, asegurándose de que el arma no se nota. Colocándose el collar de perlas sobre el cuello, Cristina se mira a los ojos en el espejo y asiente, reafirmando en su decisión. Se encaja unos guantes negros de seda, se sienta en el salón y cruza las manos sobre su regazo, expectante.

# 11

Decenas de ojos de carbón brillan en la penumbra de la gruta de Ñuke Mapu. Los guerreros están sentados en la cueva sagrada, guardando un silencio absoluto, tan solo roto por el resoplido de los caballos que tratan de acostumbrarse al aire húmedo y cerrado. Célula y Pitágoras se abrazan a ciegas, sentados en el suelo de tierra. Tan solo se distingue el camino de entrada a la cueva, donde asoma una débil claridad que no es sino otra tonalidad más clara de negro.

Todos miran hacia ese resplandor que les parece tan irreal como los destellos grisáceos que ven cuando cierran los ojos. Entonces, algo aparece en esa franja de visión fantasmagórica, algo que camina hacia ellos. Y, de pronto, se escucha el temible rugido del puma.

Pitágoras y Célula se aprietan más fuerte, se agarran de los brazos, pero consiguen reprimir un grito de terror, porque se dan cuenta de que ningún tehuelche se mueve ni hace el más mínimo sonido. No pueden ver nada, pero en primera fila están sentados los líderes, Aukan, el guerrero, y Newen, el sabio.

El puma se acerca a ellos, sigiloso, pero los tehuelches no se mueven ni un ápice. La sombra del felino les tapa la visión de la entrada, ya están al alcance de sus garras, de sus fauces... Aukan siente el aliento cálido de la bestia, husmeando su rostro impassible a dedos de distancia. El puma ruge, su aliento es amargo como el boldo, pero Aukan lo soporta estoicamente. De pronto, siente algo húmedo y blando en su rostro: el puma le lame la cara.

Después de darle cinco o seis lametones, la fiera se da la vuelta parsimoniosamente y echa a andar hacia la entrada de la cueva. Todos ven cómo su figura espectral desaparece por la parte más clara del negror. Pitágoras y Célula dejan de estrangularse los brazos y suspiran, aliviados. Newen susurra al oído de Aukan.

—Hermano, Ñuke Mapu nos advierte de un bien y de un mal.

—¿Venceremos?

—El puma te ha bendecido. Eso es un buen presagio.

—¿Y cuál es el malo?

—El puma solo entra en la cueva de Ñuke Mapu cuando los mundos de arriba y abajo se unen. Vamos a presenciar algo que solo sucede cada mil

años. Los vivos vamos a ver a los muertos y los hombres de antaño van a ver a los del futuro. El mar será la tierra y el cielo, las profundidades.

—¿Qué podemos hacer contra eso, Newen?

—Nada.

—Entonces haremos lo que estaba previsto: luchar a muerte.

—Y que Kénos nos ayude.

Los dos tehuelches se estrechan la mano en la penumbra.

## 12

Galileo se mira a los ojos en el espejo de los baños del laboratorio. «Sí, Galileo, por fin vas a conseguir lo que siempre has deseado. Mírate, en la plenitud de tu juventud, a punto de cumplir los cuarenta. Siempre te dijeron que eras muy guapo, como tus padres. Nunca lo creíste, nunca prestaste atención a estos halagos, pero hoy te ves y te das cuenta de que es cierto. Eres hermoso, Galileo, hermoso con tu pelo liso, brillante, negro antracita; tus cejas pobladas, casi unidas por dentro, viriles, primitivas pero magnéticas sobre tus ojos marrones; tu piel morena de oliva con la recia sombra de la barba azul; tu nariz aguileña, prominente, decidida, tu barbilla afilada...».

—¿Quién eres?

Galileo lanza un alarido aterrorizado y la imagen del espejo se desvanece y de nuevo se ve, con su pelo rizado de oro, su piel blanca, sus ojos azules... ¿Hay otra persona detrás del espejo? Galileo se mira a las manos. Son sus manos de siempre, masculinas, cuadradas pero hábiles, cuidadas, velludas como las de un mono, con ese pelo grueso y negro en el dorso y en las falanges... «¡No! ¡Esas no son mis manos!».

Galileo pestañea y vuelve a ver sus manos, cubiertas de un fino vello dorado, apenas perceptible.

Respira hondo, se agarra al lavabo y piensa, intentando parar el temblor de sus piernas. La revelación llega a su mente científica como un destello atómico: «¡La distorsión de Dinde-Poulet!».

El equilibrio del multiverso se mantiene mediante pequeños intercambios entre mundos, imperceptibles, igual que no percibimos el derivar de la corteza

terrestre bajo nuestros pies. Pero un buen día, sin previo aviso, percibimos otros universos durante unos segundos. Dinde-Poulet sostiene que cada cierto tiempo sucede un cataclismo en el multiverso, un brusco intercambio de realidades. El primer organismo vivo en la Tierra o la extinción masiva de los dinosaurios podría explicarse así. En el caso de producirse este evento, llamado la distorsión de Dinde-Poulet, empezaríamos a encontrar señales del intercambio de los mundos paralelos del multiverso, que irían creciendo hasta el cataclismo y después... llegaría el nuevo mundo.

«¿Es posible que estemos empezando a entrar en una distorsión de Dinde-Poulet? ¿No explicaría eso todas las pequeñas señales, hasta ahora más o menos explicables, pero de creciente extrañeza que han sucedido en los últimos días? La distorsión de Dinde-Poulet comienza con pequeños cruces de mundos que la mente humana simplifica y explica para tranquilizarse, pero estos van aumentando hasta que no se puede negar la evidencia de que los mundos se están mezclando y entonces sucede la catástrofe. ¿Será eso lo que está pasando? ¿O simplemente estoy perdiendo el juicio, trastornado por la EMADA?».

«Tengo que hablar con el doctor Heim. Por supuesto, no explicarle los detalles, no decirle que me he visto y era otro, pero tal vez él también haya captado alguna señal de la distorsión. Ahora es tu amigo, pero no puede saber que estás loco, Galileo, recuérdalo. Porque estás enfermo. Ayer gritaste a Cristina como un energúmeno, pero te hubieras lanzado sobre ella y la hubieras lamido entera y penetrado todos sus rincones. Oh, no, otra vez...».

Galileo ve en el espejo su enorme erección bajo el mono de trabajo, su polla imponente, larga, gruesa, dura, de forma armoniosa, potente... y le gusta. «Me gusta mi rabo», piensa, o lo dice... Ya no lo sabe, la luz del baño parpadea. Galileo se ve desnudo y vestido, con faja y alpargatas y con un bañadorcito escueto, de frac y de chándal, pero siempre erecto, empalmado en el multiverso... Quizá su polla tiesa es la única verdad a la que puede aferrarse en aquel momento. Su polla y Nuestro Señor de la Ciencia Universal.

Si pudiera aferrarse a ella de verdad y follarse a sí mismo, ahí, en el baño del laboratorio, penetrarse fieramente, preñarse a sí mismo y parir, como las antiguas, parirse a sí mismo también y desangrarse después, con las tripas fuera... Y, de pronto, ahí está, él, el Galileo moreno, el de las cejas pobladas, inclinándose sobre él, el Galileo rubio, clavándole la polla por el culo, follándose a su otro yo del multiverso... y se desmaya.



## 13

Cristina está sentada indolentemente en el sofá, las piernas cruzadas y, sobre ellas, sus manos con guantes negros. A su izquierda, la generala Fetuccini con su perfil aguilino y su cuerpo en tensión, sentada en una butaca morada. A su derecha, Cubí Sàntxez, con las escuálidas piernas cruzadas, zapatitos brillantes y su cara de perrito enfadado, sentado en una butaca amarilla. Cristina se fija en los colores, ¿fueron siempre así?

El esbirro desgrana los detalles del viaje a la Isla de los Estados para las conversaciones de paz. La generala y la Presidenta Viuda le escuchan en silencio.

—Gracias, Sàntxez —interviene Cristina al final del largo informe—. Todo está perfectamente organizado, como siempre. Aprecio mucho su contribución a esta presidencia.

El esbirro hace una discreta reverencia con su cabezón.

—¿Cuál es nuestra posición en las conversaciones? —interroga la generala.

—Los españoles nos engañaron. No vamos a ceder.

—Eso nos llevará directos a la guerra, Presidenta Viuda —dice Fetuccini con calma.

—¿Qué otra opción tenemos, generala? —Cristina se encoge de hombros.

—Si me permiten... —la voz suave y atiplada de Sàntxez sorprende a las dos máximas autoridades de Argentina, que se giran hacia él para escucharle—. Creo que hay algo que la generala Fetuccini debe saber. Juré defender a mi Presidenta Viuda en todo momento, por encima de todo, protegerla, incluso de ella misma.

—¿Perdón? —Cristina se echa la mano al collar de perlas, tan sorprendida como indignada.

—La Presidenta Viuda está enferma, generala Fetuccini.

—¿Qué le sucede? —la militar se dirige a Cristina con preocupación sincera.

Cristina le mira a los ojos y le lanza un mensaje directo en intermind: «Llevo tiempo buscando a un traidor en mi equipo. Lo he encontrado. Es él. El pequeño extranjero. Ejecútelo. ¡Ahora!».

Sin dudar, sin pestañear siquiera, mientras Cubí Sàntxez se da cuenta de que el silencio dura demasiado en la mirada sostenida de ambas mujeres y abre la boca para proclamar la enfermedad de la Presidenta Viuda, la generala

Fetuccini desenfunda su arma y con un certero y silencioso tiro agujerea la desproporcionada cabeza del esbirro excatalán, que se queda mirándolas con una expresión estupefacta. Un hilillo de sangre muy débil corre por su frente, entre sus ojos amoratados y, mientras su cuello se dobla, vencido por el peso de su cráneo que se entrega a la muerte, con un hilillo de voz susurra:

—EMADA... —y se desploma en la butaca amarilla.

La generala Fetuccini se gira bruscamente para ver en el rostro de la Presidenta Viuda su reacción a la palabra maldita, a la innombrable lepra del pasado, y ve a Cristina, de pie, negra como un cuervo, firme y poderosa, apuntándole con el arma que acaba de sacar de su ligero.

—Gracias, generala —y dispara entre los ojos de la militar, que cae exánime sobre el butacón morado.

Con decisión, Cristina pone su arma entre los dedos de Cubí Sàntxez y llama a Ayanz por intermind. Entra en su vestidor, se quita los guantes y los tira por el canal de la basura. Se mira en el espejo, está resplandeciente. Ensayo una cara de consternación. No le convence. Más horrorizada. Bien. Así. Vuelve tranquilamente al sofá, entre los dos cadáveres, y se sienta a esperar.

El alférez Ayanz tarda muy poco en llegar a la suite presidencial. Abre la puerta y contempla la escena. Cristina se pone de pie, desmadejada, y corre a abrazarse a él.

—¿Qué sucedió?

—El traidor... —Cristina apenas puede hablar coherentemente, tiembla con consternación—. El traidor era Sàntxez... La generala lo descubrió, pero no tuvo tiempo de reaccionar y...

—Se dispararon al mismo tiempo.

Cristina le mira a los ojos, desvalida, y refugia su cara en el pecho amplio del alférez.

—No se preocupe, informaré por usted de lo sucedido. Usted ahora necesita descansar.

—No, alférez, no es momento para descansar. A partir de este momento, la comandante en jefe de los ejércitos soy yo. Asumiré mi responsabilidad, no estamos en una situación en la que pueda delegar en nadie. Convoque al estado mayor en la sala de reuniones. Voy a anunciar lo sucedido a la nación y quiero que estén todos presentes, apoyándome.

El alférez Ayanz se cuadra y se marcha. Cristina se sienta con tranquilidad en el sofá, entre los dos cadáveres y comienza a ensayar su discurso.

# 14

Galileo se despierta en el suelo del cuarto de baño. Las luces parpadean. Las alarmas suenan. Se incorpora y se mira en el espejo. Su mono está húmedo en la entrepierna. ¿Se ha meado encima? Sí, y además... oh, no, ha eyaculado también. Galileo intenta lavar el mono con agua. ¿Cómo explicar el semen en su ropa? La luz sigue siendo intermitente, por lo que Galileo se ve solo a fogonazos, como si su percepción de la realidad fuera discontinua: día, noche, día, noche... pero cambiando cada segundo. Afortunadamente, la imagen que ve es siempre la misma. ¿Ha soñado toda esa pesadilla disruptiva de la distorsión de Dinde-Poulet?

Pero las alarmas siguen sonando y Galileo sale corriendo del baño y ve que en los pasillos del laboratorio las luces de alarma están encendidas y las señales auditivas lo envuelven todo con su pitido intermitente. ¿Qué habrá sucedido?

Galileo llega corriendo a la sala donde los voluntarios flotan en las cubetas. Los observa, ya se puede apreciar cierta hibridación en ellos, aunque no completa. Hasta que no termine el proceso no se sabrá si Heim y él lo han conseguido o no. Pero todo parece transcurrir de manera normal. Galileo sale de la zona de cubetas para mirar los indicadores en la sala adjunta. Mira con ansia las mediciones, todo parece correcto. De pronto, empieza a sentir un extraño temblor en su silla, en la mesa, en las paredes... Dura unos segundos, que a él le parecen mucho más largos, y después para. ¿Un terremoto? ¿O están atacando la base? Por eso las alarmas...

Pero no tiene tiempo de seguir pensando. Ve entrar corriendo a Onda Fusilli, desesperada, en la sala de cubetas, para lanzarse sobre el recipiente donde Popper Linguini se transforma, ajeno a todo lo que sucede a su alrededor.

—Popper, Popper... ¿Estás bien? Sé que te dije que no te amaba, pero mentía, Popper. Mentía... Necesito saber que estás bien...

Onda Fusilli siente un escalofrío cuando escucha la voz de Galileo a su lado.

—Todos están bien, Onda. No han sufrido ningún daño por el terremoto o lo que quiera que sea esto.

Pero Onda Fusilli no responde. Escudriña el rostro de Galileo, alerta. ¿Le ha descubierto? ¿Ha escuchado cómo gritaba desgarrada el nombre de Popper

y le confesaba su amor? Galileo comprende la situación sin necesidad de que Onda abra la boca.

—Doctora, no tiene nada que temer de mí, se lo aseguro. Puede estar absolutamente tranquila.

—¿Por qué tendría que temer algo? —Onda sigue alerta, observando cada pestañeo de Galileo.

Galileo calla y señala a la cubeta de Popper. Mira a los ojos a Onda, que ya no puede mantener su posición por más tiempo, y aparta la mirada, avergonzada. Da unos pasos sin dirección concreta, por puro nerviosismo, y se vuelve a mirar de nuevo a Galileo.

—Escúcheme, por favor. Necesito que me escuche. Esto no es lo que parece.

—No es el primer indicio que observo, doctora. Pero, insisto, no voy a decírselo a nadie. Tenemos mayores desafíos en este momento.

—Pero quiero explicárselo. No es lo que parece, de verdad. Usted cree que sufro de EMADA, pero no es así. No es EMADA, profesor. Mis parámetros hormonales son totalmente normales, no siento nada, no tengo deseos sexuales ni cambios bruscos de humor. Le aseguro por la sagrada ciencia que es así. El amor, profesor Alcázar, el amor no es como nos dijeron que era.

—¿Qué quiere decir? —Galileo no esperaba una declaración así y está tan boquiabierto como personalmente interesado en el tema.

—Lo que antes se llamaba amor, profesor, no es lo que nos han dicho. No era solamente un desarreglo hormonal, una atracción irracional hacia otro individuo, que cortaba los circuitos de la razón y nos esclavizaba en una servidumbre sexual. Aunque la palabra sea un tabú, aunque no se pueda decir la palabra amor, existe un tipo de amor que no está basado en las hormonas. Yo amo a Popper Linguini con ese tipo de amor. Es un amor parecido al que tiene usted por su hija, porque yo sé que usted ama a su hija, aunque no se atreva a calificar lo que siente con esa palabra.

—Ella es mi responsabilidad...

—Sí, eso es lo que nos han dicho, pero no es la palabra correcta, profesor Alcázar. La palabra correcta es amor. La EMADA sería más lo que algunos tratados antiguos llamaban enamoramiento, o pasión. Yo amo a Popper Linguini, como usted ha notado, pero no le amo con mis hormonas, irracionalmente... Es más, no amo al Popper hombre. El Popper hombre es un imbécil, pero el Popper híbrido es el ser más dulce y agradable del mundo y quiero estar con él, cuidarle, protegerle... Una afinidad entre seres vivos que

disfrutan de su mutua compañía. No está en la sangre, profesor, es puro comportamiento animal. Aunque se eliminen las hormonas, no se puede arrancar ciertos comportamientos atávicos que están anclados en lo más profundo y primitivo de nuestro cerebro. Eso es el amor.

Galileo se queda callado, pensativo. ¿Será por eso que él ayudó a Newen, el voluntario indígena de la mirada negra y sincera y lo dejó escapar? ¿Era amor lo que sentía por él? ¿Se puede amar a un prójimo desconocido?

—Conocí a Popper cuando entró como voluntario en el programa — continúa Onda—. Para no interferir en los resultados, a todos los sujetos se les dejó que generaran hormonas de forma natural. Así que él se enamoró de mí, cayó enfermo de EMADA por mí. Al principio fue chocante, profesor, sobre todo cuando Popper se transformó en un voluntario alfa y era un híbrido fallido y monstruoso. Fue ahí cuando comencé a investigar por mi cuenta, ya que yo también había empezado a sentir algo por él, por él, que no podía ser EMADA... ya que mis niveles de deshormonación son totalmente normales. Pero algo había nacido en mí, algo que parecía compasión, que daba alegría, no sé cómo explicárselo mejor... yo amaba a Popper, lo amé como voluntario alfa, a pesar de su monstruosidad, le amé más aún por su desgracia... ¡Si el doctor Heim supiera esto! —Onda termina con un sollozo.

Galileo se acerca a consolarla. Va en contra de los reglamentos, de las normas de la ciencia y de cualquier uso profesional, pero Galileo se acerca a Onda y la abraza, como un amigo. Onda, sorprendida y reacia al principio, se relaja después y se entrega a los brazos musculosos y cálidos de Galileo.

—Tranquila, Onda, le guardaré el secreto —susurra Galileo.

En ese instante, las paredes vuelven a temblar de nuevo. El agua de las cubetas se agita y salpica el suelo. Los voluntarios flotan inconscientes en las aguas agitadas.

—¡Salgamos de aquí! —dice Galileo, tomando a Onda de la mano—. Puede ser peligroso, debemos salir del laboratorio.

—No, yo no voy a dejar a Popper solo. Además, alguien tiene que vigilar el experimento.

—¿Dónde está el doctor Heim? —Galileo se da cuenta en ese momento de que el científico ha abandonado su guardia. No estaba ahí cuando él llegó. Hace un gesto de cabeza a Onda y, tambaleándose por los temblores que continúan, sale corriendo por el pasillo.

# 15

«Estamos en un momento crítico para la nación. Argentina necesita nuestra unidad más que nunca. Por eso no podemos permitir traidores y espías entre nosotros. Hoy hemos detectado por fin a los que, fingiendo ser de los nuestros, trabajan para países extranjeros, queriendo perjudicar a Argentina...».

Cristina se sobresalta. ¿Se ha movido? Sí, el cuerpo de Cubí Sàntxez se ha movido. Su desproporcionada cabeza muerta ha caído de lado y ahora... su mano tiembla. «No, no puede ser, ¿está vivo?». Cristina mira a la generala Fetuccini. «¿Me estoy volviendo loca? También se ha movido, se está moviendo...», y de pronto siente el temblor bajo sus presidenciales nalgas, y en toda su suite, en los muebles, en las paredes... «¡Nos atacan!».

Ayanz entra corriendo en la suite.

—¡Presidenta Viuda!

—¿Qué sucede?

—No lo sé.

El gigantón hace equilibrios en medio de la estancia, que se agita a un lado y otro. Tiende su mano hacia la Presidenta Viuda.

—Venga conmigo. Tenemos que salir de aquí.

Cristina asiente, toma la mano del alférez Ayanz y salen corriendo por los pasillos.

—El ascensor no es seguro. Vamos por aquí —Ayanz la dirige hacia una puerta metálica y se internan por un corredor oscuro que termina en unas estrechas escaleras. Suben rápidamente, sin darse cuenta de que el temblor ha parado. Llegan a la parte superior de la base Elgor.

Los militares corren de un lado a otro, agitados, se oyen conversaciones alarmadas por todas partes. Cuando ven llegar a la Presidenta Viuda, guardan silencio.

—¿Qué está pasando? —Cristina eleva la voz, autoritaria. Nadie responde —. Averigüen inmediatamente de qué se trata.

Los militares salen disparados en distintas direcciones. Cristina se acerca a Ayanz y le hace una seña para que se agache y poder hablarle al oído.

—Galileo está en el laboratorio. Vaya a buscarlo, por favor. Póngalo a salvo.

—A sus órdenes —Ayanz se cuadra y va a echar a correr, pero Cristina le agarra por el antebrazo.

—Tráigalo aquí, ¿sí?

Ayanz y Cristina intercambian una mirada de complicidad. Ambos temen por él. Galileo es su secreto compartido. Ayanz sale rápidamente y Cristina se queda en medio del enorme vestíbulo, sola. «¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Qué sentido tiene si lo único que me importa ahora mismo es él?». Un mando militar interrumpe sus pensamientos.

—Es un terremoto, Presidenta Viuda. Se ha podido sentir en todo el sur del país.

—¿Está seguro?

El militar asiente.

—Tengo que dirigirme a la nación. Preparen la sala. Debo anunciarles cambios importantes. La generala Fetuccini ha muerto. Ahora la comandante en jefe soy yo.

El militar saluda y se cuadra. Cristina, seria, le devuelve una leve inclinación de cabeza.

## 16

Galileo recorre los pasillos buscando al doctor Heim, asustado por los intermitentes temblores que sacuden la base. Tal vez tan solo es un terremoto y sus réplicas. Tal vez son los heraldos del gran temblor que está aún por llegar. Tal vez... es solo la distorsión de Dinde-Poulet, provocando la colisión de varios mundos paralelos cuyos seres inimaginables están a punto de encontrarse, como el Galileo rubio y el moreno.

Entra en el pabellón de los voluntarios gamma. Un extraño silencio, allí donde otras veces hay una algarabía de chapoteos y gruñidos. Todos los voluntarios están callados, con los ojos cerrados, tranquilos, flotando en sus cubículos de agua salada. Galileo se acerca y observa: todos están profundamente relajados. Una idea irrumpe en su mente como un fotón.

Galileo sale corriendo de la sección gamma y entra en el pabellón de los voluntarios delta. Todos están flotando plácidamente, inmóviles, como los gamma... Galileo confirma su intuición: Heim ha iniciado el experimento de forma masiva, es la única explicación posible. Está transformando a todos los voluntarios, ¡está fabricando su ejército marino para tenerlo listo en veinticuatro horas!

Ya no puede confiar en él. Pero ¿dónde se habrá metido el doctor? Galileo sigue entrando en las distintas secciones y confirma su teoría: todos los

voluntarios están en coma, sometidos a la regresión, flotando en las cubetas. Pero Heim no aparece por ninguna parte. Galileo llega al despacho del doctor y llama. No hay respuesta, no está ahí. Una oportunidad perfecta para entrar y ver qué se trae entre manos.

Galileo prueba con las yemas de sus dedos si el acceso a todas las dependencias que le dio Cristina incluye la guarida de Heim, pero la puerta no se abre. Entonces intenta el sistema de fallo de lectura. Todas las puertas tienen una contraseña, como las antiguas, en caso de que haya un error del sistema. Galileo comienza a probar palabras, concentrándose en recordar sus conversaciones con el doctor. «Elegidos», «líder», «dolor»... nada funciona, pero Galileo sigue esforzándose hasta que recuerda una palabra que el doctor empleó para hablar de sus híbridos: «superhombre».

La puerta se abre y Galileo entra en ese mundo del pasado, una disrupción en sí mismo, con sus muebles del siglo XX y su repugnante alfombra de lana natural. La luz de las lámparas vetustas está encendida, dándole a todo un tono amarillento y misterioso. La calavera que el doctor usa como pisapapeles parece sonreír a Galileo, que responde a su amabilidad levantándola y comenzando a leer febrilmente los papeles del doctor, buscando no sabe bien qué. Una desesperada forma de vencer al monstruo.

Pero no ve nada, solo las notas del experimento. Galileo sigue registrando el despacho y busca por los cajones, entre los libros del doctor... hasta que encuentra una carpeta con viejos recortes de periódicos en alemán. Afortunadamente Galileo lo aprendió mientras estudiaba en Alemania. Lo que lee en ellos le deja congestionado: «El doctor Heim buscado por crímenes de guerra», «El criminal de guerra nazi Heim buscado en Egipto», «Buscan al doctor Heim en España», «¿Está el doctor Heim en la Patagonia?».

Pero lo que le deja más asombrado de todo son las fechas de los recortes: 1960, 1980, 1990... ¿Se trata del padre, del abuelo, del bisabuelo de Heim o es que este tiene muchos más años de lo cabría imaginar? Con las técnicas de longevidad al alcance de los más ricos, una persona puede vivir hasta doscientos años, pero ¿cuántos años tendría Heim si fuera él el mismo que aparece en las fotos de los viejos periódicos?

Porque podría ser él, la cara es casi idéntica, si bien más joven, menos artificial, puede que la segunda piel haya modificado ligeramente la fisonomía del doctor. Eso explicaría sus comentarios sobre tiempos pasados, la decoración de su despacho... pero no, no puede ser, sería viejísimo, la persona más vieja del mundo...



Galileo lee con avidez los recortes. Heim fue un doctor en los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial, ¡la Segunda! Ni siquiera la Tercera, que ya es antigua para la generación de Galileo. Allí se hizo famoso por su crueldad, realizaba experimentos con los prisioneros para ver cuál era el límite del dolor que un cuerpo humano podía soportar. Los prisioneros españoles, republicanos atrapados por los nazis a quienes Heim odiaba y consideraba de raza inferior, le pusieron un mote, «el banderillero», por su afición a poner inyecciones. Según la prensa, uno de sus experimentos era inyectarles benceno. El doctor sacaba su viejo cronómetro y medía el tiempo que tardaban en morir, sin perder su famosa sonrisa.

Los papeles se le caen de la mano. ¡Es él! ¡Tiene que ser él! Su odio a los españoles, su gusto por el dolor, su cronómetro, su sonrisa... ¡el doctor Heim era el mismo que torturó y asesinó a miles de prisioneros en los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial, el mismo que persiguieron los cazadores de nazis por todo el mundo, sin éxito!

Su pista se perdió en la Patagonia. Tuvo que mantenerse vivo, resistir, alcanzar la época de los tratamientos de longevidad, llegar a la era del revisionismo nazi que promovió Alemania, salir a la luz con discreción y seguir trabajando en nuevos experimentos al servicio del Gobierno de Argentina. Todo encaja, según los datos que Galileo acaba de descubrir.

Sigue buscando más información, pruebas de su teoría, frenéticamente, en el despacho del doctor Heim, hasta que unos ruidos en el pasillo le sobresaltan. Alguien se acerca. Aún está lejos, pero puede oír sus pasos y su respiración. ¿Son pasos esos golpes sordos e irregulares que escucha cada vez más cercanos? ¿Ese jadeo que se aproxima es una respiración humana? Galileo se asoma apresuradamente a la puerta del despacho y mira hacia el pasillo. Un escalofrío de horror y repugnancia recorre su espina dorsal.

Al fondo del corredor, bajo la luz verdosa y macilenta, ve a una criatura espantosa reptando, arrastrándose, renqueando con torpes saltos. Un rostro humanoide, blanquecino, de afilados dientes y ojos enrojecidos y acuosos; unos miembros deformados, grotescos, como brazos mal terminados, acabados en dos garras de largas uñas. Un cuerpo escuálido, huesudo, de piel costrosa, que se apoya en una especie de cola, en realidad dos piernas que se sueldan a la altura de las rodillas y terminan en un único pie aplanado, con el que se apoya para darse impulso y avanzar por el pasillo.

Entonces, el monstruo le ve. Sí, levanta su cabeza deforme y horrenda y le mira a los ojos, emitiendo un gruñido infrahumano. El aborto comienza a

gatear más rápido, demasiado rápido para sus miembros maltrechos, acercándose.

Galileo echa a correr por el pasillo. El monstruo le persigue, gruñendo y babeando. Por mucho que Galileo corre, el engendro le sigue el paso, todavía lejos pero no lo suficiente. Otro temblor comienza a agitar las paredes, y la alarma vuelve a sonar. Galileo sigue corriendo por los pasillos, buscando la salida del laboratorio. Ya está cerca de la puerta, mira atrás y el infraser sigue ahí, avanzando hacia él.

Galileo, temblando de miedo, pone las yemas de sus dedos sobre el lector, pero la puerta no se abre. Las alarmas siguen sonando, todo se mueve. Algún mecanismo de seguridad le impide la salida, y el monstruo se acerca, mirándole con una expresión de fiereza espantosa. Galileo lo ve cada vez más cerca y piensa que no tiene escapatoria, que se va a tener que enfrentar a eso si quiere salir vivo de ahí.

## 17

Los tehuelches sienten el polvo de roca cayendo sobre sus cabezas, dentro de la cueva. Todo se mueve, pero no pueden ver nada, solo sentir el temblor en sus miembros, en la penumbra, y los pequeños trozos de roca desprendiéndose sobre su pelo. Pero continúan en silencio, no se oye ni un solo grito. Célula y Pitágoras se aferran el uno al otro, aterrorizados, pero no se atreven a gritar.

—Tenemos que salir —le dice Newen a Aukan.

Aukan, sin replicar, se pone en pie y da la orden de salir lentamente. El temblor se detiene, como si quisiera darles la oportunidad de abandonar la cueva. Poco a poco, los tehuelches se dirigen hacia la claridad, con pasos decididos pero cautelosos. Célula y Pitágoras se alegran de recibir la luz en sus rostros, aunque tengan que cerrar los ojos porque la claridad es demasiado fuerte.

Un ruido penetra en sus oídos como un insecto. No pueden verlo, pero lo escuchan: el sonido intermitente de las aspas de los drones, zumbando sobre sus cabezas. Los tehuelches levantan la vista y los ven, decenas de ellos, sobrevolándoles. De repente, empiezan a caer sobre la grieta unos extraños tentáculos. Son unos hilos finos pero firmes, como lazos para capturar reses, pero de un material más fino y resistente, además de preciso. Pitágoras y Célula ven cómo algunos tehuelches son atrapados por estos lazos y elevados

por el aire velozmente hacia los drones militares.

Aukan grita:

—¡Rápido! ¡Por aquí!

Todos intentan montar en sus caballos y comienzan a galopar. Algunos no consiguen ni siquiera espolear a su montura, el lazo les atrapa y se los lleva volando. Newen se acerca a Célula y Pitágoras.

—Vamos, ¡dense prisa!

Los adolescentes se suben en sus caballos cuando uno de los lazos cae entre ellos y, antes de que tengan tiempo de reaccionar, Pitágoras sale volando por los aires. Célula lanza un grito desgarrador mientras ve subir a su amado, volando como un pájaro, para perderse en la barriga de un dron. Pero no puede seguir mirando hacia arriba: Newen tira de las riendas de su caballo y la obliga a galopar con él.

—¡No! ¡Déjame! —Célula trata de rebelarse. Pero Newen no lo permite, tira de ella, intentando ponerla a salvo aunque no quiera. Los drones persiguen a los fugitivos, pero los lazos ya no pueden ser tan precisos como cuando estaban quietos. Además, las paredes del desfiladero son cada vez más altas. El camino es inclinado, desciende hacia el mar, y esto favorece la huida de los tehuelches.

## 18

Las alarmas continúan, estridentes, la luz del pasillo se enciende y se apaga y permite ver a Galileo el rostro dantesco del engendro, cada vez más cerca, con sus dientes afilados llenos de baba amarillenta. Galileo se prepara para el choque, en tensión, dispuesto a defenderse a patadas. El monstruo ya está cerca. Galileo grita y empieza a soltar patadas al aire, pero el ser no se detiene. Cuando recibe la primera patada en la cara, emite un grito agudo, animalesco, y bracea con sus garras repulsivas, arañando sus piernas. En ese momento, Galileo siente que la puerta contra la que se apoya cede y un fuerte brazo le coge por detrás y le saca del pasillo.

Galileo recobra la respiración al otro lado, mientras el engendro golpea y araña la puerta dando horribles alaridos. Ayanz pone las manos sobre sus hombros y le mira a los ojos.

—¿Estás bien?

—Gracias, gracias... —Galileo apenas puede hablar—. Me has salvado la vida.

—Se están produciendo terremotos. La Presidenta Viuda me pidió que viniera a buscarte. Vamos, estarás más seguro arriba.

—¿No será demasiado peligroso tomar el ascensor?

—No hay otra forma. Tendremos que arriesgarnos. Es más peligroso quedarse aquí abajo.

Ayanz sostiene con suavidad a Galileo, la mano en su hombro, mientras van por el pasillo camino al ascensor. Entran en la cabina y Ayanz da la orden de subir. Galileo ya respira con más tranquilidad, aliviado.

—¿Qué era eso? —pregunta Ayanz.

—No lo sé. El doctor Heim esconde aberraciones en su laboratorio.

Galileo se apoya en la pared del ascensor. Sus piernas aún tiemblan, todavía está asustado y su cuerpo acusa toda la tensión que acaba de experimentar. Tiene ganas de llorar, pero quiere contenerse, no quiere dar esa muestra de debilidad delante de Ayanz. El alférez le observa de reojo, consciente de todas las emociones por las que Galileo está pasando. De pronto, le pone un brazo por encima del hombro y lo atrae hacia sí.

—¿Qué haces?

—Vení acá —Ayanz abraza a Galileo, que intenta evitarlo, pero termina rindiéndose y entregándose a los brazos gigantescos del alférez. Siente su calor, su pecho amplio y carnoso, y nota cómo la tensión se afloja y una sensación de bienestar comienza a irradiar desde el cuerpo de Ayanz a todos sus nervios.

De pronto, empiezan a sentir temblores en la cabina, y la luz del ascensor se apaga intermitentemente. Los dos se separan y ponen sus brazos en tensión sobre las paredes. De pronto, sienten un golpe seco y un sonido metálico.

—Se paró.

—¿Qué?

—El ascensor se detuvo.

Galileo mira a Ayanz con la cara desencajada. Están colgando dentro de un ascensor parado, en un túnel larguísimo, excavado en la roca de un peñón, en medio de un terremoto. Las paredes siguen temblando.

—¿Y ahora qué?

—Tan solo podemos esperar —dice Ayanz, manifestando calma para intentar que Galileo no se ponga más nervioso.

—¿Esperar?

—Sí. No te pongas nervioso. El ascensor se arreglará y subiremos. No pasa nada. Intentá controlar tus emociones.

Galileo mira a Ayanz con rabia contenida. Pero ve la expresión amable, entregada, de Ayanz y no puede seguir odiándole. Se sienta en el suelo del ascensor, intentando asimilar la situación.

—No sé cómo tú puedes hacerlo.

—¿El qué?

—Controlar tus emociones. Yo no soy capaz.

—A mí también me cuesta —Ayanz se sienta también.

—¿Has averiguado si alguien más sufre de... esto?

—No. Solo tú y yo —miente Ayanz.

—No lo entiendo. ¿Qué puede haber causado esto?

—Tal vez no hay ninguna causa —le dice clavándole una mirada húmeda—.

Tal vez simplemente... sucedió.

—No es lógico.

—No. No tiene nada de lógico. El amor... es algo tan raro. Entiendo que lo prohibieran.

Ambos se quedan en silencio unos segundos. El temblor se detiene. Pero el ascensor no se mueve. Ayanz intenta dar la orden de subida, pero el ascensor no responde.

—Es el sistema de seguridad. Tendrán que accionarlo desde arriba. No te preocupés.

Galileo permanece en silencio, cabizbajo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Ayanz, de súbito.

—¿Qué?

—¿Alguna vez has practicado el sexo?

—¿Por qué me lo preguntas?

Ayanz se encoge de hombros.

—Sí —contesta Galileo—. Cuando era joven, en la fiesta del final de la universidad. Es algo así como una tradición, ¿sabes? Conseguimos unas pastillas para el deseo sexual y nos fuimos a un burdel en Barcelona. Al principio me sentí muy incómodo. No sé si lo sabes, pero mis padres se dedicaban a eso. Todos eligieron una prostituta o prostituto de su preferencia, pero yo no era capaz de decidirme, todos me recordaban a mi padre o a mi madre.

—Qué turbio, che...

—Hasta que llegó esa mujer. Era mayor que yo, muy elegante. Quizá ya era un poco mayor para dedicarse a eso, pero tenía algo especial, algo que me atrajo. Además, con el efecto de la medicación, ya empezaba a sentir deseo

sexual. Los escrúpulos se desvanecieron.

—¿Qué se siente?

—Una exaltación muy rara, como olvidarse de todo en ese momento. Algo muy animal, muy primitivo, poco humano. Y, después de terminar, abrazado a aquella mujer, no pude evitar pensar en mi madre, y me sentí mal. Nunca más lo he vuelto a hacer.

—Yo no lo hice jamás.

—¿No? Pensaba que en el ejército también era tradición...

—Algunos lo hacen, pero yo pertenezco a un cuerpo de élite. Ahí todos teníamos otro vínculo, una amistad muy fuerte, entre hombres, además de una dedicación exclusiva a la nación, ¿me entendés? Lo nuestro no tenía nada que ver con el sexo. Era otra cosa, algo que nos hacía más fuertes, más leales a la patria. Todos teníamos nuestro amigo especial, nuestro favorito dentro del cuerpo. El mío era Gustavo. Habría dado la vida por él, pero jamás pensé en practicar el sexo. Eso era algo sucio, decadente, antiguo. Lo que yo sentía por Gustavo era puro, inocente.

—Pero ¿qué pasó? ¿Por qué hablas de él en pasado?

—Gustavo murió. En la guerra contra Brasil. Ahora pienso que me hubiera gustado practicar el sexo con él.

—Lo siento —Galileo alarga su mano y la pone sobre el antebrazo de Ayanz.

—Ahora ya es imposible, claro. Pero sí me gustaría probar cómo es el sexo. No necesito la pastilla del deseo, vos sabés lo que nos está pasando a vos y a mí. Debería aprovechar este momento, antes de curarme, para probarlo, ¿no creés?

—Bueno, seguro que en Buenos Aires hay algún prostituto...

—No quiero un prostituto, che. Quiero alguien que lo desee como lo deseo yo, que sienta esta necesidad igual que yo —Ayanz pone su mano cuadrada y musculosa sobre la mano de Galileo y le mira a los labios, insinuante.

Galileo recibe una onda sexual, como si hubiera una dimensión invisible pero física que le hubiera alcanzado y provocado un cosquilleo en sus muslos.

—Yo no puedo ayudarte —dice Galileo, con la voz temblorosa.

—Tu cuerpo no opina lo mismo —contesta Ayanz, señalando con la cabeza a la erección que se recorta en la entrepierna de Galileo.

—No, Ayanz, no puedo... —Galileo está turbado y confundido.

—No tenés que hacer nada, vos solo cerrá los ojos.

Galileo se queda callado. Ayanz se acerca a él lentamente, mirándole con

esos ojos llenos de deseo sexual y Galileo siente que empieza a perder el control de sus actos. Ayanz agacha la cabeza lentamente. Galileo cierra los ojos. Ayanz siente una punzada en el corazón, está a punto de lograrlo. Galileo nota el roce de sus gruesos dedos en sus muslos, aproximándose lentamente hacia su polla dura como una viga. «Sí, ¿por qué no? ¿Qué hay de malo? Que haga lo que quiera con ella». Ayanz desabrocha el mono de Galileo y libera su polla. La admira un breve instante, antes de metérsela en la boca y empezar a chuparla con adoración.

Justo entonces suena un golpe metálico, el ascensor da un tirón y comienza a subir. Galileo reacciona, aparta a Ayanz de su polla y se pone de pie mientras vuelve a guardarla en la ropa. Ayanz se queda en el suelo, mirando hacia abajo, compungido. Ambos se quedan en silencio, incómodos.

—¿Podrás disculparme? —dice Ayanz de repente.

—Por supuesto. No ha pasado nada, Newton.

Ayanz mira a Galileo como un cachorrito a su amo, lleno de amor y agradecimiento, desde el suelo.

—Anda, levántate, ya estamos llegando.

Galileo le da la mano al alférez Ayanz y le ayuda a incorporarse. No es que lo necesite para levantarse, pero el contacto de esa mano tendida con la suya es una gota de agua para él, peregrino perdido en el desierto.

## 19

La partida de los tehuelches se detiene en una zona de la grieta, profunda e irregular. Los lados de la garganta se elevan estrechándose hacia arriba, de forma que el espacio para observar el interior de la torrentera desde el nivel del terreno superior es muy pequeño. Miran hacia arriba y ven por esa rendija las panzas de los drones y los tentáculos intentando penetrar por la grieta sin éxito, golpeándose en los bordes, carentes de la precisión necesaria para alcanzar su objetivo ahí abajo. Los guerreros recobran la respiración, igual que sus caballos. Newen abraza a Célula, que está irritada y llorosa.

—No podíamos hacer nada —Newen le habla en un tono paternal—. Se lo llevaron. ¿Querés que te lleven también a vos?

—¡Sí! —responde Célula, enfurruñada.

—Entonces no podrías salvarlo. Ni a Pitágoras ni a tu papá. Ni yo podría salvar a mis hermanos.

Célula recapacita dentro de su confusión, mirando a los ojos oscuros y sinceros de Newen. Se muerde el labio inferior y calla. Pero la conversación se ve interrumpida por un ruido nuevo. Se empiezan a oír entre los sonidos rítmicos de las aspas de los drones otros sonidos más agudos.

—¡Nos disparan! —Aukan da la alarma.

Los miembros de la partida pegan sus cuerpos a las paredes de roca para que los soldados argentinos, encaramados en la parte superior de la grieta, apuntándoles con sus armas, no puedan verles. Aun así, los argentinos consiguen acertar a más de un caballo, mucho más difíciles de ocultar. Aukan da órdenes a dos de los suyos, que se deslizan sigilosamente hacia las cajas de los robots.

Célula observa toda la situación, temblando de miedo, aferrada a Newen y protegida por él, aplastada contra la pared de roca, escuchando los disparos.

Los maestros de robots liberan cientos de moscas, que ascienden por la grieta hacia los soldados argentinos. En unos segundos, comienzan a oírse sus gritos desesperados. Los disparos cesan y en las oquedades del cañón solo se oye reverberar los alaridos de los militares argentinos.

—¿Qué está pasando?

—Son nuestras moscas. Se meten por los orificios de nuestros enemigos y les atacan con agujones diminutos, pero mortales.

—Pero ¿Pitágoras? —Célula tiembla pensando en que puedan atacar a su amor.

—Tranquila, Pitágoras, tú, yo, todos nosotros estamos protegidos. No pueden equivocarse. Además, no creo que Pitágoras esté ya ahí arriba.

—¿Por qué no?

—Seguramente lo han llevado a algún centro de detención. Así lo hacen siempre con los que capturan. Así lo hicieron conmigo, y al final terminé en el experimento.

—¿Qué les hacen a los prisioneros?

—No pienses en eso. Le rescataremos antes. El centro de detención más cercano está en la base Elgor. Imagino que Pitágoras ya estará allí. Nosotros llegaremos pronto.

Célula aprieta los dientes. Ahora tiene más prisa aún por llegar a la base. Arriba cada vez se escuchan menos gritos, solo se oyen las aspas de los drones. Ya no hay disparos, y algunas manos de los cuerpos desplomados de los soldados argentinos asoman por la abertura, colgando sin vida. Las moscas robot vuelven en grupo hacia la caja donde se recargan y se protegen mientras



no actúan.

Descienden brillando, metálicas, verde, azul y tornasol, al cruzar los rayos de luz que surcan la grieta. Dejan a su paso una lluvia de diminutas gotas de sangre que caen sobre las cabezas de los tehuelches, que las reciben con alborozo, lanzando un grito de guerra que hace retumbar la garganta de roca. Han vencido la batalla.

## 20

Galileo está tumbado en la cama de su suite, desnudo, solo. La base es un hervidero de soldados que corren en todas direcciones controlando la seguridad del recinto, entre los temblores periódicos, las alarmas y las luces parpadeantes. Galileo se refugia de esta pesadilla en su dormitorio, pero la siente alrededor, sobrevolándole como un brote de locura que no puede controlar. Como cuando estaba en el baño y se vio diferente en el espejo: el Galileo que pudo ser y no es, o el Galileo que es en otro mundo paralelo. ¿Y si la distorsión de Dinde-Poulet estuviera solo en su mente? ¿Y si fuera parte de su enfermedad mental?

Galileo mira a la pared, el ventanal virtual le muestra la imagen de un cielo infinito, con tonalidades de azules y rojizos, comenzando a atardecer, surcado de nubes que parecen incendiadas. Es hermoso y tranquilizador... hasta que comienza a distorsionarse, a partirse en rayas que quiebran la ilusión, parpadeando. Los temblores afectan a la proyección. ¿La vida acaso no es sino el mosaico caótico que nuestro cerebro reconstruye entre parpadeos? ¿Es más real la imagen completa o la distorsionada? El cielo se deforma, se reconstruye, se hace abstracto, ya no es más que brochazos de colores sin sentido. «Sí, me estoy volviendo loco. No es solo la EMADA. Estoy perdiendo la razón».

—Nunca has estado tan cuerdo como ahora.

La voz llega antes que la imagen, Galileo se sobresalta, pero no tiene miedo. La voz parece amiga, tranquilizadora. En la pared se forma la figura desvaída de un hombre con barba entrecana, de mirada soñadora y tímida.

—¿Quién eres? —Galileo se incorpora y habla con él. ¿Qué importa que sea imposible si está ahí, ante sus ojos?

—Soy Philip. Philip K. Dick.

—¿Nos conocemos?

—Ahora sí.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién eres?

—Sé que te sonará aberrante, pero soy un escritor del siglo XX.

—Lo siento, pero no te conozco.

—Es normal, mis libros fueron prohibidos. ¿Sabes por qué? Cuando yo los escribí ni siquiera lo sabía tampoco, pero fui algo más que un escritor, aunque me dé vergüenza decirte esto. Fui un visionario. Vi cosas. Cosas que después han sucedido. Ahora sé que las vi a través de los pliegues del multiverso, cuando mi cerebro se expandió con el ácido. Las vi como tú estás viéndome ahora.

—¿Qué está pasando? ¿Es la distorsión de Dinde-Poulet?

—Esa distorsión no existe. He venido a decírtelo. El multiverso siempre está aquí, solo hay que abrir los ojos y verlo. El pasado, el presente y el futuro son simultáneos. El aquí y el allá son lo mismo. Yo también pensaba que me estaba volviendo loco. Permití que otros me dijeran que lo estaba. Pero no, no estaba loco, solo podía ver lo que otros no eran capaces de ver, como tú. Por eso he venido a decirte que no te resistas. Acepta tu capacidad de ver más allá, aprovéchala y no dejes que nadie te diga que has perdido la razón. Cuando lo hagas, verás que el mundo vuelve a ser normal, si es que alguna vez lo ha sido.

—Pero eso va en contra de los principios de la ciencia —balbucea Galileo, consternado.

—La ciencia es ficción. La realidad es ficción. O lo que es lo mismo: la ficción es tan real como lo que llaman realidad. Tú eres un personaje de ficción, yo también; todos lo somos. Todo existe y no existe a la vez.

Galileo se queda perplejo, rumiando las palabras de la aparición. Podría intentar contestar algo, pero la imagen del escritor se llena de rayas y se transforma en una especie de globo translúcido, como una medusa hecha de vapor, con humo de distintos colores que se mueven constantemente, sin dejar de formar un ente flotante.

—O tal vez no soy Philip K. Dick —le dice el ser con una voz infrahumana— y en realidad soy un hongo ganimediano. Lo importante es que... nada es importante. ¡Buena suerte, amigo!

La pantalla se divide de nuevo en distintas rayas de colores y, tras unos segundos de inestabilidad, da paso al atardecer del principio.

Galileo vuelve a recostarse en la cama. Ya no puede pensar, más bien no quiere. Todo lo sucedido en las últimas horas escapa a su comprensión. Pero

no importa. Si no lo mira con sus prejuicios sobre la realidad, todo tiene sentido. Su vida desde que dejó escapar al voluntario tehuelche es un episodio de caos que no tiene por qué conducir a ningún orden, ya que el caos simplemente es. El orden es una ilusión humana. Y Galileo solo es una hoja de sauce dando vueltas en un tornado.

## 21

Ya no queda rastro de soldados en lo alto de la grieta. Los tehuelches aprovechan la parada para reponer fuerzas. En los arcones que portan los mulos de la recua hay maíz molido y cuencos. Los guerreros añaden la leche fresca de las ubres de sus vacas. Todos comen esta energética mezcla apoyándose en las paredes de roca de la grieta. Newen advierte que Célula no come. Está seria, pensativa, con el cuenco intacto en sus manos.

—¿No comes?

—No tengo hambre.

—Lo vas a necesitar. Come.

El tono dulce y amable de Newen, su rostro sereno y franco son argumentos incontestables, así que Lulú comienza a comer con desgana. Newen se acerca a hablar con Aukan.

—Estamos cerca del camino sobre el mar. Deberíamos darnos prisa, no podremos caminar por él de noche.

—¿Dará tiempo?

—Podemos intentarlo.

Aukan asiente. Da las órdenes a sus lugartenientes y todos comienzan a prepararse para continuar el viaje. Célula ve que los tehuelches terminan sus comidas y se disponen a emprender la marcha, y sus mejillas se llenan de color. Cualquier minuto más sin Pitágoras es la muerte para ella. Tras los preparativos, Aukan da la orden de partir y la expedición tehuelche se pone en movimiento.

Caminan por las grietas y, cuando llegan a las bifurcaciones, deciden sin titubeos por dónde continuar. Conocen perfectamente la dirección que deben tomar dentro del laberinto. Lulú está feliz por la ágil marcha de la expedición, no hay tiempo que perder. Pero, de pronto, los jinetes que van justo delante de ella se detienen bruscamente. Algo ha sucedido en la cabecera de la partida.

Aukan y Newen intentan controlar a sus caballos que patalean, nerviosos, al borde de un precipicio. Consiguen controlarlos y descienden de sus monturas

para poder observar el abismo. A sus pies se abre una caída de más de cien metros, una falla abierta por el terremoto. Al otro lado, a varios metros de distancia, el camino de la grieta continúa, demasiado lejano para poder saltar y alcanzarlo.

—La tierra se ha abierto.

—Y es solo el principio —sentencia Newen.

—Podemos cruzar con las águilas, pero los caballos, mulos y vacas deberán quedarse atrás.

—¿Cuántas águilas tenemos?

—Solo diez.

—Tardaremos demasiado. Tendremos que hacer noche y continuar mañana.

—¿Llegaremos a tiempo?

Newen se encoge de hombros.

—Lo intentaremos. No podemos hacer más. Solo seguir adelante y confiar en Kénos.

Aukan organiza de nuevo a sus guerreros y las órdenes corren discretas pero efectivas entre los tehuelches. Todos abandonan sus caballos y empiezan a cargar lo que sea útil para la batalla: armas, arcos, boleadoras. Célula se acerca a Newen para averiguar qué ocurre y ve el precipicio.

—Tranquila, llegaremos, pero después de la noche.

Lulú emite un pequeño gruñido de fastidio. Newen frunce el ceño.

—Esa actitud no te va a servir de nada, niña. Procura ser más fuerte.

Célula se queda boquiabierta y se sonroja, como si le hubiera dado una bofetada.

—Agarra todo lo que puedas llevar encima y prepárate para volar —añade Newen.

Los guerreros encargados de los arcones los abren y comienzan a salir diversas criaturas robóticas: moscas, arañas, águilas, serpientes, todas perfectamente recreadas. Los maestros de robots comienzan a dirigirlos con órdenes silenciosas. Primero hacen partir una nube de moscas de forma totalmente regular hacia el otro lado del precipicio. Llegan allí y esperan zumbando sobre una de las paredes de roca, formando un triángulo perfecto. Después, las serpientes se enroscan unas con otras, formando unos nudos geométricos que se ordenan en paquetes de un tamaño similar al de un ser humano. Entonces las portentosas águilas las asen con sus fuertes garras y elevan el vuelo, portándolas hasta el otro lado y dejándolas allí con delicadeza. Al tocar el suelo, los reptiles robot se desenroscan ordenadamente

y reptan hasta el borde de la pared rocosa.

Las águilas vuelven junto a los maestros de robots, que ordenan a las arañas subirse a los cuerpos de las aves. Célula observa la escena con repugnancia: cientos de arañas enormes y peludas trepando sobre las águilas y cubriendo completamente sus cuerpos emplumados. Una vez cubiertas de arañas por todas partes menos por sus alas, las águilas emprenden el vuelo y las depositan al otro lado del abismo.

Cuando las águilas vuelven, Célula ve con pavor cómo sobrevuelan a los guerreros y posan sus garras afiladas sobre sus hombros. Los tehuelches se asen con fuerza a sus patas y se dejan elevar sobre el suelo. Célula mira sobrecogida cómo las águilas transportan a los guerreros sobre el abismo y los dejan al otro lado. Newen se acerca a ella.

—No tengas miedo. Las águilas jamás te fallarán. Confía.

Célula asiente en silencio. Está aterrorizada, pero tiene que cruzar al otro lado y salvar a Pitágoras, a su padre y a los demás. No hay otra posibilidad. Ve acercarse a un águila y pone todos sus músculos en tensión. Siente las garras posándose gentilmente sobre sus hombros y se aferra a ellas con todas sus fuerzas.

—Más arriba, agarrala por las patas —le susurra Newen.

Célula coloca sus manos más arriba y se ase a las patas del águila. Antes de que tenga tiempo de pensarlo, el ave robot echa a volar y la levanta del suelo. Célula evita mirar hacia abajo, pero, sin querer, ve la pampa surcada de grietas y el cielo infinito que la rodea. Si no tuviera miedo, sería tan hermoso... Entonces, súbitamente, se da cuenta de que el miedo no sirve para nada, es un sentimiento estéril, lo contrario del amor. Lulú rechaza al miedo, lo expulsa de su cuerpo, y disfruta del cielo a su alrededor y el viento sobre su rostro. Vuela.

El águila se posa con suavidad en el otro lado del precipicio. Célula tiene tiempo de acomodar sus piernas al tocar el suelo, no hay ninguna brusquedad en su aterrizaje. Suelta a su águila y se gira para verla volar de nuevo hacia el otro lado. Le gustaría ser como ella. Piensa que acaba de comprenderlo todo.

## 22

Galileo despierta en medio de otro temblor. Las paredes de su habitación se mueven, con más fuerza que las anteriores veces. ¿Será este el definitivo? ¿Aguantará la base en su lugar o se desmoronará hecha pedazos, con ellos

dentro? La luz se apaga y solo puede ver los destellos intermitentes de las marcas de emergencia. Nada más se escucha el estridor de las alarmas.

Se incorpora, asustado, se pone unos pantalones y sale de su dormitorio. Corre hacia la puerta de la suite, dispuesto a abrirla y salir fuera, no sabe adónde ni para qué, solo siente la urgencia de escapar. En el preciso momento en que abre la puerta, se da de bruces con Cristina. Ambos se quedan quietos, jadeando a escasos centímetros de los labios del otro.

—¿Estás bien? —pregunta Cristina con preocupación.

—Sí, estoy bien. ¿Tú?

Cristina asiente.

—¿Puedo pasar? —pregunta tímidamente.

—Por supuesto —Galileo le abre la puerta.

Cristina avanza unos pasos y después se vuelve hacia Galileo, desencajada.

—Temía que te hubiera sucedido algo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Es una idea que me vino a la cabeza. Temía por ti.

Galileo la mira de arriba abajo. Su cuerpo de generosos pechos y amplias caderas ceñido por el traje negro de viuda, sus medias apretando unas piernas curvilíneas y firmes. Vuelve a mirarle a la cara, ese rostro de alabastro, de esfinge coronada por unos ojos brillantes, enormes, húmedos, y sus labios rojos, sensuales, abiertos como una invitación.

Cristina siente un hormigueo por las piernas, por sus caderas, por su vientre... Galileo la escruta con una mirada baja, sus pestañas perfectas entrecerradas, la mandíbula apretada haciendo que un músculo se recorte en su mejilla como un bocado apetecible, igual que su torso desnudo, manjar de carne humana.

Sin poder evitarlo, Cristina y Galileo se lanzan el uno sobre el otro, con ansia, con pasión, derrotados por el deseo. Sus labios se entrelazan lúbricamente con sus lenguas mientras se funden en un abrazo violento donde las manos buscan descubrir todos los rincones de su cuerpo en el menor tiempo posible y cada descubrimiento les enciende más todavía.

Galileo, con dedos torpes, temblorosos, desabrocha el traje de Cristina y descubre su ropa interior ceñida, negra, pero ligeramente transparente, suave, bajo la que se elevan unos pezones erectos y duros, tan duros como su polla, que amenaza con romper la tela del pantalón. Pero no llega a hacerlo, porque Cristina introduce las puntas de sus dedos por el borde de la cintura y desgarrar los pantalones de Galileo con un fuerte tirón, liberando el miembro de

Galileo, encendido, húmedo, anhelante.

No espera a que él le quite la ropa interior, ella misma toma ese tótem entre sus manos y lo conduce, sin dejar que pase ni un segundo más expuesto, hasta la entrada de su coño, apartando la tela que lo cubre. Galileo la sostiene entre sus brazos musculosos y la eleva tan solo un instante, para después dejarla caer, sujeta por la cintura, sobre la punta de su falo que la penetra como un animal que se refugia veloz en su guarida.

Cristina gime en su oreja mientras Galileo empuja arriba y abajo, como un león encelado; se aferra a su espalda con las uñas y se las clava. Eso solo enciende más al semental que la empotra contra la pared y sigue culeando frenético. Cristina le lame la oreja y Galileo gime, estremecido, se sale de dentro de ella y comienza a lamer su cuello, sus clavículas, sus pechos, deteniéndose en sus pezones tostados y deliciosos, para después ir descendiendo poco a poco por su abdomen hasta su coño. Galileo besa esos labios arrebolados, inflamados y húmedos, mientras se masturba.

Cristina emite un grito desgarrador, más bien un gemido que sale de la profundidad de sus entrañas, y se deshace en la boca de Galileo como una fuente de fruta licuada, almíbar que empapa la barbilla del macho, desbordándose de su boca que intenta tragar el resto, como quien bebe el agua del oasis tras la travesía del desierto. El sabor de Cristina en su boca es demasiado placer para Galileo, que se corre con varios vigorosos lanzamientos de semen que empapan los muslos, las rodillas y los pies de la Presidenta Viuda.

Galileo se desploma en el suelo, a los pies de Cristina, y apoya su mejilla sobre ellos, se embadurna con su propio esperma, embriagado de sexo. Mira hacia arriba y ve a Cristina, jadeante, mirándole con ojos de fuego, la boca abierta, insinuante, dejando asomar la punta de la lengua. Galileo levanta delicadamente uno de sus pies y se lo mete en la boca. Lame uno por uno sus dedos empapados de semen. Cristina se muerde el labio. Con lentitud, deleitándose en el momento, Galileo deja el pie en el suelo y toma el otro, para lamerlo de la misma forma.

Cuando termina de hacerlo, Cristina se deja caer apoyada en la pared y se sienta junto a él, besándole con pasión, saboreando sus orgasmos mezclados en un cóctel afrodisíaco. Después de beber todo lo que hay en sus lenguas ávidas, Cristina se separa y mira a Galileo a los ojos, brillantes y dilatados.

—Así que vos sentías lo mismo...

Galileo solo asiente con un gesto encantador e infantil y se abraza con

fuerza a su pecho. Cristina mete sus dedos entre los rizos rubios de Galileo y sonríe con toda su boca, mientras siente la indestructible erección del hermoso macho clavada en su vientre, dejando su cuidado entre las azucenas olvidado.

## 23

Pitágoras no sabe dónde está. Nada más subir al dron le pusieron una capucha ceñida, con un agujero en la boca para poder respirar. Después sintió cómo le ataban muñecas y tobillos. Luego intuyó que volaba durante largos minutos. Pudo notar el aterrizaje y, justo después, unas manos rudas le obligaron a salir, dando tumbos, y a tenderse en una superficie que comenzó a deslizarse, hasta llegar a ese lugar donde lleva encerrado ya demasiado tiempo. Parece un lugar estrecho, puede palpar sus reducidas dimensiones con las manos atadas, con los codos, con las puntas de sus pies. A lo lejos, escucha en sordina los gritos de otros prisioneros.

Súbitamente, la puerta se abre, o eso le parece por el sonido. Unos brazos fuertes le obligan a incorporarse. Escucha un chasquido, y siente liberarse la presión sobre sus tobillos. Una garra le aprieta el codo y le fuerza a caminar a ciegas. Pitágoras se deja llevar, no tiene otra opción. Tras un recorrido no muy largo, las manos le obligan a sentarse en una silla que percibe fría, metálica. De nuevo siente la prisión sobre sus tobillos, parece que le han esposado a una silla. Nota cómo separan sus brazos hasta ponerlos en cruz, estirándolos al límite de su resistencia.

Unas tijeras recorren su cuerpo cortando su ropa. Las manos tiran de los jirones, dejándolo desnudo. Sus nalgas perciben el frío metálico de la silla. Entonces las manos tiran de la capucha y le dejan ver una luz que le deslumbra.

—Indio de mierda —dice una voz cavernosa, detrás de la luz—. Eh, indio de mierda, ¿no contestás? ¿No decís nada?

Pitágoras se da cuenta de que le hablan a él. Decide no responder.

—¿No te gusta hablar? Pues te aseguro que vas a hablar. Más tarde o más temprano, eso ya depende de lo estúpido que seas. ¿Sos muy estúpido?

Pitágoras tampoco responde.

—¿Qué carajo están preparando ustedes? ¿Qué hacían en nuestro territorio?

Pitágoras calla.

—¿No querés hablar? Pues me lo vas a contar todo, ya lo verás. Lo verás,



puto indio del carajo. Méntanle la aguja.

Unas manos fuertes agarran la cabeza de Pitágoras y la sujetan mientras le clavan una jeringa en la sien. Pitágoras grita, aterrorizado, el dolor es insoportable.

—Tranquilo, puto. Es una aguja inteligente, no te romperá el cerebro. Lo queremos usar primero. Dale, que vea cómo es nuestra medicina para los putos indios que no hablan.

Pitágoras nota una corriente eléctrica en su sien y una descarga recorre su espina dorsal. Se marea y empieza a ver formas y destellos en la luz que le deslumbra. Le duele terriblemente la cabeza. Los destellos blanquecinos toman forma y de pronto ve a Lulú frente a él. Sabe que no es real, pero la ve tan cierto como si estuviera ahí. Lulú le sonríe, pero Pitágoras se da cuenta de que está atada, con los brazos en cruz, como él.

—¡No! —grita desde el fondo de sus entrañas.

—Al menos no es mudo el indio de mierda —dice la voz de su torturador.

La imagen de Lulú sigue ahí y ya no sonríe. De la nada surge un látigo y cruza la cara de la chica, dejándole una marca sanguinolenta. Pitágoras aprieta las mandíbulas, la cabeza le duele aún más. Oye reírse a sus torturadores. Lulú recibe otro latigazo, y otro. Su piel blanca se cubre de sangre. Pitágoras comienza a gritar y gimotear, desesperado, mareado por el dolor eléctrico que recorre sus nervios. Un vidrio entra en escena, un trozo de vidrio roto, largo, con los bordes mellados. «No es real, esto no es real», Pitágoras intenta convencerse, pero el vidrio avanza hacia la entrepierna de Lulú y se clava en ella. La chica aúlla de dolor, y sus muslos se llenan de sangre, que sale a borbotones de su vagina. Pitágoras grita como un cerdo degollado y rompe a llorar.

—Pará un momento —dice la voz con una tranquilidad espantosa.

Pitágoras ve que la Lulú que su mente torturada ha visualizado se desvanece en la luz cegadora. La descarga eléctrica se detiene.

—¿Te gustó lo que viste? Pues es solo el principio. Todos tus miedos están ahí, en tu puta cabeza de indio, esperando a que los hagamos desfilar delante de tus ojos. Pero, tranquilo, no te aburrirás ni te acostumbrarás, porque tenemos otras partes de tu cuerpo con las que jugar mientras contemplás tus terrores. Vos sos joven, ¿te gustaría tener hijos? Si te portás bien podríamos dejar al margen tus pelotas de indio.

—No soy indio —Pitágoras escupe, con la voz temblorosa.

—¿No? A mí me lo parecés...

—No soy indio. Soy Pitágoras Farfalle, el hijo de los granjeros de la Hacienda de los Boldos. Me escapé con Célula, la hija del profesor Alcázar, y acabamos en poder de los indios.

—Bueno, bueno, bueno... Mirá cómo sabés hablar... O sea que sabés dónde está la hija de Alcázar.

—Ya no, lo sabía... pero ya no lo sé. Solo íbamos con los indios porque nos capturaron. No sé nada de sus planes.

—Bueno, muchachito, eso tendremos que hablarlo con más calma, ¿tú ves? Pero ya tenemos un comienzo. Nos vas a decir dónde está la hija del español y todo lo que sepas de los indios, ¿está claro?

—No sé nada, se lo prometo...

—Vení, vamos un momento fuera.

Pitágoras, en su confusión, duda si esa frase se dirige a él, pero escucha los pasos del otro torturador y, después, la puerta que se cierra, dejándole en silencio. Sabe que tiene unos instantes a solas y debe pensar a toda velocidad qué les va a decir a esos repugnantes cobardes para que no le maten.

## 24

Cristina y Galileo están abrazados en la cama, contemplando la clara noche azulada que acaba de caer virtualmente en la pared. Sus rostros están relajados, resplandecientes.

—No sé por qué nos ha pasado esto, pero no me importa —dice Galileo, mirando a los ojos inmensos y brillantes de Cristina—. Al principio me torturó saber que había contraído EMADA, pero ahora que sé que tú también sientes lo mismo que yo, ya no me preocupa.

—Ni a mí, me siento tan...

—¿Feliz?

—Como nunca. Sabés que estuve casada, y yo pensaba que era feliz, como todos pensábamos que debía ser la felicidad, porque no conocíamos esto. Ahora entiendo por qué lo prohibieron.

—¿Por qué?

—Es demasiado poderoso. Más que la religión o que la patria. Esta emoción es enemiga del orden, Galileo, por eso la antigüedad fue tan turbulenta. Los gobiernos necesitan poder controlar a su población. Si todo el mundo tuviera EMADA... sería sencillamente imposible. Por eso nadie debe saberlo.

—Tranquila, será nuestro secreto. Solo lo sabremos tú y yo.

Ambos se funden en un beso arrebatado.

—¿Vos sentiste algo así por tu esposa?

—Claro que no. Igual que tú con tu marido, pura convención, aunque entonces no me daba cuenta. Nos casamos como se casa todo el mundo, por afinidad, sin pasión, de forma absolutamente racional. Aunque ella...

—Sé que enfermó. Recordá que lo sé todo sobre vos —añade Cristina con una sonrisa pícaro.

—Lo que pasó con mi mujer me inquietó siempre y, ahora que puedo sentir, incluso me duele. Desprecié tanto a Mitocondria por haber contraído EMADA, por enamorarse de mí... y ahora la entiendo tanto.

—¿La amás? —Cristina pregunta, seria de repente.

—No, no es eso. Te amo a ti, Cristina, a ti desde que todo esto comenzó, desde que te vi por primera vez, aun sin reconocer lo que me sucedía. Mitocondria para mí es solo un remordimiento por cómo la traté. Ni siquiera quise abrir su cápsula de despedida.

—¿Te gustaría verla?

—¿Cómo? —Galileo tiembla, desconcertado.

—Cuando te investigamos, hicimos un volcado completo de tus contenidos de intermind. Entre ellos estaba la cápsula de tu esposa.

—No sé si estoy preparado. Quiero verlo, pero tengo miedo...

—Podrías cerrar esa etapa, despedirte de ese recuerdo, empezar de nuevo.

Galileo mira a Cristina. Tal vez tenga razón, quizá sea esa la cuenta que tiene que saldar antes de poder entregarse por completo a ella. Porque él quiere ser suyo, no importa cómo, escondidos de todo el mundo, e intuye que Cristina también lo desea.

—Tienes razón, creo que es el momento de ver su cápsula.

—¿Ahora? ¿Estás seguro?

—Sí, bueno, cuando se pueda...

—Ahora se puede. Esperá —Cristina se concentra y busca en su intermind—. La podés ver por la pantalla en cuanto estés listo. Voy a la ducha.

Galileo no tiene tiempo de poner más objeciones, ve cómo Cristina se levanta de la cama y se mete en el cuarto de baño. Mira hacia la pantalla, ocupada por un icono de mensaje con la fecha en la que Mitocondria grabó su despedida. Escucha la puerta del baño cerrándose, solo tiene que dar la orden de reproducir.

En la pantalla aparece Mitocondria, con ojeras, consumida por la

enfermedad, temblorosa, en su casa de Lisboa. La mera visión de esas paredes ya trae dolorosos recuerdos y nostalgias a Galileo. ¡Malditos sentimientos! Mitocondria comienza a hablar:

«Hola, Galileo. Cuando veas esto yo ya me habré sacrificado. Sé que no me comprendes, que me desprecias, pero, si supieras el dolor que eso me produce, no lo harías, porque sé que tú eres un buen hombre, solo que estás ciego, mi amor, te han engañado, como nos han engañado a todos. Pero no quiero convencerte, no quiero reprocharte nada, solo quiero despedirme porque esta vida ya no me interesa, no sin tu amor o, al menos, tu comprensión».

Galileo rompe a llorar desconsoladamente. «Ahora tienes mi comprensión, Mitocondria, sí, estaba engañado...». Galileo siente un dolor en su pecho.

«Como ya sabes, me sacrifico por nuestra hija. Así podrá ir a la universidad. Tus padres hicieron lo mismo contigo y sé que veneras su recuerdo. Así quizá me querrás un poco, a tu manera, sin amar, pero me apreciarás por mi sacrificio, o eso espero. Lo hago por ella, pero no voy a negar que también lo hago por mí y por nosotros».

Mitocondria se detiene un instante, emocionada. Parece que no puede continuar hablando, pero prosigue, mirándole a los ojos.

«No puedo vivir con el sufrimiento que me provoca amarte con todo mi cuerpo y saber que tú solo correspondes a este sentimiento con incompreensión y desprecio. Eso me mortifica y me hace tan infeliz que ya no quiero vivir. Tampoco quiero curarme, no tengo que curarme de nada, los que tenéis que curaros sois vosotros, todos los demás, los que negáis la naturaleza y el amor. Sé que no lo entiendes. Me gustaría esperar que algún día lo hagas, pero tendría que cambiar el mundo entero y yo soy solo una mujer. He perdido la esperanza. Pero, a pesar de todo, del dolor, de tu rechazo, no he dejado nunca de amarte. Y prefiero terminar mi vida así, amándote. Te quiero, Galileo. Espero que algún día puedas si no entenderme, aceptarme, o al menos perdonarme. Cuida de Célula».

La imagen desaparece y la pantalla se llena de negro. Galileo llora desconsolado, histérico, avergonzado. Sabe que era imposible que él entendiera algo así, que reaccionara de otra forma como lo hizo, pero aun así se siente culpable. «Ahora te entiendo, Mitocondria, aunque ya es tarde. Toda nuestra vida juntos pasó como un sueño delante de mis ojos y no supe verte, no pude amarte, ¿cómo iba a hacerlo si estaba antihormonado y convencido de que eso era lo correcto? Y ahora, ahora que sé todo esto, ¿cómo podré

permitirme amar cuando te sacrificaste por mi culpa?».

Escucha el agua en la ducha, Cristina está ahí, desnuda, a escasos metros, pero no puede pensar en su cuerpo que desea como un animal en celo. La EMADA es intrincada y compleja, el deseo sexual es solo una de sus variables. Tras ver la cápsula de Mitocondria, Galileo se siente culpable, desgraciado e incapaz de amar. Como decían los antiguos con poca precisión científica, pero bello acierto metafórico, tiene el corazón roto.

## 25

Morey viaja en un dron militar surcando el Océano Atlántico. A su lado, Empirismo Garrigues, la presidenta de Lisboa, su rival en el partido, que ha logrado colarse en la delegación de paz para intentar robarle algo de protagonismo en los medios de comunicación. Su segunda piel apenas puede disimular su cara de mona vieja con peluca rubia y pendientes de perla. Enfrente, Istúriz sentado junto a un secuaz de Garrigues, un lameculos de ondulados cabellos, característicos de las juventudes del PPP.

—¿Cuánto falta? —pregunta Morey, como un niño impaciente.

—Un par de horas —responde Istúriz—, sobrevolamos aguas brasileñas.

—Ufff —resopla Morey—, qué pereza me daría caer ahí. ¿Cómo van las encuestas de opinión?

—Su popularidad sube, señor primer ministro —informa Istúriz—. La mayoría de los españoles está a favor de su participación en las conversaciones de paz.

—¡Ya era hora de que se impusiera la sensatez y la cordura!

—Pero los murcianos siguen con lo de la independencia —apostilla Empirismo—. ¿Cuándo vamos a hacer algo al respecto, pero de verdad?

—Ya estamos haciendo algo al respecto, Empirismo. ¿Se le ocurre una idea mejor? Porque podría aportarla, soy todo oídos.

—No hay que permitir que avancen ni un ápice en su afán por destruir la unidad de España. Yo no lo permitiría.

—Ni yo, Empirismo, ni yo. Mire usted, no hay nada que cohesioné más a un país que una guerra. Ya lo está viendo, el pueblo nos apoya cada vez más.

—Pero no vamos a una guerra, vamos a negociar la paz.

—Lo sé, lo sé... pero la amenaza de la guerra, la fantasía catastrófica, eso es lo que nos une. Ocurra o no ocurra.

—Luego no descarta que ocurra.

—¿Qué cosas tiene, Empirismo! Usted sabe que soy un hombre razonable.

—¿Eso qué quiere decir exactamente, que va a haber una guerra o que no?

Morey mira a Empirismo con una sonrisa socarrona de profundo cinismo, mezclado con absoluto desprecio. El dron sufre una brusca sacudida. Todos se agarran donde pueden, a pesar de ir sujetos por las cinchas de seguridad.

—¿Qué ha sido eso?

—Turbulencias —Morey se encoge de hombros mientras prolonga la ese final, babosa e infinita.

De pronto, otra sacudida, más violenta que la anterior, hace tambalear las papadas blandengues de los ocupantes del dron. Una sensación de mareo, de montaña rusa, de descenso, se apodera de ellos.

—¿Istúriz! ¿Qué pasa? —Morey exige respuesta a su secretario.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —los ojos de este se salen de sus órbitas, entre el miedo y la irritación inmensa que le produce su jefe—. ¿Piensa que yo controlo este cacharro?

—¿Y quién lo controla? Pregúntele —insiste Morey, mientras la caída se agudiza y sus mofletes flácidos se elevan a la vez que Empirismo grita y patatea, histérica.

—Nadie lo controla, señor primer ministro. Es un dron. Pero no se preocupe, hay un control central en Madrid, se estarán ocupando.

Justo cuando Istúriz termina de hablar, el dron hace un ruido seco, se dejan de oír sus aspas y cae en picado. Todos gritan, con los labios y las mejillas temblorosas como flanes.

—¿Sabía que no tenía que venir! —grita Empirismo—. ¡Eres un puto gafe!

—¿Si será culpa mía! —dice Morey, sacando su famosa retranca incluso en el vertiginoso descenso.

El dron activa sus sistemas de emergencia y trata de contener la caída con alerones desplegados. La sensación de caída libre se atenúa ligeramente y los ocupantes de la cabina suspiran, aliviados, para justo después chocar contra algo sólido. Los sistemas de seguridad se accionan, enormes globos que aprisionan a los cuatro monigotes cuyos miembros se disparan en todas direcciones por la fuerza del golpe.

Istúriz está consciente, lleno de adrenalina. Se siente bien, cree que está entero y sin grandes daños. Acciona la orden de liberarse, su protección se desinfla y sale del dron con pasos tambaleantes. Están en tierra. Han tenido la suerte de caer en alguna de las pequeñas islas que hay en el Océano Atlántico, la de Trinidad, según puede informarse en intermind. Se mira y se palpa, todo

parece en orden, manda la señal de petición de rescate y vuelve al dron.

Ordena que se desinflen todas las protecciones y contempla cómo los globos van liberando los cuerpos que aprisionan. El primero en salir trastabillando del dron es el petimetre del PPP, las ondas de su cabello disparadas en todas direcciones, como si le hubieran volcado encima un tazón de fideos. Se pone de rodillas en tierra y vomita repetidamente. Tras él, Istúriz ve salir a Morey con torpes pasos, agarrándose a todas partes para poner el pie en tierra.

—¿Está bien, señor?

—Eso parece, Istúriz... —Morey se palpa y rompe a reír a carcajadas—. Ya sabe que no es mi primer accidente... Y luego dicen que soy gafe, ¡si salgo vivo de todas!

—Usted sí —sentencia Istúriz.

Morey se da la vuelta para mirar al dron y ve que Empirismo no se mueve. Su cara está amoratada. Sucede a veces con los sistemas de protección, según cómo encajen con el cuerpo y la cabeza del accidentado, pueden ahogarle en vez de salvarle la vida. La cabeza rubia de la política cae desmadejada como una muñeca rota.

—Pero Empirismo no... —añade Morey encogiéndose de hombros, y después prorrumpe en una sonora carcajada. El pepepero levanta la cabeza de su vómito para mirarle, escandalizado—. La tensión del accidente, hombre, la tensión... ¡No es que me ría de que esté muerta! ¡Qué disparate! ¡Y luego dicen que soy gafe... si yo me salvo siempre! ¡Será gafe para los demás!

Y Morey extiende su ese final y sigue riendo a carcajadas, junto al dron destrozado y al cadáver de su máxima rival interna, en la remota isla de Trinidad.

## 26

Cristina está parada en medio del dormitorio, espléndida en su desnudez. Galileo levanta sus ojos llorosos y ve sus pechos redondos, firmes, rematados por esos pezones cuyo tacto en su boca le volvió loco de placer, y siente que el cisne de su deseo quiere abrirse paso entre los juncos de su tristeza. ¡Naturaleza, tú no eres madre, eres madrastra!

—¿Cómo te sentís?

—Mal... Bien... No lo sé.

—Estuve pensando en la ducha —dice Cristina con su expresión

impenetrable habitual. La máscara ha vuelto a su rostro—. ¿Qué vamos a hacer con esto?

—No lo sé, Cristina. Yo renunciaría a todo por ti. Es lo único que puedo decir.

Cristina sonrío, enternecida. Se acerca a Galileo y se sienta en la cama. Le acaricia el mentón, esa quijada ancha, prominente, que tanto la erotiza.

—No es necesario renunciar a nada. Podemos tenerlo todo. Todo. Pero nadie debe saberlo. Hagamos lo que hagamos, no es asunto de nadie. Podemos vivir esto en nuestra intimidad.

—Por supuesto, no necesito a nadie más. Solo a ti. Pero una vez que todo esto termine, este conflicto, esta excepcionalidad de vivir en la base, donde estamos en el mismo pasillo, a escasos metros, ¿cómo haremos?

—Dejá que yo me encargue de eso, ¿sí? No malgastes su preciosa mente científica en ese asunto. Para algo yo soy la política. Encontraré una forma.

—¿Sabes cuál es la mejor tapadera que podríamos encontrar? —dice de pronto Galileo, las mejillas ruborizadas, el corazón palpitando rápidamente, los pectorales perfectos en tensión (detalle que no escapa al rabillo del ojo de Cristina).

—¿Cuál? —pregunta, acariciando su pecho de piedra.

—El matrimonio.

Cristina suelta una enorme carcajada. Galileo se ensombrece.

—¿Por qué te ríes?

—No me río de ti. Te amo como nunca pensé que fuera posible amar a nadie, como nunca he amado. Pero ¿cómo explicar al pueblo argentino que me caso con un español?

—Yo ya no soy español. Allá solo me quieren para interrogarme y acusarme de traición. Me haré argentino por ti. El pueblo comprenderá eso. De esa forma podrás tenerme contigo, puedo investigar para Argentina y estar siempre a tu lado, cuando necesites que te haga el amor. Nadie sospechará que un marido pueda estar practicando el sexo con su esposa.

Cristina se queda mirando fijamente a Galileo, ese hombre de belleza perfecta, proporciones de escultura griega, piel suavemente bronceada, pelo rubio y ensortijado. Su mano se escapa a enredarse en esos rizos y, con ese contacto, la polla de Galileo se eleva de nuevo en un esplendor obscuro. Cristina se siente como una mosca atraída inexorablemente hacia una planta carnívora.

Sus bocas se atraen irremediabilmente, sus lenguas se enlazan con



concupiscencia, sus manos se agarran a las partes más sucias de sus cuerpos y acarician los rincones más sensibles. De nuevo la sangre de ambos hierve y Cristina tiene ganas de pegarle, de arañarle, de morderle, y lo hace, lo cual enciende más a Galileo, que la agarra con fuerza de las caderas mientras la penetra violentamente.

Galileo sigue embistiendo, desbocado, pero nota que algo se desgarran entre sus dedos. Siente un tacto rugoso y estriado allí donde había una piel de seda. Cristina no se da cuenta hasta que es demasiado tarde: su segunda piel se ha roto en pleno arrebatado sexual, y su verdadera piel, la de una mujer del doble de la edad que aparenta, se revela como la serpiente que emerge de su muda.

—¡No! ¡No! Pará, por favor. ¡No me mires! ¡Cerrá los ojos!

Cristina, horrorizada, intenta taparse con las manos los jirones de piel falsa que dejan ver su piel verdadera, pero Galileo ignora sus protestas. Con sus manos cuadradas y fuertes, aparta las de Cristina y desgarran la segunda piel por completo. Los pechos flácidos y arrugados de la Presidenta Viuda aparecen bajo las esferas perfectas de la segunda piel. Su vientre de piel descolgada y pálida se bambolea con las embestidas de Galileo. Porque Galileo sigue penetrándola, entregado a ella, sin importarle su verdadera piel.

La vergüenza de Cristina es vencida por su pasión y se deja llevar, deja que Galileo acaricie su piel anciana, que lama sus pezones estriados, que amase sus nalgas desinfladas. Galileo muerde los labios de Cristina y arranca la segunda piel de su cara.

—¡No, eso no, por favor!

—¡Sí! Quiero verte.

Galileo está arrebatado, sus ojos brillan con furor, como los de un loco. Lame los labios de Cristina y con la punta de sus incisivos superiores desgarran la máscara de piel que cubre el verdadero rostro de la Presidenta Viuda. Unas mejillas colgantes se liberan, cayendo con un rebote obsceno. Una papada trémula se descuelga, floja y fruncida como la de un buey. Galileo besa la cara de Cristina, recorriendo cada milímetro, sin dejar ni una arruga, ni un pliegue. Y de esa forma, con sus labios carnosos recorriendo la cara vetusta de Cristina, los dos alcanzan otro orgasmo tan fuerte que les duele.

Caen en la cama aún unidos, derrotados, pero sin querer desencajarse. Sus alientos estremecidos buscan el reposo mezclándose. Sus ojos intentan mirarse, aunque tan cerca no pueden ver más que el borroso brillo de sus pupilas dilatadas.

—Nadie me había visto así —musita Cristina.

—Te amo, Cristina. Te amo con cualquier piel.

Cristina besa dulcemente a Galileo, una lágrima asomando a su ojo izquierdo, el que tiene el párpado ligeramente caído.

—Ahora voy a ir a mi habitación a ponerme de nuevo la segunda piel. Por favor, te lo ruego, no me mires mientras me marcho, ¿lo harás por mí?

—Lo haré si tú quieres.

—Tengo que salir hacia el territorio ERUA para las conversaciones de paz. Espero que no se prolonguen demasiado. Cuando vuelva, haremos planes. Así tendrás tiempo de pensar, por si cambias de opinión.

—No voy a cambiar, Cristina. Me he rendido. Soy tuyo.

Cristina no responde, solo le besa de nuevo.

—Por cierto. Recibí un mensaje cuando estaba en la ducha. Capturaron a Pitágoras, el chico de la granja.

—¿Y Célula? —Galileo da un salto en la cama.

—No sabemos nada aún, pero estamos cerca. Si querés, podés hablar con él. Di órdenes para que te den vía libre a los calabozos y para que dispongas de él como prefieras. Al fin y al cabo, él fue el culpable de todo, ¿no? Vos decidís qué hacer con él, ¿sí?

—Gracias... —Galileo vuelve a besar a Cristina, una y otra vez, quiere tener esa boca atrapada entre sus labios, que no se vaya...

—Ahora debo irme. Cerrá los ojos, por favor.

Galileo cierra los ojos y siente cómo Cristina se levanta de la cama y, con pasos rápidos y sigilosos, abandona el dormitorio. Al oír la puerta, Galileo abre los ojos y se mete en el cuarto de baño. Al verse en el espejo, se asusta de su cara.

Nunca ha tenido los ojos tan grandes, tan azules ni tan profundos. Algo sutil esparcido sobre su persona lo transfigura. Se repite: «¡Tengo una amante! ¡una amante!», deleitándose en esta idea, como si sintiese renacer en él la pubertad desconocida. Va, pues, a poseer por fin esos goces del amor, esa fiebre de felicidad que tanto había despreciado. Penetra en algo maravilloso donde todo será pasión, éxtasis, delirio; una azul inmensidad le envuelve, las cumbres del sentimiento resplandecen bajo su imaginación, y la existencia ordinaria no aparece sino a lo lejos, muy abajo, en la sombra, entre los intervalos de aquellas alturas. El amor, tanto tiempo contenido, brota todo entero a gozosos borbotones. Lo saborea sin remordimiento, sin preocupación, sin turbación alguna.

La puerta de la celda se abre y arroja algo de luz en la penumbra. Pitágoras no levanta la vista, no se atreve a mirar lo que le espera. Pero no sucede nada. Una sombra se recorta en la claridad del vano.

—Pitágoras...

El joven conoce esa voz. No puede ser... Levanta la vista y reconoce, aun a contraluz, la figura de Galileo. Se levanta como un resorte, sin importarle sus dolores musculares, y se acerca para abrazarlo. Galileo se queda quieto al principio, pero siente la emoción del muchacho, su vulnerabilidad, y responde al abrazo con cariño. Después de unos segundos, se aparta y le mira a la cara. Súbitamente, le da una fuerte bofetada. Pitágoras se agacha, dolorido, con la mano en la mejilla. Levanta una mirada interrogante hacia Galileo.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? Has puesto en peligro a mi hija. ¿Sabes dónde está ahora mismo?

—Está bien, te lo aseguro. Está con los tehuelches, Newen la protege.

—¿Newen? ¿El voluntario que escapó?

Pitágoras asiente en silencio. Galileo está furioso, le da miedo.

—Debería estar conmigo. Nunca te perdonaré que te la llevaras y la expusieras a esos peligros.

—¿Aquí estaría más segura? —Pitágoras está empezando a indignarse—. Vos sos un prisionero, ella está libre al menos. Y yo no me la llevé a ningún lado, ella quiso que nos fuéramos juntos. Lulú es una mujer libre. No me importa lo que pienses sobre el amor, Galileo, yo nunca he querido nada malo para ella, yo le he dado todo lo que ella ha querido y le daría mi vida si fuera necesario.

Galileo calla, la sangre le hierve de estupor, rabia y también vergüenza por sentirse así sabiendo que él también está enfermo de EMADA. Mataría a Pitágoras por haber puesto en peligro a su hija, pero el chico tiene razón y él es un hipócrita. Si tuviera el control de sus sentimientos, podría ver todo con claridad, pero ahora mismo está dentro de una espiral que le lleva de un pensamiento a otro, de una sensación a otra, dando bandazos.

—Pitágoras, tú sabes que yo te aprecio. Perdóname por la bofetada. Tengo miedo de que le pase algo a Célula. Lo otro... ya lo hablaremos.

Pitágoras le mira a los ojos, y vuelve a acercarse a él, para fundirse en un abrazo más intenso que el anterior.

—Vos sos de mi familia, Galileo —le susurra al oído—. Vinimos acá para rescatarte.

—¿Qué? —Galileo no puede creer lo que acaba de oír.

—Corrés peligro —Pitágoras sigue susurrando—. Me torturaron, pero no conté nada. Solo dije quién era porque sabía que acabarían avisándote. Si nos ayudamos, podemos salir de esta, pero tenemos que disimular.

Galileo escucha acercarse los pasos de los carceleros. Se separa de Pitágoras y le da otra sonora bofetada.

—¡Cabrón! —grita—. ¡Has perdido a mi hija! ¡Te voy a joder la vida! ¡Dime ahora mismo dónde está!

—¡No lo sé!

—Sí lo sabes, y me lo vas a decir.

Los carceleros se paran detrás de Galileo, intercambiando una mirada de sádico placer. Galileo se da la vuelta hacia ellos.

—Quiero que me dejen a este malnacido para mí. El alférez Ayanz se encargará de trasladarlo a uno de los calabozos del búnker. Quiero tenerlo cerca. No pararé hasta que me diga dónde está mi hija.

—A sus órdenes, profesor —dice uno de los carceleros.

Galileo se marcha dando grandes zancadas iracundas. Los carceleros entran en la celda, sonrientes.

—¿Oíste, indio? Te cogiste a su hija y ahora es el papá quien te va a coger ese culito de puto que tenés. Una pena porque lo quería para mí. Che, igual podemos cogerlo un poco antes de dárselo al profesor. ¿Te gustaría esto en tu culito? —el torturador acaricia lo que parece un gigantesco falo erecto que se recorta en la entrepierna de sus pantalones.

Pitágoras se encoge en un rincón de su celda, temeroso de que le violen antes de trasladarlo. Había oído hablar de los ricos que toman pastillas de sexo para divertirse, pero ahora sabe que los torturadores también las toman para violar a sus prisioneros, y un escalofrío le recorre todo el cuerpo.

—Sí, una lástima no haberlo cogido antes —dice el otro carcelero—. Pero no queremos problemas con el profesor. Recordá que esta orden vino de la presidenta.

Los carceleros escupen en el suelo y se marchan.

«...me gustan las flores quisiera tener la casa entera nadando en rosas, la casa rosada nadando en rosas, sí, qué lindo sería, con mi amor, con mi marido, haciendo el amor en la casa llena de rosas, en el lecho de pétalos y él me comería mi capullo como lo comió esta tarde, ah, si hubiera sabido le habría saltado encima antes, pero claro, cómo iba a saber si el sexo que tuve antes en aquellas fiestas con los políticos, qué aburrimiento, qué porongas más chicas y más feas, no como la de mi galileo, esa verga prodigiosa, estaría todo el día con su verga en algún lugar de mi cuerpo, sí, lo amo, eso es el amor aunque le llamen enfermedad, no me importa estar enferma, mi maridito y ¿por qué no? manipular a la opinión pública es nuestro trabajo de cada día ¿no es cierto? manipularla un poco más para que acepten un nuevo matrimonio de la presidenta viuda, no más viuda pero casada de nuevo con un español que se hace argentino, qué puede ser más patriótico que convertir a un pecador, tampoco tiene la culpa de haber nacido en un país de boludos, pero no lo aceptarán, me quieren por ser viuda, como evita como isabelita como Cefeká como Elisabeta como la reventada aquella que la nombre la conchuda de su madre, todas murieron de manera romántica que si cáncer que si sida que si yo qué sé, ahora ya no quedan enfermedades románticas, se terminó la idea con lo de la EMADA, esa sí es una enfermedad romántica, pero no pueden saberlo, quizá en el futuro sí pero en el presente no aceptarán la viuda casada, no lo querrán, pues dejo la presidencia y en paz y me voy a disfrutar de mi marido donde nadie nos vea, pero cómo vas a abandonar así lo que tanto luchaste por conseguir, no puedes dejarlo, te debés a la patria, que se coma una mierda la patria, te debés a vos misma, che, a vos misma, siempre lo hiciste todo por vos, el amor más grande es por vos, la verga del español está rica pero vos primero, reputa retrasada, vos primero, que me saquen de la presidencia con los pies por delante, yo primero haré que salgan así unos cuantos, como el puto enano catalán traidor, luego dicen que son los mejores esbirros, mierda de gente que les duró el país ni veinte años y ya se entregaron a los franceses, qué puedes esperar de gente así, aunque los españoles son la misma basura, ahora a ver con qué cara le miro al retrasado de Morey, peor es el puto anglosajón, qué pereza me da todo, yo solo quiero la verga de galileo y ser presidenta viuda, los discursos en el atril y su pija en mi concha, qué rico, ¿quién llama a la puerta? esos golpes, es un hombre, será mi amor, mi verga, me volvió loca con su verga, amo a su verga, ya no le amo más a él, pero bueno si es el puto nazi...».

—Presidenta Viuda, ¿puedo pasar? —Heim espera firme en el pasillo, con

su imperturbable sonrisa de caballero alemán.

—Por supuesto, doctor, adelante. Estaba a punto de salir para la Isla de los Estados —dice Cristina mientras hace una seña a Heim para que se siente—. La conferencia de paz, ya sabe...

Heim suelta una risotada.

—¡Paz! Es usted desternillante. Fue aquí mismo, ¿no es cierto? —dice Heim lanzando una breve mirada a la butaca.

—Sí. Fue terrible. Por la traición, usted sabe.

—La traición es connatural al animal humano, Presidenta Viuda. Menos mal que usted sabe defenderse.

—¿Yo? Si no hice nada, se mataron el uno al otro.

Heim sonrío y por toda respuesta estira su gran mano y pellizca la mejilla de una desconcertada Cristina.

—Ay, qué pícara, Presidenta Viuda, qué repícara es usted. Los dos sabemos lo que pasó. El homófilo la había descubierto, ¿a que sí? Tienen un sexto sentido para estas cosas, incluso sin hormonas. ¿Sabía que la naturaleza los creó para hacer avanzar la sociedad, que si no estaría perpetuamente atrasada por las demandas de la procreación? ¡Menos mal que la sagrada ciencia nos dio la desexualización y nos libró de todo aquello! Y aun así el homófilo lo supo todo.

—No entiendo nada, no sé a qué se refiere.

—Usted y yo somos líderes, Cristina. Nos entendemos con solo mirarnos. Si me lo permite, le diría que nos olemos, como los perros. No es preciso que se esfuerce en negar nada. De hecho, yo lo sé todo desde el principio.

—No sé de qué me habla. Con su permiso, tengo prisa —Cristina se incorpora, agitada, pero Heim no se mueve ni un ápice de la butaca, con las piernas elegantemente cruzadas.

—Siéntese, haga el favor.

Cristina le mira a la cara, su cara impasible y sonriente, y siente un estremecimiento de terror. Lo sabe todo. El nazi lo sabe todo. Cristina se sienta y trata de recomponerse.

—¿Sabe qué me dio la clave? Soy viejo, ya sabe usted, y en mi época de juventud la EMADA aún estaba bien vista, aunque personalmente siempre pensé que era una vulgaridad para mentes débiles. Eso sí, aprendí a reconocerla a simple vista. Rubor en las mejillas, pupilas dilatadas, aletas de la nariz alzadas, una relajación anormal de los músculos faciales... y, excepto la primera señal, por la razón obvia que usted y yo compartimos, —hace un

guiño a Cristina pellizcando suavemente su segunda piel—, las demás las tenía usted todas, toditas, todas... Ay, ¡adoro estas tríadas redundantes del español! Siempre es un lenguaje más expresivo para todo lo que tiene que ver con las emociones más primarias del ser humano.

Cristina le observa, muda, helada.

—Veo que ya no dice nada, ni trata de negar la evidencia. Alabo su gusto, me fatigaría muchísimo tener que ver cómo me considera una mente inferior durante largos minutos embusteros para terminar hincando las rodillas de igual forma. Y yo no quiero ningún mal para usted, qué va, nada más lejos... Sería incapaz de delatarla como el pequeño homófilo exespañol traidor ese. Yo solo quiero ayudarla, pero usted tiene que dejarse ayudar.

—Dígame ya lo que quiere —Cristina trata de esconder su rabia tras su máscara de poderosa.

—Me encanta cuando se pone en plan Marlene Dietrich. No sabrá quién fue, otra traidora deliciosa de la antigüedad... Pero me encanta mucho más cuando es usted capaz de controlar totalmente sus emociones; y, ahora, es una pena, por mucho que lo intenta, no lo consigue. Sus lindas orejitas en tensión le delatan, amiga. En fin, aquí tiene —dice el doctor Heim, extendiéndole un inhalador hormonal.

Cristina le interroga con la mirada.

—Tómelo, le hará bien. Me tomé la libertad de revisar la fórmula de su doctor, algo que lamentablemente no hice días atrás cuando me pidió que preparara su inhalador. Era una fórmula torpe e incompleta que irremediablemente conduciría en algún momento a la situación en la que usted se encuentra ahora mismo. Pero no se preocupe, no ha sido difícil preparar una nueva fórmula infalible para mi querida Presidenta Viuda. Esto le curará, milagrosamente, en veinticuatro horas. También le irá estupendamente para mantenerse firme en la conferencia internacional con esos payasos irritantes. ¡Una reunión con ingleses y españoles, la mediocridad nacional en su más pura esencia! No la envidio, amiga mía, ¡no la envidio en absoluto! Pero tome el inhalador, no sea tímida.

El doctor Heim sigue con el brazo extendido, inflexible, y Cristina, sobrecogida, no tiene más remedio que tomar el inhalador entre sus manos, donde lo guarda sin mirarlo, como la bala que perforaría su sien suicida. Heim observa todos sus movimientos y expresiones con deleite.

—Ahora debo dejarla sola para que tome sus propias decisiones. Lógicamente, usted puede hacer lo que crea más conveniente. De cualquier

forma, aunque no esté presente para ver si lo utiliza usted o no, lo sabré por los signos físicos que usted gentilmente me mostrará sin poder evitarlo. ¡No se preocupe! Soy su más rendido admirador y servidor, jamás la traicionaré. Estoy seguro de que estará usted a la altura de mis expectativas, no me cabe la menor duda, Presidenta Viuda.

Heim se incorpora de la butaca, sin dejar de mirarla ni de sonreír y, agachándose un poco para situarse más cerca de su rostro, susurra:

—Qué pena... Se terminó el amor.

## 29

—¡Oh, profesor Alcázar, mire, aquí están ante sus ojos sus sueños más bellos y grandiosos hechos realidad!

Heim recibe a Galileo con una brillante sonrisa, haciendo un ademán para que dirija su mirada hacia el interior de la sala.

Los elegidos forman una fila perfecta, tropas esperando que un superior pase revista. La armonía de su hibridación es asombrosa. Galileo observa fascinado sus miembros acuáticos de lobo marino, apoyados simétricamente en el suelo, sus colas relucientes, sus cuellos formidables que sujetan unas cabezas hidrodinámicas, pero con una frente más abultada, donde destacan unos ojos humanos sobre un hocico con rasgos antropomórficos.

—¡Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda! ¡Saluden al profesor Alcázar! —brama Heim.

—¡Buenos días, profesor! —dice el primero. Galileo va pasando de uno en uno, observando sus rostros, intentando reconocerlos, y los elegidos le van saludando con una voz ronca y gutural, pero perfectamente inteligible. Hasta que llega a unos ojos que le resultan familiares, inconfundibles.

—¿Linguini?

—¡A sus órdenes, profesor!

—¿Me recuerdas?

—No, señor.

—¡Maravilloso! —interrumpe Heim—. ¿Lo ve? ¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos creado una nueva raza, perfectamente anfibia y leal! ¡Sin pasado, llenos de futuro! ¡Elegidos para la gloria! —el doctor Heim se pone frente a los híbridos y les interpela con aire marcial—. ¿Están listos para combatir?

Los híbridos responden inmediatamente y a coro:

—¡Sí, señor!



—¡Descansen hasta nueva orden!

—¡Sí, señor!

—¿Ve qué maravilla, Alcázar? ¿Ve qué cerebro impecablemente programado para obedecer y luchar? ¡Ah, quien posea un ejército como este será el nuevo dueño del mundo!

—¿Podemos hablar un momento en privado, doctor? —Galileo dirige una mirada severa a Heim.

—¡Faltaría más! ¡Vamos a mi despacho!

Galileo y el doctor Heim caminan por los pasillos del laboratorio.

—Ayer vi que puso al resto de voluntarios a efectuar la regresión.

—Ya lo sabe, en la ciencia no hay tiempo que perder. ¡El progreso debe ser rápido o no ser, amigo!

—¿Por qué no me lo dijo?

—Porque es irrelevante, una mera cuestión técnica, profesor. No entiendo cómo podría molestarle. No es más que experimentar en los demás el mismo proceso que hemos llevado a cabo con los alfa. De hecho, ahora mismo esos humanos renacidos están iniciando el proceso de hibridación que usted contribuyó a perfeccionar para convertirse en hombres foca, hombres elefante marino y hombres lobo marino. Tome asiento, por favor —Heim hace un gentil ademán a Galileo para que se siente frente a él en la mesa de su despacho— y dígame ¿qué es eso tan importante de lo que quiere hablarme?

—¿Qué es ese engendro que se escapó ayer?

—¿Engendro? Discúlpeme, pero no entiendo qué quiere decir.

—Ayer, en los pasillos del laboratorio, apareció un ser infrahumano, espantoso y agresivo, doctor. ¿Sabe usted algo de él?

—¿Está usted seguro de lo que vio? Me suena muy extraño, ¿no estará usted sufriendo algún tipo de alucinación? ¿Ha experimentado algún cambio raro últimamente, alguna percepción anómala?

—¡Deje de manipularme! —Galileo responde con rabia—. Lo único anómalo que he visto es su comportamiento, doctor.

—Tal vez esa percepción sea otra alucinación suya. ¿Ha oído hablar de la distorsión de Dinde-Poulet? El terremoto de ayer...

—¡La distorsión de Dinde-Poulet no existe! ¡No se ha probado!

—¿Cómo está usted tan seguro?

—¡Me lo dijo Philip K. Dick!

—No conozco a ese investigador.

—No importa. No cambie de tema y deje de intentar hacerme creer que he

perdido la razón. El monstruo existe. Yo lo vi, le di patadas en la cabeza, ¡existe! Tiene las piernas fusionadas en una especie de cola.

—Ah, ya veo... se debe de referir usted a Glauco. ¡Pobrecito, llamarle monstruo, engendro! ¡Es un ser humano con sentimientos, eso que a usted tanto le importa! Además, ¿qué es la monstruosidad? Lo feo es bello y lo bello es feo. *Fair is fool, fool is fair*. Shakespeare tuvo que ser alemán, no cabe otra explicación.

—¡Deje de cambiar de tema! ¡Le llamo monstruo porque intentó atacarme!

—*Bah, humbug!* Que en español sería ¡paparruchas! Glauco es totalmente inofensivo. Lo encontré anoche llorando en la puerta de mi despacho. Al parecer dejé su puerta mal cerrada, un tonto descuido por mi parte, y el pobrecito salió de su celda y se perdió.

—Sabía que usted tenía algo que ver con ese... ser. ¿Qué tipo de experimento es?

—Glauco es la inspiración del Proyecto «Elegidos», profesor. Y, contrariamente a lo que usted cree, no es creación mía, ¡ya me gustaría! Solo es parte de mi colección de fenómenos naturales. A veces la naturaleza, esa entelequia que ustedes los postecologistas adoran, se dedica a hacer experimentos por sí misma. Lo que los antiguos llamaban monstruos de feria y que yo prefiero denominar rarezas. ¡Son tan inspiradoras para un genetista! Durante años he ido recogiendo especímenes y guardándolos en una colección, ¿le interesaría verla?

Galileo siente un escalofrío de terror y asco que le recorre el cuerpo entero.

—No, gracias, doctor —responde con una voz entrecortada.

—¿Qué le ocurre, profesor? ¿Se encuentra usted mal?

—Desde hace días. Pero eso no importa ahora. ¿Sabe usted que Glauco casi me mata?

—Vamos, vamos, no sea usted exagerado. Le aseguro que es totalmente inofensivo.

—¡Usted lo dejó salir, usted quería que me atacara! —Galileo no puede más y estalla.

—¿Cómo me cree capaz de hacer algo así, profesor? —el doctor exagera el tono para que Galileo capte la ironía—. Parece que sus últimas lecturas le han afectado en demasía...

—¿Mis últimas lecturas? —Galileo pregunta, mientras se da cuenta de que Heim insinúa que sabe que entró en su despacho y conoce su pasado. Intenta disimular, pero se pone nervioso.

—Sí, sus últimas lecturas, que quizá ha malinterpretado y han afectado más aún a sus pobres nervios. Usted no se encuentra bien, profesor, a mí no puede engañarme. Cuénteme sus síntomas, quizá yo pueda ayudarle —dice Heim con una sonrisa irónica.

—No es necesario, creo que es la falta de aire puro y luz solar.

—¡Ah, los postecologistas! —Heim da una palmada en su rodilla, con exagerado e irónico fastidio—. Todo lo achacan a lo mismo. Pero, como usted bien sabe, yo tengo mucha experiencia en la vida y me crie en la época en la que la EMADA era considerada algo normal. Sé reconocer perfectamente sus síntomas.

Galileo está helado, inmóvil, intentando controlar sus expresiones para no delatarse, mirando fijamente al doctor Heim, que no abandona su tono socarrón, y susurra:

—Puede estar tranquilo, amiguito mío, yo jamás le traicionaría, menos aún sabiendo quién es el objeto de su obsesión. Sí, sí, no pierda el tiempo negándolo... Le tengo cogido por los huevos. ¿Se sigue diciendo eso en España? Es una frase que decían los españoles en el campo de concentración. ¡Cogido por los huevos! Los cuales, conociendo su perfecta constitución, deben de ser grandes, bien colgantes y repletos de esperma, ¿no es cierto?

Galileo se levanta, los músculos en tensión, y acerca su cara enrojecida por la ira a dos centímetros de la de Heim, que continúa sonriendo imperturbable.

—Aunque lleves una segunda piel, puedo ver tus repugnantes arrugas a través de ella, puedo oler tu hedor de cadáver ambulante, de viejo meado, de ácido palmitoleico, úrico y vaccénico. Como te atrevas a volver a insultarme, te la voy a arrancar de una hostia, ¿te queda claro, imbécil?

El doctor Heim deja de sonreír y, por toda respuesta, saca la lengua y lame la cara de Galileo, que se aparta, asqueado. Heim rompe a reír a carcajadas.

—Usted en cambio sabe a testosterona. Como aquel formidable ciervo macho que cacé en Baden- Baden. Me miraba de la misma forma que usted, pero finalmente lo maté y me lo comí. Estaba delicioso.

Galileo le mira con odio y sale corriendo del despacho del nazi.

## 30

—Mis condolencias, primer ministro —Cristina inclina la cabeza, diplomática.

—Gracias, muchas gracias, ha sido un duro golpe para todos. Bueno, mucho más para Empirismo, obviamente. Sí, un duro golpe... Pero es nuestro deber seguir adelante y trabajar por el bien de España. Por eso estamos aquí —dice Morey manoseando un vaso de agua, llenándolo de huellas grasientas.

La sala no es muy grande y está dominada por una larga mesa donde se sientan dieciocho personas, entre presidentes y asesores, españoles, argentinos, eruanos y algún que otro comparsa de distintos países del NON. En la cabecera, el atildado primer ministro de los ERUA toma la palabra en su castellano deplorable.

—Presidente Viuda, primera ministro. Después esta prólogo obligatorio porque de su uso cultural latino, comenza el negociación oficial. El primera ministro de los Estados y Reinos Unidos Anglosajones, en el nombre de Su Majestad la Reina Diana, les ofrece su mediador desde nuestra posición neutral.

—Sí, claro, por eso estamos aquí —Cristina sonríe todo lo falsamente que puede.

—Díganos algo que no sepamos aún, caballero —apostilla Morey displicentemente.

—Como, por ejemplo, por qué han movilizado barcos en el Atlántico Sur. ¿Eso es ser neutral? —remata Cristina.

Herbert George les mira perplejo y calla durante unos segundos. Uno de sus asesores cuchichea algo en su oído.

—¿Qué es raro que movamos tropas en nuestro propio país, President Viuda? ¿Es que no somos en nuestro todo derecho?

—Mire por esa ventana —Cristina señala un enorme ventanal que hay a su derecha—. ¿Ve ese faro? Es el Faro del Fin del Mundo. Lo construimos los argentinos.

—Y lo perdieron después la Guerra Mundial Tres. Por favor, foco en lo importante actualmente. ¡Tienen barcos de guerra enfrente de barcos!

Morey y Cristina intercambian una mirada de resignación. Morey interviene con su habitual tono cansino.

—Nuestras peticiones son claras. Solo queremos que nos devuelvan lo que es nuestro: el dinero que hemos perdido, el honor y ese español que tienen cautivo.

—¡Mienten descaradamente! Ustedes son quienes nos engañaron con la base científica, extrayendo combustibles fósiles a escondidas.

—No, no, no, y mil veces no... Fueron ustedes y después nos acusaron. ¡Eso

es poco serio, oiga usted!

—¿Cómo se atreve?

—Me atrevo, Presidenta Viuda, me atrevo.

—Su posición es clara —interviene el anglosajón—. Pero somos aquí para intentar acuerdo.

—¡Pues esas son nuestras líneas rojas!

—¡Mientras no reconozcan su engaño no van a cobrar ni un solo kirchner!

—No es una cuestión de dinero, Presidenta Viuda, sino de integridad. Nosotros los postcapitalistas convencidos ponemos los valores de la ciencia por encima de todo lo demás.

—¿Sabé cuál es la diferencia entre el postcapitalismo actual y el viejo capitalismo *milenial*? El nombre.

—¿Cómo se atreve?

—Me atrevo, señor Morey, me atrevo.

—¡Suficiente! —Herbert George tercia en la discusión—. ¿Están dispuestos negociar o vamos todos a casa? Ustedes gustan perder tiempo, pero es algo que anglosajones odiamos.

—Por supuesto.

—¿Para qué cree que hemos venido aquí?

—Algunos incluso poniendo en peligro nuestras vidas. ¡Por la paz!

—Eso es lo que nos une al final. El anhelo por la paz.

—Y no nos levantaremos de esta mesa hasta que lo consigamos.

Morey y Cristina se sonríen hipócritamente, ante la mirada desorbitada del primer ministro anglosajón, que no sabe si es que no comprende los usos culturales hispánicos o simplemente le están tomando el pelo.

## 31

Célula ha pasado una noche agitada, durmiendo en la grieta, pensando en Pitágoras, deseando que llegue el día para entrar en la base Elgor y rescatarlo. Su pensamiento vaga de su adorado Pitágoras a su padre, con un gran sentimiento de culpa por no estar tan preocupada por él como por su novio. La culpa aumenta cuando piensa que también debe rescatar a un montón de tehuelches atrapados con subterfugios legales y obligados a estar conectados a un tubo que recoge sus heces. Esto le produce cierto rencor contra su padre, que ha trabajado en ese proyecto sin ningún escrúpulo, además de una náusea de asco al pensar en las heces. Para no pensar en ellas, se concentra en algo

bonito y ante sus ojos ve el rostro bronceado de Pitágoras, que vuelve a iniciar la rueda de pensamientos que la ha mantenido prácticamente toda la noche en vela.

Afortunadamente, la mañana ha llegado y la expedición ha continuado su camino por la grieta hasta llegar a un lugar que Lulú conoce muy bien: la encrucijada donde Mol la engañó y la hizo montarse en su dron. A unos metros de ahí comienza el camino del acantilado que tienen que recorrer para llegar a la base Elgor. Los guerreros se detienen, Aukan y Newen hablan apartados, decidiendo la mejor estrategia para avanzar. Célula les observa, serios, majestuosos con sus magníficos atuendos. Ojalá ella fuera tehuelche.

Newen señala al cielo. Célula mira y ve al cóndor, infatigable vigilante. No le quedó claro si era real o robótico, pero da igual. Los prodigios de la magia y la tecnología de los indios le han asombrado por su eficacia, no le importa saber cómo o por qué funcionan, solo sabe que son verdad y que puede confiar en ellos. Newen se acerca.

—Hay que esperar un momento adecuado. Los drones argentinos están pasando constantemente. Nos verían caminar por el precipicio y nuestra misión fracasaría.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Esperar. Solo podemos hacer eso y confiar en Kénos. Vení conmigo.

Newen pone un brazo amistoso sobre el hombro de Célula y la guía hacia el final de la grieta. Ante sus ojos se abre inmenso el océano. La vista es impresionante por su belleza y por el vértigo que produce la altura. A lo lejos se ven unas líneas de puntos negros, los barcos españoles y argentinos esperando que se desate la guerra o se acuerde la paz. Las aves marinas llenan el cielo con sus paires estridentes y sus rápidos vuelos.

Célula mira a Newen, asustada, interrogándole con los ojos.

—¿Lo ves? Los blancos se preparan para la guerra. Por eso hay tantos drones en el cielo. Por eso no podemos precipitarnos. Debemos estar preparados y esperar el momento adecuado para actuar.

Célula da dos pasos, lentamente, hacia el borde del acantilado, como si quisiera asomarse para mirar mejor. Newen la toma de la mano y la acompaña. El viento se mueve con mucha violencia en esa parte, liberado de la roca que le impide el paso justo debajo, y Célula y Newen sienten sus rodillas temblar y sus cuerpos tambalearse al borde del precipicio.

—Cuidado. No mires abajo. Si miras a los ojos al abismo, te llama.

Célula no aparta la vista del horizonte. Hace sombra con la mano,

intentando ver mejor los barcos.

—Son muchísimos. Barcos de guerra. ¿A qué esperarán?

Con su mirada en lontananza, azotados por el viento, Newen y Célula no pueden advertir que algo reptaba lenta y silenciosamente por el filo del acantilado, aproximándose a los pies de Célula. De pronto, Newen escucha un grito desgarrador y ve a Lulú tirada en el suelo, atacada por un extraño ser. Sin tener tiempo de pensar a qué se enfrenta, Newen saca su puñal y lo hunde en el cuerpo aberrante del agresor, que se vuelve con la boca ensangrentada y siseante. En ese momento la reconoce: es Mol, la militar española que le persiguió cuando escapó de la base. Solo que en vez de brazos y piernas tiene unos incipientes muñones terminados en pequeñas manos y pies inservibles.

Aun sin extremidades, Mol es ágil y retuerce su cuerpo con gran vigor, por lo que logra escapar de las puñaladas de Newen y plantarle cara, amenazándole con su boca abierta de serpiente. Célula está en el suelo, doliéndose de una mordedura en el tobillo.

—¡Tú! —grita Mol, con voz sibilante—. ¡Tú otra vez, maldito indio de mierda! ¡Te voy a matar! Y a ti también, pequeña puta. ¡Por tu culpa estoy aquí, viviendo entre las rocas, alimentándome de insectos! ¿Sabes cuánto van a tardar en crecerme los brazos y las piernas?

Célula observa horrorizada a Mol, un espectáculo de monstruosidad en todos los sentidos. Pero un silbido corta el aire y Mol se desploma, con el puñal de Newen clavado entre los ojos.

—Ya nunca te crecerán, víbora —dice Newen, antes de correr hacia Célula y mirar su herida—. No sabemos si es venenosa. Tenemos que curarte rápido.

Newen desgarró un trozo de tela del mono de Lulú para hacer un torniquete a la altura de su rodilla. Después se agacha y empieza a succionar la herida y a escupir sangre y veneno al suelo. Luego vendará la herida.

—¿Estás bien, *mijita*?

—Sí, solo ha sido el susto.

Newen se levanta, los ojos achicados por la rabia, y se acerca al cuerpo de Mol. La mujer serpiente aún se agita mecánicamente, aunque de forma cada vez más débil. Su cara repugnante, manchada de sangre, parece sonreírle irónicamente. Newen saca su cuchillo de la frente de Mol y un gigantesco borbotón de sangre sale a chorro. El cuerpo de la serpiente se detiene. Newen pronuncia unas palabras en su idioma, llenas de fuerza y de odio. Una maldición de ultratumba para que ese espanto no pueda volver a perseguirles jamás, en ninguna forma. Al terminar de decirlas, se saca el pene y orina sobre

el cadáver de Mol Pijuán. Después, le da una patada, y otra, hasta llevarla al borde del acantilado y ahí, con un último golpe, arroja el tronco deformado de la militar por el precipicio. Newen se asoma al borde del abismo y la ve caer, rebotando contra los salientes de la pared, hasta llegar al fondo, donde se estrella contra unas rocas, pintándolas de sangre.

## 32

«Analicemos la situación, Galileo. La EMADA es ya un viejo prejuicio vencido, Cristina y tú os amáis, en secreto, y podéis vivir ese amor a espaldas del mundo. Nada importa mientras os tengáis el uno al otro, ¿verdad? Incluso puede que Cristina acepte casarse contigo. Solo hay un gran problema: Heim lo sabe todo. Heim, el mismo que ha intentado asesinarte encerrándote con engendros, que te ha insultado, se ha hecho pasar por tu amigo para obtener información científica y después utilizarla a tus espaldas. Heim sabe que amas a Cristina, ¿sabrá que ella te ama también?

Solo cabe una solución, tendrás que hablar con Cristina sobre Heim y ver cómo manejarlo. Es un hombre malvado e incontrolable. Ya se acabó el tiempo de la ética, Galileo, ya eres oficialmente un hereje. Has abrazado la EMADA, has hecho experimentos al borde de lo permitido. ¿Por qué respetar un último escrúpulo? Sí, no hay otra solución. Tendremos que... Pero calla. No lo digas, no lo pienses. Solo hazlo. Consúltalo con Cristina y, después, simplemente hazlo.

Estos días han sido tan extraños, pero ya nada importa, solo tú y ella. Cualquier cosa que se interponga en tu camino debe ser barrida, aniquilada sin contemplaciones. La distorsión de Dinde-Poulet no es lo que pensabas. Todo lo extraño y anómalo que has vivido tiene un sentido. Un mundo nuevo se abre camino. Con nuevos valores, nuevas ideas, nuevas realidades. Y tú vas a formar parte de él».

—Profesor... —la voz tímida de la doctora Fusilli interrumpe sus pensamientos.

—Doctora, adelante —Galileo invita a Onda a pasar a la sala de control donde observa la evolución de los voluntarios—. Dentro de unas horas todos serán híbridos perfectos como los alfa. El experimento habrá terminado, ¿se da cuenta?

—Soy plenamente consciente, profesor. Por eso vengo a hablar con usted.



Quiero que me transforme.

—¿Qué? —Galileo la mira de arriba abajo, confundido. La menuda doctora está plantada de pie frente a él, con la firmeza de una columna de carbino.

—Esto ya no tiene sentido. Popper ya no volverá a ser nunca de otra forma. Una vez que hemos logrado que los híbridos sean funcionales, nunca volverán a ser humanos. Serán soldados de Argentina o de cualquier país que los quiera comprar. Mi trabajo aquí se limitaría a repetir hibridaciones, sin ningún aliciente científico. Pero no solo es eso, no quiero separarme de Popper, quiero ser su mujer. Mejor dicho, quiero ser su hembra. Quiero ser como él, ir adonde él vaya, vivir libre en el mar.

—¿Es una locura, doctora Fusilli! ¿Cómo se le ha ocurrido semejante disparate?

—Usted no puede comprenderlo, profesor Alcázar. Yo lo amo. No con EMADA, sino con toda mi mente. La ciencia se equivocó al juzgar los componentes de lo que los antiguos llamaban amor. En esa palabra había una gran confusión de conceptos. ¿Puede ser lo mismo lo que un bebé siente por su madre que lo que un joven lleno de testosterona siente al ver a una hembra fértil y receptiva?

—Le entiendo mejor de lo que cree, doctora, pero no puedo ayudarle. No puedo hacerle eso.

—¿Por qué no? Se lo ha hecho a todos ellos. ¿Qué diferencia hay entre esos voluntarios y yo, que se lo estoy suplicando? ¿No soy también una voluntaria? ¡Más que ellos! Ayúdeme, por favor.

Galileo mira sus ojos cuajados de brillos provocados por la humedad, estrellitas que parecen moverse a un lado y a otro, lanzando destellos de lástima. Ojitos de dibujo japonés, de esos que rompen el corazón. Pero Galileo se rebela.

—No puede pedirme eso, Onda. Es una insensatez.

—Su ética le lleva a ser muy injusto a veces, profesor Alcázar. ¿O es porque soy mujer y no quiere que exista la posibilidad de que Popper y yo procreemos?

—No es por eso, Onda. Creo que está usted cegada por lo que siente y no se da cuenta de que sufriría mucho convirtiéndose en un híbrido.

—Pero es mi decisión, profesor. Es mi cuerpo. Si pudiera hacerlo yo misma, lo haría, pero necesito su ayuda.

—¡Basta, Onda! ¡No voy a hacerlo! —Galileo estalla, agobiado por la presión.

—En el fondo no es usted tan diferente de Heim. Pero además es un hipócrita.

Onda le mira con profundo desprecio y abandona la sala. Galileo se queda solo frente a los monitores donde los cuerpos de los voluntarios se transforman lentamente. «¿Tiene razón Onda? ¿Por qué no empatizar con Onda si sienten algo parecido? Pues porque la EMADA es una condición que lleva asociado un profundo egoísmo. Solo importan Cristina y él. Lo de Onda es diferente... Sí, así es, ¡que viva mi amor y que muera el mundo!».

### 33

«Qué farragosa y absurda es la política. Qué pérdida de tiempo, cuánta reunión sin fin y sin sentido, como esta». Cristina revuelve una taza de té, una vieja costumbre inútil, ya que la bebida viene ya perfectamente preparada de fábrica. Pero le gusta el tintineo de la cucharita. En las reuniones del NON aún se usan vajillas de la antigüedad.

«Oh, no, ¿por qué se tiene que acercarse precisamente ahora, en el momento de descanso, el fatigoso y repulsivo Morey? Mirá cómo anda, cómo mueve esos brazos flacos al compás, como aprieta la mandíbula contra los dientes superiores, esa bobalicona expresión que pretende recrear una sonrisa. Este tipo es reantipático».

Morey coge una taza de té y mira a la Presidenta Viuda de Argentina, sin variar su mueca pseudosonrisa. Le guiña un ojo, sutil pero indudablemente. Cristina trata de disimular un respingo de sorpresa y asco. Pero Morey insiste y le guiña el ojo otra vez. ¿Es un tic o realmente lo está haciendo por alguna extraña razón? Cristina levanta las cejas por toda respuesta mientras piensa que es reconchudo.

Cristina González y Marañón Morey vuelven a la mesa de negociaciones tras el receso. Llevan ahí todo el día y no han avanzado absolutamente nada. Herbert George toma la palabra.

—Estados y Reinos Unidos de Anglosajones tiene una proposición para ustedes. Si España acepta una sanción de NON porque romper la ley de los combustibles, Argentina puede aceptar una compensación a España por perder dinero del proyecto común. ¿Qué piensa usted, señor Morey?

—Mire usted, señor *Yors*, no sé por qué se empeña en hablar español si no sabe. Déjelo, hombre, déjelo.

—¿Ruego su perdón? —el primer ministro anglosajón levanta una de sus

finas cejas, escandalizado.

—Sí, sí, ahora vendrá usted con todo eso de que los españoles somos groseros. Estamos hartos de escuchar esa simpleza desde el siglo XVI, cuando empezaron a envidiarnos y a inventarse sus leyendas negras de vieja vecina de pueblo amargada. Entérense de una vez: nosotros somos directos. Llamamos al pan, pan y al vino, vino. No como ustedes que siempre se la cogen con papel de fumar. *You take it with smoking paper, my friend!* Y, como nos gusta ser francos y no andarnos con subterfugios le diré una cosa, señor *Yors*, ¡España aceptará una sanción del NON por algo que no ha hecho el mismo día que acepte que son tuyas las antiguas provincias de Cádiz y Málaga, las cuales le vuelvo a reclamar aprovechando la situación!

—¡Cedieron el territorio a Gibraltar en un tratado! ¡Debe respetar la ley!

—Sinceramente, me paso la ley por el forro de los huevos —dice Morey—. He venido desde España, me he estrellado en una isla brasileña, ¡que casi me mato, oiga! ¡Todo para escuchar cómo un inglés destroza mi idioma y me insulta, y para ver cómo una sudaca persiste en sus amenazas y ofensas contra España! ¡Y eso un demócrata no lo puede tolerar!

—Esto es una pérdida de tiempo —murmura Cristina, pero Morey lo escucha.

—¡Y que lo diga, Presidenta Viuda! ¡Y que lo diga! Ya sabe cuáles son mis condiciones, tiene usted veinticuatro horas más para aceptarlas. Si no lo hace, prepárese para lo peor.

Morey se levanta de la mesa, con gesto enfadado. Todos los españoles le siguen, circunspectos. Hebert George mira a Cristina.

—Su orgullo condúcenos a la guerra.

—No se meta donde no le importa, George. La guerra, si es, será un asunto entre España y Argentina. Deje de meter sus anglosajonas narices en todo.

Cristina se levanta de la mesa, airada, y, seguida de su delegación, abandona rápidamente la sala. Herbert George observa perplejo a los miembros del NON que cuchichean nerviosamente: un chino, un africano, un tejano, un moscovita, un tamil... y piensa que es normal que el mundo camine hacia otra guerra mundial. Mientras no se consiga erradicar todas estas culturas groseras y ridículas, el mundo será un lugar peligroso para vivir. Pero, cuando humano y anglosajón sean sinónimos, ah, entonces... *what a wonderful world!*

Fuera de la sala de negociación, los españoles se reúnen en el despacho que les sirve de cuartel general. Istúriz revisa intermind en busca de información.

—Las encuestas de popularidad le dan un aprobado por primera vez, señor primer ministro. Los medios destacan su carisma y entereza tras el accidente y su firmeza en la defensa de los intereses de España.

—¡Por fin se dan cuenta! —suspira Morey.

—La Presidenta Viuda de Argentina ha abandonado la isla, señor —añade Istúriz.

—Parece que va en serio entonces —responde él con indiferencia—. Ya no tenemos nada que hacer aquí, Istúriz. Si ella se va, nosotros nos tendremos que ir también. Hay que prepararse para lo peor.

—Convendría que nos coordináramos con las tropas. Parte de la delegación debería quedarse con ellas por lo que pueda pasar.

—Me parece muy sensato, Istúriz. Usted se viene a España conmigo, organice la delegación de emergencia y vayámonos cuanto antes.

—A sus órdenes, señor primer ministro. Por favor, prepárense para abandonar la isla.

Morey y los miembros de la delegación española se marchan hacia sus habitaciones para recoger sus equipajes. Istúriz se queda en el despacho organizando la operación. Segundos después de quedarse solo, alguien vuelve a entrar y una voz pituda perturba el aire.

—Yo también vuelvo a España, ¿verdad?

—Señor Valiente, usted quería ser útil a la patria en una misión de gran importancia, ¿no es así?

—¡Y aquí estoy! —dice Valiente, sonriendo nerviosamente.

—Ahora es cuando España más le necesita. Todo buen español está a disposición de la patria en la misión que se le asigne.

—Por supuesto.

—Necesitamos alguien de su valía en la delegación, Valiente. No dude que España sabrá premiar su lealtad y su valentía, valga la redundancia.

—Pero, entonces, ¿voy a España o no?

—Señor Valiente, usted es una persona de grandes cualidades que aún no ha tenido la oportunidad de despuntar del todo y demostrar de lo que es capaz. España debe conocerle y ver cuán capaz es usted de servir al país, ¿no cree? Quién sabe qué responsabilidades podrían darle después de ello.

—Sin duda, secretario Istúriz, sin duda alguna.

—Por eso se quedará en la delegación de emergencia. España verá con agradecimiento su estratégica labor.

Valiente se queda mirando a Istúriz con expresión estúpida. ¿Acaba de

liarle? ¿Le manda a los barcos de guerra en el momento en que puede estallar un conflicto? ¿Pensarían en el PPP que es un cobarde si se niega? Istúriz se levanta de la mesa, con expresión severa.

—¿De aquí a un ministerio, Valiente! Se lo aseguro —le dice sonriendo y dándole una palmadita en su estrecha espalda, antes de abandonar el despacho.

## 34

—¿Cómo va el trabajo? —pregunta Ayanz mientras suben en el ascensor.

—Bien, supongo.

—Afortunadamente los terremotos pararon. Ha habido daños importantes en todo el sur del país.

—¿Se ha notado algo más aparte de los temblores?

—¿A qué te referís?

—¿Tú viste algo extraño mientras se producían?

El alférez Ayanz piensa por un momento.

—No. Nada aparte de los temblores. ¿Por qué? ¿Vos viste algo más?

—No —Galileo aparta la mirada un instante—. El doctor Heim sabe lo que ocurre.

—¿Cómo? —Ayanz parece alarmado.

—Él sabe que padezco EMADA. ¿A ti te ha dicho algo?

—No, no me dijo nada.

—Estoy en peligro, Newton. Si él me delatara...

—No lo permitiré, Galileo, ¿de acuerdo? Confía en mí. De hecho...

—¿Qué? —Galileo intuye que Ayanz sabe más que lo que dice.

El ascensor se detiene, han llegado al búnker presidencial. Las puertas se abren y Galileo y Ayanz ven a dos militares en el pasillo, custodiando la puerta de Cristina.

—La Presidenta Viuda regresó —informa Ayanz.

—Me gustaría hablar con ella —dice Galileo.

—Lo consultaré. Esperáme en la habitación.

Galileo obedece y se refugia en su suite. Se sienta, pero no puede estarse quieto, su mente está agitada por el deseo de ver a Cristina, por el miedo de ser encerrado en una institución psiquiátrica, por la incertidumbre de su destino. Los minutos pasan y sigue solo, ni Ayanz ni Cristina vienen a verle, y una sensación de desamparo se suma a un presagio pesimista. Algo no va bien. Finalmente, tras unos minutos eternos, Ayanz entra y le comunica que Cristina

va a recibirle.

Galileo camina por el pasillo en volandas. Cruza la puerta de la suite presidencial y ahí, como una aparición, ve a Cristina de pie, observándole hierática. Galileo avanza hacia ella.

—¿Qué ha pasado?

—Las negociaciones se rompieron. Los españoles no quieren ceder en nada.

—El doctor Heim sabe lo que me pasa.

Cristina no responde, pero su cara se queda fija en una expresión tensa, expectante. Galileo sigue hablando.

—No creo que sepa que tú y yo..., pero sabe que mis sentimientos están alterados, que padezco EMADA. Tengo miedo de que me denuncie.

—Tranquilo. No hará tal cosa. Trabaja para mí.

Galileo se acerca a Cristina y la abraza. Cristina no responde al abrazo, se queda inmóvil, fría como el hidrógeno líquido. Galileo se separa y la mira a los ojos.

—¿Qué pasa, Cristina?

—Creo que va a estallar una guerra. Una guerra con tu país.

—Pero ¿tú y yo?

—No podemos hacer nada en las actuales circunstancias, ¿no lo ve?

—¿Por qué me hablas de usted de repente? Yo te amo, y sé que tú me amas.

—Tal vez nos confundimos, profesor Alcázar. Un fallo hormonal, un episodio puntual de EMADA, como una fiebre, que nos llevó a pensar... Pero es curable. Podría usted pedir ayuda al doctor Heim, ya que lo sabe. Prepararía un tratamiento, en unas horas todo sería un mal sueño, algo olvidado. ¿No cree que sería lo mejor en este momento?

—¡No! ¡No, no quiero eso! La EMADA no es solo un desajuste hormonal, tú y yo tenemos algo más, algo que nos une con o sin hormonas, ¿no te das cuenta? Es lo mismo que tenía con mi mujer, lo que tú tenías con tu marido, pero mucho más fuerte.

—Yo no sentía nada por mi marido, profesor. Me casé con él porque me convenía.

—No me lo creo. Aún llevas luto por él.

—Llevo luto para el país. Su muerte no me importó en absoluto. Yo nunca he amado a nadie.

—No es cierto. Ayer me amabas, lo sé, no lo puedes negar. ¿Qué te ha pasado? El doctor Heim tiene algo que ver, ¿no?

Cristina tiembla, no consigue mantener su máscara impassible.

—¿Él te dio una cura para la EMADA! ¿Por qué la tomaste? ¿No ves que quiere manipularte?

—El país que presido está al borde de una guerra, no puedo permitirme...

—¿Y qué va a ser de mí? ¿No te importa?

Pero Cristina no responde. La puerta se abre y entra el alférez Ayanz, junto con otro agente de la seguridad de la Presidenta Viuda.

—Acompáñenos, por favor —dice Ayanz con un tono calmado y profesional.

—Adiós, profesor. Esta será la última vez que nos veamos.

Galileo no dice nada, solo mira a los ojos negros de Cristina, buscando en ellos el brillo que vio cuando se entregaron el uno al otro y cree captar todavía un fugaz resplandor en el fondo de la oscuridad, pero no tiene tiempo de confirmarlo. Dos pares de potentes brazos le cogen por los codos y lo sacan de la suite presidencial.

Cristina, al quedarse sola, se desploma sobre el sofá, alterada, respirando con agitación. Busca su inhalador. Aspira una vez, dos veces... necesita curarse rápido, necesita dejar de sentir ese dolor y ese remordimiento que está haciendo que todos sus músculos tiemblen descontrolados. «Muere, amor. Muere».

## 35

Ayanz conduce a Galileo a su suite, donde se desploma en el sofá y rompe a llorar como un niño. El grandullón no lo duda, abraza a Galileo por detrás y le transmite todo su amor. Galileo, aun roto de dolor, siente una corriente de agradecimiento, de ternura entrañable hacia Ayanz, se da la vuelta y lo abraza también, sin dejar de llorar. Newton Ayanz se derrite: si pudiera tenerlo eternamente ahí, entre sus bíceps...

Galileo se serena lo suficiente para poder hablar.

—¿Ha dicho que no quiere verme más! ¿Otra vez soy un prisionero?

—No, no dijo nada de eso. No quiere verte, eso es todo.

—¿Y el proyecto?

—De eso no dijo nada. Podés seguir como siempre, solo que no podés verla.

—¿El chico?

—Está en una habitación aquí al lado. No te preocupés, está perfectamente.

Y sigue a tu cargo.

—¿Qué va a pasar con la guerra?

—No sé... La verdad, me da miedo que eso afecte a nuestra amistad —  
Ayanz mira a los ojos de Galileo con sincera preocupación.

—Por mi parte no tienes nada que temer, Newton —Galileo pone una mano en el hercúleo brazo del alférez y provoca que una media sonrisa se escape de la comisura de sus labios.

—Lo sé. Vos confiás en mí, ¿no es cierto?

Galileo asiente.

—Nunca te olvides de que te aprecio, pase lo que pase. No dejaré que nada malo te suceda. Te lo prometo.

El alférez abraza de nuevo a Galileo, como quien se aferra a un tronco en un naufragio. Galileo sabe que Ayanz le desea, pero puede percibir que también le ama. Siente todo el cariño y la unión con él, no tiene nada que ver con lo que sentía cuando abrazaba a Cristina, esa mujer que ya no le desea y, aunque duela admitirlo, ahora se da cuenta de que tampoco le ama, nunca le ha amado. La doctora Fusilli tiene razón: la EMADA y el amor se parecen, pero no son lo mismo.

Galileo le ofreció su amor y ella lo ha rechazado, ha preferido la guerra. «Pues la tendrá», ruge una voz dentro de su cerebro hormonado. «Ahora vas a saber quién es Galileo Alcázar».

## 36

El dron deposita a Valiente en el portadrones principal de la armada española, con el resto de la delegación de pringados que Istúriz ha destinado a la primera línea del frente marítimo. Valiente no es capaz de hablar, está aterrorizado. Un grupo de infantes de marina les acompaña al centro de operaciones. Valiente apenas escucha el informe que le dan, está concentrado en su miedo. Otro miembro de la delegación pregunta por los últimos movimientos de los argentinos.

—De momento están tranquilos —informa el Almirante Garciapérez—. Están haciendo una barbacoa y todo, los gilipollas.

Los españoles se ríen como gañanes, observando en la pantalla de control la imagen telescópica del buque insignia argentino, donde columnas de humo oloroso se elevan al cielo. En la cubierta del barco, la almirante Átrida acaba



de recibir un mensaje de Cristina, la de las enlutadas vestiduras, la cual, aun estando lejos, se interesa mucho por ella y la compadece. Le ordena armar a los melencidos argentinos y sacar toda la hueste.

Tras elevar la súplica y espolvorear granos de cebada majada, primero echan atrás las testuces, las degüellan y desollan; despiezan los muslos y los cubren con grasa formando una doble capa y encima ponen trozos de carne cruda. El anciano coronel Néstor los asa sobre unos leños, mientras vierte rutilante vino. Al lado, unos jóvenes soldados asen asadores de cinco puntas. Tras consumirse ambos muslos al fuego y catar las vísceras, trinchan el resto y lo ensartan en brochetas, lo asan cuidadosamente y retiran todo del fuego. Una vez terminada la faena y dispuesto el banquete, participan del festín, y nadie carece de equitativa porción.

Tras el banquete, los argentinos de hermosas grebas ocupan sus posiciones en los controles de armas. La almirante Átrida da la orden y, como flores en un prado primaveral, los barcos argentinos se llenan de luminarias y destellos blancos, amarillos y rojos.

—¡Fuego! ¡Nos atacan!

Cuando Valiente escucha estas palabras, se caga literalmente en la ropa interior. Todo el mundo en el centro de operaciones corre de un lado a otro, dando órdenes, recabando información, comunicándose por intermind con España. Valiente se desliza disimuladamente hacia el cuarto de baño, se encierra en un retrete, se baja los pantalones y observa su hediondo miedo y su semilíquida cobardía manchando sus ropas y sus ingles. A través de las paredes metálicas del buque escucha los estallidos y los disparos, y rompe a llorar.

Un descenso al Maelström. Su mente es un remolino de terror y mensajes de intermind que no es capaz de leer, aunque todos hablan de la guerra. Pero, en su confusión, abre uno sin querer y se proyecta en su mente. Cristina, la diosa de ojos de novilla, habla a su pueblo, a su país, al mundo, a él.

«Se acaba de producir lo que tanto temíamos. Los españoles nos han atacado. El ejército de Argentina ya está dando la respuesta adecuada para defender a la patria de esta agresión injustificada y detener esta amenaza del viejo y caduco imperialismo europeo. Desde la base militar Elgor, me encargaré personalmente de dirigir las operaciones hasta que logremos expulsar a los españoles de nuestras aguas».

—¡Qué cabrona! —exclama Valiente con un hilillo de voz—. ¡Si han atacado ellos primero!

Pero la verdad de la diosa ya vuela por el mundo anidando en las mentes de los honrados y crédulos ciudadanos del planeta, y todos los balbuceos siseantes de Marañón Morey no lograrán contradecirla.

# CUARTA PARTE: LA DESTRUCCIÓN O EL AMOR

## 1

Newen revisa la herida de Célula. No parece estar envenenada.

—¿Podés caminar?

Célula asiente y Newen la ayuda a levantarse. De pronto, se escuchan unos estallidos distantes.

—¿Oíste eso?

Se oyen más detonaciones. Aukan se acerca.

—Los barcos están atacando.

Se aproximan al borde del acantilado. Las líneas de puntos de los barcos se han desordenado, conformando caóticos dibujos sobre el mar. Rayos y explosiones de luz acompañan a silbidos y estallidos que rebotan en las paredes de piedra.

—Los argentinos están en guerra —Newen mira al cielo y ve al cóndor—. Todos están allí abajo ahora. Es el momento de entrar en la base.

Aukan asiente y va a organizar a los guerreros. En escasos minutos, la fila de tehuelches comienza a desfilar por el estrecho sendero excavado en la pared del acantilado. A su lado vuelan las águilas robot, escoltándolos y dándoles seguridad en el caso de que resbalen y caigan. Delante de Aukan y Newen, que encabezan la fila, vuela el enjambre de moscas y el batallón de arañas, que se desplaza por la pared, marejada de patas móviles. Cierra la comitiva el grupo de serpientes, que se deslizan por el sendero vigilando la retaguardia.

Célula camina con miedo y excitación. El abismo se abre a sus pies, estremecedor, pero sabe que está acercándose a Pitágoras y a su padre. En el horizonte, los barcos españoles y argentinos se disparan. Alguno de ellos arde, otro se hunde. El mar comienza a estar lleno de sangre y cadáveres. Los drones sobrevuelan los barcos añadiendo más caos a la escena. Más lejos, una fila de buques anglosajones vigila expectante el curso de los acontecimientos.

Hay que darse prisa. Los guerreros avanzan por el sendero lo más rápido que pueden. Alguno tropieza y pierde el equilibrio, pero un águila atenta lo

recoge rápidamente con sus garras y lo devuelve al camino.

Newen y Aukan llegan a la vieja puerta metálica de la base, sin ningún sistema de apertura visible. La fila de los tehuelches se para. Las moscas zumban a su lado. Las águilas se posan en salientes del acantilado, vigilantes. Las arañas se colocan formando un círculo perfecto en la pared de roca, junto a la puerta.

—¿Cómo vamos a abrirla? —pregunta Aukan.

Newen señala con la cabeza al círculo de arañas. Uno de los maestros de robots, que está junto a Newen, da las órdenes y, en un abrir y cerrar de ojos, las arañas deshacen el círculo perfecto que formaban y comienzan a dispersarse en todas direcciones, arriba y abajo, por la pared rocosa, buscando rendijas y recovecos por los que colarse en la base Elgor.

Los minutos transcurren, largos y tensos. Célula y los tehuelches contemplan la batalla que se desarrolla ante sus ojos. Es un espectáculo terrible, pero al mismo tiempo saben que es la mejor oportunidad que tienen de rescatar a su gente. Por fin se escucha un chasquido metálico tras la puerta y esta se entorna. Aukan la empuja y ve a un puñado de arañas agarradas a la palanca de apertura. Los tehuelches penetran sigilosos en la base Elgor y ocupan ordenadamente el túnel de roca viva, oscuro excepto por algunos puntos de luz dispersos que jalonan el camino hacia el interior. Newen toma la palabra.

—Tenemos que subir hasta donde están nuestros hermanos. Los caminos son solitarios, pero si nos encontramos con alguien hay que matarlo rápido y en silencio. Cuando llegemos a la prisión donde los tienen, no deben arrancar los cables que les sujetan, sino cortarlos. Así no se dañarán el orto y podrán venir con nosotros caminando con sus propias piernas. Algunos de ustedes se quedarán vigilando en puntos estratégicos del camino.

—¿Y Pitágoras y mi padre? —Lulú rompe el silencio del túnel.

—Yo te acompañaré a buscarlos una vez que guíe a los demás hasta los prisioneros. Si todo sale bien, nos marcharemos todos juntos. ¡Sígueme!

Sin más conversación, Newen comienza a guiar a la sigilosa comitiva hacia las entrañas de la base Elgor.

## 2

«Lulú, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Pecado mío, alma mía. Lu-lú:

la punta de la lengua emprende un viaje de dos pasos que va del paladar a la boca y se repite, hasta acabar en los unos labios que besan las úes de tu nombre. Lu. Lú».

Pitágoras, con los labios en u, cierra los ojos e invoca a Lulú. Puede verla perfectamente, como si estuviera frente a él: su piel, blanca mariposa; su pelo, pálido fuego; sus labios, aurora de la pampa. Pitágoras la invoca, con toda la magia de su amor adolescente. La convoca, la llama, la requiere, hace que aparezca en su mente en penumbra y esta imagen perfecta atrae como un imán al resto de la esencia de Lulú, como en carne y hueso, materializando sus células. ¡Célulú!

La perfecta fantasmagoría, la impresión tan real como el reflejo de un cuerpo opaco en un cristalino, provoca una erección en el muchacho, que le empuja a realizar otro tipo de invocación, homenaje a la amada, con todo el vigor de su juventud y su ardiente corazón. Ahora él también es imagen, puro reflejo ideal de su yo, y sus colores se funden con los de Célula en una obscena abstracción cromático-erótica.

Esa imagen etérea donde copulan como amantes astrales está paradójicamente conectada con su próstata, tirante e hinchada, a punto de estallar y enviar por la uretra un chorro de lava blanca, volcán de la adolescencia, magma de la vida, estallido de la primavera.... cuando la puerta de su celda se abre y entra un hombre a toda prisa.

—¡Profesor Alcázar! Perdona, no sé qué pasa.... Me he despertado así, ¿será tengo que ir al baño?

Galileo mira a Pitágoras y le ve desnudo, erecto y cubierto de semen de cintura para arriba.

—No perdamos el tiempo con estupideces. Límpiate y vístete. ¡Rápido!

Galileo le arroja el mono, que cuelga exánime en un gancho, como el pene de Pitágoras, rápidamente decepcionado por la entrada del papá de su amada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanta prisa?

—Argentina y España están en guerra, a unos kilómetros de aquí, en el mar. Tenemos que encontrar a Célula. Cuéntame todo lo que sepas.

—No puedo contarte todo. No puedo traicionar a mis amigos...

—Pitágoras, todo ha cambiado. Estamos en un mundo diferente. Yo soy distinto. Comprendo tus sentimientos mucho mejor de lo que puedas imaginar  
—Galileo se planta frente a Pitágoras y le pone las manos sobre los hombros, mirándole a los ojos con una franqueza y un sentimiento que el joven no había visto hasta entonces en él—. Te quiero.

—¿Cómo?

—Te amo, hijo. Eres como un segundo hijo para mí. Y pienso que no hay nadie mejor en el mundo para ser el novio de Célula. Pero tenemos que encontrarla, dime dónde está. Ya no creo en la ciencia, no soy español ni argentino, jamás dañaré a los indígenas, créeme. ¡Pero hay que encontrar a Célula!

—Vienen a la base para rescatar a sus hermanos. Lulú va con ellos.

—No creo que puedan entrar.

—Llevan robots.

—¿Robots? ¡No puede ser!

—Créeme, los llevan. Entrarán.

—Ven conmigo. Te voy a enseñar los caminos que llevan hasta la entrada secreta de la base, en el mismo acantilado. Es por donde escapó Newen. Estoy seguro de que intentarán entrar por ahí. Tienes que encontrar a Célula. Hay que ponerla a salvo. Después ayudaremos a los indígenas a escapar, ¿sí?

—¡De acuerdo!

—Vamos, hijo. Y perdona por todo lo que te hice y te dije. Estaba equivocado, engañado, profundamente... Convenceré a tus padres. Todo irá bien.

Pitágoras cree en la sinceridad de Galileo, en su mirada paternal y honesta, y siente una corriente de afecto desbordada hacia él. Se lanza sobre Galileo y se funden en un abrazo emocionado. Después, salen corriendo y buscan la puerta de emergencia. El circuito de túneles y escaleras iluminados por luces mortecinas es el lugar más seguro para moverse por la base sin despertar sospechas. Galileo conoce bien los entresijos de la base Elgor y trata de explicarle a Pitágoras las diferentes direcciones que puede tomar por los pasillos mientras avanzan. Llegan a la nave donde los indígenas se distribuyen en cubículos como ganado, atrapados a los tubos que conectan sus cuerpos con las máquinas del experimento. A partir de ahí, Galileo hace con Pitágoras el mismo recorrido que hizo con Newen cuando el tehuelche escapó, mientras da indicaciones al joven para que pueda desandar el camino sin perderse. Entran por la trampilla, atraviesan el largo pasillo lleno de tubos, cruzan la puerta del fondo y llegan al ascensor.

—Ve abajo del todo. Llegarás a unos túneles excavados en la roca. Por ellos se llega a la puerta que lleva al exterior. Buena suerte, Pitágoras. Ten mucho cuidado. Yo tengo que ocuparme de otro asunto ahora mismo. Nos reuniremos aquí más tarde, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —Pitágoras sonríe y abraza de nuevo a Galileo.

—Dile a Célula que la quiero —Galileo le da un beso a Pitágoras y sale corriendo, dispuesto a abortar el experimento del doctor Heim. No puede permitir que utilicen a esos pobres hombres híbridos en la guerra. Es su responsabilidad, gracias a él lo han conseguido. Es él quien debe poner fin a esa locura.

### 3

Pitágoras escudriña la oscuridad en los túneles de roca. Acaba de salir del ascensor tras un largo viaje a las profundidades del peñón. ¿Encontrará la salida al acantilado? Comienza a dar pasos prudentes en la penumbra apenas iluminada por los viejos leds.

A escasos metros, ojos negros acechan en las tinieblas. Escuchan los pasos leves y cuidadosos de Pitágoras y se preparan para el encuentro con sus armas en la mano. Newen les dijo que debían matar a cualquier soldado que encontraran por el camino, rápida y limpiamente, antes de que pueda emitir un solo suspiro que levante la alarma. Afortunadamente, los pasos les dicen que es solo un soldado. No será difícil deshacerse de él.

Célula está unos metros por detrás, conteniendo la respiración. También puede escuchar los pasos. ¿Por qué hay algo en ellos que le resulta extrañamente familiar? ¿Es posible reconocer los pasos de alguien a quien amas? Célula echa mano a su talismán instintivamente. Ha notado un chispazo, un toque, como si el colgante contra el gualicho le hubiera avisado ¿de qué? Los pasos siguen acercándose y Célula no tiene otra alternativa. El absurdo se hace obvio en su corazón y grita:

—¡Pitágoras!

Los tehuelches se lanzan en tropel hacia los pasos, deben matarlo rápidamente.

—¿Lulú? —Pitágoras lanza su tímida interrogación, apenas audible, en el preciso instante en que Aukan está ya agarrándole por detrás y alzando su arma asesina para cortarle la garganta. Con reflejos de puma, el guerrero agarra al muchacho por los hombros e intenta distinguir su rostro en las tinieblas.

Los guerreros permanecen inmóviles y silenciosos mientras Lulú corre a ciegas por el túnel, en dirección a la voz de Pitágoras, que se desprende de las manos poderosas de Aukan y avanza a tientas hacia los pasos de su amada. En la oscuridad los tehuelches escuchan el abrazo de los amantes, sus susurros y

su beso como una onda de amor que atraviesa las profundidades plutónicas de la base Elgor.

—¡Pitágoras! —Lulú no puede decir otra cosa que no sea el nombre de su amor, entre suspiros.

Newen se les acerca.

—Le has salvado la vida, muchacha.

—De pronto supe que era él. Lo supe.

—El corazón que ama sabe ver en la oscuridad —sentencia Newen.

—Galileo está de nuestro lado —dice Pitágoras—. Me liberó y me indicó el camino hasta los presos. Me pidió que bajara y os guiara.

—Sabía que era un buen hombre —dice Newen—. No perdamos tiempo.

—Por el ascensor —indica Pitágoras.

La avanzadilla de los tehuelches se aproxima para examinarlo.

—¿Dónde está mi padre? ¿Está bien? —pregunta Célula.

—Sí, está bien. Hay un lugar donde nos reuniremos con él. Vendrá con nosotros. Me dijo que comprende lo nuestro, Lulú. Que lo acepta. Y que te ama.

Célula sonrío y abraza a Pitágoras. Newen y Aukan dan las órdenes para ir subiendo por el ascensor. Tendrán que subir en grupos y esperar al otro lado. Pero con los primeros tehuelches subirán arañas, moscas y serpientes. Poco a poco, silenciosa y ordenadamente, los guerreros suben y ocupan acechantes las tripas de la base Elgor. Un destacamento se queda abajo, en la retaguardia, con las águilas.

Célula y Pitágoras suben con el último grupo y cuando llegan al nivel superior, ven el impresionante túnel surcado de tubos por todas partes y repleto de rostros tehuelches pegados a sus muros como estatuas de un mausoleo.

—Esperaremos a que caiga la noche —dice Newen en un tono sereno pero imperativo—. Será el mejor momento para liberar a nuestros hermanos. Cuando lo hagamos —dice, dirigiéndose a Célula y Pitágoras—, ustedes esperarán aquí.

—Pero nosotros también queremos ayudar —protesta Célula.

—Tu padre dijo que nos reuniríamos aquí —señala Pitágoras.

—Son necesarios aquí, *mijos*, obedezcan —sentencia Newen.

Pitágoras y Célula buscan un rincón cerca del ascensor y se sientan en el suelo, tomados de la mano, mirándose a los ojos. Pase lo que pase, en el medio de la batalla, ellos estarán juntos.



## 4

Galileo entra corriendo en la sala donde los voluntarios se transforman en híbridos perfectos. Sus miembros ya muestran la forma de los fócidos: leones marinos, elefantes marinos, lobos de mar... Toda la variedad de especies del Atlántico Sur hibridado con seres humanos para formar un ejército invencible. Él ha conseguido que esto sea posible, él debe ahora destruirlo para evitar que sea utilizado para la guerra. Solo tiene que inyectarles el suero regresor y hacer que vuelvan a su forma humana. Es arriesgado, aún no han completado la hibridación, pero no tiene otra alternativa.

Galileo se acerca al primer voluntario y se dispone a inyectar el suero en la vía, cuando siente un dolor agudo en el cuello, un pinchazo brutal. Se da la vuelta y ve al doctor Heim con una jeringuilla en la mano.

—¿Qué me ha inyectado?

—¿Qué iba a inyectar al voluntario?

Galileo no tiene tiempo de pensar mucho. Heim sabe que iba a intentar abortar el experimento. Le ha inyectado algo, debe actuar con rapidez. Alarga su brazo para arrebatarse la jeringa al doctor Heim, pero este se aparta con extraordinarios reflejos.

—No, no, no, amiguito mío. Las cosas no se consiguen así. Hablemos.

Galileo se inflama de rabia. Está harto de los juegos del nazi, no tiene tiempo que perder. Sin pensárselo dos veces, le propina un puñetazo en el estómago. El doctor Heim se dobla, y abre la boca, sorprendido, aunque no llega a perder el control, porque sigue evitando que Galileo alcance la jeringuilla. Restablecido de la sorpresa, el doctor Heim le da a Galileo un potente guantazo con la mano abierta. Ambos se quedan recobrando la respiración, mirándose, midiéndose, en tensión.

—¡Ah, mi querido profesor! A pesar de su bajeza y su violencia, tan española, debo agradecerle una vez más su contribución a mi experimento. Ahora los elegidos son perfectos y obedientes, leales, si es que usted es capaz de comprender qué significa eso. No pierda el tiempo, ya no hay vuelta atrás. Dominaré el mundo, seré su maestro, su padre, su Dios, ¡solo me obedecerán a mí! Y todo se lo debo a usted, profesor.

—¡Es usted un demente, un monstruo! —Galileo se lanza hacia el doctor Heim como un toro, y lo derriba. El doctor agarra a Galileo con sus largos

muslos. Su fuerza es sorprendente para ser tan viejo, los tratamientos rejuvenecedores parecen haberle conservado con el estado físico de un joven de cuarenta años. Galileo y el doctor Heim forcejean en el suelo, hasta que Galileo se suelta porque siente de nuevo el dolor de un pinchazo.

—¡Cabrón! ¡Me has vuelto a pinchar!

—¿Lenguaje vulgar? ¡Su selección genética es una fachada, profesor! En cuanto rascamos un poco aparece el español cejijunto, malhablado y débil. Tan inferior que presume de su ética y sus valores. Esas ideas de mentes borreguiles son las que le hacen vulnerable, profesor. Su ética es su debilidad. Me he aprovechado de ella para vencerle y derrotarle.

Galileo no contesta, lanza una patada y le da al doctor Heim en toda su enorme bocaza sonriente. Heim escupe sangre, pero ríe a carcajadas.

—Demasiado tarde para abandonar sus valores, Alcázar. El suero ya corre por sus venas. También los receptores de intermind. Pronto será mío, como todos los demás. Usted elige: o lo hace con dolor o se mete en una de las cubetas. Estoy dispuesto a concederle la gracia del coma profundo.

—¡Malnacido! —Galileo trata de pensar rápidamente. Si eso es cierto, no le queda otra solución que inyectarse el suero regresor que iba a suministrar a los voluntarios y arriesgarse a sufrir los efectos de los dos sueros contradictorios. Alarga su mano hacia la mesa donde reposa la jeringa, pero, antes de que pueda clavársela, los dientes de Heim atenazan su brazo como los de un perro de presa. Galileo se ve forzado a abrir la mano y la jeringa cae al suelo y se rompe.

—¡Me has mordido, cabronazo! —Galileo agarra al doctor Heim por el cuello y le da puñetazos en la cara. El nazi no deja de luchar ni de reírse a carcajadas, aun mordiendo el brazo de Galileo. Lo libera para gritar con una voz perturbada:

—¡Pégume, sí, pégume! ¡El dolor me hace sentir vivo!

Galileo suelta a Heim como un fardo repugnante y lo ve chocar contra el suelo. Galileo intenta recobrar fuerzas mientras ve al doctor revolcarse por el suelo, no sabe si con dolor o con regocijo, ya que emite unos extraños sonidos que son mitad gemido mitad carcajada. De pronto, deja de moverse y levanta la cabeza, mirando a Galileo con una expresión desquiciada.

—¡He jugado con usted desde el principio, estúpido español! ¿Por qué cree que sufrió un ataque de EMADA al mismo tiempo que la Presidenta Viuda? ¡Yo les manipulé con los inhaladores antihormonales! ¡Fue muy fácil manejarlos y conseguir que hicieran lo que me convenía, mientras estaban

cegados con su ridícula pasión química!

Galileo no es capaz de reaccionar a esta revelación. Le tiemblan las piernas y tiene que apoyarse en una de las mesas. El doctor Heim se pone de pie, inmenso y terrible, sangrando por la boca y sonriendo como un lunático.

—¡Yo creé su amor! ¡Yo soy su Dios, mi pobre títere del jardín del Edén! ¡Y lo seré mucho más a partir de mañana! ¡Le lanzaré contra el enemigo y usted me obedecerá!

Galileo observa al doctor Heim frente a él, triunfal, aberrante, y no tiene otra respuesta que levantar su pierna y darle una fortísima patada en la entrepierna. Para su sorpresa, el doctor Heim no se inmuta, y vuelve a romper a reír a carcajadas.

—¿Se cree que soy tan estúpido como usted? ¡Estas cositas que usted y los animales comparten me estorbaban y me las quité! ¡Soy un ser superior!

Galileo vuelve a lanzarse contra Heim con todas sus fuerzas, clavando sus uñas en la cara del doctor, desgarrando la segunda piel que le da su aspecto pulcro y joven, revelando una repugnante piel verdosa de momia centenaria, arrugada y surcada de venas e irregularidades por todas partes. El doctor Heim chilla como un cerdo ante el matarife, y se sujeta los jirones de segunda piel con las manos.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de la gran puta!

—¡Y a mucha honra! —contesta Galileo, y le escupe en la piel ajada y podrida que le asoma entre los dedos.

El doctor Heim sale corriendo, gimoteando, sujetándose la piel desgarrada y deja a Galileo solo en el laboratorio. Galileo está cansado, lleno de adrenalina, confuso por todo lo sucedido, pero debe pensar rápido, debe tomar el control de su mente. ¿Qué hago ahora? ¿Qué puedo hacer? ¡Me voy a convertir en un híbrido! La idea de inyectarse un suero contradictorio es de locos, ahora que lo piensa por segunda vez. Probablemente moriría.

Galileo echa a correr por los pasillos del laboratorio y entra en la sala de los voluntarios alfa. No se equivoca, allí está Onda acariciando a Popper, un imponente hombre elefante marino con los ojos entrecerrados como un perrito.

—He cambiado de opinión, Onda. Ven conmigo, voy a ayudarte.

La doctora Fusilli se levanta como un resorte. Agarra la enorme cabezota de Popper y le mira a los ojos.

—Ahora tengo que marcharme durante unas horas, Popper. Pronto me reuniré contigo. Seré como tú, ¿lo entendés?

El gigantesco híbrido asiente con la cabeza y masculla:

—Nadaremos juntos en el océano.

Onda sonrío, enternecida, y le da un beso en su boca bigotuda y babeante. Se da la vuelta y se acerca a Galileo.

—Vamos, profesor.

Galileo y Onda caminan rápidamente por los pasillos y entran en una de las salas con cubetas.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—Sería largo de explicar, Onda. Ahora veo las cosas de otra forma —dice Galileo mientras prepara la cubeta, el instrumental y el suero—. Heim me ha atacado, está loco. Me ha inyectado el suero hibridador.

—¡Tenés que meterte en una cubeta!

—No, Onda. No puedo permitirme olvidar.

—Pero no te convertirás en un híbrido perfecto. Sin los sedantes lo más probable es que la transformación sea anómala.

—Pero, con ellos, olvidaré. El suero se ha ido perfeccionando con cada experimento. Entre una hibridación perfecta y una imperfecta, pero con recuerdos, prefiero la última. ¿Sabes dónde está el instrumental para extirpar los receptores de intermind?

Onda busca entre los armarios y le alcanza el detector. Galileo comienza a recorrer su cuerpo con él, extirpando los receptores de intermind de Onda.

—Vas a sufrir un dolor tremendo. No es necesario, sin los receptores Heim no podrá controlarte.

—Tranquila, estaré bien. Te vigilaré mientras pueda. Cuando despiertes, podrás reunirte con Popper. No recordarás nada, pero serás libre, Heim no podrá darte órdenes.

—No, Galileo. La guerra ha comenzado. Utilizarán a los elegidos en cualquier momento. ¿Y si Popper ya no está aquí cuando despierte? ¿Cómo podré reconocerlo si olvido todo?

—Él te reconocerá.

—No, no puedo arriesgarme, Galileo. Haremos esto juntos. Sin sedantes.

—Quítame los receptores —Galileo le da el detector a Onda.

Onda termina de extirparle los chips a Galileo y le mira a los ojos, decidida.

—Llegó el momento. Inyectame el suero y entremos en las cubetas.

—¿Y las correas?

—Tendremos que soportar el dolor sin atarnos.

—Yo puedo atarte, no me importa.

—No, prefiero que ambos estemos libres por lo que pueda pasar. Nos ayudaremos.

Galileo inocula el suero hibridador a Onda. Sin más palabras, se meten en las cubetas de agua marina y se tumban a esperar su metamorfosis.

## 5

—La encuentro muy recuperada, Presidenta Viuda. Vuelve usted a parecer la mujer racional e inteligente que siempre fue —dice Heim con una galante sonrisa, su nueva piel perfecta, resplandeciente, sentado en el butacón, sujetando con gracia una taza de porcelana antigua.

—Nunca podré agradecerle lo suficiente su ayuda, doctor, y su discreción —Cristina observa a Heim con el cuello estirado y una sonrisa diplomática.

—Por supuesto, Presidenta Viuda. Es un secreto que me llevaré a la tumba. Además, qué mala suerte tuvo usted. Podría haberse fijado en cualquier persona, pero el azar quiso que su EMADA se concentrara en un traidor. ¿Qué diría el pueblo? Sería muy difícil de explicar.

—Y por ello le debo estar doblemente agradecida.

—¿Ha pensado qué hacer con él? No podemos dejar que vuelva con los españoles, sabe demasiado de nuestro proyecto secreto.

—¿Ha sido útil en el experimento?

—Realmente no, Presidenta Viuda, debo confesárselo. Su capacidad científica es bastante limitada. Es español, ¿sabe usted?

—Si no es útil para usted, lo sacaremos del laboratorio y lo encerraremos en un lugar seguro mientras se resuelve la guerra.

—También existe otra posibilidad... —dice Heim con un destello de placer en sus ojos de hielo azul—. Podemos hacerle olvidar.

—¿Cómo? —Cristina abre los ojos de par en par, como una lechuza de negro plumaje—. Eso lo solucionaría todo.

—Se ha prestado voluntario para el experimento. Traicionó a su patria y tampoco pertenece a la nuestra. Es un hombre sin presente y sin futuro. Es lo mejor que podría haber hecho.

Heim observa divertido a Cristina, como el gato que tiene atrapado al ratón por la cola y da zarpazos a su alrededor, sin llegar a arrancarle la cabeza todavía—. Ahora es un elegido más. En unas horas no recordará nada, ni quién fue, ni a quién amó, si me permite la arcaica expresión acientífica.

—Bueno —Cristina reprime un suspiro—. Sin duda es la mejor solución y

así termina toda esta pesadilla. ¿Cuándo estarán listos los elegidos, doctor?

—Una primera remesa está ya preparada. Los demás estarán transformados en unas horas. El profesor tardará un poco más, pero tampoco es tan importante. Tal vez lo guarde conmigo por si es necesario algún experimento posterior. ¿Qué le parece?

—Haga lo que quiera, ya sabe que tiene libertad total en sus experimentos, doctor. Pero avíseme en cuanto estén listos los demás. ¿En unas horas estarán todos preparados para atacar?

—En perfecto estado: un ejército de formidables hombres anfibios dispuestos a obedecer a ciegas y servir a su patria, Argentina.

—Entonces llegó el momento. En cuanto estén listos, libérelos.

—¡Ay, Presidenta Viuda, sus dulces palabras son música para mis oídos! En los tiempos antiguos habría derramado una lágrima en este momento tan largamente anhelado. Gracias a la ciencia le ahorro este momento embarazosamente primitivo. La veo en unas horas, Presidenta Viuda, compartiremos juntos este evento histórico.

El doctor Heim se levanta y, con un gracioso gesto, toma la mano que le tiende Cristina y hace el gesto de besarla, sin llegar a rozar su piel. Cristina ve marcharse al doctor y se queda inmóvil, estirada en el sofá, la espalda recta, la expresión absorta. Ya no hay sentimientos hirviendo en su sangre, ya no hay escalofríos, temblores ni dolor en sus sienes ni en sus tripas. Sin embargo, ¿por qué piensa aún en Galileo? ¿Cómo es posible que la medicación no haya logrado exterminar esa preocupación por él? Su pulso, su respiración, todo es perfectamente normal, pero algo, un eco, un pensamiento gritando lejano, en el fondo de su mente, está ahí permanentemente. No puede dejar que nada malo le pase a Galileo. No puede permitir que Heim lo transforme en híbrido, pero ¿cómo impedirlo ahora que ya ha comenzado el proceso? ¿Cómo protegerlo sin que el doctor sospeche que su enfermedad mental no está del todo curada? Solo hay una persona que puede ayudarla. La llama mentalmente y en dos minutos el alférez Ayanz entra en su suite.

—A sus órdenes, Presidenta Viuda.

—Ayanz, por favor, siéntese. El profesor Alcázar corre grave peligro.

Newton Ayanz no puede disimular una expresión desolada en su rostro marcial. Los músculos de las potentes mandíbulas se le tensan en una mordedura que querría desgarrar el aire que amenaza a Galileo.

—¿Le preocupa? Vaya, sí que le ha tomado usted cariño al profesor.

Una mirada de sospecha hace que el alférez recomponga su expresión

impenetrable.

—No, Presidenta Viuda. Solamente me sorprende. ¿Qué ha sucedido?

—El profesor Alcázar se ha prestado voluntario para el experimento de los elegidos. El doctor Heim me lo ha dicho. Ahora mismo está transformándose.

—¿Por qué? No puede ser, no entiendo ese comportamiento.

—Tengo que confesarle algo, Ayanz. ¿Recuerda el problema que tuvimos con los traidores cuyos cadáveres tuvo usted que retirar aquí mismo? Pues creo que tenemos de nuevo la misma situación.

—¿Alcázar?

—No, el doctor Heim.

Ayanz reprime un suspiro de alivio.

—Lo sabía...

—¿Qué sabía usted? —Cristina se pone altiva, tensa, autoritaria.

—Perdóneme si no se lo dije antes, Presidenta Viuda, pero quería confirmarlo. Además, se trata de un tema muy delicado. Pero ya no importa, tengo que contárselo. Hace tiempo que vengo sospechando del doctor Heim, de su lealtad a la patria. Por eso me tomé la libertad de observar sus acciones discretamente. ¿Recuerda cuando usted tomó la decisión de quedarse en la base y tuvo que pedir a Heim que le preparara su inhalador hormonal?

—Lo recuerdo perfectamente, continúe, por favor.

—Hay muchas cosas que hago para protegerla, Presidenta Viuda, sin que usted lo note. Una de ellas es probar su comida. Otra es probar sus inhaladores. Como procedimiento rutinario, lo hice y me di cuenta de que ese inhalador tenía un efecto completamente nuevo para mí. Quería estar seguro, así que me quedé con la copia de seguridad y continué probándolo, para ver qué efectos desarrollaba en mí. Quise recabar evidencias antes de hablar con usted. Compréndame, el tema era muy delicado, ¿cómo decirle a usted que sabía que estaba enferma? El doctor Heim nos infectó, Presidenta Viuda. Perdóneme por decirlo en voz alta.

—Todo encaja. Heim quiso hacerme perder la razón. Quiso manipularme. ¿Pero por qué?

—Su lealtad está en duda, Presidenta Viuda. No sé qué pretende, pero no es el bien de la patria.

—Tenemos que hacer algo. Primero intente salvar a Galileo, no sé qué es capaz de hacerle mientras esté en sus manos. Después nos encargaremos de Heim. Solo podemos contar el uno con el otro, alférez.

—Puede confiar ciegamente en mí, Presidenta Viuda.

—Lo sé. Corra, salve a Galileo. Póngalo a salvo y después haremos lo que debamos con Heim.

—Tendremos que...

—Lo sé, no es necesario que lo diga, Ayanz —interrumpe Cristina—. De momento lo necesito para el experimento, pero muy pronto ya no será necesario y entonces... Pero no pierda más tiempo, por favor, ¡rescate a Galileo! Y que el doctor Heim no sospeche que le descubrimos.

Ayanz se cuadra y sale corriendo de la suite presidencial.

## 6

Cae la noche en la base Elgor. Los militares están concentrados en las salas de control, monitorizando la guerra que llena el mar de fuego y sangre a escasas millas. Los tehuelches se deslizan sigilosamente por los pasillos, acompañados de las arañas, que recorren los techos con sus silenciosas patas; las moscas, que vuelan en un enjambre sobre sus cabezas; y las serpientes, reptando a sus pies.

Célula y Pitágoras se han quedado en el pasillo de las tuberías, acompañados por dos tehuelches, esperando a Galileo. Célula está ceñuda, callada.

—¿Estás bien, mi amor?

—Mi padre está en peligro, Pitágoras. Ya lo sabía, pero ahora que estoy cerca lo puedo sentir.

—Tranquila, nos reuniremos con él.

—Estamos perdiendo el tiempo aquí. No puedo explicar por qué lo siento, pero es verdad, mi padre está ahora mismo en grave peligro. Tenemos que ir a buscarle.

—¿Pero dónde? Él me dijo que nos veríamos aquí.

—¿Y si no puede venir? ¡Ya debería haber llegado!

—Es verdad... pero ¿cómo encontrarlo?

—No lo sé.

—Si empezamos a buscarlo por los pasillos y nos descubren los soldados, estamos perdidos, Lulú.

La chica mira a su novio, desolada. Pitágoras la abraza con ternura. Célula se siente mejor, el amor consuela su impotencia. Solo puede temer y esperar.

Mientras tanto, los tehuelches, encabezados por Aukan y Newen, llegan a la puerta de la nave de los prisioneros. Antes de cruzarla, envían unas moscas



para que sobrevuelen la sala y localicen a posibles enemigos. Solamente hay dos soldados vigilando, caminando rutinariamente entre los cubículos. Una vez comunicada la situación a Aukan, este da la orden al maestro de robots, que hace que las moscas entren por los oídos de los soldados y les claven su aguijón. Los soldados se desploman en segundos, muertos, sus orejas sangrando. Es el momento de entrar en la nave.

Los guerreros han sido instruidos por Newen para liberar a los prisioneros. Primero soltarlos de las correas, después extraer con cuidado las sondas gástricas y por último cortar el tubo que les conecta al recolector de heces para no dañar sus anos. Hay más prisioneros que guerreros tehuelches, pero van liberándolos uno por uno, mientras otros los acompañan hacia la puerta trasera. Todos los prisioneros guardan silencio, a pesar de tener los ojos brillantes por lágrimas de agradecimiento. Ordenadamente, comienzan a salir por los pasillos, donde hay guerreros colocados estratégicamente para guiarles. Rápido, en silencio, corran.

Ya han liberado a la mitad de los prisioneros, cuando una ensordecedora alarma comienza a sonar, acompañada por una luz rojiza intermitente. Les han descubierto. Parte de los guerreros se preparan para el combate mientras los demás siguen liberando a los presos. Las puertas de la nave se abren súbitamente y entran varios soldados argentinos, enfundados en armaduras de combate, disparando ráfagas. Algunos guerreros tehuelches caen muertos, heridos por los rayos explosivos, con horribles agujeros humeantes en sus cuerpos. Los tehuelches se refugian en los cubículos y disparan sus armas, intentando contrarrestar el avance de los argentinos por el pasillo central del pabellón.

Los maestros de robots, guarecidos en la retaguardia, envían a las arañas contra los soldados argentinos. Sorprendidos por estos implacables enemigos, los soldados se retuercen y gritan, disparando a algunas, pero no pudiendo evitar que se ceban en las juntas de sus uniformes, la parte más vulnerable de las impenetrables armaduras, por donde entran los diminutos pero precisos taladros con los que horadan los robots tehuelches, dejándoles plagados de agujeros por los que se desangran.

En unos instantes, los soldados argentinos caen muertos al suelo y los tehuelches se reorganizan.

—¡Rápido! —ordena Aukan—. ¡Pronto vendrán más! ¡Liberen a los que quedan!

La mayoría se apresura a continuar con la operación, mientras algunos se

sitúan frente a la puerta principal, esperando la llegada de más tropas. La alarma sigue sonando y su luz intermitente dificulta la manipulación de las sondas. Otro grupo de soldados argentinos penetra en la nave y esta vez los guerreros, más preparados, lanzan al instante los robots y sus disparos sobre las cabezas de los enemigos, que responden lanzando ráfagas mortíferas a todas partes, mientras se retuercen de dolor, atacados por los taladros de las arañas.

Mientras caen los últimos, llevándose por delante a algunos tehuelches, terminan de liberar a los últimos cautivos y salen corriendo del pabellón. Aukan da la orden de salir a los últimos guerreros, hay que cortar la retirada. Con precisión quirúrgica, lanzan disparos inflamables en varios puntos estratégicos de la nave, provocando focos de fuego que se expanden rápidamente.

Entran más soldados y se encuentran el pabellón ardiendo, lleno de cadáveres. Ven a los últimos guerreros saliendo por la puerta de atrás. Echan a correr por los pasillos que aún no están en llamas, disparándoles. Los guerreros salen de la nave y dejan a una de las serpientes custodiando la puerta. Cuando los soldados se acercan a ella, la serpiente se detona y provoca una explosión que despedaza a los soldados, lanzando sus miembros amputados en llamas por todas partes, avivando el incendio.

Los guerreros y los liberados se apresuran camino al corredor de las tuberías por el que se accede al ascensor. Ahora que han sido descubiertos, no hay tiempo que perder. Newen organiza a la muchedumbre.

—El ascensor es demasiado lento. No podemos esperar. Tiene que haber otra forma, busquen en las trampillas.

Los guerreros comienzan a dismantelar todas las trampillas metálicas que hay en las paredes, techos y suelos del pasillo, y envían robots araña y mosca a explorarlas, mientras los demás terminan de llegar y se agolpan en el estrecho corredor. Uno de los maestros de robots va informando a Newen de los datos que proporcionan sus enviados. Hay una vieja escalera excavada en piedra que se adentra en las profundidades del peñón.

—Vayamos por ahí —decide Newen.

El maestro de robots señala la trampilla y los guerreros y los presos, con sus sondas anales colgando, comienzan a descender por la oscura y húmeda escalera de piedra, guiados por las moscas que encienden pequeñas lucecitas para iluminar el camino. Pitágoras se acerca al maestro de robots que controla la información de los pasadizos.

—¿Hay algún camino que lleve al laboratorio?

El maestro de robots mira a Newen pidiendo permiso y este asiente. El maestro señala una de las trampillas. Newen agarra por los hombros a Célula y Pitágoras.

—Vamos a rescatar al profesor.

Newen habla con uno de los maestros de robots y le pide que les acompañe junto con algunas arañas, moscas y serpientes. Aukan llega en ese momento y Newen le comunica sus intenciones.

—Si no salen rápido, no podrán marcharse de la base.

—Hay una salida al mar, abajo del todo. Solo necesitamos cinco águilas que nos esperen y nos agarren ahí cuando llegue el momento. Ustedes no pierdan tiempo, vuelvan a casa. Enviaremos una araña con el mensaje cuando lo logremos. Tenemos que salvar al profesor.

Aukan asiente y pone su mano de bronce en el hombro de Newen.

—Bendiciones, hermano.

Newen sonríe al impassible rostro de Aukan, que se va con los guerreros. Los tehuelches siguen desapareciendo por la trampilla de la escalera de roca mientras Célula, Pitágoras, Newen y el maestro de robots se introducen a gatas por una trampilla y se internan por un angosto conducto de ventilación.

## 7

Los recuerdos febriles asaltan la mente de Galileo, entre los terribles zarpazos del dolor que los interrumpe y los alaridos de Onda, que se retuerce en la cubeta de al lado. ¿Cómo pudo cegarle tanto su ambición? Era obvio que los elegidos eran un proyecto de guerra. Pero estaba aturdido por las hormonas, embotado por sus pasiones. Heim le hizo enfermar de EMADA para poder manipularle, igual que a Cristina. Pero ella ha cedido a su chantaje y ha tomado la mezcla antihormonal para olvidar su amor, sin darse cuenta de que Heim la sigue manipulando. El nazi nunca quiso emplear sus híbridos al servicio de Argentina, sino formar un ejército propio. Si pudiera hablar con Cristina y explicarle todo...

«Oh, Cristina, si supieras la verdad, si pudiera decirte que a pesar de todo aún te amo, tal vez lograría convencerte de que podemos ser felices juntos. Pero has tomado una decisión, has curado tu EMADA y ya no sientes nada por

mí. Si pudiera convencerte... Y mi niña, Célula, ¿dónde estará? Espero que Pitágoras pueda cuidar de ella. Yo ya no puedo, yo ya solo puedo esperar mi metamorfosis y después... ¿podré huir de Heim?».

Una ráfaga de dolor insoportable recorre los miembros de Galileo, como si miles de gruesas agujas se clavaran dentro de sus huesos y sus músculos en transformación. Galileo grita, tratando de exorcizar ese dolor tan inmenso, pero no logra aliviarlo. El dolor sigue ahí, extendido por todas las células de su cuerpo. Conoce perfectamente el proceso, casi puede visualizar sus fibras nerviosas inflamadas entre los músculos y los huesos que crecen y se deforman a una velocidad antinatural. Pero de pronto, entre sus propios gritos, escucha algo, ¿es una carcajada?

—Qué contradictorio es usted, profesor...

Galileo abre los ojos y ve la cara de Heim, invertida sobre la suya, riéndose, roja, como el demonio de una pesadilla medieval. Galileo solo puede gritar de nuevo.

—Sus aullidos de dolor me están endureciendo los pezones, profesor, no siga o será responsable de las consecuencias... ¿Sabe que Glauco es capaz de copular con cualquier ser vivo, masculino o femenino? Es una creación de la naturaleza desbordante de hormonas, como a usted le gusta. No me importaría verlo subido en esa grupa perfecta que tiene usted. Cronometraría el tiempo que tarda en llenarle con su esperma mutante.

Galileo aprieta los dientes con rabia, reprimiendo sus gritos. No quiere darle placer a ese monstruo.

—Es usted un hipócrita, siempre se lo dije. Todas sus teorías en contra del dolor, toda su compasión con los voluntarios para terminar decidiendo autoinfligirse el tormento más terrible que he tenido la fortuna de medir. Los campos de concentración eran un juego de niños comparados con esto. ¿Por qué lo ha hecho? No quería olvidar, ¿verdad? Quería recordar a su amada. No, perdón, su EMADA —Heim suelta una carcajada histriónica—. Perdóneme, no pude evitar un chiste tan obvio.

Galileo no puede contenerse más y grita de nuevo, con todas sus fuerzas, desde lo más profundo de sus entrañas semihíbridadas.

—Los españoles siempre tan escandalosos. ¡Qué aberración de la humanidad! Mis antiguos compatriotas lo sabían y por eso inventaron la Unión Europa. Qué pena que su plan secreto para someterles y reeducarles fracasara cuando la Tercera Guerra Mundial hizo saltar por los aires toda esa increíble farsa. Pero vayamos al grano, que hace usted que me disperse... ¿Por dónde

íbamos? Ah, sí, es usted un pequeño hipócrita. Me maldice por convertirle en híbrido y usted hace lo mismo con la doctora Fusilli. ¿Es que busca una compañera para surcar los océanos? Es eso, ¿no? Pues me he permitido ayudarle, profesor, mírela qué tranquilita está ahora. Cuando despierte, no sabrá quién fue y usted podrá manipularla a su antojo.

Galileo mira a su lado y ve a Onda completamente inmóvil, flotando en la cubeta. Heim la ha sedado.

—Dígame, ¿qué voy a hacer con usted? —Heim chasquea la lengua repetidamente expresando desaprobación—. ¿Qué es lo que más le puede perturbar? ¿Sedarle para que dentro de unas horas despierte convertido en un ser superior, ignorante de su pasado, lleno de presente, probablemente feliz? ¿O soportar un espantoso tormento físico para recordar a su amada Cristina cuando sea un monstruo marino, seguramente imperfecto, y esté perdido en el océano, con sus instintos embotados por su estúpida humanidad? Lo único que me disgusta es que usted ha elegido lo último, pero, aun así, yo elijo lo mismo.

Galileo ruge, lleno de rabia y dolor. Heim lo celebra con otra carcajada monstruosa.

—Lamentablemente, no hay lugar para ustedes en mi laboratorio. Han decidido desafiar mis normas y convertirse en vulgares especímenes. No pienso contar con semejante escoria en mi ejército. Solo quiero seguidores leales. Por eso, tengo otro dilema: no sé si conservarlos como la anomalía que son en mi colección de rarezas junto a Glauco y los demás o simplemente tirarlos al mar y ver si son capaces de sobrevivir o, por el contrario, algún día la marea devuelve su cadáver monstruoso estrellándolo contra los escollos.

Una estridente alarma interrumpe el discurso de Heim. La sonrisa del doctor se borra de su cara, algo fuera de su control está pasando. Se conecta a intermind y recibe un mensaje. Hay un incendio en la base. Por seguridad, debe abandonar el laboratorio y esperar a que lo sofocuen, a salvo en el nivel exterior de la base. ¿Irse y abandonar a su ejército? ¿Dejarlo a merced de las llamas ahora que está a punto de lograr su objetivo tan largamente acariciado? No puede permitirlo, la única solución es comenzar con la operación inmediatamente. Ya se encargará de Alcázar y Fusilli más tarde.

Bañado en la intermitente luz de la alarma, congestionado por la prisa de salvar a sus elegidos, Heim no se da cuenta de que una sombra le sigue por los pasillos del laboratorio y observa cómo entra en la sala donde están los voluntarios alfa, preparados para ir a la guerra. El doctor Heim da la orden y los híbridos caminan torpemente, como otarios que son, por los pasillos,

siguiendo a su creador, formando una cabalgata fantástica.

Uno de los usos de la base Elgor en el pasado fue un programa científico de extracción de energía de la fermentación de las algojas, esa combinación de alga y soja que se propagó por los océanos por culpa de la desmedida ambición china. Lo bueno es que dejó un montacargas enorme, viejo, pero en perfecto funcionamiento, para subir y bajar las algojas desde el laboratorio a unas cuevas al nivel del mar, guarecidas del oleaje por las rocas del fondo del acantilado. Allí fue donde Heim atrapó a los pobres fócidos que sirvieron como material genético para sus experimentos. Con ese mismo montacargas hará descender a sus soldados y los soltará en el mar para que empiece su dominio sobre el mundo.

Newton Ayanz observa silenciosamente cómo el doctor Heim hace subir a los híbridos en el montacargas, los equipa con una especie de mochilas que tiene preparadas y lo acciona para que descienda. En un monitor, el científico observa la llegada de sus soldados a la cueva.

—¡Al agua! —ordena en voz alta, teatral, y los elegidos saltan al agua oscura que encierran las paredes de piedra de la caverna. Se les ve tan felices chapoteando en libertad por primera vez. Ayanz ve sonreír a Heim, absorto en su creación. Después, se oculta con habilidad en un rincón del pasillo mientras Heim sale de ahí para dirigirse a los pabellones donde están el resto de los voluntarios en sus cubetas, esperando el final de su transformación. Heim observa los monitores, acaba de cumplirse el plazo para la metamorfosis de los primeros híbridos que puso en los tanques. ¡Justo a tiempo! Los irá sacando de sus tanques y bajándolos en remesas hasta la cueva, perfectamente equipados para atacar. Cuando termine de llevar a los primeros, los siguientes ya estarán listos. ¡Manos a la obra, no hay tiempo que perder! La base puede arder después, hasta los cimientos. Él dispone de un dron situado al nivel del laboratorio, con salida directa en medio del acantilado. Saldrá montado en él y sobrevolará el océano dando órdenes a sus soldados y contemplando cómo vencen al enemigo.

Heim comienza su actividad frenética, Ayanz se da cuenta de que el doctor va a estar entretenido en esa zona del laboratorio durante mucho tiempo, el suficiente para aproximarse a Galileo sin que el viejo nazi detecte su presencia.

El alférez Ayanz se desliza hasta la sala donde Galileo se retuerce y grita, enajenado por los insufribles dolores de su metamorfosis. Ayanz ve los ojos de Galileo abiertos como platos al verle allí y le hace un gesto con la mano

para que no diga nada. ¿Se lo parece o los ojos de Galileo son demasiado grandes, globosos, enrojecidos?

—¿Qué te hizo? —Ayanz no puede evitar un gemido de compasión y se lanza a abrazar a Galileo, metiendo sus fuertes brazos en la cubeta y sujetándolo por las axilas.

—Por favor, sácame de aquí —consigue balbucear Galileo, con la voz entrecortada.

—¿Adónde?

—Al mar.

—No es un lugar seguro ahora mismo. Hay una guerra a pocas millas.

—Necesito agua salada —logra articular Galileo.

—Sé dónde hay un lugar seguro con agua salada. Pero debes prometerme que me esperarás ahí y no saldrás al mar. Iré a buscarte cuando pueda y buscaremos una solución. Dime que hay una forma de volver atrás esto.

Galileo asiente con la cabeza.

—Coge el suero... Número 128... Ahí... —Galileo extiende su mano y Ayanz y él observan con espanto que sus dedos se están fusionando en una viscosa aleta.

El alférez corre hacia la sala adjunta, coge el suero y lo guarda en la coraza acolchada de su uniforme, junto a su pecho. Vuelve corriendo junto a Galileo.

—No permitiré que Heim te haga daño, pero tengo que evitar que me vea. En cuanto el camino esté libre, te bajaré al mar. Hay una cueva en la base del acantilado. Me esperarás ahí, te buscaré, te llevaré a un lugar seguro y te daremos la medicina. Volverás a ser un hombre.

—Ella también... —balbucea Galileo—. La cueva...

—De acuerdo, también la bajaré. Ahora esperá y aguanta, Galileo, aguanta, te prometo que te voy a sacar de aquí, pero debo esperar al momento preciso. ¿Lo entendés?

Galileo asiente, carcomido por el dolor.

—Yo sé que vos no me amás, Galileo, pero no me importa. Yo te amo. Y sé que vos me tenés algo de cariño también, a tu modo. Con eso me basta.

Ayanz lanza una mirada llena de amor hacia Galileo, que chapotea en la cubeta dando golpes con brazos y piernas, ya curvadas y endurecidas, sus ojos hinchados, sus labios abultados en un hocico incipiente. No hay deseo en su mirada, no puede haberla porque Galileo se está convirtiendo en un monstruo, pero Ayanz se da cuenta de que le ama más que nunca, en toda su horrible fealdad e indefensión.

El alférez vuelve a vigilar a Heim. El nazi ya ha hecho descender a la cueva a varias remesas de híbridos. Ayanz puede ver su imagen en la enorme pantalla de vigilancia: los hombres foca parecen felices nadando y saltando en las negras aguas de la cueva. Heim desarrolla una actividad febril. Por intermind ambos reciben noticias de que el incendio aún no ha sido controlado. Deberían abandonar el laboratorio inmediatamente, pero ninguno de los dos lo va a hacer.

Heim ve llegar a la cueva el último grupo de soldados híbridos. Se levanta de la sala del montacargas y se dirige a una sala de control con una gran pantalla donde se puede ver la guerra, que continúa inmisericorde con sus estallidos de luces en plena noche, en alta mar. En una esquina de la pantalla también se ve la cueva y, en otros fragmentos que va abriendo dando órdenes con su mente, vigila la imagen de algunas cámaras subjetivas. Ayanz deduce que son la visión de los elegidos, por cómo se mueven dentro la cueva, rodeados de sus congéneres. Heim tiene un centro de operaciones totalmente preparado para dirigir su ataque.

—¿Quieren matar españoles? —grita de pronto.

Los elegidos rugen con ardor guerrero, un gutural y ominoso sí que retumba en la cueva.

—¡Al ataque! ¡Destruyan sus barcos, inutilicen sus submarinos! ¡Devoren a los que caigan al mar! ¡Que no quede ni uno!

Heim grita como un demente, frente a su pantalla donde todo es oscuro y bélico, como un tronante dios de la guerra que comandara sus tropas desde el infierno. Los elegidos se sumergen en el agua y abandonan la cueva progresivamente. Las cámaras subjetivas muestran su avance por debajo de un túnel de roca submarino, hasta salir a mar abierto. A lo lejos se vislumbran las luces de la guerra, cada vez más cercanas. Los elegidos nadan rumbo a su destino. Heim manipula las pantallas, deja de observar la cueva para tener más espacio de visión subjetiva.

Ayanz aprovecha el momento y corre sigilosamente hacia la sala de las cubetas.

—¡Por tu vida, no hagas ruido!

Ayudándose de una de las camillas, saca a Onda y a Galileo de sus tanques y los transporta con el máximo cuidado por los pasillos. Galileo tiembla y aprieta las mandíbulas, tratando de no gritar. Se aferra con fuerza al cuerpo exánime de Onda, como si su calor le diera tranquilidad. Ayanz les lleva hasta la sala del montacargas y vuelve al centro de control de Heim para asegurarse



de que no está monitorizando la cueva. Pero, afortunadamente, una vez que ya ordenó salir de ella a todos sus híbridos, la visión de este lugar no le interesa; toda su atención está ocupada en las miradas de sus elegidos, nadando hacia la guerra.

—Ahora es el momento. Vamos. Te veo abajo, Galileo.

Ayanz ayuda a Galileo y Onda a bajar de la camilla, los sube el montacargas y acciona el mecanismo. Ayanz vigila la entrada con un ojo y el monitor con otro, hasta que ve con alivio cómo Galileo desciende del montacargas, arrastrando a duras penas a Onda, y se deja caer con ella en el agua de la cueva oscura. Ayanz deja de respirar durante unos segundos en los que no lo ve emerger, pero afortunadamente pronto distingue la cabeza de Galileo descansando en una roca, en una bañera natural de agua no demasiado profunda, junto a Onda.

El alférez comienza a manipular los cuadros de la sala, intentando destruir el circuito que envía las imágenes de la cueva al control central. Concentrado, no se da cuenta de que unos ojos le observan desde la rejilla del conducto de ventilación. Finalmente, consigue destruir el circuito y vuelve con sigilo por el pasillo. Heim sigue absorto en su campaña, por lo que Ayanz no tiene ningún problema en salir del laboratorio y emprender la subida en el ascensor.

En el conducto de ventilación, Célula rompe a llorar. Pitágoras la abraza y Newen les pide silencio en susurros.

—Tenemos que llegar a la cueva.

—¿Qué le pasa a mi padre? —susurra Célula con la voz quebrada por el llanto.

—No lo sé.

—Está deformado, ¡lo han convertido en un monstruo!

—Parece que le han hecho enfermar. Los rescataremos y lo llevaremos a la machi. Ella lo curará. No te preocupes, *mijita*. La araña encontrará el camino hacia la cueva.

El maestro de robots envía una araña a explorar el laberinto de túneles de ventilación en busca de una salida hacia las viejas escaleras de la roca que, por rutas intrincadas y secretas, conducen hacia la cueva marina.

## 8

La batalla continúa con las primeras luces del alba. Los barcos españoles y argentinos se disparan rayos de fuego que impactan e incendian sus cascos

hasta llegar a hundir algunos de ellos. En el aire, los drones intentan alcanzar las cubiertas mientras se disparan y van cayendo como cometas ardientes que se sumergen en el agua. Bajo el mar, los submarinos torpedean los barcos, tratando de aniquilarlos.

El buque insignia de la armada española ha sido alcanzado y tiene varias partes dañadas. En la sala de mando, el estado mayor de la marina organiza los ataques, coordinado con el gobierno. Morey se conecta con ellos.

—¿Qué? ¿Cómo va la cosa? —dice con tono forzosamente campechano.

—Seguimos manteniendo las posiciones, señor primer ministro.

—Eso es bueno. Hay que aguantar, esa es la clave. ¡Quien resiste, vence! Bien, bien... —dice Morey y se queda callado durante unos segundos, con expresión estúpida.

Valiente lo observa, lívido y huraño desde una silla en la segunda fila. Si sale de esta, va a hacer todo lo posible para convencer a su familia de que deje de financiar al PPP. ¡El cabrón de Morey le ha mandado a la guerra! Está furioso y aterrado a partes iguales.

—¡El submarino 17 se hunde! —informa uno de los militares.

—¿Lo han impactado? —inquire el almirante Garciapérez.

—No, aún tenemos comunicación con ellos. Pero lo que dicen es imposible.

—¿Qué dicen?

—Que han sido atacados por animales marinos.

—¿Cómo?

—¡Qué disparate! —interviene Morey desde la pantalla.

—Sí, dicen que los animales han manipulado las compuertas exteriores. Los vieron por el circuito de vigilancia, abrieron las compuertas con sus aletas, utilizando unas herramientas. No pudieron hacer nada para impedirlo, el agua ha entrado y se están hundiendo.

—¡Pero eso es imposible!

—El submarino 12 reporta el mismo incidente.

—¿Qué es esto? ¿Los argentinos han entrenado animales para manipular submarinos? No puede ser, los entrenamientos con focas demostraron que tienen una capacidad muy limitada para cumplir órdenes.

—Estos parecen totalmente inteligentes.

—Señor, explosión en el casco.

—¡Es imposible! Estamos lejos del alcance de los torpedos submarinos.

—No ha sido un torpedo. Mire.

El marino proyecta unas imágenes submarinas en la pantalla de control. Los

militares observan atónitos cómo unos leones marinos se acercan al casco, equipados con una mochila, y se ayudan unos a otros para sacar bombas de ellas y pegarlas al casco. Después se apartan nadando para esquivar las explosiones.

—¡Estamos perdidos!

Como si fuera una profecía de súbito cumplimiento, el buque tiembla con una nueva detonación, seguida de otra, y muchas más. Las paredes tiemblan y Valiente siente un sudor frío recorriendo toda su enclenque fisonomía.

—¡A los drones, rápido! Hay que abandonar el buque.

—¡Oigan, oigan! ¿Pero qué hacen? ¡No abandonen las posiciones! —clama Morey desde la pantalla, pero todos le ignoran y echan a correr en desbandada, mientras las explosiones se suceden.

Valiente corre despavorido, sin saber bien adónde. Sigue al grupo, pero este se divide, así que, aturdido, toma decisiones aleatorias, persiguiendo a los que cree que encontrarán más rápidamente la salvación y cambiando de grupo cuando ve a otro, corriendo como un pollo sin cabeza. En la cubierta del barco los marinos ocupan los drones y salen volando rápidamente del buque, que escora peligrosamente hacia un lado.

Valiente cae al suelo y resbala por la cubierta unos metros. Se incorpora a duras penas y comienza el ascenso por la pendiente, reptando con las piernas temblorosas por el esfuerzo, lanzando gimoteos. Llega hasta un dron justo en el momento en que despega ante sus narices. Corre hacia otro que hay más lejos, pero le sucede lo mismo. El buque vuelve a inclinarse bruscamente, y Valiente cae otra vez de bruces en la cubierta. Cuando levanta la cabeza, ve marcharse al último dron. Mira a todos lados, desesperado, pero ya no queda ninguno en toda la cubierta.

A lo lejos, ve que todavía hay grupos de marinos agolpados en la borda del buque. Se pone en pie y corre torpemente, resbalando y cayendo por la cubierta mojada varias veces, intentando alcanzar el grupo más cercano.

—¡A los botes! —escucha gritar a los marineros.

Valiente llega corriendo e intenta colarse entre el grupo que se agolpa intentando montarse en un bote.

—¡Soy un miembro del gobierno de España! —vocifera con su voz estridente, pero nadie le hace caso, no hay orden ni protocolo para salvarse.

Valiente tiene que esperar, empujado y bloqueado por las fuertes espaldas de los marinos, contra las que nada puede hacer su cuerpecillo enteco y débil, rogando que quede hueco para él. El buque sigue escorando y todos se agarran

a los cables de la borda para no caer, pero Valiente no consigue asirse a tiempo y se desliza por la cubierta, rodando con un agudo grito de pavor.

Tiene suerte porque, unos metros más abajo, uno de los botes salvavidas está descendiendo hacia el mar, colgado por cables, y Valiente cae encima de dos fuertes marinos, que amortiguan su golpe.

—¡Lo siento! ¡Gracias! ¡Perdón! —balbucea Valiente mientras trata de bajarse del regazo de los marinos y encontrar un hueco para sentarse.

Los militares le miran con expresión severa, ¿quién será ese tirillas que ha caído del cielo como un pollo de su nido?, pero le dejan que se acomode en un rincón. Valiente observa aliviado cómo el bote llega al mar y sueltan los cables que lo sujetan al buque, aunque al mirar hacia arriba para ver cómo se recogen hacia la borda, se da cuenta de que el enorme barco está inclinado precisamente sobre ellos. Los marinos arrancan el bote, tratando de propulsarlo lejos del alcance del buque en zozobra, mientras Valiente musita entre dientes:

—¡Vamos, vamos! ¡Más rápido, vámonos! ¡Correr!

De pronto, el buque se gira por completo y comienza a hundirse en el océano. Los botes navegan con su máxima potencia para intentar escapar del hundimiento, pero la fuerza del barco tragado por el mar arrastra a muchos de ellos. Valiente siente cómo el bote deja de avanzar, atraído por el coloso que sucumbe.

Finalmente, el buque insignia de la armada española se hunde por completo, provocando un fuerte oleaje que arrastra los botes como en un sumidero. Valiente siente que todo da vueltas y se agarra a la borda mientras vomita, mareado y lleno de espanto. Las olas vienen y van con gran violencia y Valiente ya se ve tragado por el mar, pero poco a poco las aguas se van calmando y el bote recobra su equilibrio. Los marinos ponen rumbo a alta mar.

—¿Adónde vais? —grita Valiente, incapaz de reprimirse—. La tierra está al otro lado.

—¿Quién eres tú? —le dice uno de los marinos, con cara de no aguantar tonterías.

—Soy un miembro del gobierno español y les ordeno...

—Tú no tienes el mando aquí, puto enano. ¡Cállate! —le corta el marino.

Otro, más amable, añade:

—No podemos ir a Argentina. Nos harían prisioneros de guerra. Vamos a los ERUA, tienen unas islas no muy lejos de aquí.

Valiente calla, entre asustado y avergonzado por su ignorancia. Cuando

apenas han avanzado media milla en dirección a alta mar, el bote sufre un golpe por debajo, y después otro y otro más, hasta que un golpe definitivo lo hace volcar. Todos los militares caen al agua, braceando sorprendidos y asustados. Valiente nada y grita con absoluta desesperación, cuando ve surgir del mar, frente a sus ojos, la cabeza enorme de un elefante marino, mirándole. Valiente grita a pleno pulmón, aterrorizado. El elefante marino le sonríe, sí, Valiente cree haber enloquecido, porque el animal le está sonriendo.

—¿Español? —dice el elefante marino.

¡Santa ciencia! ¡Ahora le ha hablado!

—¡Sí, sí, español! ¡Ayúdame!

Valiente se aferra desesperadamente a una última esperanza irracional. Tal vez el elefante le salve. Pero no tiene mucho tiempo de saborear esta ilusión. El elefante marino abre sus enormes fauces y, sin pronunciar una palabra más, se mete la cabeza de Valiente en ellas y, de un solo mordisco, se la arranca y la escupe. La cabeza decapitada de Valiente vuela por el aire espumoso con una expresión de estupidez eterna y cae de nuevo en el agua, donde se sumerge. Si el híbrido pudiera elaborar un pensamiento complejo, diría que Valiente sabe a mediocridad y mezquindad. Pero simplemente escupe para quitarse el sabor de su sangre insulsa.

Por todas partes, elefantes, focas, leones y lobos marinos despedazan a dentelladas a los españoles. El mar se tiñe de sangre y cuerpos desmembrados, mientras la aurora pinta de rosa un cielo delicioso como un sueño apacible.

## 9

Galileo mira a Onda, plácidamente dormida en el charco de agua marina en el que se han refugiado, y siente envidia y arrepentimiento por no haber tomado sedantes. Él sigue retorciéndose de dolor, ya han pasado largas horas y no deja de sentir espantosos calambres en todos sus músculos y huesos, como si le estuvieran dando potentes descargas eléctricas por dentro. Además, puede contemplar asustado cómo sus miembros se van deformando, cómo su piel se engrosa... Afortunadamente no puede verse la cara, donde ya queda poco del rostro perfecto del hombre apolíneo que fue, ahora caricatura imperfecta de un elefante marino, su nariz bulbosa creciendo hora tras hora.

La cueva está comunicada con el océano por un canal bajo las rocas del acantilado, protegida del exterior. La cercanía del mar abierto a unos metros le

confiere un reflejo de claridad que atenúa la penumbra de la caverna. Se oye el rumor del agua chocando, juguetona, con la orilla del pequeño lago que ocupa el centro de la cueva. Aunque intenta controlarse por miedo a ser descubierto, la pacífica escena se rompe de vez en cuando con los horribles alaridos de Galileo. Está gritando a pleno pulmón en uno de estos espasmos de puro dolor, cuando escucha otro grito superpuesto al suyo.

—¡Papá!

Galileo gira su cuello hipertrofiado y la ve, saliendo de un hueco de la roca. ¡Es Célula! La chica corre hacia él, mete las piernas en el charco y lo abraza. Galileo gimotea, transido de dolor y de emoción.

—¿Qué te han hecho? ¿Qué te está pasando?

—El experimento... —consigue articular Galileo—. Soy híbrido...

—¿Te vas a poner bien?

—Sí, sí —la tranquiliza Galileo—. Mi amigo tiene el suero... Me cambiaré...

—He venido a salvarte, ¿puedes andar?

—No, no, aún no... Primero terminar... El cambio... Iré al mar...

Pitágoras, Newen y el maestro de robots han salido también del agujero de roca y contemplan la escena desde la orilla.

—Podemos levantarlo entre todos —propone Pitágoras—, ¿las águilas podrían llevarlo?

—Es demasiado pesado —dice Newen.

—No, no... —dice Galileo—. No puedo andar, nadaré. ¡Nadaré!

Newen se adelanta y se acerca a Galileo.

—¿Vas a convertirte en una criatura marina?

Galileo asiente, tratando de controlar sus espasmos para no inquietar aún más a Célula.

—Estará bien, Lulú. Podrá huir por el mar.

—No, papá, no puedo dejarte así. Mira lo que te han hecho.

—Célula, hija —Galileo hace un gran esfuerzo para contener su dolor y articular las palabras correctamente—. Escucha... Debes salvarte. Newen, gracias por cuidar...

—Es un placer. Son gente buena, como tú. Me salvaste.

—Estaba equivocado. Perdóname, hija.

—No tengo nada que perdonarte, papá. Pero no puedo dejarte así. Me quedaré contigo.

—No, tienes que... a salvo... Con Pitágoras. Yo me reuniré... cuando

pueda... Nadaré, saldré... Tengo un amigo... él me hará hombre. Os buscaré.

—Estaremos con los tehuelches —dice Pitágoras—. Si sales de la granja y vas hacia las montañas nos encontrarás.

—Te encontraremos. Pero tenés razón, ahora debemos irnos —dice Newen—. Los demás ya están de camino, los soldados estarán buscándonos, no tenemos mucho tiempo.

—¡No! Yo me quedo. Me quedo con mi padre —Lulú está llorando, no deja de mirar al rostro deformado de Galileo y de acariciar su piel rugosa.

—Por favor, Célula, sálvate. Estaré bien. Me equivoqué. La ciencia... se equivoca. El amor no está en las hormonas... Te amo, hija.

—¡Yo también te amo, papá!

Célula se abraza al enorme cuello de elefante marino de su padre, sollozando.

—Tenemos que irnos —insiste Newen. Luego se dirige al maestro de robots—. Que envíen a las águilas.

El maestro asiente y da las órdenes a la araña, que parte diligente hacia las profundidades de la roca. Célula se desprende de su talismán y se lo coloca a Galileo en el cuello con dificultad, ya que la cuerda da justo para rodear la gigantesca testuz del híbrido.

—Toma, te protegerá.

—Gracias, hija. Estaré bien. Te buscaré... viviremos juntos. En las montañas. Se acabó la ciencia. Se terminó.

Un ruido procedente del agua les sobresalta. Son las cuatro águilas robóticas, que entran volando por debajo del túnel de roca y emergen del agua. El maestro de robots se agarra a las patas de la primera de ellas y se deja sumergir en el agua, desapareciendo bajo la roca.

—Vamos, tenemos que irnos —dice Newen.

—Prométeme que sobrevivirás —Célula está llorando, mirando a los ojos deformados de su padre.

—Te lo prometo...

—Escucha al talismán, te avisará del peligro.

—Adiós, mi niña... —gruñe Galileo, con la voz en un hilo.

—Hasta pronto, Galileo —Pitágoras le da un beso en la húmeda cabeza monstruosa y se agarra a las patas de su águila para después desaparecer bajo el agua.

—Es tu turno, Lulú —ordena Newen.

Célula no aparta la vista de su padre mientras se agarra a las patas de su

águila y emprende su vuelo subacuático. Newen se acerca a Galileo.

—Sobreviva, amigo. Cuando la guerra termine, le buscaremos.

Newen se agarra a su águila y desaparece bajo el agua. Galileo se queda gimoteando en la oscuridad de la cueva. ¿Cuándo va a terminar su transformación? ¿Cuándo acabará este dolor insufrible?

En el exterior, los cuatro compañeros de expedición vuelan colgando de las águilas robot, ascendiendo lentamente hacia el borde del acantilado. En el sendero les están esperando dos guerreros y un maestro de robots.

—Hay que ir de prisa —dice el maestro a Newen—. La montaña de la vida ha despertado.

Un estruendo espantoso se oye a lo lejos, corroborando las palabras del tehuelche.

## 10

Los pocos barcos españoles que quedan en el Atlántico Sur se dirigen en vergonzante retirada hacia la Isla de los Estados, huyendo de los ataques de los animales marinos, que han hundido la mayoría de la flota. Los ERUA han aceptado dar refugio a lo que queda de la armada española. Marañón Morey lanza un mensaje a la nación, con expresión desolada (de lenguado demasiado frito).

«Españoles, hemos decidido poner fin a la campaña en el Atlántico Sur. El gobierno de Argentina ha utilizado un arma secreta, sucia e ilegal. Todavía no sabemos si se trata de robots o alguna especie de manipulación biológica, pero, sea lo que sea, va contra las normas de la ciencia, por lo que es inmoral. El gobierno argentino tendrá que dar cuentas antes los tribunales del NON y del Consejo de Sumos Científicos. Mientras tanto y para evitar mayores pérdidas humanas, hemos iniciado la retirada de nuestra flota».

El mundo entero permanece atónito ante las noticias confusas que llegan desde el Atlántico Sur. Los relatos de cuerpos destrozados en el mar ponen los pelos de punta a honrados ciudadanos a lo largo y ancho del globo.

Los barcos españoles tocan tierra y desembarcan en Puerto Parry, donde está el destacamento militar de los ERUA. Los marineros bajan del barco corriendo, emocionados por su salvación, después de haber creído durante horas que iban a morir como sus compañeros, despedazados por unos monstruos de pesadilla. Los militares anglosajones les reciben humanitariamente, les dan mantas para que se cobijen de la llovizna y



empiezan a conducirlos hacia los barracones donde descansarán antes de emprender el retorno a su país.

Entonces sucede lo inimaginable. Primero es solamente una, pero pronto emergen más, en la orilla del puerto: son las cabezas terribles de los híbridos. Los militares los ven y gritan llenos de pánico. No tienen tiempo de pensarlo mucho. Los engendros salen de la orilla y comienzan a avanzar por tierra, moles de carne y grasa, torpes en apariencia, pero que corren con la misma velocidad que un ser humano, bramando salvajemente. Los militares no tienen tiempo de refugiarse en los barracones.

Los monstruos marinos les alcanzan y los desgarran a dentelladas con sus fauces grotescas. Los anglosajones no dan crédito a lo que ven, ellos no forman parte de esa guerra. Pero a esos seres quiméricos no les importa. Aquí y allá, elefantes marinos con expresiones despiadadas muerden las mejillas sonrosadas y pecosas de los anglosajones y escupen sus cráneos rubicundos. Un hombre lobo de mar atrapa a un pelirrojo anglosajón y le da un terrible mordisco en su cara pecosa, dejándole los huesos quebrados y el rostro irreconocible. Los ojos saltan de sus órbitas y, triturados los huesos de la cara, la nariz se hunde hacia atrás y se clava en el paladar.

En las mentes de los hombres foca resuena una voz imperiosa y malvada:

—¡Destrozadlos! ¡No dejéis ni uno! —Heim enloquece en su sala de control, en un paroxismo de crueldad y triunfo—. ¡Arrancadles la cabeza a esos estúpidos ingleses arrogantes!

Los híbridos descuartizan a todos los hombres que encuentran en el puerto, dejándolo sembrado de sangre, dientes escupidos, brazos cercenados, cráneos machacados... No paran de aullar y gritar, sedientos de más matanza. Entran en tromba en los barracones, derribando las puertas con sus cuerpos pesados y fuertes. Allí encuentran a los que han podido refugiarse. Los soldados les disparan, hieren a algunos, pero no pueden frenar su avance mortífero y terminan corriendo la misma suerte que sus compañeros. Por todas partes vuelan los tendones sanguinolentos, los intestinos desmadejados y las piernas con los huesos quebrados y expuestos.

—¡Tomad la isla! ¡Que no quede ni un hombre vivo! —brama Heim en su centro de control, y las mentes de los hombres foca resuenan con su eco destructor.

Incansables, se dejan guiar por la voz hacia otros lugares poblados de la isla, dispuestos a conquistarla a dentelladas.

El mundo entero recibe la noticia. Argentina ha atacado a los ERUA. La

guerra no ha terminado con la retirada española, en realidad no ha hecho más que empezar. Las tropas eruanas se movilizan para hacer frente a la invasión. El globo asiste expectante a la declaración de Cristina González, Presidenta Viuda de Argentina.

«Durante décadas hemos denunciado la ocupación ilegal de los anglosajones de las islas y fondos marinos del Atlántico Sur, que pertenecen legítimamente a Argentina. Lo que los seres humanos no hemos podido lograr, lo están consiguiendo los animales marinos, los auténticos dueños de esos mares y esas tierras. Los animales de Argentina están recuperando las tierras que los anglosajones les arrebataron. El gobierno argentino apoya por completo la lucha de los animales del sur de Argentina. Están demostrando ser unos verdaderos patriotas. Argentina no les dará la espalda».

Los jefes militares argentinos aplauden entusiasmados a la Presidenta Viuda en la sala de conferencias de la base Elgor. Cristina esboza una leve y distante sonrisa de agradecimiento. Su silueta enlutada se recorta contra el cielo azul que se ve en la cristalera, sobre el horizonte lejano de picos nevados. De pronto, una estrepitosa explosión eclipsa los aplausos y hace que todos se agachen instintivamente.

Cuando se levantan del suelo, miran a todas partes y ven una columna de humo en el horizonte, saliendo del pico más alto. Antes de que tengan tiempo de asumir lo que están viendo, la montaña escupe un enorme disparo rojizo, como de fuego y pólvora, y la base tiembla con un crujido ensordecedor. Los militares comienzan a abandonar la sala en estampida. Uno de los encargados de la seguridad de la Presidenta Viuda se aproxima a ella.

—Un volcán ha entrado en erupción, Presidenta Viuda. Hay que abandonar la base.

—Necesito un momento a solas —dice Cristina, y con una señal de sus ojos de diosa lechuza hace salir al militar.

Cristina se queda pálida, desconcertada, sola en la enorme habitación, mirando el volcán humeante en el horizonte. La base tiembla, cruje y se resquebraja, mientras la lava comienza a fluir lenta pero inexorablemente hacia ella.

## 11

Galileo siente sus dolores cada vez más débiles. Levanta sus brazos y ve

que ya no son brazos sino aletas, aparentemente bien formadas. Se contorsiona en el charco para observar su vientre de elefante marino. Ya no queda rastro de sus piernas, fusionadas en una fuerte cola de piel rugosa. ¿Es posible que la hibridación haya salido bien?

—Hola —le sorprende un tímido saludo emitido con una voz grave pero delicada.

Galileo mira a su lado y ve a Onda, convertida en una perfecta híbrida de elefanta marina que chapotea en el charco, ajena a todas las circunstancias que la rodean, inocente, ignorante de su pasado.

—Onda...

—Hola... ¿quién eres?

—Soy Galileo. Soy tu amigo.

—No recuerdo nada.

—Has renacido, Onda. ¿Recuerdas a Popper?

—¿Popper? —la híbrida se queda pensativa, inclinando ligeramente su cabezota—. Popper... No.

—Tienes que encontrarlo. Le amas.

Los ojos globosos de Onda parecen iluminarse al oírlo.

—¿Dónde está?

—En el mar, fuera de aquí. Tienes que encontrarlo, te está esperando.

De pronto, un ominoso crujido hace temblar la cueva. Unos fragmentos de piedra se desprenden de uno de sus recovecos y caen en el lago, salpicando con gran estrépito. Galileo siente la presión del colgante que lleva en el amplio cuello. El talismán de su hija se comunica directamente con su corazón híbrido.

—Tenemos que salir de aquí —dice Galileo, intuyendo el peligro.

—¿Por dónde?

—Por ahí debajo —Galileo señala con su aleta la abertura que hay bajo las rocas.

—¿Vienes? —dice Onda con sencillez y, dando un ágil salto, se zambulle en el lago, nadando grácilmente hacia la abertura.

Galileo trata de equilibrarse en el charco. No está seguro de su capacidad para nadar y moverse como un fócido, teme que la hibridación no se haya completado aún, o bien no haya resultado satisfactoria del todo. Onda le mira, su cabeza emergiendo de la superficie del agua, con una tranquilidad animal que Galileo envidia, atrapado por las dudas de su humanidad. Galileo se incorpora, decidido a dar el salto al lago, cuando ve que Onda abre los ojos

alarmada, y emite un grito ronco, mirando algo detrás de él.

—¡Galileo! —el alférez Ayanz acaba de penetrar en la cueva por las escaleras.

—Vete, Onda. Busca a Popper —dice Galileo.

Onda lanza una última mirada interrogante a Galileo y después, sin mediar palabra, se sumerge y desaparece bajo el pasadizo acuático.

—Tengo el suero —dice Ayanz, mirando con compasión a Galileo.

—Gracias, pero no puedo cambiar ahora, Newton. Estaría un día entero sin poder moverme.

Un nuevo temblor parece confirmar los temores de Galileo y provoca una grieta en un lado de la cueva, que produce un sonido espantoso y unas olas caóticas en el lago.

—Tenemos que salir de aquí —dice Ayanz.

Galileo le observa con una expresión animal indescifrable y salta al lago. Ayanz le llama, pero Galileo no escucha. Nada con una facilidad anfibia hacia la abertura, se sumerge y desaparece bajo el túnel. La cueva tiembla, algunas rocas se desprenden de nuevo, Ayanz solo tiene una salida. Da un atlético salto y se zambulle en el lago, siguiendo los pasos de Galileo. Bucea hacia la tenue luz que vislumbra al otro lado, por debajo del acantilado. El túnel es largo, Ayanz avanza dando fuertes brazadas, pero nota que el aire le falta. Ya no puede volver atrás, así que continúa buceando, hasta que por fin siente que la oscuridad de la roca ya no está sobre su espalda y nada hacia arriba, ya sin aire, desesperado.

Newton Ayanz sale a la superficie abriendo la boca, asfixiado, mientras trata de mantenerse a flote moviendo sus fuertes brazos en el vaivén de las olas. Mira a su alrededor: no hay ni rastro de Galileo. Cuando se recupera, nada rápidamente hacia las rocas de la orilla, la pequeña playa de roca donde antes tomaban el sol los fócidos, ahora completamente vacía.

Ayanz se sienta en la playa, chorreando agua, e intenta encontrar en la inmensidad del océano algún rastro de Galileo, pero no hay nada, solamente restos de la batalla naval flotando a lo lejos. Envía un mensaje de intermind a un dron para que le recoja, mientras piensa cómo va a encontrar a Galileo y cómo va a obligarle a volver a convertirse en el hombre a quien él ama locamente.

Un sobrecogedor crujido le sobresalta. Mira hacia el acantilado: una grieta ha comenzado a abrirse en la imponente mole de piedra. Pero hay algo que llama también su atención. Un dron emerge de una abertura en la mitad del

acantilado y sale volando hacia el sur. Ayanz consulta los datos en intermind y ve que es un vehículo no registrado. Observa su rumbo y calcula la trayectoria. Se dirige hacia la Isla de los Estados. No puede saberlo con seguridad, pero, por el lugar de donde ha salido, intuye que podría tratarse del doctor Heim.

## 12

Galileo nada vigorosamente en el océano. No sabe adónde va, tan solo nada, confiado en su instinto animal. Ya no tiene dudas sobre su hibridación: su cuerpo de otario las ha resuelto por él nadando con total facilidad. Hace tiempo que dejó atrás la costa, se interna en el mar abierto. ¿Dónde estarán los demás?

Él es distinto a ellos, puede recordar su humanidad, no escucha las voces imperiosas del doctor Heim, pero quiere encontrarse con los demás híbridos. Galileo ya no se siente hombre, siente que ha roto sus lazos con los malvados y traicioneros humanos. «¿Qué importa ser hombre si Cristina ya no me quiere? Célula está en buenas manos, Pitágoras la hará feliz». No hay nada que le ate al mundo de los humanos. Ya no tiene miedo, ya no tiene ambiciones, solo tiene presente. Los elegidos son ahora los únicos seres con los que puede encontrarse seguro y deben de estar en algún lugar, allá lejos, en medio del océano. Galileo es uno de ellos, libre, invencible, nadando en el inmenso océano.

Sigue nadando, a veces bajo el agua, a veces emergiendo para respirar, y comienza a acusar el cansancio. Lleva mucho tiempo sin comer. A veces pasa nadando cerca de un resto de barco que flota, testimonio de la estupidez y la maldad humana. También encuentra varios cadáveres, flotando como muñecos rotos. Podría comérselos, pero el recuerdo de sus escrúpulos humanos se lo impide. ¿Será capaz de pescar? Galileo se sumerge buscando peces, atisba los brillos plateados de un cardumen y se lanza en picado hacia ellos, pero los peces se apartan de su boca con una precisión matemática. Cada vez está más cansado.

Galileo trata de razonar, pero su mente está confusa. Sus instintos, descansar, comer, son más poderosos que el hilo de pensamiento humano que trata de perseguir. ¿Cómo se comportan los elefantes marinos cuando están cansados? Vagos retazos de sus lecturas sobre zoología marina aparecen aquí y allá en su mente como destellos que se encienden y se apagan sin que pueda

atraparlos. Galileo ya no puede más. El talismán de Lulú le aprieta el cuello, agacha la cabeza para mirarlo: parece brillar con la sal del mar. Mirando hacia el fondo, se da cuenta de lo que tiene que hacer. Recuerda haber leído que los elefantes marinos son capaces de dormir hasta una hora bajo el agua, sin respirar.

Se deja caer con sus miembros relajados y siente cómo su cuerpo, torpedo de carne, se sumerge lentamente en el océano. Su mente humana le transmite pensamientos de temor ante lo desconocido pero su cuerpo de elefante marino sigue descendiendo, confiado, hacia la profundidad del abismo. Olvida el miedo y se deja llevar.

Qué pena que las ballenas se extinguieron, sería precioso ver una aquí abajo. La luz del día es cada vez más tenue bajo metros y metros de agua marina. Sin embargo, Galileo aún puede ver en las aguas oscuras, cada vez más profundas y siente su cuerpo más y más relajado, descendiendo hacia el fondo del mar. Ya lo ve, arenoso y poblado de extrañas criaturas marinas. Se posa suavemente sobre él, boca arriba. Ahí sus músculos terminan de relajarse, todas sus resistencias se rinden y Galileo se duerme, tumbado sobre el lecho marino.

## 13

—Le felicito, Presidenta Viuda. Todo ha salido según lo planeamos, pero lo de las focas ha sido una jugada magistral. Aunque quizá demasiado cruel para algunos de nuestros marinos. Esto lo tendremos que discutir...

Morey habla en un holograma frente a la mirada impassible de Cristina, sola en la sala de conferencias.

—¿Qué quiere discutir? —responde Cristina, escueta y fría.

—Según nuestros informes, sus tropas están conquistando una por una todas esas islitas inhóspitas del Atlántico Sur que los anglosajones ocupaban con su habitual instinto acumulador. Y los dos sabemos lo que eso supone, para ello trazamos este plan. Las islas no valen nada, pero todos los combustibles fósiles que yacen bajo el fondo del mar valen mucho. Tenemos que empezar a hablar de cómo vamos a repartir el pastel.

—De verdad... No sé de qué me habla.

—Vamos, Cristina, esta comunicación es segura, nadie puede escucharnos, no tiene por qué disimular. Todos los países explotan a escondidas los

combustibles fósiles. Argentina y España volverán a ser potencias de nuevo, aliadas, cada uno en nuestro rincón del mundo, por supuesto.

—Creo que aquí ha habido un malentendido, señor Morey.

—¿Pero qué malentendido? —Marañón Morey estalla, campechano—. No se haga la loca... ¡Este era nuestro plan desde el principio! Primero fingimos que tenemos un desencuentro con la base, montamos una guerrita entre Argentina y España y, cuando los ERUA están distraídos, Argentina se hace con el control del Atlántico Sur y sus reservas para después explotarlas a medias con España. ¡Ese era nuestro acuerdo! Lo hablamos usted y yo a través de este mismo canal.

—Ah, aquella conversación —dice Cristina con una leve sonrisa y un tonillo irónico muy argentino—. Ahora recuerdo, che. Estaba de broma...

—Me había asustado —dice Morey con una risita ratonil.

—No, estaba de broma cuando le dije que compartiría con España los recursos energéticos. Disculpeme, pero ¿no es usted muy ingenuo para ser primer ministro de una nación? No hay mal que por bien no venga, así aprenderá a no ser tan confiado en el futuro. Es una lección que le doy gratuitamente. Le agradezco su colaboración, por supuesto, si alguna vez necesita algo de mí, no dude en pedirlo. Ahora tengo que dejarle...

—Pero... ¡oiga usted! ¡No puede hacerme esto!

Cristina, sonriente, corta la conexión y hace desaparecer el rostro congestionado de Marañón Morey.

En Madrid, el primer ministro español ve desvanecerse la imagen de la Presidenta Viuda de Argentina y una desazón infantil se apodera de él. Llama atropelladamente a Istúriz, que entra en su despacho.

—¡Nos ha engañado! ¡La puta viuda negra nos ha estafado!

—¿Qué quiere decir? —Istúriz levanta una ceja, con mal disimulado desprecio.

—¡Tenía un pacto con ella para después de la guerra!

—Es una pena —dice lentamente Istúriz—. Porque su popularidad ha caído en picado de nuevo. La mayoría de la opinión pública cree que esta guerra ha sido un error que no nos ha producido ningún beneficio. Hay protestas en las principales ciudades, pidiendo al rey que le destituya. Ah, y Murcia ha declarado la independencia unilateral.

—¡Oh no! ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Usted no sé. Yo presento mi dimisión en este mismo momento.

—¡No, no puede hacer eso! ¡No puede! ¡Haré que no consiga trabajo si me

abandona! ¡Tendrá que terminar prostituyéndose!

—Es mejor ser prostituto que aguantar tus tonterías —dice tranquilamente Istúriz mientras abandona el despacho.

El primer ministro se lleva las manos a la cara en un gesto de auténtica desesperación. La pantalla de Marañón Morey se ilumina súbitamente y aparece la imagen del rey de España. Su rostro obeso y congestionado le mira con severidad. Marañón Morey se aclara la garganta y finge su mejor tono de cordialidad.

—¡Don Froilán!

—¡Cállese, idiota! ¡Sabe que odio trabajar! Y ahora me va a obligar a usar mis poderes constitucionales y buscar otro primer ministro que nos saque del hoyo en el que usted nos ha dejado. Marañón Morey, está despedido.

—Destituido, majestad.

—¡Me da igual! ¡Soy Froilán, primero de mi nombre, heredero de don Pelayo y rey de los siete reinos españoles! ¡A tomar por el culo!

—Créame que comprendo su enfado, majestad, pero no puede destituirme.

—¿Cómo se atreve?

—Me atrevo, majestad, me atrevo... Porque usted sabe que le tengo cogido por sus monárquicas pelotas. ¿O quiere que le recuerde a todas esas prostitutas muertas que ayudé a...?

—Vale, vale, vale... Cállese ya, no es necesario ponerse desagradable. Pero intente enderezar todo esto, ¿sí?

—Por supuesto, majestad. Gracias por su confianza. Me hace muy honrado.

El rey corta la conexión con un incómodo gesto de su mano gordezuela y Morey sonrío enigmáticamente.

—Me va a destituir a mí el viejo gañán este...

## 14

Célula, Pitágoras, Newen y sus compañeros caminan con rapidez por el estrecho sendero del acantilado, sacudidos de vez en cuando por los temblores que provoca la erupción del volcán. Afortunadamente, las águilas les acompañan y vigilan sus movimientos. Así, llenos de vértigo y adrenalina, llegan a un recodo del sendero y se dan de bruces con un río de lava que fluye por la pared, cortándoles el paso. El reguero de lava se derrama copiosamente



hacia el fondo del acantilado, fundiéndose con el mar.

El maestro de robots da la orden a las águilas de transportar a los miembros de la compañía, rodeando la pavorosa cascada de lava candente, hasta el otro lado del camino. Célula y Pitágoras ya están a salvo, Newen decide quedarse el último. Los adolescentes observan la operación con ansiedad. El volcán es impredecible. Precisamente en ese momento, una explosión atronadora resuena en el aire. La tierra tiembla con más fuerza que nunca y toda la parte del acantilado que tienen frente a ellos, la enorme masa rocosa que culmina en la cumbre donde se asienta la base Elgor, empieza a desgajarse del continente y, vencida por la gravedad, inicia su pesada caída hacia el mar.

El águila vuela rauda hacia Newen, que se agarra como puede al saliente de la roca, cayendo junto a ella. Casi en el último momento, las garras salvadoras pescan a Newen y lo rescatan de la caída, llevándolo hacia el otro lado, sorteando la lava que fluye con incandescentes borbotones. Pitágoras y Célula contemplan con alivio cómo Newen pone pie en tierra, al mismo tiempo que el gigantesco macizo de roca donde se asentaba la base Elgor, con todos sus túneles, laboratorios, pasadizos y secretos, cae con fuerza en el mar, sumergiéndose aparatosamente.

No pueden quitar la vista del lugar del impacto. Un remolino de proporciones gigantescas se forma en la orilla arrasada, mientras pedazos de roca siguen cayendo y mezclándose con la lava que fluye a sus pies. En unos segundos, el mar que parecía haberse hundido vuelve a emerger con fuerza monstruosa, formando una ola gigantesca que comienza a devorar todo lo que encuentra en la superficie del mar, creciendo conforme se aleja de la costa, internándose en el océano.

—La montaña de la vida vencerá a la montaña de la muerte —musita Célula, recordando las palabras proféticas que le dijo Kénos en su visión al borde del más allá, y rompe a llorar en los brazos de Pitágoras.

Newen se acerca a ella.

—¿Por qué llorás?

—Mi padre... No sé si habrá podido salir antes de que... —Célula apenas puede hablar entre sollozos.

—Kénos no mentía, *mijita* —le dice Newen acariciándole un brazo—. Te habló para que salvaras a tu padre. Ahora tienes que ponerte a salvo y esperar. Él volverá, seguro.

Los tehuelches emprenden de nuevo el camino, sin mirar hacia atrás. Célula y Pitágoras les siguen sin rechistar. Newen va mirando al cielo, buscando a su

amigo el cóndor, pero no lo puede ver. Tras una larga marcha por el camino al borde del acantilado, llegan al lugar donde termina y comienza el laberinto de grietas. Allí encuentran a un guerrero esperándoles.

—Hay argentinos patrullando en la pampa —les comunica—. Hay que volver por las grietas.

Sin perder ni un instante, Newen lidera al grupo que se interna por el laberinto, buscando el camino de retorno a su país.

## 15

Un rugido telúrico despierta a Galileo de su siesta submarina. Abre los ojos, las aguas están agitadas y turbias, apenas puede verse nada. Miríadas de peces y otros seres parecen venir hacia él, descendiendo hacia el fondo. El rugido crece y crece y Galileo ve sobre él una masa embravecida de agua arrasando las capas superiores del mar y llevándose con ella todo lo que no ha conseguido bajar hacia el fondo. Después del momento álgido, donde parece que hasta las aguas profundas se han agitado y turbado, abandonando su natural placidez, las burbujas, remolinos y corrientes van volviendo lentamente a su equilibrio inestable.

Todos los animales comienzan a ascender lentamente hacia la luz y Galileo decide hacer lo mismo. Poco a poco se acerca a las aguas más claras, dejando atrás la penumbra abisal, y finalmente emerge, tomando aire con sus amplias narices elefantinas. Ve alejarse una ola descomunal, la causa de toda la turbulencia que ha visto desde abajo, un maremoto espantoso que le habría arrastrado si hubiera estado en la superficie. ¿Le guio su instinto para tumbarse en el lecho marino o fue mera casualidad? ¿Tal vez el talismán de su hija le dio la señal para sumergirse? Sea como sea, ha sobrevivido y ahora tiene que centrarse en dos cosas: comer y buscar a sus congéneres. Entorna los ojos y vislumbra lejana una masa de tierra. Se dirige hacia allá con sus últimas fuerzas, buceando y nadando alternativamente.

Cuando ya está cerca de la isla, nadando bajo el agua, se encuentra con un híbrido que le resulta familiar. Se miran a metros de distancia, bajo el agua, y ambos salen a la superficie.

—¿Segura? —Galileo cree reconocer a uno de los elegidos.

—¿Nos conocemos? —le responde.

—Soy el profesor Alcázar. Cuidaba de ustedes, ¿recuerda? Nos dimos la

mano y usted me contó lo que sufrían.

Segura se queda pensativo.

—No recuerdo...

—Bueno, pues yo conseguí que dejaran de sufrir. Ahora soy como ustedes.

Esta explicación parece bastar al híbrido para considerar bienvenido a Galileo. «Recuerda que son seguidores», se dice Galileo. «Si te muestras firme, te obedecerá».

—¿Ha visto la ola?

—Sí, menos mal que estaba en el fondo.

—¡Bien hecho! Casi todos hemos bajado antes de que llegara. La sentimos.

—Segura, ¿tú sabes pescar? Tengo hambre... Ayúdame a pescar.

—Claro... No puedes pescar solo. Se escapan. Mira, ahí hay unos peces, vamos a rodearlos.

Segura y Galileo se sumergen en direcciones divergentes y rodean al cardumen, buscando dejarles sin escapatoria por dos flancos. Galileo siente el instinto guiándole, aunque nunca lo haya hecho es como si su cuerpo supiera. Es capaz de observar el brillo plateado de los peces y la sombra parda de su compañero a lo lejos y calcular los movimientos de todo. Después de unos segundos de acecho, Segura y Galileo atacan a la vez, irrumpen en el cardumen abriendo sus bocazas y, ¡gracias a la naturaleza!, encuentran peces entre sus dientes, que no tardan en tragar brutalmente. Repiten la operación varias veces, llenándose de pescado fresco.

Galileo se siente revivido, poderoso, feliz. Segura y él vuelven a asomarse fuera del agua.

—Vamos con los demás —dice Segura.

Nadan juntos y no tardan mucho en llegar a tierra, donde se internan caminando torpemente. La isla está anegada, arrasada por el maremoto, húmeda y llena de charcos, palos, fragmentos de naturaleza y civilización amalgamados en un caos indistinguible. Galileo mira a su alrededor y ve a los elegidos que se reúnen en la playa. Parecen obedecer a algún impulso común, probablemente una orden de Heim. Tiene que averiguar qué está pasando.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunta a Segura.

—¿No lo escuchás?

—No, se me ha debido de estropear.

—El líder viene. Quiere que le esperemos aquí.

De pronto recuerda que aún le queda una cuenta pendiente con los humanos. Así que Heim se dirige a esa isla y ha congregado en ella a los elegidos. Es su

oportunidad para lograr el único objetivo que ahora mismo anida en su corazón: la venganza.

Las aspas de un dron confirman la información de Segura. Galileo lo ve sobrevolar su cabeza y dirigirse hacia un promontorio rocoso, salvado del tsunami por su altura, donde hay un antiguo faro: el Faro del Fin del Mundo. El dron aterriza en su base y Galileo reconoce, a pesar de la lejanía, la figura del doctor Heim descendiendo de la nave y entrando en el faro.

—¿Qué dice el líder? —pregunta a Segura.

—Tenemos que proteger nuestro territorio. Aquí estará el líder y seremos sus protectores. Los demás iremos a ocuparnos del resto de nuestras islas.

«Es el momento de actuar, Galileo. Solo tienes que pensar, y hacerlo rápido». Mira la explanada llena de híbridos de foca, elefante marino, león y lobo de mar y piensa... ¿cómo conseguir que otra voz sea más poderosa que la que tienen metida en la cabeza? ¿Cómo hacer que deje de funcionar intermind en esa pequeña isla?

## 16

La gran explosión ha sorprendido a Cristina terminando la llamada con Morey. Mira hacia el ventanal y ve el volcán escupiendo un chorro inmenso de lava, cenizas y humo. Suena un abominable estridor que hace temblar los cristales hasta romperlos en mil pedazos. La base cruje con un espantoso gemido y comienza a inclinarse hacia un lado. Cristina sale corriendo, buscando el helipuerto. Llega a la plataforma exterior, para ver cómo el dron que la esperaba se aleja, dejándola abandonada a su suerte. No sirve de nada ser una poderosa Presidenta Viuda en un momento como este, sus guardianes han elegido sobrevivir a esperarla. Cristina mira hacia atrás y ve los muros de la base inclinándose hacia el mar.

Aquí termina todo, al final todo ha sido un juego en el que ha ganado muchas veces y ahora le toca perder. Galileo aparece en sus pensamientos, hermoso, viril, bueno. Sus hormonas no se revolucionan al visualizarlo, pero una ola de calor abrasa su cuerpo. A pesar de todo, Galileo ya se había metido en su mente y en su cuerpo y, con química o sin ella, ya está dentro de ella para siempre. Si hubiera sido más lista, si se hubiera dado cuenta antes de que le

amaba a pesar de todo... Pero no, ella ya estaba perdida, malograda por tanta ambición y tantas traiciones para mantener el poder. Galileo era demasiado puro, demasiado bueno. Cristina no era para él, jamás hubiera funcionado. Galileo se merecía un amor más grande del que ella pudiera darle. ¿Habrá logrado Ayanz rescatarlo o va a perecer junto a ella sucumbiendo con la base Elgor?

Pero las aspas de un dron interrumpen sus pensamientos. Cristina corre hacia él, aferrándose a esta última esperanza de sobrevivir. El dron aterriza en la plataforma cada vez más inclinada, unos segundos la separan de la vida o de la muerte. Cristina salta hacia el interior del dron y se agarra a él justo en el momento en que el peñón se vence por completo e inicia su rápida caída hacia el mar. Cristina levanta la cabeza y ve la cara de su salvador, el alférez Ayanz.

—¿Está bien, Presidenta Viuda? —le pregunta el gentil hombretón.

Cristina asiente, sonriendo, mientras el dron se aleja de la gigantesca roca que cae. Ambos ven cómo la montaña de la muerte se hunde en el mar con todos sus proyectos secretos, planes militares y delirios de grandeza. El dron sube y se aleja, pero aun así pueden ver el mar hundido por el peso del gigante y la posterior ola ominosa que comienza a marchar con su lengua de destrucción hacia el océano. Cristina mira con agradecimiento al gigante, al titán, Ayanz, ¡Ayante Telamonio, Áyax el Grande!

—Le debo la vida, Ayanz.

—Es un placer, Presidenta Viuda.

—¿Y Galileo?

—Ahora es un híbrido. Se fue nadando mar adentro. Espero que esté bien. Tengo el suero que le hará convertirse en hombre de nuevo. Si lo encontramos...

—¿Dónde podríamos encontrarlo?

—No lo sé. El doctor Heim ha huido.

—¿Adónde?

—Lo vi salir de la base rumbo a la Isla de los Estados.

Cristina no necesita decir nada, tan solo un gesto de asentimiento entre ambos deja claro adónde se dirigen y para qué. El dron gira en el aire hacia la isla que se puede intuir a lo lejos. Mientras tanto, la ola gigante se extiende como una detonación por el mar, ampliando su arco de muerte. Cuando ya están cerca de la isla, pueden contemplar cómo el tsunami arrasa su orilla y toda la tierra adentro excepto las partes más altas y rocosas. ¿Habrá destruido

a Heim también?

Poco más tarde ven que no es así, es diminuto, pero claramente distinguible. El dron de Heim aterriza en la isla. Ayanz y Cristina se dirigen, decididos, a su encuentro.

## 17

—¡Popper! ¡Popper! —Onda vocifera arrastrando su torpe corpachón por el barro de la isla.

Allá donde mira, ve hombres elefante reunidos en grupos, entre los restos del maremoto. No recuerda quién es Popper, pero sabe lo que Galileo le dijo: es su amado y tiene que encontrarlo. Los híbridos la miran con curiosidad, la olfatean, es la única hembra. Uno de ellos la llama con un gruñido y avanza hacia ella meneando sus grasas, arrastrándose sobre su vientre. Pero otro lo intercepta, sus narices contraídas en un gesto amenazador, berreando, y se interpone en su camino hacia Onda. Los dos machos elevan su pecho y arrugan sus narices de elefante, bramando. Después, comienzan a pelear intentando morderse.

—¡Popper! ¡Popper!

Onda continúa su camino, ignorando a los luchadores. Súbitamente, entre la muchedumbre de híbridos que la observa con curiosidad, se eleva una voz:

—¡Onda!

Una cabeza de elefante marino se destaca entre la masa. Onda va hacia él, mientras el híbrido se arrastra hacia ella, atropellando a los demás a su paso. Después de metros largos como su torpeza, los dos híbridos se encuentran, sin frenar, topando sus cuellos, uniendo sus pechos mórbidos.

—¡Onda, mi amor!

Ella no sabía quién era Popper, pero, desde el momento en que él la ha reconocido y sobre todo desde el instante en que han juntado sus pieles, su cuerpo recuerda que ama a ese híbrido. Los dos cuerpos gigantescos se rozan y se arrullan en una danza torpe pero llena de amor. En ese momento no existen sino el uno para el otro. Por eso no se dan cuenta de que los gruñidos son cada vez más fuertes y numerosos a su alrededor.

Cuando Popper reacciona y se gira para mirar a los lados, ve a una multitud de híbridos gritando con voces guturales, agolpándose alrededor de la pareja, retándole. Onda es la única hembra en la isla, y los instintos animales de los

engendros se descontrolan. Quieren luchar por ella. Necesitan aparearse con ella. Solo el más fuerte lo logrará, después de un combate a muerte.

Popper da la espalda a Onda, protector, y se prepara para enfrentarse uno por uno con los machos más formidables del grupo. Afortunadamente para él, la mayoría de los elegidos no sienten atracción alguna por las hembras, como es habitual entre los soldados. Ajenos a esta rivalidad, los homófilos se aparean alegremente en la playa, en parejas o grupos de grasa concupiscente.

Pero hay dos híbridos que escapan a este furor sexual. Galileo y Segura suben trabajosamente por un camino, esforzando sus miembros mal preparados para la tierra, dirigiéndose al faro.

—¿Por qué vamos al faro, profesor? —pregunta Segura casi sin aliento.

—Por nuestro propio bien —responde Galileo—. Todavía hay un arma que el enemigo tiene guardada aquí. Tenemos que destruirla.

—¿Por qué el líder no nos lo dice?

—Es una misión especial, secreta... Yo soy el comandante del líder para estas operaciones especiales. ¿Quieres formar parte de la élite y servir a tu patria mejor que los demás?

—A sus órdenes, profesor...

Los dos hombres elefante siguen trepando por el camino, arrastrándose como dos orugas obesas, dejando abajo, en la playa, la orgía de los homófilos y la batalla por la hembra de los heterófilos.

## 18

El grupo de Newen recorre las grietas buscando el camino de vuelta. Llegan de nuevo a la enorme cortada que separa en dos el laberinto. Ven en su fondo un río de lava ardiente. Afortunadamente, pueden cruzarlo gracias a las águilas robot y se reúnen al otro lado con dos guerreros que les esperan con caballos y algo de comida.

Mientras reponen fuerzas, les cuentan que los demás se fueron hace horas y probablemente se encuentren ya cerca de las montañas. El cóndor avisa de que hay pequeñas patrullas de soldados argentinos recorriendo la pampa, pero van en vehículos terrestres. Al parecer, los drones que no fueron destruidos en la guerra siguen sobrevolando el mar. Cuentan con comida, caballos y armas, solamente depende de su suerte llegar a las montañas de la Nación Tehuelche.

El volcán está arrasando la pampa. Solo quedarán libres de su destrucción

los montes donde viven los neonaturales y los tehuelches. El resto será lava durante años, por lo que parece que los argentinos les dejarán en paz en su esquina del mundo. Pero aún están dando sus últimos coletazos. El cóndor les ha contado que la batalla en el mar ha sido ganada por los animales marinos, que los hombres han sido arrasados por el tsunami y que el mar pertenece ahora a los fócidos.

—Nosotros seremos los dueños de la tierra y ellos, del mar —resume Newen.

—¿Y la granja de mis papás? —pregunta Pitágoras, preocupado—. ¿Podés preguntar al cóndor por ellos?

Newen asiente mirando al maestro de robots y, tras unos instantes, este confirma que los padres de Pitágoras están bien: la granja está al otro lado de las grietas, la lava no llegará hasta allí.

—Cuando estemos a salvo, podrás comunicarte con ellos. Ahora debemos salvarnos.

El grupo emprende la marcha de nuevo. Los kilómetros se devoran rápidamente y sin contratiempos, no hay ni rastro de argentinos. El maestro de robots carga con ellos en su caballo, ya han agotado su autonomía. A partir de ese momento ya no pueden contar con ellos. De pronto, el cóndor aparece en lo alto del cielo y grita.

—¡Fuera de la grieta, rápido!

Todos suben con los caballos por un estrecho y empinado terraplén hacia el campo abierto, mientras ven cómo un río de lava incandescente se abre paso, acercándose. Si los caballos tropiezan, la caída será mortal. Pero todos consiguen llegar al nivel superior justo cuando la lava llena la grieta y prosigue su avance por el laberinto, borrando sus huellas.

El humo que sube desde la grieta es abrasador, el grupo tiene que apartarse de ella. Entonces ven a los argentinos. Dos vehículos militares se distinguen perfectamente a varios kilómetros de ellos, avanzando en su dirección. Les han visto. Los tehuelches galopan en dirección a las montañas, a toda velocidad. Saben que los vehículos militares son más rápidos, pero tienen algo de ventaja.

Newen trata de pensar en un plan mientras galopa a lomos de su caballo. Ve las montañas que son su patria a un lado, el volcán escupiendo lava y cenizas al otro, y un río de fuego que avanza, tragándose todo lo que encuentra a su paso, en el medio.

—¡Hacia la lava! —grita, y los guerreros le obedecen.



Célula y Pitágoras siguen al grupo sin dudarlo, a pesar de que la idea de dirigirse hacia la lava parece temeraria. Cada vez se oyen más cercanos los ruidos de los vehículos militares, aproximándose. Al galope, el grupo tehuelche llega hasta la lengua del río de lava. Al verlo de cerca, el plan está claro: deben cruzar al otro lado antes de que la lengua incandescente les alcance, cortando el paso a los militares argentinos.

Newen mira atrás, los vehículos están cerca y comienzan a dispararles.

—¡Crucen! —ordena Newen mientras se detiene en seco.

Los guerreros obedecen y cruzan al galope a escasos metros de la lengua de lava que se traga la pampa. Lulú y Pitágoras les siguen galopando, sin pensarlo, sin darse cuenta de que Newen ha girado su caballo y dispara a los vehículos, que derrapan intentando esquivar sus rayos destructores. Newen se da la vuelta y ve, al otro lado, a salvo, su grupo de guerreros, con Lulú y Pitágoras y, separándole de ellos, el río de lava que ya le ha sobrepasado y continúa su camino pendiente abajo.

—¡Márchense! ¡A las montañas! —grita Newen desde su lado de la lava.

—¡No! —Pitágoras no quiere dejar a Newen abandonado.

—¡Hagan lo que dice! —les exhorta el maestro de robots.

Pero Pitágoras y Lulú no se mueven. Observan impotentes cómo los vehículos militares se acercan disparando a Newen, que baja de su caballo y entra silenciosamente, dando lentos pasos, en el río de lava. Sus pies parecen fundirse instantáneamente en el magma, pero Newen continúa de pie, mirándoles y sonriendo.

—¡Adiós, amigos! Ustedes me salvaron la vida antes, ¿recuerdan? No estén tristes. Les veré en el otro lado.

Newen cierra los ojos y se abandona al abrazo de la lava, doblando las rodillas y cayendo de espaldas, desapareciendo en un instante.

—¡Newen, no! —grita Pitágoras.

Lulú está también paralizada. Pero los militares argentinos comienzan a dispararles y ambos emprenden la huida. Acaban de perder a su mejor amigo, les ha salvado la vida. Es muy injusto, porque ya nada se interpone entre ellos y la libertad, que se ve, azul y escarpada, en el horizonte.

## 19

—¡Qué agradable sorpresa!

El doctor Heim recibe a Cristina y Ayanz con su gélida sonrisa, parado en el

centro de la estancia circular que hay en lo alto del faro.

—Me alegra ver que han sobrevivido al tsunami. Por lo que he podido averiguar, los anglosajones no han tenido tanta suerte. Todas esas pequeñas islas del Atlántico Sur han sido arrasadas por el mar.

Heim señala con la mano a la pantalla holográfica que muestra las imágenes que corroboran sus palabras.

—Ahora son nuestras, gracias a los híbridos —interviene Cristina, con una sonrisa diplomática—. Debo felicitarle por el éxito del proyecto «Elegidos».

—Gracias, Presidenta Viuda. Usted siempre entendió que era una manera muy efectiva de hacerse con el poder en el Atlántico Sur. Solo que no tuvo en cuenta que el poder se conquista, nunca se regala.

—¿Qué quiere decir?

—Yo he creado a los elegidos. Solo yo estoy conectado a sus mentes. Solo yo soy capaz de darles órdenes y dirigirlos donde quiera. Eso me convierte en su líder, el caudillo de una nueva raza de superhombres híbridos contra la que los seres humanos no tienen ninguna oportunidad de victoria en el mar.

—Y por ello, como acordamos, los pondrá al servicio del país que le acogió y que ha hecho posible este proyecto.

—Es ahí donde se equivoca, Presidenta Viuda. ¿Por qué razón iba a entregarle un poder tan superior? El mundo no funciona así, ahora yo soy más fuerte que usted. La única forma que tiene usted de arrebátarmelos es matándome, pero, si lo hace, todo mi ejército se volverá contra usted. No saldrá viva de esta isla. Y, si lo logra, lo que obtendrá es una masa incontrolable que dominará el mar sumiéndolo en la anarquía. De ninguna de las maneras conseguiría que obedezcan a Argentina. Matándome tan solo los liberaría, convirtiéndolos en una raza salvaje que dominaría el océano, indomable. Así que usted elige: un país vecino con un pueblo amigo que domina el mar y un líder que nunca olvidará la amistad que hemos tenido, o bien la anarquía híbrida en sus costas.

—¿Por qué me dio un inhalador que me hizo enfermar de EMADA? —pregunta Cristina, secamente.

Heim estalla en una carcajada.

—Ah, eso... Sí, fue una broma bastante graciosa, ¿no cree? Discúlpeme si en algún momento ha pensado que fue demasiado pesada, pero intuía que nuestro entendimiento iba a llegar a su fin y pensé que sería una buena forma de tenerla a raya mientras culminaba mi proyecto. Puede ser usted una mujer muy astuta y determinada cuando su cerebro no está perturbado por las

hormonas. Pero sabía que enamorada (si me permite la anticuada expresión) usted no sería capaz de controlarme. Por el contrario, sería muy fácil para mí controlarla a usted, como así ha sido. En mi juventud se usaba este dicho: «en el amor y en la guerra, todo vale».

—Es usted un traidor y un miserable —el tono de Cristina ya no es diplomático sino de contención de la furia que está creciendo en su interior.

—Vamos, vamos, no descendamos al bajo nivel del insulto. Yo ahora podría llamarla estúpida, pero jamás lo haría, es algo tan convencional y mediocre. No es propio de usted, Cristina. Además, ¿de qué se queja? He sido como Puck, ese juguetón duende ario, y he hecho posible que usted viviera su sueño de una noche de verano y, estoy seguro de ello, algún momento de gran lubricidad con ese magnífico ejemplar de semental español, no me diga que no... Así que en el fondo le he hecho un favor. Deje la política para mí y entréguese a vivir sus últimos coletazos como hembra con ese espléndido macho. Tan solo tiene que encontrarlo por ahí —Heim hace un gesto displicente con la mano, hacia el mar que se ve en las ventanas del faro— y vencer su repugnancia por la zoofilia. Si lo encuentro, se lo enviaré, no lo dude, con sus testículos híbridos cargados para usted.

—¡Malnacido! —estalla Cristina.

Heim se echa a reír a carcajadas, inclinándose vencido por la hilaridad.

—¿Lo mato? —pregunta Ayanz a Cristina.

—No creo que sea buena idea, amigo homosexual —interviene Heim—, hace tiempo que he enviado la orden a mis soldados de que suban al promontorio y ocupen su dron. No pueden salir de esta isla sin mi consentimiento. Así que comencemos a negociar, ¿qué le parece cederme el poder en Argentina a cambio de devolverle sano y salvo a su macho y permitir que vivan en paz en algún lugar remoto?

Heim sonríe diabólicamente, pero, de pronto, bruscamente, la pantalla holográfica se apaga, junto con las lámparas que iluminaban la sala.

—Vaya, parece que nos hemos quedado sin energía.

—¿Sabe lo que eso significa, no? —dice Ayanz—. Intermind ya no funciona en la isla. Su poder sobre los elegidos acaba de esfumarse.

La sonrisa de Heim se desvanece súbitamente y Cristina y Ayanz ven cómo su rostro se crispa haciendo esfuerzos por comunicarse con los elegidos. Ayanz mira a Cristina, esperando la orden para disparar, pero, antes de que pueda recibirla, Heim lanza un objeto al suelo y una vaharada de humo espeso e irritante llena la estancia. Cristina y el alférez Ayanz corren hacia las

ventanas del faro, abriéndolas para poder respirar. Cuando el humo se disipa, el doctor Heim ya no está allí.

## 20

Galileo y Segura acaban de destruir la estación generadora de energía con sus hábiles patas híbridas. Sin perder tiempo, emprenden el descenso hacia la playa, que resulta mucho más rápido que el ascenso dado que la fuerza de la gravedad ayuda a sus cuerpos obesos a rodar cuesta abajo. Cuando llegan a la orilla, contemplan el caos. Los elegidos copulan por todas partes, formando una macroorgía zoo-homosexual. En un círculo apartado, un grupo de machos berreantes rodea la pelea en la que Popper, malherido, se defiende de otro macho, ante la mirada llena de angustia de Onda. A su alrededor se esparcen varios cadáveres con el cuello abierto a dentelladas.

Galileo corre rápidamente hacia ellos, seguido por Segura.

—¡Paren! ¡Dejen de luchar! —grita, pero los monstruos no le escuchan y siguen lanzándose bocados.

—¡Escuchen al profesor! —grita Segura.

Los espectadores de la pelea empiezan a cuchichear. Solo los voluntarios alfa son capaces de reconocer a Galileo, ya que le conocieron una vez transformados y conservan una vaga sensación de que el profesor Alcázar fue un benefactor para ellos, lo cual transmiten a los demás. La noticia de su presencia en la isla se extiende por la playa y va llegando también a los participantes en la orgía. Los híbridos dejan de gritar y copular y prestan atención a Galileo. Todos excepto los dos luchadores, que siguen atacándose, cada vez más exhaustos.

—¡Basta! ¡Déjenlo! —Galileo intenta acercarse a ellos, pero la violencia de la lucha se lo impide.

El rival de Popper Linguini le lanza una certera dentellada al cuello y la sangre comienza a manar a borbotones. Onda emite un chillido agudo. Popper, con sus últimas fuerzas, abre la boca y desgarrar la cara del otro elefante, arrancándole la nariz. El híbrido comienza a dar espantosos alaridos y a sangrar, ante las miradas atónitas de los demás. Los dos colosos caen al suelo, dando sus últimos estertores entre chorros de sangre. Onda se acerca a Popper y le pone el hocico muy cerca de las fauces que se relajan, apagándose.

—Popper, te amo... No te mueras...

Pero Linguini ya no tiene suficiente sangre para vivir y, dando un último

gemido, deja caer su cuello roto sobre el barro.

—¡No! —Onda lanza un grito desgarrador que retumba en los acantilados de la isla. La mujer elefanta se abraza torpemente con sus aletas al cuerpo inerte de su amado.

Galileo se sube en una roca y eleva su voz.

—¡Escúchenme todos! Algunos me recuerdan, otros no pueden aunque quieran. Escúchenme, porque el que creen su líder en realidad es su enemigo. El doctor Heim se aprovechó de nuestra confianza y nos convirtió en lo que somos, ni hombres ni animales, para después obligarnos a conquistar estas islas. Esa voz que escuchaban en la cabeza les ha manipulado, les ha hecho matar para él, pero no los ama. ¿Recuerdan cómo les trataba en el laboratorio? No pueden recordarlo, pero yo sí. Les trataba con la mayor crueldad, les ocasionaba dolor porque no le importaba su sufrimiento, solo quería utilizarles. ¡Pero ahora ya no están a su merced! ¡Ahora son libres! ¡Ya no escuchan su voz! ¡Ya no tienen que obedecerle más! Ustedes son los dueños de este mar, de estas islas, no tienen que matar más hombres a no ser que les amenacen. Y les amenazarán, les querrán hacer daño, y no deben permitirselo. Ustedes son los elegidos, son capaces de vivir libres y felices, si se mantienen unidos. ¡No necesitamos a los humanos! ¡Somos libres!

Un rugido de rabia y asentimiento se extiende por la ensenada.

—¡El profesor tiene razón! —grita Segura—. ¡Él fue bueno con nosotros, yo me acuerdo!

—¡Es uno de los nuestros! —grita otro elegido.

—¡Es nuestro nuevo líder! —se escucha más allá.

Los rugidos de aprobación y entusiasmo son generales.

—¡Elegidos! —grita Galileo—. ¿Confíais en los humanos?

Un no atronador resuena con una sola voz ronca en la playa.

—¿De quién es este mar? —grita de nuevo Galileo.

—¡Nuestro! —responden los elegidos.

Pero la comunión del momento se rompe por los gritos de alarma de unos híbridos que están en la base del faro. Son los que Heim envió a ocupar el dron de Cristina, quienes, obedeciendo la orden de no permitir que ningún humano suba en él, han tomado también el control del vehículo del doctor Heim y le impiden acercarse, rugiendo con ferocidad.

—¡Fuera, estúpidos! ¡Obedecedme!

Es inútil, los elegidos siguen fieles a la orden que el líder les dio en su cabeza, no a lo que diga ese ser de dos patas que tienen delante. El doctor

Heim les dispara con su arma, cuidadoso de no dañar el dron, pero no consigue sino enervar aún más a los híbridos, que berrean y se revuelven en su interior. Todo esto es observado por el resto de los elegidos desde la playa y los gruñidos comienzan a oírse, amenazadores, en solidaridad con sus congéneres.

—¿Lo ven? —grita Galileo—. ¡Él es nuestro enemigo! ¡Quiere hacernos daño! ¡Acabemos con él!

El tropel de híbridos empieza a arrastrarse hacia el dron, cuesta arriba, comandados por Galileo.

—¡Atrápenle! —grita el nuevo líder.

Los ocupantes de los drones salen de ellos, desafiando los disparos de Heim, lanzándose sobre él. Uno de ellos muerde la mano que lleva el arma, pero sufre un disparo que le vuela la cabeza. Aun así, la mano de Heim está tullida y ya no puede disparar, así que deja caer el arma y echa a correr hacia el dron. Pero los híbridos, aun torpes, son más veloces que él y lo alcanzan, aplastándolo con su peso.

—¡Suéltente, subnormales! —grita Heim debajo de las enormes barrigas—. ¡Son inferiores! ¡Yo soy su líder, yo soy su dios!

Pero los híbridos no le liberan y esperan al resto de sus compañeros, que suben lentamente por la pendiente y llegan al lugar donde retienen a Heim. ¡Canta, oh ciencia, la cólera del prostituida Galileo! El híbrido Alcázar se acerca hasta el doctor Heim y le mira con su cara de elefante marino llena de odio. Heim rompe a reír como un demente.

—¡Maldito español! ¡Mírese! ¡Es un monstruo!

—El monstruo eres tú —dice Galileo, antes de lanzar una dentellada y arrancarle la cara al doctor Heim de un solo bocado.

La piel falsa y la verdadera del doctor Heim vuelan unidas por el aire, mientras los híbridos que lo retenían dejan de aplastar su cuerpo. El resto de los elegidos se lanza en tromba hacia él, mordiéndole por todas partes, llenando el aire de gruñidos y sangre, lanzando pedazos del doctor Heim por todas partes. No tardan mucho tiempo en convertir al doctor en un charco de restos irreconocibles esparcidos sobre la hierba.

—¡Más humanos! —advierde uno de ellos, señalando hacia el faro.

Galileo vuelve la cara, con las fauces manchadas por la sangre de Heim, y ve a Cristina y al alférez Ayanz, parados en la puerta del faro, observándoles y calculando sus posibilidades de llegar hasta los drones. Un gruñido general de rabia recorre el ejército de los elegidos.

—¡Alto! —grita Galileo, y todos le miran, embobados y obedientes, en completo silencio.

Cristina y Ayanz miran a Galileo, con una mezcla de terror y lástima por él. Galileo les mira con tristeza: ahí está su pasado humano, su amor humano que ya nunca volverá. Lanza un hondo suspiro y grita:

—¡Déjenles ir!

Los elegidos observan inmóviles cómo Cristina y el alférez Ayanz caminan temerosos entre sus cuerpos imponentes, hasta llegar al dron. Galileo solo escucha las aspas, no levanta la vista del suelo porque no es capaz de verlos partir. Justo en el momento en que el dron se eleva del suelo y se marcha, Galileo grita con una voz desgarrada:

—¡Cristina!

Galileo corre torpemente con su cuerpo de elefante marino, como si pudiera seguir al dron, pero solo puede llegar hasta una roca plana y saliente que hay al borde del faro, formando una punta que parece internarse en ese cielo por el que escapa su amada.

—¡Cristina! —grita de nuevo, viendo alejarse al dron.

Galileo, el monstruo enamorado, emite un hondo aullido de desesperación desde lo alto de la roca, un grito desgarrado que resuena en toda la isla y hace salir volando y chillando a las aves marinas. El dron ya no se distingue entre sus millares de cuerpos alados girando en el cielo azul. Galileo agacha la cabeza y descubre que un elefante marino también puede llorar, con pesados y salobres lagrimones.

## 21

Los tehuelches, con Célula y Pitágoras, ascienden por las laderas de los Andes, oliendo ya el frescor del bosque que se vislumbra en la lejanía. Pitágoras y Lulú cabalgan juntos y en silencio, sumidos en sus pensamientos.

—¿Estás bien, moreno?

—No dejo de pensar en Newen —contesta Pitágoras—, ¿por qué tenía que morir?

—Yo también me siento fatal. No es justo.

—¿Sabés? La vida a veces es muy injusta —sentencia Pitágoras.

—Tampoco dejo de pensar en mi padre —añade Lulú—. ¿Tú crees que habrá conseguido escapar? ¿Que volverá a buscarme?

—No podemos saberlo. Solo esperar. Nada más. Le diste tu talismán, ¿confías en la magia de la machi?

—He visto muchas cosas increíbles con los tehuelches, pero me cuesta creer que el talismán le haya protegido.

—Pues cree, Lulú. No hay otra alternativa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Célula detiene el caballo y mira a los ojos de Pitágoras, que también se para.

—¿Y si fuéramos a la granja? Me gustaría ver que mis padres están bien.

—Recuerda que la última vez te quisieron deshormonar.

—Es verdad. No podemos volver a la granja por el momento. Podemos vivir con los tehuelches. Newen nos invitó.

—Pero no somos tehuelches, Pitágoras. Son nuestros amigos, pero no somos como ellos. Además, ahora que han rescatado a los suyos, serán muchos en el poblado. Necesitan espacio, no haríamos más que molestar.

—Es verdad. Me hubiera encantado vivir con Newen, pero, ahora que no está, no sé si tiene sentido.

—¿Recuerdas por qué vinimos aquí? Justo aquí, donde empezó toda esta locura.

Pitágoras la mira a los ojos y asiente.

—¿Tú crees que mi padre podrá encontrarnos si no vamos con los tehuelches?

—Podrá, si les decimos dónde vamos. Así cuando llegue, ellos le indicarán el camino.

Los dos jóvenes se miran y se ponen de acuerdo sin más palabras. Azuzan a sus caballos para alcanzar al resto de la expedición. Cabalgan en silencio hasta el borde del bosque y allí se detienen. El maestro de robots, nuevo jefe de la comitiva, les mira interrogativamente.

—Han sido ustedes muy buenos con nosotros —comienza a decir Pitágoras.

—Pero tenemos que encontrar nuestro propio lugar. Vinimos a buscar a los neonaturales, ¿saben dónde podemos encontrarlos?

—Viven más arriba en la montaña —dice el maestro de robots—. Si siguen por el borde del bosque hacia arriba, encontrarán un camino que se interna y sube hacia su territorio.

—Si mi padre llega a vuestro poblado, ¿podéis decirles que estamos allí?

El maestro de robots asiente, muy serio.

—Salude de nuestra parte a Aukan, a la machi y a los demás. Si nos necesitan, saben dónde buscarnos —dice Pitágoras.



—Pronto iremos a verlos —añade Lulú.

Los tehuelches se despiden de ellos y se internan en el bosque. Pitágoras y Célula emprenden la subida bordeando los árboles y, después de una larga cabalgada, encuentran un pequeño sendero que se abre en la espesura.

—Debe de ser por aquí —dice Lulú.

Pitágoras sonríe, y ambos entran con sus caballos, lentamente, como en una ceremonia. Les recibe la umbría cuajada de ojos, pétalos y hongos. Luces y sombras como el lomo de un jaguar. Aromas afrodisíacos y perturbadores. No muy lejos de allí descubren un arroyo fresco y burbujeante, y se bajan del caballo para beber. Deciden descansar un instante, se sientan y miran alrededor. El bosque es acogedor, está lleno de sonidos y de colores, la brisa que lo recorre les lleva un aroma embriagador a polen y humedad. Pitágoras mira a Lulú con una amplia sonrisa.

—¿Recordás dónde lo dejamos? —con una mirada pícara, empieza a desprenderse de su ropa.

Lulú suelta una risita, como un gorjeo, y comienza a imitarle. En un abrir y cerrar de ojos, ambos están desnudos y felices, rodeados de verdor. Pitágoras la toma de la mano y la lleva lentamente hacia el arroyo.

—Tenía ganas de bañarme —dice.

—Sí... Pero está fría —Célula siente toda su piel erizándose al contacto con el agua helada.

—Vení acá —dice Pitágoras, y la atrae hacia su cuerpo de bronce en el que destaca una poderosa erección.

Los dos jóvenes se abrazan y se besan, entre risas, con medio cuerpo sumergido en las cantarinas aguas del arroyo.

—Con toda esta aventura nos olvidamos de algo muy importante —dice Pitágoras, en un susurro.

—¿De qué? —sonríe Lulú.

Pitágoras sonríe y entorna los ojos antes de posar sus labios en los de la chica, fundiéndose en un beso que les llena de calor. Se tienden con delicadeza sobre una roca plana y musgosa, atravesada por la corriente, y empiezan a besarse, a acariciarse, a entregarse el uno al otro. Por fin, después de tanto tiempo deseándolo, ha llegado el momento.

—¡Hola! —interrumpe una bella voz femenina.

Lulú y Pitágoras despegan sus bocas y se giran hacia la orilla. Ven a una mujer desnuda, con un largo cabello rizado y rojizo cayendo sobre sus hombros, sus pechos redondos colgando como frutas en sazón. En uno de sus

brazos lleva agarrado un bebé gordezuelo, que juguetea con su pelo. Pitágoras y Lulú deshacen su abrazo y se ponen de pie.

—Hola —dice Célula.

—No les conozco. ¿Son de algún poblado? —pregunta la mujer.

—No —contesta Pitágoras—. Hemos venido buscando a los neonaturales. Queremos integrarnos en su comunidad.

—¡Estupendo! Pues bienvenidos —la alegría de la mujer parece sincera.

Pitágoras y Célula se miran, ilusionados. Por fin van a vivir como querían.

—¿Conocen el estilo de vida neonatural? —pregunta la mujer.

—Sí, hemos leído mucho sobre ello —responde Lulú, chispeante.

—Se cuentan muchas mentiras por ahí. Les costará un poco aprender todas nuestras costumbres. Espero que les gusten.

—Seguro que sí —dice Pitágoras.

—¿Cómo se llaman?

—Me llamo Pitágoras.

—¡Pobrecito! Si querés podés cambiarte el nombre por uno más... neonatural.

—Yo soy Lulú.

—¡Ese está mejor!

—¿Y cómo se llama usted?

—Venus. ¿Vienen conmigo?

Lulú y Pitágoras asienten, ilusionados, y echan a andar detrás de Venus que, con paso etéreo, les guía internándose entre los arbustos de flores blancas.

## 22

«Jajarai, jajai, jajá, jarajajai, jajai, jojó... Otario, que andás penando sin un motivo mayor, ¿quién te dijo que en la vida todo es mentira, todo es dolor? Si tras la noche mas oscura, sale el sol, y de la vida hay que reírse igual que yo... Jajarai, jajai, jajá, jarajajai, jajai, jojó...».

El viejo tango resuena en su cabezota híbrida mientras Galileo trata de ver el dron que se aleja, entre sus viscosas lágrimas. Pero no ve nada, solo intuye o imagina un puntito en medio del cielo, una mota en su ojo por la que se va su amor. Llegará un momento en que no podrá ni ver la mota, o quizá ya ha llegado y es tan solo una mancha oscura en su imaginación. Pero no, la ve, sigue viéndola todavía. ¿Es posible que se esté agrandando? Está demasiado lejos para poder afirmarlo, pero ¿se está acercando? Galileo berrea entre el

dolor y la esperanza, berrea sin palabras porque no se atreve a llamar de nuevo a Cristina.

No es necesario que la llame, la mota es cada vez más grande, ¡el dron está regresando! Galileo se apoya nervioso en una pata, luego en otra, sin dejar de mirar el horizonte. Los elegidos le observan desde la playa y los alrededores del faro, con curiosidad. Cuando ven el dron cerca, empiezan a gritar y agitarse, pero Galileo se vuelve hacia ellos y clama:

—¡Tranquilos! ¡Son mis amigos!

Los híbridos parecen apaciguarse con esta información, aunque permanecen mirando curiosos al dron que se acerca al promontorio de roca. La figura de Galileo se recorta, majestuosa, contra el cielo azulenco. El dron aterriza con cuidado en una plataforma que hay cerca. Cristina sale de él y camina por las rocas, acercándose a Galileo. Él no puede moverse ni hablar, está alucinado, como si Cristina fuera una aparición.

—Galileo... —Cristina le mira con una sonrisa llena de cariño, con un toque de lástima. Su pelo negro ondea al viento del Atlántico Sur. Sus ojos parecen más grandes y brillantes.

—Cristina... —Galileo es un elefante marino con la mirada de un perrito suplicante.

—No podía irme así, Galileo. Sin hablar con vos.

—Cristina, no te vayas. No me dejes... —gimotea Galileo

—Sos un buen hombre, idealista, sensible, leal... pero yo no soy nada de eso. Yo soy la culpable de todo este tremendo quilombo, ¿viste? Lo que me extirparon de la cabeza no fue un tumor, fue la pieza con la que ellos me controlan. Ellos, los que mandan de verdad. Quise emanciparme de su control. Hice un pacto con España para engañar a los anglosajones y conquistar el Atlántico Sur y sus yacimientos de combustible. Los híbridos iban a ser nuestra arma, pero salió mal. Ahora tendré que dar cuentas a los que mandan y ver si consigo sobrevivir una vez más. Porque en realidad yo no decido nada, Galileo, no soy sino una empleada al servicio de los verdaderos dueños del mundo. Las naciones son un teatro y yo soy una actriz. Por eso no podía dejar que vos supieras todas estas cosas, no podía permitir que fueras mi pareja si no sos capaz de participar en toda esta farsa, y no lo sos, porque vos no sos como yo, vos sos puro.

—Pero tú me quieres, ¿verdad? A pesar de los inhaladores, de las hormonas, en el fondo tú me amas...

—No me estás escuchando, Galileo. Vos creés que me amás, pero en

realidad no me conocés. ¿Recordás los rumores que corren sobre mí, que yo maté a mi marido? Pues es verdad, yo lo maté para conseguir el poder. Lo maté y lo volvería a matar. No me arrepiento. Así soy yo. Así, y muchas cosas más que no querés saber.

—No me importa, Cristina. Yo sentí que tú me amabas, en tu cuerpo. Yo te sentí unida a mí, yo vi a la verdadera Cristina y no era como tú dices.

—Eso fue solo un momento provocado por las hormonas. Un arrebató sexual, como el de los animales.

—No, no era solo sexo, había algo más, algo que no es EMADA ni hormonas. Algo que nos une a ti y a mí, Cristina. Lo sabes... tú lo sabes.

Ella guarda silencio por un instante, pensativa.

—Quizá tenés razón. Pero los sentimientos duelen demasiado. Ahora entiendo por qué se erradicaron. ¿Sabés, Galileo? Prefiero no sentir.

Galileo la observa expectante.

—Lo nuestro no puede ser. En realidad, siempre hemos sido dos auténticos desconocidos y nuestra relación, una mera atracción sexual, animal, con fecha de término: hoy.

—¡No, Cristina, no!

—Nuestro amor es un engendro que nunca debió nacer... Tendremos que matarlo.

Galileo observa a Cristina, fría, impasible, mayestática, mientras su corazón de dos kilos de músculo se parte por la mitad. La vista se le nubla. ¿Por qué su amada lleva una jeringuilla en la mano? Está tan consternado que no ha visto el momento en que ella ha sacado la aguja y se la ha clavado.

—Volverás a ser humano y olvidarás todo —le susurra Cristina con dulzura, como una bruja bondadosa—. Adiós, Galileo.

Cristina se da la vuelta y, ágil como un gamo, salta por las rocas y se monta en el dron.

—Vámonos, Ayanz —ordena con frialdad—. Ahora no podemos llevárnoslo, es demasiado pesado. Volvé a por él en veinticuatro horas, cuando sea humano de nuevo.

El alférez Ayanz tiene sentimientos contradictorios, teme dejar a Galileo a su suerte en ese lugar inhóspito, pero debe obedecer a la Presidenta Viuda. Deja de mirar a la costa, aprieta su musculosa mandíbula y pone rumbo a Buenos Aires.

Galileo tiene la visión nublada. Esta vez ya no quiere mirar cómo se aleja el dron. La última esperanza de su amor se ha desvanecido completamente, de la

forma más cruel. Se revolcaría llorando en la arena, nadaría millas y millas mar adentro, sin rumbo... pero no tiene tiempo. El suero que rescató Ayanz era uno de los que incluía sedantes: en unos minutos caerá en un profundo sueño y, cuando despierte..., ya no será quien es. Será de nuevo el profesor Alcázar, sin memoria, perdido en una isla llena de híbridos feroces. Llama a voces a los elegidos, que se acercan a él.

—Escúchenme. Los humanos me han traicionado. Me han inyectado algo. Me dormiré y, cuando despierte, seré humano de nuevo. Me hubiera gustado seguir con ustedes, pero ya no podré, ya no seré igual, tendré que buscar mi lugar fuera de aquí. No confíen en los humanos, no dejen que les arrebaten el mar ni sus costas. Son suyas. No lo permitan.

Los híbridos hablan entre ellos y berrean, aprobando las palabras de Galileo.

—¡Onda! —llama Galileo, y Onda aparece entre la multitud arrastrándose cabizbaja—. Onda, tú eres la única hembra. ¡Escúchenme todos! Onda es su nueva líder, es a ella a quien tendrán que escuchar y obedecer a partir de ahora. Ella es su hembra, su única esperanza, ella será la madre del primer bebé que nacerá en estas costas, el principio de su linaje. Por eso, tienen que obedecerla y respetarla. Ella escogerá con quién se aparee. Ustedes no son animales, son híbridos. Pueden controlar sus instintos. Se acabaron las luchas, ¿está claro?

De nuevo hay murmullos entre los elegidos, pero la mayoría agacha la cabeza, acatando las palabras de su líder. Onda sube al promontorio junto a Galileo y mira a los elegidos con la cabeza muy alta y las narices muy abiertas.

—¿Me obedecerán?

Un sí atronador retumba en la bahía. Onda resopla, satisfecha. Un orgullo de hembra alfa recorre sus células animales, que olvidan rápidamente tristezas pasadas, llenas de presente.

—¡Les echaré de menos! ¡Van a ser muy felices aquí! —grita Galileo con la voz rota por la emoción. Siente que las patas le fallan, ya no tiene fuerzas. Los sedantes están corriendo por sus venas, junto con el suero transformador.

Galileo se deja caer. Mira al grupo de híbridos que le observa con respeto. Ellos son su obra, aunque no llevarán su nombre. No consiguió la fama

científica. No consiguió el amor. Perdió su patria y sus valores. Pero halló la verdad. Y con ese reconfortante pensamiento, sus ojos se cierran pesadamente y su mente se apaga, sepultando sus recuerdos en el olvido.

## 23

Galileo abre los ojos muy despacio. La luz le molesta, sus pestañas intentan luchar contra los rayos de sol. Escucha confusamente una voz.

—Está despertando...

Galileo emerge de las profundidades de un sueño muy parecido a la muerte, totalmente desubicado en el tiempo y en el espacio. Abre los ojos, asustado, intentando situarse. Está en una habitación que parece de hospital. Pero hay militares. Se fija en sus uniformes: llevan la bandera de España. También hay un médico que le observa como si fuera un animal. Galileo ve su propio reflejo en el instrumental metálico con el que el doctor le ausculta. Se reconoce, su pelo rizado y rubio, su rostro cuadrado y armonioso, el principio de su torso amplio y musculado. Es reconfortante verse, aunque no sabe por qué. Pero ¿qué ha pasado? ¿dónde está? No puede recordar nada.

Se abre la puerta y entra el primer ministro de España, Marañón Morey.

—¡Profesor Alcázar! ¡Qué bueno que ha despertado! —dice Morey, con alegría campechana, como si se conocieran.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —la voz le sale rota y cavernosa, pero Galileo consigue articular la frase.

—Eso no es importante ahora, profesor, debe descansar. No se preocupe, poco a poco sus recuerdos irán volviendo, esperamos. También esperamos que los comparta con nosotros. ¿Sabe? Usted no se acuerda ahora mismo, pero tiene muchas cositas importantes que contarnos. Importantes para España, ¿eh? Y usted ama a España, ¿no es así?

—Claro, es mi país —contesta Galileo, confundido por el tono amable de Morey en el que cree percibir, oculta entre siseos viperinos, algún tipo de amenaza.

—Sabemos que usted —dice Morey, en voz más baja, arrastrando aún más sus eses sibilantes— colaboró muy estrechamente con la Presidenta Viuda de Argentina... —deja un silencio largo, mientras sonríe con la boca apretada, como mordiéndose la lengua, y después añade—: ¿Por qué no haría lo mismo con su propio primer ministro?

Morey vuelve a sonreír sin despegar los labios y posa su mano, blanda,

pesada y sudorosa, como un trozo de pulpo hervido, en el muslo firme de Galileo. Morey le mira a los ojos, en silencio. Su mano permanece sobre la pierna de Galileo durante largos segundos. Galileo está estupefacto y molesto. Por fin Morey levanta su mano.

—Esta no será la última vez que nos veamos —dice con una sonrisa torcida—, me encargaré personalmente de que recupere la memoria. De usted depende colaborar conmigo como lo hizo con la Presidenta Viuda —le guiña un ojo, se da la vuelta y se marcha de la habitación, seguido de los militares y el doctor.

Galileo mira a su alrededor. No sabe cómo ha llegado hasta ahí, pero parece estar en España, retenido por el gobierno para proporcionarle información. Retazos confusos de sus días en la base Elgor empiezan a venir a su mente. Todo se agolpa y se revuelve, pero algo le queda claro entre toda la maraña: él es considerado un traidor en su país.

Mira hacia la ventana. Hay unos pinos, vieja reliquia de la naturaleza española. Solo pueden estar en un parque nacional. Los rayos de luz brillan demasiado, parecen rebotar en todas partes. Galileo baja su barbilla y ve, colgando de su pecho, un extraño hombrecillo negro, un talismán indígena, que refleja en sus pequeños ojos oscuros la luz que entra por la ventana. Una luz intermitente, como una señal.

Galileo se levanta de la cama, con cuidado de no desconectarse de los cables que mantienen sus constantes vitales controladas, y se aproxima a la ventana. ¿Qué es ese rayo de luz tembloroso que viene directo desde el bosque de pinos en ráfagas intermitentes? Sea lo que sea, se dirige a él. Sí, alguien le está enviando una señal. Es su única oportunidad. Sin pensarlo más, calculando la distancia hasta las copas de los pinos, Galileo se sube en el alféizar de la ventana, se arranca los cables y salta.

El profesor Alcázar cae sobre la hirsuta copa de un pino. Se araña los brazos, pero consigue aterrizar sin descalabrarse, agarrándose a las ramas. Con cuidado, desciende por el tronco y llega al suelo. Allí ve de nuevo el reflejo detrás de un arbusto. Camina hacia él y, cuando llega, las ramas se agitan y aparece un rostro familiar: el alférez Ayanz.

—¡Galileo! —Ayanz le abraza y él se deja, aunque no recuerda bien qué relación tenían. Todavía está todo muy confuso en su mente.

Se oyen unos gritos y unos pasos que corren. Se han dado cuenta de su huida. Ayanz coge a Galileo como un fardo, se lo echa sobre su fortísimo hombro y echa a correr dentro del bosque. Detrás se escuchan los ruidos de

sus perseguidores, pero Ayanz corre veloz por la espesura y parece conocer cada recodo y cada árbol de la zona. Aparta unos arbustos y descubre la entrada a una cueva. Hace entrar a Galileo y vuelve a tapar la entrada.

Ambos escuchan pasar de largo a sus perseguidores. Ayanz vuelve a cargar a Galileo y comienza a andar por el interior de la cueva. También parece conocer estas profundidades, aun en la oscuridad. Finalmente, tras un largo recorrido, llegan a un lugar donde entra la luz del día. Galileo mira por el hueco, una cueva abierta en una pared vertical de piedra desde la que se contempla el bosque de pinos y unas montañas al fondo.

—Aquí esperaremos al dron —le dice Ayanz.

—¿Adónde vamos?

—¿Querés ver a tu hija? —le pregunta Ayanz, con una sonrisa.

—¡Claro que sí! —Galileo le mira con admiración y Ayanz le sonríe más aún.

—¿Qué recordás?

—Aún no lo sé. Es todo muy confuso.

—No pasa nada. Ya tendrás tiempo. Tu hija está bien, vive en una comuna neonatural en los Andes. Por eso no te preocupés. Los híbridos se han hecho fuertes en el Atlántico Sur. Ninguna nación ha sido capaz de controlarlos. ¿Recordás algo de lo que pasó en la isla?

—¿Qué isla? No...

—Allá es donde te vi por última vez. Quería llevarte conmigo, pero Cristina no me dejó.

—No quiero saber nada de ella —le corta Galileo.

Ayanz intenta sofocar una sonrisa demasiado reveladora. Galileo frunce el ceño: de eso sí se acuerda. Tiene clavado en su corazón el último recuerdo, el momento en que Cristina le dijo que no quería verle más.

—Después de llevarla a Buenos Aires, volví a la isla, justo en el momento en que un dron anglosajón te capturaba. Después te entregaron a los españoles. Yo deserté. Ya no pertenezco al ejército argentino, soy un fugitivo. Seguí tus pasos y llegué hasta aquí. Estudié el terreno durante días y he preparado la huida, todo va a ir bien.

—¿Cuándo nos vamos?

—Mirá el cielo, pronto caerá la noche. Entonces llegará el dron.

Ayanz calla. Galileo le mira. No recuerda bien las circunstancias, pero sabe que siente algo por ese hombre, sabe que han sido amigos, que han estado muy unidos, lo puede percibir sin recordarlo. Así funciona el amor, eso sí lo tiene



claro. Su renuncia a la ciencia está perfectamente asentada en su mente.

—¿Qué harás después de encontrar a tu hija?

—No lo sé.

—¿Querrás trabajar en un laboratorio?

—No, la ciencia ha terminado para mí. Ya no creo en ella.

Una sonrisa ilumina la cara de Ayanz.

—Podemos quedarnos allá, en las montañas. No sé cómo sería vivir con los neonaturales, pero no hace falta si no querés. Podemos ser independientes, conseguir una cabaña para vos y para mí y vivir allá. Así podrías estar cerca de tu hija, pero a la vez tener tu libertad. Podríamos vivir tranquilos, cazar, pescar, disfrutar del campo. Y hacernos compañía. ¿Qué pensás?

—No suena mal —dice Galileo, encogiéndose de hombros.

Ayanz mete la mano en su uniforme y saca algo que le ofrece.

—Es para vos —Ayanz le muestra un inhalador en la palma de su manaza.

—¿Para qué es? ¿Para deshormonarse o para lo contrario?

Ayanz sonríe y se encoge de hombros. Galileo toma el inhalador y aspira. Mira a Ayanz y sonríe. Sí, él sentía cariño por ese hombre fuerte con cara de niño. Esos ojos azules que le miran con tanto afecto, esos ojos azules son tan bonitos que podría mirarlos toda la vida. Qué idea tan extraña. Galileo vuelve la vista hacia el cielo. El sol ya está casi oculto detrás de los picos de la sierra. El cielo ha pasado del naranja a un rosa fuerte.

—No recuerdo nada todavía. Solo tengo clara una cosa... —dice Galileo, y Ayanz le mira con ojos esperanzados—. El ser humano es como una infección sobre la tierra. Nos creemos los dueños del planeta, pero no lo somos, solo somos unas bacterias estúpidas. Mira ese cielo rosa. Cuando la enfermedad humana termine, ese cielo seguirá ahí.

Ayanz no sabe qué contestar y mira al ocaso, reprimiendo un suspiro. «No seas impaciente, Newton, tenemos muchos días hasta los Andes, habrá mucho tiempo de convencerlo. No te apresures».

El rosa desaparece, tragado por la noche negra, perfecta para huir. El dron llega volando hasta la cueva aérea y se sitúa en paralelo a la abertura, permitiendo que Ayanz y Galileo puedan montarse en él. Galileo mira a ese hombre atractivo, fuerte y amable que tiene a su lado y se siente seguro.

—Sácame de este puto país.

El dron emprende su ascensión, alejándose de la tierra, fundiéndose con las estrellas.

FIN



# BIOGRAFÍA



Novelista, dramaturgo y guionista, Miguel Campion es especialista en desarrollo de proyectos audiovisuales y teatrales. A lo largo de su carrera profesional ha trabajado en productoras de cine y televisión, como El Terrat y El Deseo, compaginando su labor profesional con la docente en instituciones privadas y públicas, impartiendo clases de lengua, guion de ficción y escritura creativa.

Ha publicado dos novelas (*Carne de su carne* e *Infeliz Navidad*) y ha participado en varias antologías de relatos. Su texto teatral *Rosaura tiene un*

*fantasma* ganó el primer premio del Certamen de Teatro Joven de Navarra en el año 2000. Además de sus obras escritas, ha realizado sus propios trabajos como guionista, director y productor en los cortometrajes cinematográficos *Pepita Chan* y *No sé qué hacer contigo*, así como en los espectáculos teatrales *Lección de tango*, *Las regaderas* y *Animales salvajes*.

Para más información: [miguelcampion.com](http://miguelcampion.com)